

País de Destino

LAURA GIRÓN



País de Destino

LAURA GIRÓN



País
de
Destino

LAURA GIRÓN LARA



Bilogía Viájame



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión por cualquier procedimiento o medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros medios, sin permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

“Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra”.

© Del texto: Laura Girón Lara

© De la ilustración de portada: José Silvestre Sevino

© Foto solapa autora: Pablo Sánchez del Valle

Revisión del texto: Cristina Lliso Blesa

© De esta edición: Editorial Sargantana

Email: info@editorialsargantana.com

www.editorialsargantana.com

Los papeles que usamos son ecológicos, libres de cloro y proceden de bosques gestionados de manera eficiente

Primera edición: Enero 2017

Segunda edición: Abril 2017

Impreso en España

ISBN: 978-84-16900-48-0

Depósito legal: V-0046-2017



*“¿No lo ves?
La felicidad también es un lugar.
Somos nosotros”
Marwan*

Índice

1. - ABSURDO
2. - ME ECHO DE MENOS
3. - CERRANDO CÍRCULOS
- 4 - REUBICACIONES
- 5 - EL PERCANCE
- 6 - “ESTO FUNCIONA ASÍ, HELENA”
- 7 - OJALÁ LA VIDA DE VEZ EN CUANDO FUERA SUEÑO
- 8 - (MALDITAS) CASUALIDADES
- 9 - “PUEDES BORRAR A UNA PERSONA DE TU MENTE.SACARLA DE TU CORAZÓN ES OTRA HISTORIA”
- 10 - HACER NADA
- 11 - “LA CHICA DE AYER”
- 12 - “PERDÓN PORQUE NO SUPE DECÍRTELO”
- 13 - POR SUPUESTO QUE NO
- 14 - TODO EMPIEZA A ENCAJAR
- 15 - RAÚL, ¿POR SUERTE?, NO ES COMO ÉL
- 16 - VIDA PROFESIONAL: (check)
- 17 - LA PRIMERA NOCHE VERSUS LA ÚLTIMA NOCHE
- 18 - SENTIR
- 19 - LA PIEL NO OLVIDA
- 20 - LAS VERDADES DUELEN, Y A LA CARA MÁS
- 21 - QUÉDATE A VIVIR EN LA NUB
- 22 - FERNWEH
- 23 - UN DESEO
- 24 - LA CASUALIDAD ATACA DE NUEVO
- 25 - EXTRAÑA FIDELIDAD
- 26 - AL FIN DEL MUNDO PARA PENSAR

27 - UNO DE AGOSTO

28 - DE VUELTA

29 - TREINTA Y UNO DE AGOSTO

30 - ¿CUÁNTO VALE LA PENA?

31 - JODIDAMENTE LOCOS

32 - EPÍLOGO

33 - ALEJANDRO

1. ABSURDO

Tras la primera y extraña semana de vuelta al trabajo, donde mi mente estaba más con él que conmigo, todo volvió a una cierta normalidad. Llegaba puntual diariamente a la oficina, no porque me lo propusiera, sino porque no conseguía dormir bien y madrugar no me suponía problema alguno. Luego me hundí entre montañas de papeleo atrasado y me dediqué a contestar los emails recibidos en las vacaciones consiguiendo más o menos mantener la cabeza ocupada.

Durante el primer mes respiraba hondo antes de entrar en el edificio de oficinas donde se encuentra la empresa en la cual trabajo, Westermann Company, y antes de cruzar la puerta giratoria, me proponía y exigía que esa jornada pensaría en él lo menos posible o siendo muy optimista, a poder ser, nada. Cada día hacía de tripas corazón y me sumergía de nuevo en mi antigua vida, volvía a la que había sido mi rutina durante años, pero el problema radicaba en que yo ya no era la misma, era una persona totalmente distinta de la que salió por esa misma puerta hacía un mes, el uno de agosto. Una persona diferente solo por un simple hecho, lo conocí, y algo así solo era comparable al paso de un huracán, un tsunami por mi vida arrasándolo todo dejándome tan solo a salvo lo físico, un cuerpo que básicamente se sostenía en pie, una simple cáscara y mi mente era similar a una zona cero.

Recuerdo que pasaron unas dos semanas antes de que reuniera el valor y cogiera el calendario que descansaba sobre mi impoluta mesa blanca del trabajo, y empezara a pasar lentamente cada una de las cuarenta y cinco hojas ilustradas con viñetas de Mafalda. Treinta y una hojas del mes de agosto con las que fui recordando cada uno de los días que había pasado con él: el cumpleaños de Ana, sus ojos, la cafetería del Chico Ostra, el primer beso, el paseo por la montaña, su tatuaje, los cristales de su ventanal, su ducha, sus

sábanas, mis gemidos, Cadaqués, lo que no se ve, la escalera de su edificio, mi bañera, sus gruñidos, mis sábanas, el mar, la melodía de una canción lenta, mis lágrimas y su adiós. Luego empecé con los quince días que llevaba sin verlo, sin tocarle, sin escuchar su voz, de puertas de metro que se cierran automáticamente cerca de la última posibilidad de verlo, de escribir miles de mensajes y borrar sin enviarlos, de lágrimas bajo las sábanas, más días de los debidos en ayunas y más de diez sin saber absolutamente nada él. Llegué al quince de septiembre y una Mafalda despeinada de pie sobre su cama me miraba y me decía, “Cuesta juntar ánimos para bajar al mundo”, la hija de Quino me entendía, nos encontrábamos en el mismo punto de nuestra existencia. Eso me hizo sentir mejor, no estaba sola, como suele decir mi madre “mal de muchos, consuelo de tontos”. Mafalda se sentía igual de cansada del mundo que yo en aquella odiosa mañana de septiembre, en la que aún hacía en la calle un calor sofocante, pero de algún modo en el ambiente ya se notaba que el verano ya había terminado.

Durante los primeros días los compañeros se acercaban a saludarme con su correctísima educación alemana, yo les correspondía cordialmente y con una sonrisa que parecía que alguien había mal pegado en mi cara. Intentaba acortar, con la excusa de la cantidad de trabajo atrasado, cada una de las conversaciones que contuviera la palabra, “vacaciones”. Porque sí, porque yo no quería hablar de agosto, yo no quería recordar ni uno de los treinta y un días que lo componen, yo no quería pensar en él, no quería ser tan consciente de que ya no estaba. Yo sólo deseaba enterrarme entre todos los papeles, emails y trabajo, con suerte ahogarme y dejar de respirar bajo ellos. Necesitaba desaparecer un poquito de aquella realidad que odiaba.

Reconozco que los siguientes tres meses me limité a hacer lo mínimo para sobrevivir en el mundo: respirar, comer, dormir y trabajar. A ojos ajenos podía parecer que sufría una depresión post-vacacional, pero los que

realmente me conocían sabían que lo que tenía era una depresión post-él.

Pablo y Ana intentaron animarme, al principio tuvieron el detalle de dejarme espacio y no me agobiaron en exceso, pero más de una vez me tocó convencerles y jurarles por activa y por pasiva de que estaba bien, que sólo necesitaba estar sola, que simplemente aún no estaba preparada y suficientemente fuerte para hablar del tema. Tuve que convencerles de que no se preocupasen, de que no tenía intención alguna de tirarme por la ventana o cortarme las venas mientras escuchaba a Alex Ubago.

Creo que fue a finales de septiembre cuando Pablo decidió que ya era suficiente, que estaba harto de verme deambular por el piso con cara de acelga, y que había llegado la hora de hacer una terapia de choque para la superación del desamor. Según él, ésta consistía en salir a cenar todos los jueves, escuchar música todas las mañanas para despertarnos y empezar con ánimo un nuevo día lleno de oportunidades (palabras textuales de Pablo ante mi atónita mirada).

Y pese a mi reticencia y mis ganas bajo cero, lo que restó de septiembre abrí los ojos acompañada de la voz de Tonino Carotone y su canción “Me cago en el amor”, Pablo decidió empezar fuerte la terapia de choque. En octubre, rescató un *hit* de finales de los noventa, “La última carta” de los Cucas, y en noviembre disfrutamos de “Tengo el corazón contento” interpretada por Marisol. No sé si admitir que su terapia funcionó algo, pero reconozco que al menos lo de que empezara el día con una sonrisa lo consiguió, aunque solo fuera por el empeño que ponían ambos, Ana bailando y Pablo siendo constante con sus “canciones de choque” todas las mañanas a la misma hora, eso sí, sólo de lunes a viernes, los sábados y domingos no se oía ni una nota musical, ni ningún indicio de vida humana en el piso hasta pasadas las doce del mediodía.

La tradición de salir a cenar los jueves no duró más de un mes y pico, luego

la rutina, nuestros trabajos, el máster de Ana, etc., hizo que fuéramos aplazando cenas hasta olvidarnos de la efímera tradición. Al finalizar las pocas veces que conseguimos quedar, como postre, Pablo nos obligaba a bebernos un chupito o dos de tequila, según él, era bueno para curar las heridas abiertas, “cuando escuece cura”, se empeñaba en recordarme siempre que intentaba escurrir el bulto y no bebérmelo.

A día de hoy no sabría decir si todo aquello que montaron Pablo y Ana ayudó a que no pensara tanto en Alejandro, pero sí que reconozco que me gustaba pasar tiempo con ellos, y eso me hacía sentir mucho mejor.

Y así, entre viñetas de Mafalda de un calendario de sobremesa, canciones y chupitos de tequila, llegó diciembre, y de pronto habían pasado tres meses desde que Alejandro se había marchado, noventa y un días sin él, dos mil ciento ochenta y cuatro horas que yo sentía que se habían desperdiciado porque no habíamos podido pasarlas juntos.

Yo era totalmente consciente de que estaba volviendo a ser la que era antes de conocerle, una Helena más gris, y él... supongo que allá donde se encontrara, sería un alma libre sin problemas ni ataduras mientras descubría países, sabores y paraísos que fotografiar. Solía pensar que luego, unos años después, le enseñaría a alguna chica nuevas fotografías expuestas en la pared de alguna cafetería de la ciudad.

Bueno, la cuestión era que en ese momento, con más perspectiva y con una herida que dolía pero ya no sangraba, empecé a entender muchas cosas, por ejemplo, que despedirse de alguien te da dos salidas: dejarte destrozado o puede darse el caso de que empieces a reencontrarte contigo mismo de nuevo. Haciendo memoria con la ruptura de Samuel me quedé sumida en un coma emocional y hecha un verdadero trapo, pero con la marcha de Alejandro fue diferente, sentía que no podía ni debía hundirme, que tenía que recuperar como fuera el control de mi vida y no perder el tiempo pensándole. No quería

olvidarle, tampoco podría haberlo ni intentado en aquel momento, pero algo dentro de mí me gritaba que necesitaba recuperar a la Helena que era cuando estaba con él, la que él descubrió y tanto me gustó. La quería por y para mí porque la echaba de menos, me echaba mucho de menos.

No dudaba ni por un segundo que quería que él volviese y me dijera todo lo que calló, pensó y no pronunció, pero ante todo quería y necesitaba volver a ser yo.

Creo que no me equivoco cuando pienso que nunca tuve elección para poder cambiar cómo sucedieron las cosas entre nosotros, ni al principio y mucho menos al final. Alejandro nunca me pidió opinión de cómo iba a hacer que sucedieran las cosas, y yo tampoco tuve la intención de dársela, siempre fue sincero, quizás no tan transparente como presumía, pero es cierto que nunca me mintió ni me dio falsas esperanzas.

Justo un par de días antes de que finalizara el año llegué a la conclusión de que pensar en él era absurdo, y según el diccionario de la RAE que descansa sobre el escritorio del despacho de mi padre, la palabra absurdo viene del latín *absurdus*, que significa, “Contrario y opuesto a la razón, que no tiene sentido”. Y así era exactamente cómo me parecía todo aquello, una sinrazón seguir pensando en alguien que hacía casi cien días que no estaba y separados por miles de kilómetros. Pero sobre todo era absurdo pensar en una persona que no estaba conmigo, por la más simple de las razones universales, que no quería estar. Él no estaba conmigo porque no me quería, nunca me quiso ni pensó en hacerlo, así de sencillo, sin dobleces, curiosamente como él insistía que le gustaban las cosas.

Aunque pueda parecer un sinsentido, llevando la vista atrás me sentía muy tranquila con mi comportamiento en todo momento, desde que lo conocí el día uno hasta que se fue el día treinta y uno. No me arrepiento de nada de lo que dije o hice. Reconocí en él lo que quería para mí, lo que creía que me

merecía, salté sin red y lo cogí, lo agarré todo lo fuerte que pude, pero no pude evitar que se me acabara escapando.

Aún repasaba cada una de las cosas que nos dijimos el último día que lo vi, cuando me dijo que se marchaba porque no quería sentirse de aquella manera... no quería quererme. Si cerraba los ojos aún podía ver su mirada frustrada, podía sentir la fuerza de sus brazos alrededor de mi cuerpo, la sensación de sus labios sobre los míos y el sabor de su saliva mezclada con el salado de mis lágrimas. Me marché y cerré la puerta de su casa sin mirar atrás, no soportaba que la última imagen de él fuera un Alejandro derrotado por las emociones y la realidad, así que me alejé de su casa en una especie de estado de *shock*. Lo había perdido, lo quería, lo amaba y simplemente desaparecía de mi vida.

Me imaginaba que él, en aquel momento ya finalizando el año, estaría en algún lugar de Asia y seguramente sería más feliz que lo fue estando conmigo. Yo, estaba sin él, quizás algo mejor que tres meses atrás, pero sin él al fin y al cabo. Y es cierto que yo ya no estaba encerrada en mi dolor, pero aún me sentía una especie de víctima colateral de su deseo de volver a viajar. Me dedicaba a luchar por salir adelante y aprender a vivir sin su presencia, sin el tacto de su piel y sin escuchar su voz, tarea nada fácil de llevar a cabo. Incontables veces busqué su contacto en el móvil y me quedaba mirando el botón de "Eliminar contacto" deseando que fuera algo mágico, como si al presionarlo lograra borrarlo, pero no sólo del móvil, sino también de mi cabeza. Pero tres meses después aún no había sido lo suficientemente valiente como para eliminar su maldito contacto, porque yo no era capaz de borrarlo de mi vida, ni tan siquiera de mi agenda de contactos.

2. ME ECHO DE MENOS

Tenía un par de semanas de vacaciones en Navidad y había decidido pasarlas en casa de mis padres, necesitaba cambiar un poco de aires, dar largos paseos por la playa y desconectar un poco del trabajo y el ajetreo de la ciudad. Pablo se fue a Asturias a mediados de diciembre y la próxima vez que lo veríamos ya sería en Año Nuevo. Ana tenía planes similares a los míos, irse al pueblo las fechas señaladas para estar con su familia.

La tarde del día de Nochebuena en el trabajo nos dieron permiso para salir a mediodía de la oficina, y la verdad, es que me vino de perlas poder llegar antes al piso para poder prepararme la maleta y así poder llegar pronto a casa de mis padres.

Le envié un mensaje a Ana preguntándole a qué hora iba a llegar a casa del trabajo, quería despedirme de ella y desearle felices fiestas antes de marcharme. Cinco minutos después de darle al botón de enviar mensaje me contestó que estaba llegando a casa. Pablo se había marchado esa misma mañana en avión a Oviedo, ya nos habíamos despedido de él la noche anterior y quedamos que en cuanto volviera tendríamos nuestra propia fiesta de Nochevieja aunque fuera con retraso.

Nada más llegar al piso me quité los tacones y el traje de pantalón gris marengo que llevaba y me puse unos vaqueros, un jersey de ochos rojo que no sé bien por qué únicamente me lo ponía en Navidad y unas botas de piel marrón. Busqué mi maleta bajo la cama y la coloqué sobre ella con la intención de meter todo lo necesario para pasar varios días en casa de mis padres. No había metido ni dos prendas cuando oí que abrían la puerta e inmediatamente escuché a Ana gritar desde el umbral.

—Hele, ¿estás visible? Vengo con mi hermano.

No había visto a Raúl desde la noche que salimos de fiesta a finales de agosto. Fue la misma noche que se me fue un poco la mano con el Sake y la ginebra, y luego a Alejandro se le fueron las manos y algo más en la escalera de su edificio. Sólo me permití recrearme en aquel recuerdo unos instantes, pero fue suficiente para que mi cuerpo reaccionara ante la imagen de ambos haciendo cosas que digamos no se deberían hacer en sitios públicos. Aparté a duras penas aquel pensamiento y recordé que esa misma noche Raúl, también algo perjudicado por el alcohol, dejó caer que cuando nos vimos por primera vez le había gustado, pero que en aquel momento su hermana le había impuesto una orden de alejamiento porque aún me encontraba algo jodida por Samuel.

Respiré hondo y volví al presente, diciembre, día de Nochebuena, mi habitación.

—¡Sí! Estoy preparándome la maleta, enseguida salgo —respondí.

No sé por qué motivo entré en el cuarto de baño, me arreglé un poco el pelo, me puse hasta un poco de colorete y brillo en los labios. No sé si quería que Raúl me viese bien y ya está, o más bien que me viese bien y luego se lo contara a Alejandro. Enseguida me di cuenta cuál era la opción correcta, suspiré por lo tonta que podía llegar a ser, me alejé del espejo y me dirigí hacia el salón con una sonrisa para saludar al hermano de Ana.

—Bueno, yo os dejo, voy a preparar las cosas que me hacen falta para irme —dijo Ana saliendo del salón.

—No tardes mucho, no quiero llegar tarde a casa de los papás —le dijo Raúl antes de que Ana desapareciera por el pasillo.— Hola, Helena, ¿qué tal todo? —Se acercó a mí y me dio los dos besos de rigor y su mano bajó hacia la parte baja de mi espalda presionándome ligeramente hacia su cuerpo. Aquel simple gesto supuso una gran sacudida en mi interior. Cerré los ojos y se me

erizó el vello, ese gesto era muy de Alejandro, e incluso en aquel momento hubiera jurado que olía muy parecido a él.

—Hola, Raúl... —logré decir a duras penas.

Posiblemente la realidad era otra muy diferente y el que yo estuviera buscando desesperadamente cualquier detalle que me recordara a él y así poder sentirle cerca, hacía que encontrara señales y similitudes con Alejandro donde ni por asomo las podía haber. Y era tan imbécil que en ese momento me bastaba y me sobraba con que fueran ficticias, producto de mi imaginación, aún siendo totalmente consciente de que no eran reales. Y entonces abrí los ojos y vi a Raúl, no a Alejandro. Gracias realidad por la bofetada.

Raúl indudablemente era un chico guapo, tenía cierto parecido con su hermana, ojos marrones y pelo rubio oscuro corto, no llevaba barba, vestía bien y era más alto que yo, quizás un poco más bajo que Alejandro, y tampoco tenía su magnetismo, su mirada que atravesaba, ni su voz... no era él, ni se parecía.

—¿Qué tal va todo? No nos vemos desde el verano —dijo sacándome de mis pensamientos.

—Sí, he estado un poco desaparecida por el trabajo... y demás...

—Sí, me imagino a qué te refieres. —Supuse que entendió a quién me refería cuando dije, “y demás”.

—Bueno, voy a seguir preparando la maleta que se me echa el tiempo encima —me excusé para poder escaparme y volver a mi habitación, ya que encontrarme con Raúl me había recordado sensaciones que no esperaba.

Antes de marcharme del piso me despedí de Ana, nos deseamos felices fiestas y me pidió que el Año Nuevo volviera la Helena que a ella le gustaba y que le prestara más atención a lo que tenía que a lo que ya no estaba. Y

tenía razón, ver fantasmas no me aportaba nada bueno, pero pensaba que aún no podía renunciar a buscarlo en cada vacío, en cada silencio, por si encontraba algo que me diera la esperanza que él iba a volver.

—Me ha gustado volver a verte, espero que disfrutéis los días en familia, Feliz Navidad y Año Nuevo. —Me acerqué a Raúl para despedirme, y al darle dos besos, él aprovechó para decirme algo en el oído.

—Espero que la próxima vez que nos veamos no pase tanto tiempo. —No tenía respuesta para aquello.

—Bueno, me marcho ya, que pierdo el tren, adiós. —Y cerré la puerta lo más rápido que pude. Cobarde Helena... cobarde.

Cuando llegué a casa de mis padres, fui a ayudar a mi madre en la cocina que, aunque sólo cenábamos nosotros tres, estaba haciendo un banquete digno de la realeza. Mi hermano Carlos y Mónica finalmente habían decidido no venir a casa a pasar las fiestas, no querían coger un avión por el avanzado estado del embarazo, al fin y al cabo ya sólo quedaban un par de meses para que Yaiza viniera al mundo y hacía una semana habían tenido una falsa alarma, así que Mónica estaba de reposo absoluto, y ni qué decir que a mi madre le horrorizaba la idea que le pasara algo si volaba, así que fue ella misma quien les pidió entre lágrimas que aunque les echaríamos de menos, lo mejor era que se quedaran en casa y ya nos veríamos en breve cuando naciera la pequeña.

Mi madre estaba realizando un trabajo minucioso de rellenado de champiñones cuando entré en la cocina. Como siempre solía hacer cuando llegaba, me senté sobre la encimera para picotear lo que quedaba a mi alcance, en aquella ocasión, virutas de jamón y queso.

—¿Ya has dejado la maleta en tu habitación? —me preguntó mi madre sin ni siquiera levantar la vista de sus champiñones.

—Sí, ya lo he colocado todo en el armario —respondí con la boca llena de

jamón y queso.

—Muy bien cariño, ahora deja de picar y ayúdame, anda. —Cogió el plato en el que estaban las virutas y lo dejó fuera de mi alcance ignorando mi mohín como respuesta a su gesto.— Coge unos tomates de la nevera y córtalos a rodajas.

—¡Oído, cocina! —Me bajé de un salto y abrí la nevera para acatar rápidamente su orden.

—¿Cómo va el trabajo? —dijo mientras levantaba un poco la mirada, lo justo para ver qué tomates había escogido, qué cuchillo había elegido y cómo los estaba cortando. Hola a todos, tengo el placer de presentaros a mi madre, Mercedes doña control.

Ya la veía venir de lejos, ella no solía ser muy sutil, pero cuando sabía que podía tocar algún tema escabroso iba con pies de plomo. Pero yo ya jugaba con ventaja, había pasado toda mi vida esquivando sus preguntas, ya conocía a la perfección su *modus operandi* y la cazaba al vuelo. La delataba su forma de mirarme, sus simples preguntas previas despreocupadas sobre el tiempo, mi trabajo, o mis compañeros de piso. Tenía muy claro que aquello era el prelude de la gran cuestión, lo que a ella realmente le interesaba saber.

—Bien mamá, como siempre. Creo que el año que viene va a haber algún cambio en la dirección y puede que me promocionen, pero no quiero hacerme ilusiones.

—Eso sería fantástico, te lo mereces y además ya era hora. Si te suben el sueldo quizás podrías permitirte alquilar algún pisito tú sola y tener más intimidad.

—Estoy bien como estoy ahora, me gusta compartir piso con Pablo y Ana.

—Bueno, la verdad es que así no estás tan sola... porque... una cosa... el chico ese tan guapo que vino a comer en verano no sabes nada, ¿no? —¡Ahí la tenéis, la gran pregunta!

Al poco de marcharse Alejandro sólo volví a casa de mis padres un par de

veces, o quizás tres, hasta esas Navidades. Preferí refugiarme en el piso y echarle la culpa al trabajo y a un par de simples catarros que para ellos los convertí en gripes.

El primer domingo que fui tras terminar las vacaciones, mi madre ya me preguntó por “el chico tan mono de la comida de verano”, y le dije que se había ido de viaje por Asia y no sabía nada de él. Mi padre escrutó mi cara al responder a mi madre e inmediatamente supo que era mejor que no se tocara más aquel tema, y supongo que él más tarde se encargaría de hablar con mi madre para advertirle que todo lo que tuviera relación con el chico que vino a comer en verano era tabú hasta nueva orden.

Pero ya se sabe... a mi madre la curiosidad por saber más del tema prohibido le mataba, también, todo sea dicho, la mujer estaba preocupada porque a su pequeña le habían vuelto a romper el corazón.

—Se llama Alejandro y no, no sé nada. Sigue de viaje, no creo que vuelva a verlo de nuevo —dije intentando simular que lo decía sin darle mayor importancia.

—¿Lo echas de menos? —Y por primera vez apartó la vista de sus champiñones para mirarme a los ojos.

—Qué va, mamá. Sólo éramos buenos amigos. —Mentira cochina.

—¿Seguro cariño que estás bien? Te noto tristonera desde hace tiempo. — Dejó la cuchara con la que estaba rellenando los champiñones y se acercó a mí.

—Yo estoy muy bien mamá, no te preocupes, de verdad... —De nuevo mentiras, pero necesarias dada la situación y la lágrima fácil de mi madre.

—Vale, mi amor. —Me dio un beso en la frente y me miró dándome a entender que habría podido engañar a «Rita la Cantaora» pero no a ella. A pesar de ello, gracias a Dios, había decidido dejar de insistir con el tema.

Me sentí mal, quizás debería compartir más cosas con mis padres, mi madre lo había intentado toda la vida, pero a mí no me salía y con mi padre que siempre había sido más fácil abrirme, ahora ya no era así. Quizás el dejar de vivir juntos acabó haciendo que me costara cada día más contarle mis cosas, además me excusaba con que la comunicación no verbal que siempre habíamos tenido seguía siendo tan buena que en ciertas ocasiones no veía necesario ni que llegásemos a hablar para decirle cómo me sentía.

La situación con mi hermano era similar a la de mi padre, siempre me había sido fácil abrirme, pero al marcharse a vivir a Canarias, la distancia también había enfriado un poco la relación. Aunque es cierto que cuando teníamos la oportunidad de estar juntos a los pocos minutos ya nos sentíamos como si nunca se hubiera ido. Pero esa vez fue diferente, desde que se había ido a finales de agosto no habíamos vuelto a tener una conversación como Dios manda, entre que yo no estaba muy habladora y él estaba inmerso en la paternidad, no habíamos tenido ni un momento de confesiones.

Aquella Nochebuena disfruté de una cena digna del mejor restaurante de la ciudad, en serio, creo que mi madre podría ser la primera ama de casa en recibir una estrella Michelin. Tras pasar una tranquila velada sin preguntas incómodas por parte de mi madre, que parecía que había desistido en su investigación, subí a mi habitación y me senté en el banco que hay bajo la ventana.

Siempre me ha gustado mucho esa parte de mi habitación, mi madre acolchó y tapizó el pequeño asiento con una tela de florecitas de estilo de la campiña inglesa, le puso cojines y lo convirtió en un rincón de lectura con vistas al mar que cualquiera mataría por tener.

Aquella noche recuerdo perfectamente que una luna llena se reflejaba sobre la inmensidad negra del mar, en el cielo despejado se veían las estrellas brillar con fuerza, tal y como lo hacían cuando Alejandro y yo hicimos el

amor en Cadaqués.

¿Debería dejar de decir “hacer el amor” cuando me refiero a lo que hacía con Alejandro?, ¿debería decir más bien: “follar”? Cuando uno de los dos está enamorado... ¿Se puede considerar que ya se está haciendo el amor, o es necesario siempre dos enamorados? Lo cierto es que yo creo que nunca supe hacer nada con él sin que algo dentro de mí se removiera, él me hacía sentir siempre más, yo estaba enamorada y a mi pesar seguía estándolo, así que supongo que para mí todo lo que hicimos juntos era “hacer el amor”, incluso tomar una cerveza en un bar.

Estaba absorta mirando por la ventana de mi antigua habitación cuando la puerta se abrió dejando entrar la luz cálida encendida del pasillo y enseguida pude ver la silueta de mi padre asomarse.

—Vaya... Creía que tenías alguna luz encendida, cómo ilumina hoy la luna —dijo mi padre.

—Sí, no hay ni una nube en el cielo y está llenito de estrellas.

—¿Puedo pasar? —preguntó antes de poner un pie en mi habitación.

—Por supuesto, papá —contesté y se acercó, apartó un par de cojines, se sentó junto a mí y dirigió su mirada al cielo a través de la ventana.

—Cuando eras una niña te solías quedar dormida hecha un ovillo en este banco, siempre tenía que cogerte en brazos y meterte en la cama. Recuerdo que un día tras leerte algunos pasajes de la Odisea de Homero, empezaste a jugar a que eras Penélope, según tú una princesa, y esperabas a que Ulises volviera a casa, y te pasabas horas sentada aquí mirando por la ventana buscando barcos que pudiesen traer a tu príncipe.

—Sí, me acuerdo, cada vez que veía un velero me ponía a gritar por la casa: ¡Ulises ha vuelto!

—Exacto, a veces lo llegabas a decir hasta cinco veces en una tarde. Tu

madre se ponía de los nervios porque la asustabas y creía que te había pasado algo. —Comenzamos a reírnos recordando los gritos que pegaba mi madre.— Helena... ¿Quieres contarme algo?

—Supongo que te refieres a que si quiero hablar sobre “los Ulises” que se marchan y abandonan a “Penélopes”. —Mi padre seguía conociéndome a la perfección y con él no valía la pena eludir el tema.

—Helena, no creo que tú seas una Penélope y tampoco pienso que tengas que esperar a nadie. La gente toma decisiones y tenemos que respetarlas, aunque no estemos de acuerdo y nos duela.

Y me eché a llorar, porque delante de mi padre no podía fingir, además, yo sentía que sí que me había convertido en Penélope y Alejandro en Ulises, y yo le esperaba, como decía Homero, como cantaba Serrat. Yo quería que volviera, necesitaba que me buscara, volver a vivir las mismas cosas y todo lo que nos quedó pendiente por hacer, y escuchar por fin todo aquello que nunca se atrevió a decir. Pero no podía seguir pensando así, porque los cantos de sirenas que emitían los países por explorar, los caminos por andar, lugares por descubrir estarían consiguiendo que él en aquellos momentos no recordara ni mi nombre.

—Cariño, ven aquí —Apoyé la cabeza en su hombro y seguí gimoteando como una niña.—Desahógate, llevas mucho dentro, siempre te empeñas en guardártelo todo y eso no es bueno. Además hija, disimulas fatal y siempre se te nota a la legua cuando te ocurre algo.

—Pues vaya mierda... —dije entre sollozos.

—Helena, es normal que te sientas así, te has enamorado y no ha salido como tú hubieras querido, pero ya has pasado antes por esto, sabes qué hay que hacer para superarlo, o al menos sobrellevarlo mejor.

—No es lo mismo, Samuel me engañó y decepcionó, nos hicimos promesas

que él no cumplió, odiarlo era fácil. Alejandro nunca me prometió nada, nunca me mintió, ¿cómo puedo dejar marchar algo que nunca fue mío? Le echo de menos... quiero estar con él y me duele muchísimo no poder estarlo.

—En esta vida hay que luchar por lo que uno quiere, pero también hay que saber elegir bien por lo que uno ha decidido pelear. Si él te importa y crees que tiene sentido, encontrarás la manera de hacerlo. Pero no puedes hundirte, tienes que ser más fuerte, aguanta, resiste y que nadie note cómo te sientes en realidad. Te he educado para ser una mujer fuerte, no me falles, pero sobre todo no te falles a ti misma, porque creo que no te lo mereces.

Aquella noche medité las palabras de mi padre, pensé que había llegado el momento de empezar a dejar atrás a Alejandro y que debía luchar por volver a ser quien era, porque a él le echaba de menos, pero también me echaba mucho de menos a mí misma. Ya no sólo la que era cuando estaba con él, también quería encontrar a una Helena que me gustara sin que tuviera la necesidad de estar con alguien, una Helena independiente, fuerte y con confianza en sí misma a la que no le diera miedo estar sola.

3. CERRANDO CÍRCULOS

Año Nuevo, vida nueva, al menos es lo que se suele decir, y justo lo que yo me propuse para aquel año. Iba a empezar a ser feliz, o al menos parecerlo tanto que acabara creyéndomelo. Sabía que iba a ser un proceso lento y costoso, porque me conocía y porque sufro de “Diógenes emocional”. Siempre me ha costado mucho deshacerme de recuerdos, momentos que me resisto a olvidar aunque sé que debo dejar de recrearme en ellos. Era consciente de que si continuaba pensando en Alejandro como lo estaba haciendo, nunca iba a llegar a aceptar que él ya no estaba y que probablemente nunca íbamos a volver a estar juntos.

Algunas de las normas que me autoimpuse fueron: dejar de contar los días y las horas que Alejandro no estaba conmigo, borrar la línea invisible divisoria que se había instaurado en mi vida, A.A. y D.A. (antes y después de Alejandro). Tampoco me iba a permitir volver a contar los cafés que me tomaba y los posibles kilómetros que andaba por los pasillos de la oficina desde que él se fue, tal como llevaba haciendo desde que volví al trabajo el uno de septiembre. Como podéis ver, había llevado la situación hasta ese día de una manera muy madura. Me había convertido en una triste e insulsa persona.

También me propuse dejar de hacer listas, nada de poner por escrito ni mentalmente las cosas que me gustaban de él y las que no, porque la balanza siempre se acababa inclinando hacia el lado de sus encantos y virtudes, por tanto, no ayudaba nada y únicamente lo que conseguía era que recordara una por una todas las cosas que me enamoraron de él. Incluso, tenía tan mala suerte que algunos aspectos que estaban en la parte mala y oscura acababan pasando al lado bueno, porque parecía ser que según pasaba el tiempo aquellas cosas empezaban a parecerme detalles adorables de su personalidad,

ver para creer. Lo único que se quedaba inamovible en la parte mala y que releía como un dogma para que se me quedara grabado de una vez en la sesera era: No te quiso querer y No te eligió.

Otra idea de bombero que me surgió y que formó parte de mi gran plan para empezar a ser feliz, era pasar por los sitios que habían sido significativos y crear nuevos recuerdos sin que él fuera el centro de éstos, es decir, que los nuevos momentos sin su presencia taparan los antiguos. Para ello, una tarde le pedí a Pablo que me acompañara a tomar una cerveza a la cafetería Chico Ostra, el lugar donde solíamos quedar Alejandro y yo, pero la suerte no estaba de mi lado y justo aquel día estaba cerrado, mi plan ya fracasó estrepitosamente en el primer movimiento.

No tardé mucho en darme cuenta que aún tenía tan presente a Alejandro que cuando me encontraba en lugares en los que nunca había compartido con él, de alguna manera, también tenían su impronta, quizás por la canción que sonaba o por la comida, el vino, etc., había que estar muy ciego para no ver que escapar de su recuerdo iba a ser una ardua y cansada tarea.

Otro día por la tarde al salir del trabajo, en lugar de coger el metro hasta el piso, decidí coger el que me llevaba directamente a casa de Alejandro. Caminé los metros que me separaban hasta la plaza donde estaba su edificio y al llegar allí miré hacia arriba, y me volví a encontrar de nuevo con aquellos cristales que me devolvían impunemente mi reflejo, tal y como hicieron hacía ya casi cinco meses cuando me marché de allí por última vez. Respecto a aquel último día había una diferencia, una novedad que antes no estaba, un cartel de “Se Alquila” de una conocida inmobiliaria, y sin pensarlo dos veces saqué el móvil del bolso y llamé al número de teléfono que tenía ante mí.

Vale, reconozco que quizás no fue la mejor idea que he tenido en mi vida, pero fue algo casi inconsciente, prácticamente mi mano tuvo vida propia cuando marcó los números en el teléfono, al cuarto tono la voz de un hombre

contestó:

—Buenos tardes, dígame.

—Hola, buenas tardes... eh... he visto que alquilan un piso en el centro y me gustaría verlo, si es posible... —Claramente la estaba cagando, pero ya había puesto la directa y al parecer no tenía frenos.

—¿A qué inmueble se refiere?

—Mmm... Está en una tercera planta en un edificio de color granate, espere, le digo el nombre de la plaza. —¿Cómo era posible que ninguna de las veces que vine me fijara en el nombre de la plaza? Empecé a andar para buscar la típica placa con el nombre.

—Sí, no se preocupe, creo que ya sé cuál es. Es un piso de una habitación muy luminoso, ¿cuándo le vendría bien verlo?

—Pues la cuestión es que estoy en la misma plaza, si no es mucha molestia me gustaría verlo ahora. —Sabía que si no lo hacía en ese mismo momento no iba a volver a reunir fuerzas para volver aquí de nuevo.

—Ahora estoy en una visita muy cerca, en unos veinte minutos podría estar ahí, ¿le parece bien?

—Perfecto, gracias. —Lo sé, en aquel momento mi inteligencia brillaba por su ausencia.

Mientras esperaba a que llegara el hombre de la inmobiliaria, me senté en la terraza del restaurante que había en la misma plaza. Aunque era enero, el sitio tenía lámparas estufas, así que se estaba bien en el exterior. Pedí una manzanilla, estaba nerviosa y tenía el estómago hecho un nudo marinero. Iba a volver a entrar en su casa... ¿cómo no me iban a comer los nervios?, iba a volver a entrar donde habían ocurrido tantas cosas. Entonces, miles de recuerdos que había intentado enterrar se agolpaban en mi mente buscando de nuevo su sitio. También fue donde lo vi por última vez, y esa imagen

enturbiaba todo momento anterior feliz. Estuve a punto de levantarme y marcharme al menos cuatro veces, pero siempre ganaba mi parte inconsciente e idiota que me convencía que aquel acto era importante para cerrar círculos, para conseguir sentirme un poco mejor conmigo misma.

El hombre de la inmobiliaria llegó con unos diez minutos de retraso, pero quién era yo para juzgar a los impuntuales. Era un señor de unos cincuenta años, llevaba un traje oscuro sin corbata y un abrigo de color negro, tenía el pelo canoso al igual que su bigote, nos saludamos brevemente y empezamos a subir las escaleras mientras él me iba explicando las características del piso que nos íbamos a encontrar en breve.

—El piso sólo tiene una habitación, por tanto, es ideal para una persona sola o para una pareja sin hijos. No tiene ascensor, pero lo que va a ver cuando entremos compensa ese inconveniente, está totalmente reformado y con materiales de muy buena calidad.

Abrió la puerta y se apartó para que yo pudiera entrar primero.

—Desde la entrada se accede directamente al salón comedor y a su vez puede ver a su derecha la cocina de concepto abierto, como le he dicho es muy luminoso gracias a este maravilloso ventanal, la pena es que ahora ya es casi de noche y no podemos disfrutar de la luz natural que entra durante el día.

—No se preocupe me lo puedo imaginar. —Y tanto que podía...

Me acerqué y me coloqué frente al ventanal, como tantas veces había hecho antes, y por un segundo cerré los ojos e imaginé que había vuelto a los días estivales y en cualquier momento Alejandro aparecería tras de mí, me cogería de la cintura y comenzaría un caminito de besos por mi cuello hasta llegar al hombro. A pesar de que en el piso hacía frío, yo empecé a sentir calor, mi cuerpo se sentía más templado con el recuerdo de su presencia cerca de mí

cuerpo.

—Es un ventanal maravilloso, que además le explico que desde el exterior no se ve nada, en cambio usted puede disfrutar de las vistas al casco antiguo de la ciudad. Venga, sígame, le voy a enseñar la cocina y el resto del piso. Si mira hacia arriba puede ver el maravilloso techo con las vigas originales de la casa, esta pared de ladrillo de aquí también es original y el suelo de parquet es nuevo...

El hombre continuó hablando y yo iba detrás de él afirmando con la cabeza y sonriendo levemente a todo lo que decía, pero sinceramente no le estaba escuchando, no tenía que mirar lo que me indicaba y describía, porque yo sabía de memoria cada rincón de ese lugar. El piso conservaba los muebles, el sofá, la alfombra, la librería que él mismo había hecho, la cama con sus mesitas y la cómoda, pero faltaban sus cosas, sus libros, sus fotografías, su alma, y ya no olía a él. Se respiraba olor a cerrado, y la realidad por fin me abofeteó para que espabilara, él ya no estaba. Empecé a tener la sensación de que el aire de aquel vacío lugar cada vez pesaba más, que casi no había oxígeno, me ahogaba, me costaba respirar, su ausencia rebosaba en cada uno de los rincones y no dejaban espacio para mí, sentía como si el propio piso me estuviera echando, como él lo hizo de su vida, no podía quedarme allí más tiempo.

—Señorita, ¿se encuentra bien?, tiene mala cara —dijo el hombre mientras se acercaba a mí.

—Estoy un poco mareada... ¿le importa si salimos fuera? —dije mientras me desabrochaba los primeros botones del abrigo.

—Sin problemas, le explico en la calle las condiciones.

—Perfecto, gracias.

El hombre, muy amable, me explicó que el piso llevaba en alquiler hacía un

solo mes, me sorprendió, ya que hacía bastante más que Alejandro se había ido. Me explicó las condiciones, el precio y otros detalles, me dio su tarjeta y quedé en llamarle para comentarle mi decisión, por supuesto el educado comercial no iba a volver a saber de mí.

Cuando llegué a casa aún seguía con esa sensación de ahogo, aún me acompañaba el desasosiego que me había producido volver a estar en casa de Alejandro. Pablo y Ana estaban preparando la cena, yo no tenía hambre, tenía su ausencia atravesada en la garganta, necesitaba meterme en la cama y digerir un poco todo lo que había visto y sentido hacía escasamente una hora. Ante mi negativa a cenar, no dijeron nada, supongo que ya estaban acostumbrándose a la nueva Helena, la misma que yo estaba luchando por cambiar por la otra que sabía que ellos preferían, y que conste en acta que yo también, pero aún necesitaba tiempo para recuperarla.

Tras varias horas dando vueltas en la cama aún seguía despierta cuando alguien tocó a la puerta.

—¿Sí? —respondí.

—¿Puedo pasar? —Escuché la voz de Ana tras la puerta.

—Sí, claro. —Encendí la luz de la mesita y me incorporé apoyando la espalda en el cabecero.

—Hola, ¿te encuentras bien? —dijo mientras se sentaba en el borde de mi cama.

—Sí, disculpa, ha sido un día intenso y no me apetecía cenar, estaba algo mareada.

—¿Mucho lío en el trabajo?

—Algo así, ¿qué tal llevas el máster?

El año anterior Ana había decidido compaginar su trabajo como

fisioterapeuta en una clínica privada con la realización de un máster de fisioterapia infantil. Sé que se estaba esforzando mucho porque el trabajo le dejaba poco tiempo para estudiar, y últimamente solía ver la luz de su habitación encendida hasta altas horas de la madrugada.

—Bien, aunque un poco agobiada porque ahora vienen los exámenes, pero creo que tengo bastante controlado el temario.

—Me alegro mucho, verás como te va a ir genial.

—Espero... Oye Helena, ¿cómo estás? Sé que no quieres hablar del tema, pero sabes que Pablo y yo estamos aquí y puedes contarnos lo que sea.

—Lo sé, y siento mucho mi actitud, de verdad que estoy haciendo lo posible para no estar así con esta cara de acelga, sé que ya está bien de ir arrastrándome por la vida. No sabéis lo que os agradezco vuestra paciencia y no haberme dado ya un par de bofetones para que espabile de una vez, porque sé muy bien que me lo merezco.

—Tranquila, puedo entender por lo que estás pasando, pero te echamos de menos...

—Yo también me echo de menos... Pero ya está, me he propuesto que tengo que salir de este estado de adormecimiento, de dejar de llevar luto, por decirlo de alguna manera.

—Pues te agradecería que se lo dijeras a Pablo, porque al principio lo de las cancioncitas mañaneras estaba bien, incluso a veces uno necesita despertarse con alegría y demás, pero es que cuando me acuesto tarde y tengo que madrugar al día siguiente me levanto de muy mala leche y sólo quiero matarle... Además, este mes se le ha ido un poco de las manos el papel de Dj con la canción de *Stronger* de Britney Spears, esto ya empieza a rozar lo bizarro, y no sé si podré soportar la cancioncita los diez días que quedan del mes.

—Sí, la verdad es que este mes se ha lucido. Lo siento, de verdad, y gracias.

—Mientras lo dije no pude evitar reír.

—Qué tonta, no tienes que dármelas. Bueno, voy a ver si estudio algo antes de acostarme.

Se estaba levantando de la cama para marcharse a su habitación, cuando la sujeté del brazo para evitar de que se fuera antes que le dijera algo que necesitaba soltar.

—Ana, espera. ¿Puedo pedirte una cosa?

—Lo que quieras, dime.

Habían pasado casi cinco meses y no había sabido nada de él, tampoco sabía si estaba preparada para saber de nuevo, me daba miedo desconocer cómo me iba a sentir cuando alguien, quien no fuera mi cabeza, lo nombrara y me contara algo sobre él.

Le había dado bastantes vueltas sobre si sería buena idea preguntarle a Ana o no por Alejandro, yo sabía que ella tenía información de primera mano de cómo estaba y en qué lugar se encontraba. Él mismo me contó un día tumbados en la cama, que solía enviarles emails a sus amigos contándoles un poco qué tal iba el periplo y curiosidades de los países por los que iba pasando. Me comentó que ese ejercicio le permitía estar en contacto con su gente y a su vez, ir escribiendo una especie de diario de viaje.

Pensaba que quizás el saber de él quitaría un poco de peso a la losa de su ausencia con la que cargaba todos los días, hacerle tangible de nuevo, que no sólo existiera en mi memoria y en un par de fotos que guardaba en el móvil que había “robado” del álbum que colgó Ana en una red social de su fiesta de cumpleaños donde nos conocimos. Quería eliminar la incertidumbre de saber dónde se encontraba, si el país en el que estaba le gustaba, qué cosas habría visto y fotografiado, etc., así que en aquel instante decidí que lo mejor era

arriesgarme y le pregunté directamente a Ana.

—¿Dónde está? —No había necesidad alguna de especificar a quién me refería.

—¿Estás segura de que quieres saberlo?

—Sí, creo que lo necesito para pasar página...

—Ok, lo que tú digas, si crees que va a ser para mejor... Espera, voy a por el móvil. —Salió de mi habitación y en un minuto volvió a sentarse en el mismo lugar de mi cama.

—A ver... —Empezó a traquetear su teléfono.— El último correo que recibí de él fue hace un par de días... mmm... sí aquí está. —Abrió el correo en cuestión y empezó a leer en silencio.— Ha pasado el mes de diciembre en China tras pasar por Rusia y Mongolia.

No pude evitar sonreír al escucharle hablar de él, Alejandro volvía a ser real, volvía a existir en el mundo, no sólo en mi cabeza, otra persona estaba hablando de él y lo ubicaba en un lugar real.

—Y... ¿cómo está? —pregunté.

—Bien, ¿prefieres que te cuente por encima o te reenvío los correos? Cuenta cosas muy bonitas de los sitios que visita.

—Pues... reenvíamelos, por favor... Gracias, Ana.

Extrañamente me sentía mejor de lo que pensaba que estaría cuando supiese de él, por primera vez después de tanto tiempo, algo dentro de mí había cambiado, y era para bien.

—Ahora cumple lo que me has dicho, pasa página y vuelve, porque él quizás no lo haga —me dijo Ana antes de marcharse de mi habitación.

—Te prometo que lo haré.

4. REUBICACIONES

A la mañana siguiente de la conversación con Ana, llegué lo más temprano que pude a la oficina para poder hacer una cosa que se me había ocurrido mientras intentaba conciliar el sueño la noche anterior. Antes de que mis compañeros empezaran a llegar, imprimí un mapa del mundo que únicamente contenía el nombre de los países, con una cruz roja marqué Rusia, Mongolia y China, y tracé una línea entre ellos: él ya estaba ubicado en el mapa. Ahora me tocaba a mí, y marqué una cruz azul en España, yo también estaba ubicada. Nos separaban más de diez mil kilómetros, pero si cogía la pequeña regla que tenía en el bote de bolígrafos de mi escritorio, sólo nos separaban menos de diez centímetros, no parecía tanta distancia de aquella manera.

Extrañamente me sentía liberada, tal y como había pensado, quizá, la incertidumbre de no saber de él me estaba perjudicando más que ayudarme. De pronto, sentía que tenía más fuerzas para empezar mi proceso de depuración, poder empezar de cero de una vez, volver a ser una *tabula rasa* como cuando lo conocí, y además, he de reconocer que ser una espectadora de sus viajes no estaba tan mal. Me sentía más cerca de él, como si de alguna forma aún estuviera en mi vida. Alejandro no había desaparecido, no se había esfumado, seguía estando, sólo que lejos de mí, y es lo que me faltaba por aceptar.

En la hora del almuerzo preferí traerme el café a mi mesa para poder revisar mi correo personal, y comprobar si finalmente, como dijo Ana, me había reenviado los correos de él. Tenía tantas ganas de encontrarlos en mi bandeja de entrada... como de no hacerlo. Es que no sabía si quería saber tanto, o si estaba tan preparada como creía para ver que él estaba feliz cumpliendo sus sueños, mientras yo seguía igual de perdida que el día que me marché de su casa.

Igual que la curiosidad mató al gato, indudablemente el querer saber me pudo, llevaba el gen cotilla por cortesía de mi madre. Al abrir mi correo, allí estaban tres correos que Ana me había reenviado por la noche a las 23:32 horas con los asuntos: Rusia, Mongolia y China.

Mientras me tomaba un cappuccino de la máquina del pasillo de la oficina, pasee la flechita del ratón por el asunto de los tres correos durante un par de minutos, sopesaba el paso que iba a dar, si era tan buena idea como me parecía leer el contenido de éstos. Para qué engañarnos, estaba perdiendo el tiempo, claro que quería saber de él, soy una maldita kamikaze, si estaba bien aunque fuera sin mí lo quería saber, seguía enamorada de él, todavía sentía que formaba parte de mí, y necesitaba saber, leerle, aunque sus palabras dolieran, me compensaba.

Empecé por el inicio de su viaje, coloqué el cursor sobre Rusia y le di al botón izquierdo del ratón con el dedo índice, entonces el teléfono de la oficina empezó a sonar, cerré la ventana de mi correo personal inmediatamente y contesté.

—¿Sí? —contesté rápidamente.

—Helena, dice Friedrich que vayas en cuanto puedas a la sala de reuniones número tres, hay una *conference call* con Múnich.

—*Danke* (gracias) Kristin.

La secretaria de mi jefe había llamado justo a tiempo para que no pudiera escaparme con Alejandro a conocer Rusia. ¿Sería una señal para que no abriera los correos? Tendría tiempo para pensarlo, las videoconferencias con Múnich solían ser eternas y seguramente hasta comeríamos en la sala de reuniones, por tanto, no me quedó otra que aplazar hasta que saliera del trabajo, ya por la tarde, la lectura de los relatos de Alejandro.

Tras una tediosa y soporífera reunión con Múnich de casi cinco horas, por

fin fuera de la oficina, me senté en uno de los asientos del metro para volver a casa, tenía por delante cuatro paradas y unos veinte minutos de trayecto para poder leer el primer correo de Alejandro. Se cerraron las puertas del vagón y abrí una puerta que me llevaría a recorrer Rusia de su mano, en aquel momento casi estaba donde y con quien deseaba estar.

Fwd: Rusia, primera parada

¡Hola! Por algún sitio tenía que volver a empezar y me decanté por Rusia. Lo descubrí la primera vez que la visité y ha vuelto a suceder, lo más complicado con respecto a Rusia es obtener el visado, a partir de ahí, todo han sido experiencias fantásticas.

Mi comienzo no pudo ser mejor, la primera noche en San Petersburgo conocí a Viktor, un ruso de unos cuarenta años que sin hablar una palabra de inglés consiguió que pasásemos un par de horitas discutiendo amablemente de todo un poco (es increíble lo que puede dar de sí un bolígrafo, un papel y dosis ilimitadas de buena voluntad).

Moscú fue similar. Me encontré con dos personas de las más extraordinarias que he conocido durante mis viajes: Alberto, diplomático italiano que ha viajado por todo el mundo, ¡varias veces! y Liutauras, ruso de nacimiento, que está ultimando tres libros, entre ellos su autobiografía. Con gente tan interesante, mis ganas de seguir aprendiendo y viajando sólo pueden adquirir más convicción.

El tren que atraviesa Rusia (el famoso Transiberiano, más de 6.000 Km hasta Mongolia, unas 100 horas y 130 euros) es efectivamente parte de la diversión. Los billetes se compran por trayectos, y la clase más barata (plaskart), que además es la más entretenida, consiste en un compartimento abierto de seis camas, en vagones de hasta cincuenta personas, en tales condiciones el contacto con los locales es inevitable. En uno de los trayectos

mi vagón estaba principalmente ocupado por un regimiento de jóvenes soldados rusos (todos en forma envidiable, pelo rapado al milímetro y uniformes idénticos), y allí estaba yo, centro de su curiosidad, intentando responder a sus preguntas. La mayoría no tendrán nunca oportunidad de salir del país (como no sea para invadir otro), y por eso creo que valoran tanto el encuentro con un extranjero.

Me ocurrió un par de veces que conocí a gente en el tren (nocturnos en su mayoría), y que al día siguiente se “ocupaban” de mí (casi diría que me cuidaban): Natasha me dejó ducharme en su casa y me hizo de guía en su ciudad, Andrei me invitó a desayunar, comer y cenar con su familia e incluso me regaló su reloj (al cual ahora le tengo bastante apego). Con gente así viajar es todo un placer, y sinceramente, no creo que sean casos aislados. Quizás puedan ser algo fríos al principio, roto el hielo (a base de sonrisas, cerveza y vodka) son todo bondad y corazón.

Esta fue mi ruta en tren, de San Petersburgo, donde me di un atracón de cultura en el Hermitage (siete horas sin descanso), a Moscú.

De allí a Kazan (sorprendentemente musulmana, con una mezquita enorme), y luego Tomsk, con sus casas pintorescas de madera que se caen a pedazos, típicas en toda la región siberiana. Otro alto en el camino en la industrial y gris Krasnoyark y finalmente Irkutsk, punto de partida para visitar el lago Baikal (el más profundo del mundo), todo un remanso de tranquilidad, naturaleza y costumbres chamánicas.

Mi llegada al lago fue por la puerta grande. Me recogió (hacia yo dedo) una pareja de mediana edad que parecían amantes disfrutando de una escapadita, y en la primera colina mística se detuvieron y nos metimos tres vasazos de Vodka para honrar a los espíritus.

Perdido en el bosque del lago con Owen, británico que lleva tres años

viajando, nos encontramos con cráneos de animales, pilas de rocas, ramas extrañas y pañuelos atados a los árboles, vamos, igualito que en la película “El proyecto de la bruja de Blair”. Cuenta además una de las leyendas locales, que un baño en el lago otorga veinticinco años extra de vida. Orgulloso os comunico, que aunque el agua estuviese a punto de congelarse (tres grados medidos con termómetro) y el viento cortase la piel a tiras, conseguí mis añitos adicionales, obviamente, para seguir viajando.

Al finalizar el texto una foto con el siguiente título: Isla Olkhon - Lago Baikal. La imagen había sido tomada al atardecer, se podía ver un lago sin fin y un árbol con cientos de lazos anudados a él, de nuevo mis ojos veían imágenes que él había visto antes.

Me dio tiempo a leerlo dos veces más antes de llegar a mi parada, su voz dentro de mi mente me contó sus experiencias en Rusia, con la misma entonación que utilizaba cuando estábamos en la cafetería del Chico Ostra, donde me explicaba cada una de las fotografías expuestas y las aventuras que había vivido en aquellos lugares.

Por primera vez desde hacía tiempo lo sentí de nuevo cerca de mí, en cierto modo Alejandro había vuelto, al menos una parte de él no se había ido del todo y yo, de pronto, no me sentía tan sola y abandonada.

Aún tenía dos correos más reenviados por Ana: Mongolia y China, y aunque me muriese de ganas de leerlos, pensé que lo mejor era tomárselo con calma, saber de él poco a poco, tal y como él hizo con las fotografías que tenía expuestas en la cafetería. Leería el de Mongolia la semana siguiente, así ese día me resultaría menos duro, me despertaría con él, con su voz de nuevo describiendo lugares maravillosos.

Reconozco que, aunque suene patético, al bajar del metro me senté en un banco antes de salir de la estación y volví a releer de nuevo el relato de Rusia

con el único objetivo de encontrar cualquier referencia que me hiciera ver que aún pensaba en mí, que aún formaba en cierta manera parte de él como él de mí, pero en sus líneas no encontré nada, y entre ellas tampoco.

No sabía bien con qué asiduidad solía escribir, pero parecía que una vez al mes aproximadamente enviaba un relato, por tanto, hasta mediados de febrero Ana no volvería a tener noticias tuyas. Tampoco sabía dónde estaría en esos momentos, posiblemente ya habría dejado China atrás.

Él seguía viajando y yo echándole de menos, él viviendo y yo sobreviviendo, él sin acordarse de mí y yo sin olvidarme de él, y lo que más me torturaba: ¿Cuánto tiempo íbamos a estar así?

5. EL PERCANCE

La noche del sábado diecisiete de enero, sobre las cuatro de la mañana, Ana y yo nos despertamos de un salto con los gritos de Pablo en medio del silencio de la noche.

—¡Hostia puta! ¡Me cago en todo...! Dios cómo duele... ¡Joder! —Oíamos perfectamente cómo gritaba Pablo a pesar de tener la puerta cerrada de su habitación.

Ana asomó su cabecita por la puerta de su habitación y yo hice lo mismo desde la mía, las dos nos miramos en silencio esperando el siguiente grito.

—¡Joder, me cago en todo lo que se menea! —Ahí estaba de nuevo.

—¿Qué estará pasando ahí dentro? —me preguntó Ana.

—Creo que anoche llegó acompañado a casa, a saber lo que están haciendo... creo que prefiero no saberlo —le contesté levantando los hombros.

—Pues creo que no le ha salido muy bien, o quizás los gritos forman parte de algún juegucito...

—A mí no me parecen gritos de placer, precisamente...

No había terminado la frase cuando la puerta de la habitación de Pablo empezó a abrirse lentamente y salió una chica rubia con una camiseta de tirantes un poco manchada de sangre, en braguitas y descalza.

—Lo siento, lo siento, voy a pedir ayuda —dijo antes de cerrar la puerta, darse la vuelta y ver mi cabeza y la de Ana asomadas y expectantes desde nuestras habitaciones.

Curiosamente pareció no sorprenderse de nuestra presencia. La pobre parecía que estaba como en estado de *shock*, creo que ya tenía bastante susto

encima para impresionarse por algo más.

—¡Rebeca, vuelve dentro! —gritó Pablo desde su habitación.

La chica se quedó en medio del pasillo mordiéndose las uñas y Ana no dejaba de mirarme como si yo supiera qué debíamos hacer en aquella situación. Visto que mi querida compañera de piso no tenía ninguna intención de abrir la boca ni de mover un dedo, abrí mi puerta del todo y salí a hablar con la chica.

—Hola, Rebeca ¿no? —Ella asintió en silencio.— Ok, yo soy Helena, compañera de piso de Pablo, ¿nos puedes contar qué ha ocurrido ahí dentro? —le pregunté lo más tranquila que pude, la pobre parecía un animalillo asustado.

—Hay sangre, y la sangre me marea... No sé qué ha pasado, estábamos... bueno ya sabéis... yo encima...Y de repente Pablo gritó y había sangre, pero no era mía... Yo creo que se le ha roto algo, pero se tapa y no para de gritarme —nos explicó la chica con la voz temblorosa y sin apartar la vista del suelo. Me pregunto dónde encontraría Pablo chicas tan raras...

—Vale, tranquila, vamos al salón que hay una manta en el sofá, tápate con ella y esperáanos ahí. Ahora sacamos tu ropa, no te preocupes. Nosotras nos ocupamosde Pablo —le dije mientras le acompañaba al salón.

Dejé a la pobre chica asustada sentada en el sofá, me metí en la cocina y estaba preparándole una infusión cuando Ana apareció.

—Tienes toda la pinta de una psicóloga en medio de una catástrofe y por cierto... ¿Cómo que nosotras nos ocupamos de Pablo? Yo no pienso entrar, ¿no has oído cómo gritaba? Conmigo no cuentes.

—Ana, por favor, no me dejes sola en esto, voy a darle una manzanilla a la amiga de Pablo y voy a tu habitación, espérame allí.

Me acerqué a Rebeca y le di la taza caliente con la infusión.

—Tómatela, te sentirás mejor.

—Gracias —me contestó sin mirarme a la cara mientras cogía la taza. Se notaba que se le estaba pasando el susto inicial, se le podía ver en la cara que estaba dejando de estar catatónica y empezaba a morir de vergüenza por la escenita.

Ana me estaba esperando en el pasillo frente a la habitación de Pablo.

—No ha vuelto a dar señales de vida, ¿y si le ha pasado algo? —dijo Ana poniendo la oreja pegada a la puerta intentando escuchar algo.

—A ver, déjame. —Toqué a la puerta y al no recibir respuesta pregunté.— Pablo... Hola...¿Cómo estás?, ¿podemos pasar?

—Y una mierda vais a entrar. —Lo escuchamos alto y claro.

—Ves, está bien, entramos —le dije a Ana.

—Ha dicho que no entremos, así que ni borracha, entra tu sola.

—Ana, eres lo más parecido a un médico que hay aquí, si se le ha roto algo como dice la chica, seguro que tú sabes qué es y qué habrá que hacer.

—Helena, no sé yo... soy fisio, no médico ni enfermera.

—Vamos. —La cogí de la mano fuerte para que no se pudiera soltar.

Abrí la puerta lentamente mientras avisaba a Pablo de que íbamos a entrar y que se tapara lo que pudiera, porque no sabía lo que nos encontraríamos, y quería tener la oportunidad de ver lo menos posible de su anatomía.

—¡Ni se os ocurra entrar! —gritó Pablo.

—Tarde, estamos entrando ya... —dije mientras abría la puerta del todo y evitaba mirar hacia donde estaba él. —Tu amiga nos ha dicho que había sangre y por tus gritos parece que las cosas por aquí dentro no han ido bien, así que hemos venido a ver si podemos ayudar en algo, estamos preocupadas.

—No me voy a morir, joder, sólo que ahora mismo me duele mucho —dijo

con voz lastimera.

Ana cerró la puerta de la habitación al entrar detrás de mí. Pablo estaba sentado en la cama desnudo con una sábana manchada de sangre hecha un gurrño tapándose las partes.

—Pablo ¿qué coño ha pasado? —pregunté yo.

—Yo que sé, estábamos follando y creo que se me ha roto algo.

—Ana míralo tú —dije mientras ponía mi mano en su espalda y la animaba a acercarse a él.

La escena era ridícula, Pablo parecía una especie de gorila asustado y Ana una trabajadora del zoo que tiene que acercarse a un animal peligroso, y yo allí de mediadora. Miré a Ana con la intención de infundirle valor, o qué sé yo, y entonces ella me devolvió una mirada, llena de odio, en la que se podía leer claramente un “ya me la pagarás rebonica...” Volvió a mirar a Pablo, respiró hondo y cogió la pose de un profesional sanitario.

—A ver, Pablo, déjame ver un poco —dijo dando un pequeño paso hacia él.

—Ni de coña —contestó tajantemente él.

—Pablo, joder, deja que Ana lo vea. —Esto se iba hacer a eterno, y la verdad es que la sábana estaba bastante manchada de sangre, realmente estaba empezando a preocuparme lo que le podía haber ocurrido.

—Hostia, porque me tiene que pasar esto a mí... —se lamentaba de nuevo Pablo.

—Pues ya sabes... —respondí yo un poco exasperada.

—Lo que está claro es que por estadística en esta casa soy al único que le podía pasar —aclaró mirándonos a ambas.

—¿Por qué eres el único que tiene pene? —dijo Ana.

—No, joder, porque soy el único que folla.

—Qué gilipollas eres... aún estando desnudo y con la polla posiblemente rota es una suerte que no pierdas la gracia... —contesté sarcásticamente.

—No tengo la polla rota, joder.

—Eso lo decidirá Ana cuando dejes que lo vea —le dije a Pablo.— Venga acércate —dije mirándola a ella.

—Jolines, que yo no soy médico —me contestó Ana quejicosa.

—Pero sabes de músculos, y eso es un músculo ¿no? —Me estaba empezando a poner nerviosa la situación.— Pablo, apártate la puñetera sábana y deja que Ana eche un vistazo.

Ana se acercó, yo aparté la vista pero de reojo vi como Pablo levantó un poco la sábana por un lado, ella se inclinó, no miró más de dos segundos y frunció el ceño, se apartó y sentenció.

—Vale, nos vamos a urgencias, necesitas que un médico te vea eso, creo que se te ha desgarrado. Voy a por una toalla limpia para que te presiones la herida.

—Joder, joder, ¿es muy grave?... Por cierto, ¿dónde está la chica? —dijo Pablo volviéndose a tapar.

—No te preocupes por ella, está en el salón, creo que estaba un poco mareada por la sangre y asustada por tus gritos, yo me encargo de ella. Ve vistiéndote como puedas que nos vamos al hospital.

Cogí la ropa de ella del suelo, salí de la habitación y me dirigí al salón para hablar con la chica, que seguía sentada tal cual la había dejado unos minutos antes.

—Hola Rebeca, ¿estás más tranquila?

—¿Cómo está?, ¿está enfadado conmigo?

—Está bien, no te preocupes, es sólo que está asustado y ya sabes cómo son

los tíos, no quiere que lo veas así. Me ha dicho que cuando salgamos de urgencias y esté mejor, te llama. Toma, aquí tienes tu ropa, vístete y vete a casa a descansar. —Por supuesto que Pablo no me dijo nada de aquello, pero es que la chica me daba mucha pena, y no me apetecía nada echarla de casa de una patada, creía que ya tenía suficiente con el susto que llevaba en el cuerpo.

—Vale, muchas gracias.

Volví a mi habitación, me puse las zapatillas de deporte, unas mallas y una sudadera, y fui a la habitación de Ana para ver si ya estaba lista, también había optado por un look deportivo cómodo e ideal para las visitas nocturnas a urgencias del hospital. Toqué a la puerta de Pablo, para ver si había logrado ponerse algo.

Estaba sentado en la cama, también con un “look deportivo vamos echando hostias al hospital a las cuatro de la mañana” y cogí las llaves de su coche que estaban sobre su escritorio.

—Conduzco yo, venga en pie —le dije.

—Joder, hostia, mierda... cómo duele... —dijo mientras se levantaba lentamente de la cama.

—Deja de decir improperios que me estás dando dolor de cabeza, picha floja —dijo Ana desde el umbral de la puerta de la habitación con una sonrisa en la cara.

Claramente Ana empezaba a disfrutar de la situación, sabía que Pablo no tenía nada grave y se estaba vengando de todas las veces que él se había metido con ella para hacerla cabrear.

—Te mato Ana, si no me doliera tanto, te juro que te mataba —contestó él mientras andaba como si fuera una abuelita de cien años.

—Trátame mejor que soy lo más cercano que tienes ahora mismo a un

médico —respondió Ana con los brazos en jarras.

—Venga... Dejadlo ya, nos vamos. —Dios me debía de dar paciencia para lo que me quedaba de noche con estos dos.

Tras un trayecto de unos quince minutos en el cual Ana y Pablo no pararon de meterse uno con el otro, llegamos al hospital y tuvimos la suerte que no tardaron mucho en atender a Pablo. Mientras, Ana y yo nos quedamos en la sala de acompañantes esperando a que el médico saliera y nos dieran alguna información. Aproximadamente a la hora salió un doctor preguntando por los familiares de Pablo Lara.

—Estamos aquí —nos levantamos las dos a la vez para recibir al médico.—
¿Cómo está?

—Vuestro... ¿Amigo?

—Sí, sí, amigo, sólo amigo, compañero de piso —contesté rápidamente para no crear malentendidos.

—Bueno, pues está bien, pero vamos a tener que operarle. Es una pequeña intervención que durará más o menos una horita con anestesia local, por si queréis avisar a algún familiar.

—Gracias...

—Perdone, quería aclarar una cosa, nosotras no tenemos nada que ver con lo que le ha ocurrido a Pablo, vamos, que nosotras sólo compartimos piso con él y como somos amigos y demás, pues lo hemos traído al hospital... —le soltó Ana con la cara más roja que un tomate.

—De acuerdo, no se preocupe, no es necesario que me explique nada. En cuanto terminemos os avisaremos y podréis pasar a verle en planta —contestó el médico con cara de circunstancias antes de salir de la sala de espera.

—¿Pero por qué le has dicho eso? —le pregunté a Ana cuando volvió a sentarse a mi lado.

—Ay, yo qué sé, no quería que pensara que habíamos sido nosotras.

—¿Y qué más da? Al médico se la sopla quién y cómo haya sido.

—¿Cómo que qué más da...? —dijo en voz baja pero alterada.— Pues que no me gusta que la gente piense que somos unas cualquiera, que hacemos tríos y esas cosas... o que soy una desgarradora de penes.

—¿En serio, has dicho “unas cualquiera” y “desgarradora de penes” en la misma frase?... —Suspiré, dejé mi espalda descansar en el respaldo y empecé a reírme por su ocurrencia.

Estábamos esperando hasta que volvieran a salir a informarnos qué tal había ido la operación, cuando empecé a imaginarme a la madre de Pablo, que es más buena que el pan, recibiendo la noticia de que su hijo estaba ingresado en el hospital por un accidente sexual.

—Ana, estaba pensando que creo que no voy a ser capaz de llamar a la madre de Pablo y decirle que a su hijo le han roto la polla mientras follaba —le dije bastante seria y con semblante pensativo.

—Qué bestia eres, no le han roto el pene, sólo se ha desgarrado el frenillo... —Ana dejó de hablar y de repente y me miró con los ojos más abiertos de lo normal, como si hubiera descubierto la fórmula de la Coca-Cola. —Espera un momento Helena... Si Pablo se ha desgarrado el prepucio, entonces eso quiere decir que Pablo no conducía un descapotable.

—¿Qué? —la miré frunciendo el ceño sin saber a qué se refería exactamente.

—Ya sabes, que tenía capota... que no estaba... —dijo en voz baja señalando hacia sus partes.

—¡Ana! —grité bajito mientras le palmeo en el muslo por su comentario.

Y entonces rompí a reír y Ana no pudo hacer más que imitarme, nos moríamos de la risa, se nos caían hasta las lágrimas y el resto de la gente que estaba en la misma sala de espera que nosotras empezaron a mirarnos mal, pero no podíamos parar. Entonces nos levantamos y nos salimos fuera del hospital, para que nos diese el aire y poder calmarnos un poco. Pero cada vez que lográbamos respirar, nos mirábamos y volvíamos a descojonarnos de la risa acordándonos del comentario, mientras el pobre Pablo estaba en quirófano.

—Pablo casi tiene que perder su miembro para que tú vuelvas a reír con ganas, no tienes perdón Helena... —me dijo Ana ya más calmada.

Y tenía más razón que un santo, hacía varios meses que no me reía de aquella forma. Aquella noche fue un punto y aparte, volví a unirme más a mis compañeros y me di cuenta de que no quería correr el riesgo de perderlos, porque eran muy importantes para mí, les quería, eran parte de mi familia, y había estado casi cinco meses comportándome como una idiota con ellos y con el resto de mundo, escondiéndome entre fantasmas, penas y mis sábanas.

6. “ESTO FUNCIONA ASÍ, HELENA”

Cuando el doctor nos dio permiso, pudimos entrar a ver a Pablo, nos dijo que todo había ido bien y que en unas horas podríamos volver a casa. Sigilosamente Ana y yo entramos en la sala de postoperatorios en la que él se encontraba, tenía los ojos cerrados, me acerqué a él y le hablé bajito junto a la oreja.

—¿Estás despierto?

—Sí... —me contestó con los ojos aún cerrados.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Ana desde el otro lado de la cama.

—Mejor, pero aún no siento nada, creo que sigue todo dormido —respondió Pablo con voz pastosa de recién levantado.

—Nos ha dicho el doctor que en cuanto se te vaya el efecto de la anestesia y te encuentres bien nos podremos ir a casa.

Empezó a abrir los ojos lentamente, pestañeó varias veces hasta acostumbrarse a la luz de la habitación mientras nosotras permanecíamos en silencio.

—Vale... Oye gracias a las dos por... ya sabéis... por quedaros conmigo.

—Qué tonto eres, ¿cómo nos íbamos a ir? —dije yo.

—No habréis avisado a mis padres, ¿verdad?

—No, hemos decidido que ya les llamarías tú, no sabíamos cómo contarle a tu señora madre la situación —dijo Ana.

—Entiendo, yo tampoco sé aún siquiera si se lo voy a decir.

Mientras Ana y yo intentábamos animar un poco a Pablo, entró una enfermera con el pelo castaño y ojos marrones, no era muy alta pero tenía un cuerpo bien proporcionado y una carita muy dulce.

—Hola, Pablo, ¿cómo te encuentras? —Le apartó un poco la sábana.—
¿Sientes ya algo, como un hormigueo, quizás?

—Mmm... Sí y quizás siento más de lo que debería, creo que la culpa es de este hospital que tiene enfermeras muy guapas. —Este hombre no descansaba ni en un postoperatorio.

—Bueno, no te emociones mucho que no es el mejor momento y se te pueden saltar los puntos —dijo la enfermera sonriendo.— Te voy a dejar unos cuarenta minutos más para que descanses un poco, mi nombre es Estefanía por si necesitas cualquier cosa.

—Muchas gracias Estefanía, por cierto ¿de dónde eres?, porque ese acento tan bonito no es de aquí.

—Soy de un pueblo de Sevilla, Carmona.

—Mira qué bien, acabo de descubrir que me encantan las enfermeras sevillanas. —Ana y yo pusimos los ojos en blanco.

—Reposo, Pablo... —Volvió a sonreír, le tapó con la sábana y se dirigió a nosotras antes de salir del box.— Chicas controlad a vuestro amigo, que tiene mucho peligro. —Chica lista, mejor no acercarse mucho a él y menos con una cama de por medio.

—Ni lo dudes, intentaremos no tener que atarlo a la cama. ¡Gracias! — contesté yo mirando a Pablo con una desaprobación fingida.

El postoperatorio de Pablo en casa no fue mucho mejor, menos mal que Ana y yo trabajábamos y durante el día no estábamos en casa, y ahora que ha pasado el tiempo me veo en la obligación de reconocer públicamente que un par de días, o quizás alguno más, llegué tarde del trabajo a propósito para no tener que hacer de criada de las peticiones del señor Pablo, ¡pero si hasta se paseaba por casa con una bata de seda como si fuera un marqués!

Así que realmente fue Ana quien se ocupó más de él, directamente lo

cuidaba y mimaba como si fuera su novio o un hijo, mientras yo me las arreglaba e ingeniaba para escurrir el bulto siempre que podía. Con el accidente de Pablo y el estar más o menos pendiente de él durante esa semana, no pude leer los siguientes relatos de Alejandro. Aunque siendo del todo sincera, es posible que utilizara la situación que se vivía en el piso para retrasar la hora de volver a leerle y darme de bruces con la realidad: él estaba más que bien sin mí recorriendo el mundo.

Una noche, creo que fue un martes, Pablo nos llamó para que fuéramos a su habitación porque necesitaba urgentemente decirnos algo.

—Necesito ir al hospital —nos dijo nada más entrar las dos en su habitación.

—¿Por qué, qué te ocurre? —le pregunté yo.

—Me pica y me tiran mucho los puntos.

—¿Pero está hinchada y morada aún? —dijo Ana

—¿Tú como sabes eso, se la has visto de nuevo? —le pregunté a ella.

—Claro que no, me lo ha ido contando para saber si iba curándose bien — me contestó mientras cruzaba los brazos y miraba hacia otro lado.

—No está tan morada ni hinchada como antes, pero me tiran mucho los puntos.

—Eso es normal, es porque está cicatrizando —prosiguió hablando Ana.

—No sé yo... eh... no quiero arriesgarme, este es un asunto muy importante —insistió Pablo.

—Sí, digno de debate de estado. ¿No será que quieres volver a ver a la enfermera sevillana? —dije yo, no acaba de creerme que estuviera tan mal.

—No me importaría que me pusiera sus manitas encima de nuevo, pero no es eso, de verdad... me duele.

—Vale, pues que Ana vea y que ella decida —sentencié yo.

—No, no pienso mirar ahí otra vez, qué manía tienes con que se la mire cada dos por tres. Además, el jueves ya le quitan los puntos, sólo hay que esperar un par días —dijo Ana.

—Has estado cuidándolo todos estos días, seguro que la has visto en peores condiciones. Qué más te da a estas alturas de la película... —le intenté convencer, me olía lo pesado que se podía poner Pablo y no me apetecía para nada ir al hospital a aquellas horas.

—¡Eh! No habléis como si no estuviera delante. Ana, bonita, échale un vistazo, por favor, estoy preocupado, y si pierdo movilidad o algo —dijo Pablo mirando a Ana con cara de cordero degollado.

—Vas a perder los dientes del guantazo que te voy a dar, sólo te han circuncidado, es de lo más normal del mundo, se lo hacen hasta a los bebés recién nacidos —dije mirando a Pablo, qué cara más dura tenía.

—¿Perdona? Esto es mucho más, ha sido una reconstrucción en toda regla —me contestó Pablo muy ofendido.

—Ana, por favor... No quiero tener que ir al hospital ahora y tú tienes que estudiar, venga échale un vistazo, sólo un poquito, como de reajo aunque sea —le volví a insistir a Ana.

—Vaaale... —respondió suspirando, la pobre se estaba ganando el cielo aguantándonos.

—¡Bien, eres un sol! Yo mejor os dejo solos —dije mientras cerraba la puerta.

Me quedé en el pasillo esperando a que Ana saliera con noticias. A los pocos minutos salió ella con el semblante serio.

—¿Qué tal las cosas por ahí abajo? —Ana me miró en silencio con cara de

pocos amigos.— Vale... lo siento, en primer lugar, gracias por haberle mirado, y en segundo, ¿crees que tenemos que ir al hospital?

—No, está bien, es lo que le he dicho antes, está cicatrizando y es normal que empiecen a molestarle los puntos. Bueno, me voy a mi habitación, no tengo ganas de cenar y el viernes tengo un examen.

—Ok...

Me pareció extraño el cambio de actitud tan repentino de Ana, vale que le había visto las partes nobles a Pablo, pero no creo que fuera tan malo como para no querer ni siquiera cenar. Además, recordé que, si no contamos la noche del accidente sexual, Ana ya había visto a Pablo desnudo antes. Me lo contó cuando nos emborrachamos de *sake* y acabamos de fiesta con Alejandro y su hermano. Cuando caminábamos por la calle bastante perjudicadas y riéndonos hasta de nuestra sombra, me dijo, no muy sutilmente, que aquello tenía un tamaño considerable, puede que volver a verlo como su madre lo trajo al mundo le hubiera afectado algo más de lo que hubiera pensado.

Ana era preciosa y un amor de persona, pero desde que se instaló en el piso no la había visto nunca con ningún chico, y no porque le faltaran pretendientes, simplemente era que ella esperaba a alguien que le hiciera tilín abajo, pero también tolón más arriba. Y la comprendía perfectamente, porque hasta que no llegó Alejandro estuve dos años sin querer cerca a nadie que no despertara “algo más” en mí y que no sólo tuviera la habilidad de quitarme la ropa, sino también el miedo de volver a enamorarme, y únicamente alguien tan especial como él fue capaz de conseguirlo.

Entre unas cosas y otras hacía tiempo que no me sentaba a hablar con Pablo tranquilamente. Llamé a su puerta, abrí un poco y asomé la cabeza por el hueco.

—¿Puedo pasar? —pregunté desde el resquicio de la puerta.

—¿Tú también quieres verme la polla? —me contestó desde la cama.

—Qué imbécil eres —dije sonriendo mientras me sentaba en la silla de su escritorio y la arrimaba para estar más cerca de su cama.— Sólo quiero saber cómo estás.

—Estoy bien. Esto es una mierda, pero bueno hay cosas peores en la vida.

—Y tanto... Tómatelo como unas vacaciones, seguro que ella, —y señalé sus partes—, te lo agradece.

—Ella era muy feliz con el estilo de vida que llevaba, no sé cómo le sentará el cambio de look y tanto reposo.

—Estará muy guapa, no te preocupes por eso. —Y comenzamos a reírnos los dos.

—¿Y tú cómo estás, flor? —me preguntó él.

—Mejor, de verdad.

—Mi terapia musical va dando sus frutos, sabía que Britney Spears era lo que realmente necesitabas —Puse los ojos en blanco. —Y aún le queda a la chiquilla unos días más de actuación mañanera, ya estoy pensando en la de febrero.

—La verdad, que os habéis portado muy bien conmigo, y os lo agradezco.

—No seas tonta, no tienes que agradecer nada, a ti te rompen el corazón y aquí estamos, a mí me rompen la polla y aquí estáis, esto funciona así, Helena. Oye, por cierto, ¿Ana está bien? Ha salido de la habitación muy seria y me he quedado con una sensación rara.

—Está estudiando, ¿no le habrás dicho nada que le haya hecho sentir mal?, sabes que ella no es como yo, a mí me puedes soltar cualquier barbaridad, pero ella es más sensible para estas cosas.

—Lo sé, joder, no le he dicho nada, hasta yo soy consciente de que no era el mejor momento para gastar bromas.

—Pues no sé que habrá podido ser... —Me levanté de la silla.— Bueno, voy a preparar algo de cena, ¿quieres algo?

—Lo mismo que tú te hagas está bien.

—¿Filete de pollo empanado y verduras a la plancha?

—Perfecto cariño. —Y me dedicó una sonrisa perfecta.

—Si no te quisiera tanto, te iba a aguantar tu tía. —Me agaché y le di un beso en la frente.

Tras cocinar mi plato y el suyo, se lo llevé a su habitación con una bandeja. Pablo no se podía quejar, lo tratábamos mejor que a un marajá.

—Oye, llama a Ana que venga, he pensado algo, os voy a proponer una cosa —me dijo Pablo mientras le colocaba la bandeja de comida sobre la cama.

Salí de su habitación y toqué la puerta de Ana.

—Ana, ¿puedes venir un momento a la habitación de Pablo?

—¡No pienso volver a mirársela! —gritó ella sin ni siquiera llegar a abrir la puerta.

—¡Qué no es eso... ven, por favor! —le contesté gritando también para que me pudiera oír.

—¿Qué pasa? —dijo ya con la puerta abierta.

—Ven, Pablo quiere proponernos algo —le contesté aún asomada desde la habitación de Pablo.

—¿Nos quieres pagar por los cuidados? —dijo Ana, ya con nosotros en el cuarto.

—Ni de coña, además, sé que, aunque no lo queréis reconocer, os encanta

cuidarme, y una de las dos habéis tenido algún que otro privilegio como...

—Vale, ¿qué quieres proponernos? —interrumpí a Pablo, no quería que cabreara mas a Ana.

—¿No será un trío..? —preguntó Ana con cara de susto.

—Cómo estamos hoy, que no es eso. Bueno, a ver la fiesta de Nochevieja que tenemos atrasada. Os propongo irnos de fiesta en unas dos semanas. Ese sábado vamos a celebrar: mi recuperación, la nueva sonrisa de Helena, y que los exámenes de Ana habrán salido genial. ¿Qué os parece? Aunque si preferís el trío lo puedo entender, si tenéis paciencia y esperáis a que me recupere del todo...

—Anda no me seas fantasma —respondí yo.

—A mí lo de la fiesta, y únicamente eso, me parece perfecto, pero sólo los tres, y no te puedes ir con una chica y dejarnos solas en la discoteca, que siempre acabas marchándote con alguna pelandrusca y olvidándote de nosotras —contestó Ana.

—Prometido, sólo los tres —respondió Pablo.

—Me apunto —dije yo.

—Perfecto, yo me encargo del restaurante para la cena y la discoteca, vosotras sólo de poner os guapas.

En dos semanas nos iríamos de fiesta, una parte de mí se moría de ganas de emborracharse, bailar y olvidarse de todo, pero otra parte no le apetecía ni pintarse los labios para salir. Pero tenía que hacerlo, me iba a empujar a salir y pasármelo bien, además, tenía dos grandes razones para hacerlo, primero, por mí misma y luego, por Pablo y Ana.

Ya en mi habitación mientras me ponía el pijama pensaba en que ya era hora de abrir el siguiente correo de Alejandro y descubrir Mongolia de su mano.

Fwd: Mongolia, un antes y un después.

Mongolia ha dejado una huella profunda en mi forma de ver las cosas. Es un lugar absolutamente fabuloso donde la conexión con el entorno es inmediata e intensa: paisajes vastos e inalterados, gente humilde y hospitalaria, antiguas tradiciones aún presentes. Es un rinconcito que invita a sustituir lo superficial y lo banal por un retorno a la vida sencilla, a lo básico, a las cosas que realmente importan (me atrevería a apostar que consiste en algo de comida, un lugar protegido donde dormir y, quizás lo más trascendental, compañía agradable).

El viaje comenzó a principios de Noviembre, ya con un frío para adultos (con temperaturas oscilando entre -10C y -20C), y estuve acompañado esta vez por un grupo de cuatro franceses que encontré durante mis días previos en Rusia. Juntos organizamos una escapada inolvidable de dos semanas en una furgoneta 4×4 (con conductor y cocinera) por la Mongolia más salvaje (y sin lugar a dudas, la más auténtica): lugares sin electricidad, ni agua corriente, ni carreteras, ni señalizaciones, donde el WC con suerte es un agujero en medio de la nada, donde el té se toma con leche en polvo y sal (el azúcar es difícil de conseguir) y donde bajo un mismo techo, y directamente sobre la paja, llegamos a dormir doce personas (nosotros y una familia).

Son muchísimos los recuerdos que han colaborado con esta idea tan romántica de que es posible vivir feliz con poquito. Aquí van tres de ellos:

1- Nómadas: Las familias nómadas viven en un Yur o Ger, que es una tienda de campaña redonda con una estufa en el centro que funciona a base de biocombustible y que también hace las veces de cocina. Estas familias viven aisladas las unas de las otras y cambian dos o tres veces al año de ubicación en busca de los mejores pastos. Además, y salvo en las ciudades, la tierra en Mongolia no tiene dueños (no pertenece a nadie) con lo que se pueden instalar donde les plazca. La hospitalidad forma parte de su cultura.

Así, cualquiera que llame a su puerta es invitado a pasar a sentarse en su cama, a beber un té y a picar unas galletas o queso casero. Si coincide que están preparando algo de comer, lo compartirán contigo. Por supuesto también te puedes quedar a dormir, en cuyo caso sí que se les paga algo de dinero (unos tres euros).

2- Desierto del Gobi: Este es un lugar mítico del que estoy seguro que habéis oído hablar y no defrauda. Las dunas de arena dorada se perciben desde muy lejos y crecen hasta convertirse en montañas cuando uno llega a la base. A mí que me encantan los desiertos, no se me ocurre ninguna manera mejor de expresar gráficamente el concepto de libertad: correr desnudo sobre las dunas sin otra referencia visual que todas esas colinas de arena a tu alrededor. Por supuesto, lo hice, un sueño cumplido.

3- Caravana de Caballos: Como parte de la aventura incluimos tres días a caballo en paisajes montañosos de película. Éramos en total una caravana de nueve personas y doce caballos (tres de ellos con las provisiones y los sacos de dormir), cabalgando a través de ríos y pasos de montaña cubiertos de nieve, cerca de lagos y cataratas heladas, sobre bosques fantasmales que han crecido entre rocas volcánicas, y colina arriba colina abajo. Lo mejor de todo era cuando el jefe guía nos lo permitía y la emprendíamos al galope sobre los llanos (aunque son pequeños, los caballos mongoles son fuertes y veloces). Éramos como auténticos vaqueros.

Simplemente espectacular.

Supé al instante que Alejandro por fin había encontrado lo que había ido a buscar, libertad, volver a sentirse él mismo, sin duda era feliz, ese era su verdadero hábitat, no la ciudad, tampoco estar conmigo. Yo no fui capaz en ningún momento de sustituir las emociones que él encontraba en esos lugares, yo sólo fui una especie de sucedáneo que podría valerle de forma limitada, sólo por un tiempo finito.

Y para variar, volví a cometer el error de intentar leer entre líneas alguna palabra escrita dirigida solo a mí, algún mensaje escrito secreto que únicamente pudiera reconocer yo, que me hiciera ver que aún aparecía en sus pensamientos, que los momentos que vivimos aún los tenía presentes aunque sólo fueran como un esbozo de lo que realmente significaron.

Seguramente él ni siquiera supiera que yo leía sus relatos, mi email no estaba en su lista de contactos, ¿por qué iba a mandarme una señal a través de las palabras que enviaba? Tenía que dejar de soñar despierta y poner, de una vez, los pies en la tierra.

7. OJALÁ LA VIDA DE VEZ EN CUANDO FUERA SUEÑO

Lo que restó de enero Pablo prosiguió con su recuperación, Ana recluida en su habitación estudiando para los exámenes del máster, y yo... yo la verdad es que estaba mejor, y además, por fin, me habían ascendido en el trabajo. No es que no pensara en él, es simplemente que empezaba a ser como algo aprehendido. Recrearme en los momentos que habíamos vivido juntos se había convertido en una acción involuntaria, al igual que mi corazón bombea sangre sin yo pedirlo y respiro sin darme cuenta, mi mente lo había convertido en una constante de mis pensamientos.

Febrero llegó sin pretensiones y con él una nueva canción que nos amenizaba las mañanas, “*I will survive*” de Gloria Gaynor, un clásico de superación de rupturas para nuestros despertares. Pablo nos convenció para que celebrásemos nuestra Nochevieja atrasada a mediados de mes, exactamente el sábado catorce o más conocido como San Valentín, el día de los enamorados, un asco, vamos. Le dije a Pablo que quizás sería mejor cambiar de fin de semana la fiesta, prefería estar en casa encerrada un día en que todo está decorado con corazones y parece que las parejas se acuerdan de que deben amarse. Mi plan perfecto hubiera sido no sacar la cabeza de debajo del nórdico hasta el día quince, o incluso el lunes dieciséis, por si aún quedasen rescoldos de pasión en algún rincón de la ciudad.

El jueves nos dijo que no había nada de lo que preocuparse, había elegido un restaurante el cual no disponía de menú especial de San Valentín. Por tanto, la posibilidad de que hubieran parejas encoñadas y decoración de corazones, era menor, y por otro lado, la discoteca a la que íbamos celebraba la fiesta

especial de “San Solterín”, ideal para la situación sentimental en aquel momento de cualquiera de los tres. Pablo se lo había currado tanto, que no tenía excusas que inventarme para que no saliéramos ese día.

....

Abrí los ojos y vi a Alejandro emergiendo de entre mis piernas con su pelo revuelto y largo como el día que lo conocí. Estiré mis brazos para sumergir mis dedos entre sus mechones, sus ojos azules me miraban fijamente, mientras una de sus manos alcanzaba mi pecho y lo apretaba con fuerza, cerré los ojos para disfrutar de su tacto.

—Mírame, no cierres los ojos —me pidió.

Obedecí y su cabeza volvió a sumergirse en mí, y entonces noté cómo su lengua empezaba a lamer mis pliegues, lo deseaba tanto que seguramente no tardaría en llegar al clímax, ¿cómo no iba a hacerlo? Era él, solo él era capaz de hacerme sentir así. Metió uno de sus dedos, preparándome para lo que vendría después y que yo tanto deseaba. Estaba a punto de llegar, pero había algo que me impedía conseguir el ansiado orgasmo.

Subió por mi cuerpo hasta que su boca llegó a la altura de la mía y comenzó a besarme, cómo echaba de menos sus besos, la sensación de sus labios pegados a los míos, su lengua enredándose con mi lengua, su saliva, mi sabor, era la perfección hecha beso. Entonces noté cómo se introducía en mí de un solo movimiento, como a él le gustaba, hasta el fondo de mis entrañas, para que no me quedaran dudas de que en cierto modo mi placer le pertenecía. Mi cuerpo estaba hecho por y para él, y a su vez, el suyo también era para mí. Siguió penetrándome lentamente mientras mis manos recorrían su espalda y cuando noté que él estaba a punto de correrse, susurró en mi oído, “Perdóname”, y abrí los ojos de golpe.

Me desperté de un salto, sudando, tardé unos segundos en ubicarme. Había

sido tan real, que me toqué los labios con la yema de los dedos y juraría que estaban hinchados por sus besos, bajé la mano, aparté el elástico de mis bragas y me toqué, estaba mojada. Alejandro era capaz de meterse en mis sueños y excitarme más que cualquier persona que pudiera estar físicamente a mi lado, aquello no era para nada justo.

Tenía que sacármelo de dentro, la excitación que me había provocado empezaba a dolerme, así que empecé a acariciarme, rozando el clítoris con mi dedos, una vez tras otra con un movimiento casi sincronizado con mi agitada respiración, no gemía, no emitía sonido alguno para que nadie me pudiera oír. Entonces noté que se aproximaba, el hormigueo, la ola se acercaba y me dejé llevar, por primera vez desde que él se fue, me corrí, con él, sin él, y dije su nombre en voz baja, como a él le gustaba, como él me lo pedía cada vez que estábamos juntos.

—Alejandro...

Abrí los ojos de nuevo, la habitación estaba oscura, desde hacía meses siempre intentaba dormir con la persiana lo más bajada posible para que ningún rayo de sol se colara, y me hiciera pensar en un estado de semiinconsciencia que él podría estar durmiendo a mi lado. Dejando en la cama todas las sensaciones y recuerdos de él, suspiré y me levanté para hacer frente a un nuevo día, subí la persiana y me dirigí directamente a la ducha. Al salir de ésta, me puse unas mallas, una sudadera y con el pelo aun húmedo fui a la cocina para desayunar.

Eran las nueve y media de la mañana, Pablo seguía durmiendo y Ana habría salido a correr, porque la puerta de su habitación estaba abierta y no había rastro de ella. Cuando empezó a estudiar el máster comenzó la rutina de salir a correr todas las mañanas, y a pesar de haber terminado ya la época de exámenes, seguía haciéndolo. Según ella, el *running* engancha y luego no puedes dejarlo tan fácilmente. Intentó en varias ocasiones arrastrarnos a

Pablo y a mí para que la acompañáramos, pero no obtuvo colaboración alguna por nuestra parte y no tardó mucho en darnos por perdidos.

Pensé que tras la mañanita que había pasado soñando y pensando en él, quizás había llegado el momento de volver a leerle, Ana no me había vuelto a enviar ningún correo nuevo, pero intuía que no tardarían en llegar noticias de él. Cogí el portátil de mi habitación, lo coloqué sobre la barra de la cocina y con una taza de café caliente en mano, empecé a viajar, esta vez a China.

Fwd: China es fascinante

Estuve recorriendo China durante treinta días en diciembre que me han dejado tan buen sabor de boca que es muy probable que regrese a finales del mes de febrero.

El trayecto final en Rusia y Mongolia ya fueron mostrando indicios de la identidad y del exotismo asiáticos, pero China quedará para siempre como mi primera inmersión seria en el lejano oriente.

Puede resultar obvio que lo mencione, pero todo es tan diferente: las tradiciones, la comida, el comportamiento, la religión, el lenguaje, etc. Mis días allí se convirtieron en un descubrimiento constante de nuevos sabores, olores, formas y gestos. Además, la gente es muy amable y curiosa (incontable el número de veces que me pidieron tomarme fotos con ellos), con lo que explorar y aprender se vuelven acciones accesibles e inevitables.

Para empezar, le dediqué diez días a Pekín, paseos interminables por la ciudad intentando perderme, disfrutando con los puestos de comida callejera que es sensacional y muy sabrosa (mi estómago, que parece estar forrado de acero, por ahora no se queja). Pasé por la impresionante Ciudad Prohibida, el complejo de palacios donde residía el emperador y la corte (incluidas las concubinas, algunas de las cuales eran seleccionadas a través de primigenios concursos de belleza). Descansé en parques enormes y muy

bellos (sobre todo el Palacio de Verano y el Templo del Cielo), donde la gente mayor se congrega para practicar su afición favorita (taichí, salsa, yoyó, cometa, flauta, ping-pong, cartas, dominó, kung-fu... de todo se ve).

Me perdí en los hutongs, barrios laberínticos de casas viejas en bajo y baños públicos que se localizan por el olor. Caminé unos cuantos kilómetros en una solitaria gran muralla que se pierde literalmente de vista (por cierto, que la muralla no sirvió de mucho, pues Gengis Kan desde Mongolia la burló, y dominó China durante un siglo enterito). Sobreviví a centros comerciales para volverse loco (mercado de la seda y de la perla) con varias plantas de puestos uno tras otro, gritos, regateos y las mejores falsificaciones del mundo. Fue una sorpresa encontrar edificios ultramodernos como el complejo olímpico o los rascacielos de los distritos de negocios.

Después de la capital me fui en busca de ambientes algo más rurales hacia la parte central del país. Muy bonitas las grutas budistas (Datong, Leshan o Luoyang) que consisten en miles de estatuas de buda (desde varios centímetros hasta más de setenta metros de altura) talladas directamente sobre la roca en la colina.

Pingyao encajó con la imagen romántica que tenía de una ciudad china antigua, protegida por una muralla aún en pie, ha guardado la apariencia y el ritmo tranquilo de antaño: casas con patio interior, calles de artesanos, tejas grises, farolillos rojos, templos de Confucio, hornos de leña.

Tuve un día maravilloso de senderismo en la montaña sagrada de Hua-Shan, donde hay un templo en cada uno de los cinco picos principales, a los que se accede mediante peldaños de granito entre pinos y acantilados vertiginosos.

En Xian, además del ejército de soldados de terracota (increíble que tengan más de dos mil años), me resultó muy sugerente la influencia árabe que data

de la época de la ruta de la seda, y que se deja ver en mezquitas, turbantes, cominos, kebabs de cordero y mercadillos que parecen zocos, vendiendo desde pájaros en jaulas artesanales a remedios milagrosos, pasando por fruta y hasta viagra.

Continué hasta Chengdu en Sichuan, reputada por la comida muy muy muy picante de la que doy fe yo y mi ausencia del sentido del gusto durante un par de días, y por el centro de cría de pandas, ¿sabías que cuando nacen pesan apenas doscientos gramos, no tienen pelo y son tan feos que incluso la mamá panda primeriza se asusta y puede llegar a no quererlos?

Descendí hasta Chongqing, de la que seguramente no hayas oído hablar jamás (era mi caso) pero que resulta ser una urbe con más de treinta y un millones de personas y que tiene el encanto de ser caótica, sucia, infestada de rascacielos y mercados callejeros a partes iguales que atestiguan la falta absoluta de orden y concierto.

Desde allí tomé el crucero de cuatro días que surca el río Yangtze (el tercero más largo del mundo). El tiempo no acompañó y la niebla había veces que no nos dejaba ver ni las orillas, si a esto le añades que donde antes había gargantas espectaculares ahora hay agua (anegadas tras la construcción de la presa más grande del mundo), pues nos queda un panorama más bien anodino. Sin embargo, al ser yo “casi” el único extranjero a bordo (también había una pareja, pero no salieron mucho de su camarote privado) no tuve un sólo momento de tranquilidad.

Como te decía al principio, muchísimas cosas que hacer y descubrir. ¡Quiero más!

Terminé de leer con la misma sensación que las dos veces anteriores, Alejandro era feliz y creo que había llegado el momento de que yo también lo fuera. Él había encontrado “sus sitios” en el mundo, yo estaba en ello, me

estaba costando, pero estaba más que dispuesta a encontrarlo. No había mensajes ocultos, sólo palabras de fascinación por el país que había recorrido. Yo fui, un día, similar a un país para él, me viajó, me descubrió y luego cruzó la frontera y se marchó a Rusia. Quizás la mejor opción que tenía era que yo también le empezara a ver como una parada en mi viaje, una estación en la que bajé, un lugar del que me obligaron a exiliarme y coger el primer tren que pasara cuando el verano se terminó.

Estaba sumida en mis pensamientos con la taza de café ya vacía en mi mano cuando oí los primeros acordes de una canción desde la habitación de Pablo. “Hoy para mí es un día especial pues saldré por la noche podre vivir lo que el mundo no está cuando el sol ya se esconde...”. La canción “Mi gran noche” de Raphael sonaba a todo volumen en el piso, en ese momento abrió la puerta del piso Ana.

—¿Qué pasa? Se oye la música desde el ascensor —dijo mientras cerraba la puerta principal y se quitaba los cascos del Mp3.

—Es Pablo, creo que se nos ha vuelto loco del todo... —respondí yo.

Entonces el culpable del concierto matutino apareció en la cocina aún con el pijama puesto.

—No, guapa, no me he vuelto loco, es que esta noche va a ser nuestra gran noche. “¡Qué pasará, qué misterio habrá. Puede ser mi gran noche!” —Se marchó canturreando hacia el baño para ducharse.

8. (MALDITAS) CASUALIDADES

Llegó nuestra “Gran noche”, como la calificó Pablo, y estábamos dispuestos a olvidarnos de los problemas, de las personas que se fueron, de los accidentes nocturnos, de los exámenes, del trabajo, e íbamos a celebrar ascensos laborales, aprobados y valorar a las personas que permanecen a tu lado a pesar de todo.

Ana y yo nos pusimos unos vestidos espectaculares, yo me decanté por uno gris marengo ceñido hasta las rodillas con un buen escote y mi cazadora de piel negra. Ana eligió un vestido tipo *babydoll* de cuadros escoceses con cuello blanco tipo bebé y una cazadora de piel muy parecida a la que llevaba yo también de color negro, y ambas con zapatos de tacón de unos doce centímetros, los cuales maldeciríamos habérmolos puesto en más de una ocasión durante la noche. Bien maquilladas y pelo alisado, no recordaba la última vez que nos habíamos arreglado tanto para salir. Pablo, que aunque siempre iba de punta en blanco, aquella noche tampoco se quedó atrás, iba muy guapo, tupé impecable, pantalones vaqueros oscuros ceñiditos, camisa blanca y jersey, según él, color buganvilla, el color de la temporada, según Ana y yo, lila.

Cuando nos reunimos en el salón para salir hacia el restaurante, Pablo nos miró de arriba abajo, y creo que hasta le tiró la cicatriz de cierta parte por la mueca que hizo, y es que no quiero ser exagerada, pero es que esa noche Ana y yo estábamos de toma pan y moja. Tras repasarme rápidamente de arriba a abajo, Pablo se detuvo en Ana, porque ella es esa clase de mujer que, sin ser espectacular, consigue eclipsar a las demás cuando aparece en un lugar.

Llegamos al restaurante y, como prometió Pablo, en la decoración no había corazones ni nada por el estilo que diera a entender que era el día San

“maldito” Valentín. Habían algunas parejas, eso sí, pero como suele haber cualquier sábado cenando en un restaurante.

Durante la noche nuestro lema fue, “Nunca digas No cuando te ofrezcan algo de beber”, y esa frase se convirtió en lapidaria cuando aún no eran ni las doce, y ya nos habíamos bebido dos botellas de vino blanco entre los tres y varios chupitos de postre.

Llegamos a la discoteca ya con el puntito, casi diría mejor con el puntazo de alcohol en el cuerpo, pero de eso se trataba, de salir, pasarlo bien y olvidarse de todo aquello que nos hacía sentir mal y nos ponía tristes.

El local tenía muy buena pinta. Un Dj desde la cabina pinchaba música de moda, y pesar de ser relativamente grande había gente allá donde miraras. Pablo me indicó con gestos que le siguiera, ya que escucharle con el volumen de la música era complicado. Cogí a Ana de la mano hasta que llegamos a una especie de reservado en el cual ya había algunas personas dentro hablando con sus copas en la mano. Pablo saludó al chico que estaba en el acceso, éste inmediatamente nos apartó el cordón de terciopelo rojo y nos dejó pasar. Al subir un par de escalones pude ver mejor que había un sofá de color negro corrido que rodeaba todo el perímetro del reservado y en el centro varias mesitas bajas, una barra privada en un lateral y una pequeña zona despejada de mobiliario para bailar.

—¡Qué nivel Maribel! ¿Pablo cómo has conseguido que nos deje pasar? — le preguntó Ana.

—Uno de los dueños es cliente del bufete y me llevo bastante bien con él.

—Vaya con Pablete y sus contactos... El sitio no está nada mal —dije yo mientras le palmeaba suavemente la espalda.

—Venga, vamos a pedir algo, la primera ronda la tenemos pagada — comentó Pablo mientras se dirigía hacia la barra del reservado.

A pesar de mi última experiencia en verano con la ginebra, volví a pedir lo mismo, era una apuesta segura, ¡estaba tan buena! Nada más terminar la primera copa, Ana me cogió de la mano y me pidió que la acompañara a la pista a bailar un rato. Pablo prefirió quedarse en el reservado hablando con un compañero del bufete con el que se había encontrado.

Cuando pisamos la pista, empezó a sonar “*Animals*” de Maroon 5. Comenzamos a entremezclarnos entre la gente hasta llegar a un pequeño claro y empezamos a movernos. Cerré los ojos y me dejé llevar por el ritmo de la música, mecía mi cuerpo casi levantando los pies del suelo, alzaba los brazos, necesitaba dejar de pensar de una vez por todas, yo también quería ser libre, como él lo era lejos de allí.

Noté cómo unas manos se posaron suavemente en mis caderas, mi primera reacción fue apartarlas, nunca he soportado que un desconocido me tocara, pero algo en su tacto me era familiar, el calor que emanaba, su olor tampoco me era extraño, no me hacía sentir incómoda, sentía su respiración cerca de mi cuello, supe al instante que no era un desconocido. Me giré lentamente, con cierto miedo, para corroborar lo que empezaba a sospechar. Cuando estuve frente a él, abrí los ojos y lo miré. Sus ojos marrones y una media sonrisa me respondieron lo que yo ya intuía, tras más de dos años sin vernos estábamos de nuevo cara a cara.

—Hola, Samuel —vocalicé, aunque no sé si mi voz llegó a salir, y si lo hizo, no creo que llegara a escucharme por culpa de la música.

—Hola, Hele. —Se acercó a mi oído rozando con su nariz mi cuello.— Eres la única chica que conozco que cuando baila se vuelve más guapa todavía.

Mi impulso fue marcharme de allí, huir y evitar intercambiar más palabras con él, volver a la seguridad del reservado y poner entre los dos todos los metros que me permitiera la discoteca. Cuando me iba a marchar, me cogió

de la mano para impedir que pudiera moverme un centímetro de su lado.

—Espera, no te vayas, quiero hablar contigo —me dijo posando su mano bajo mi espalda para acercarme aún más a él y pudiera escuchar lo que me decía.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar —le contesté dirigiendo mi cabeza a su oreja, pero, a su vez, intentando dejar una distancia prudencial entre nosotros. Medía cada uno de mi gestos porque no quería que notara que estaba nerviosa por su presencia.

—Vayamos a la barra y tomemos algo juntos. Hace mucho que no nos vemos y me apetece mucho hablar contigo.

—La cuestión es que a mí no me apetece especialmente —contesté de la manera más fría que pude.

—Por favor, Hele... —y lo dijo poniendo esa mirada que yo tan bien conocía. La misma que hace años no me permitía negarle nada y él lo sabía.

Estaba distinto, más delgado y atlético, ya peinaba algunas canas pese a ser joven. En ese momento tendría unos treinta y dos años, pero era cosa de familia, su padre y sus hermanos tenían la misma característica. No había envejecido, sólo habían pasado algo más de dos años desde la última vez que nos vimos, pero sí que percibía algo más de madurez en sus facciones. Su olor, su voz, su forma de mirarme y de hablar era exactamente igual que antes. Joder, era Samuel, el que yo consideré un día que era el amor de mi vida, mi pareja para siempre, el padre de mis futuros hijos, y ahora de nuevo lo tenía frente a mí, y no podía evitar, no sé si por la melancolía, los recuerdos sólo felices y bonitos que se agolpaban en mi mente, o tal vez la necesidad de volver a ser querida, la cuestión era que no podía evitar sentirme atraída por él. De pronto estaba fascinada por ese carisma que volvía a reconocer, ese magnetismo que tenía, no como el de Alejandro, era

totalmente distinto, pero ahí estaba imantándome de nuevo, como si no hubiera pasado el tiempo.

Ana aún seguía bailando en la pista, pero no se alejaba de mí, no dejaba de observar la escena intentando descifrar si el chico con el que hablaba y yo nos conocíamos o éramos sólo dos extraños que simplemente están tonteando en una discoteca.

—Helena, ¿va todo bien, volvemos con Pablo? —dijo ella alzando la voz para que pudiera oírla.

—Sí, todo ok. —Me separé de Samuel y me acerqué a ella.— Voy un momento a tomarme algo con él y enseguida vuelvo al reservado con vosotros.

—Vale. Oye, una cosa, el chico es guapo —dijo Ana intentando verlo mejor por encima de mi hombro.

—Ana, es Samuel.

—¿Samuel?, ¿tu Samuel? —Asentí con la cabeza.— Ostras, ¿y estás segura de que quieres irte con él?

—No me voy a ir a ningún sitio con él, sólo quiere hablar conmigo, no tardaré en volver con vosotros al reservado.

—¿Estarás bien? Ahora ya no me parece guapo, incluso creo que me da mal rollo...

—No te preocupes, de verdad. —Intenté tranquilizarla.

—Vale, os estaré vigilando desde el reservado. —E hizo un gesto con los dedos índice y corazón de sus ojos a los míos, para que me quedara claro que no me iba a perder de vista. Le respondí con una sonrisa.

Ana se dio la vuelta y se dirigió hacia el reservado, me giré hacia Samuel y con gesto serio le indiqué que podíamos salir del centro de la pista. Sin

dudarlo ni un segundo, me cogió de la mano y cruzamos la pista hasta llegar a la barra más alejada, pero también la más tranquila que había. Durante el trayecto mientras esquivábamos a la gente, miré nuestras manos unidas, él había entrelazado mis dedos con los suyos y su pulgar acariciaba el dorso de mi mano, como tantas veces, probablemente más de cientos, había hecho antes, era su característica manera de cogerme de la mano, y ahí estaba de nuevo, como si no hubiera pasado el tiempo.

Qué extraño era ver nuestras manos unidas de aquella manera de nuevo. Entre la música, la poca luz, el efecto del alcohol en mi cuerpo, no podría en aquel momento haber asegurado si aquello era real o era sólo un agradable sueño.

Una vez en la barra, me preguntó qué quería tomar. Primero pensé en una botella de agua para no empeorar mi estado y por las circunstancias en las que me encontraba, pero mi sentido común voló como cual pajarillo al abrir una jaula, y en lugar del agua salvadora, pedí de nuevo un *Gin Tonic*, exactamente igual al anterior. Me pareció que era lo mejor, podía estar siendo una imbécil kamikaze, pero al menos no iba a mezclar.

—Vaya, ahora tomas ginebra —me dijo él tras pedir las bebidas al camarero.

—Mis gustos han cambiado bastante estos últimos años.

—Estás guerrera...

—Te equivocas, lo último que me apetece ahora mismo es pelear contigo.

—Vale, creo que no he empezado con buen pie. Helena, me ha encantado volver a verte, nunca he dejado de pensar cómo estarías y qué tal te iría todo.

—Pues mi móvil nunca sonó para que me lo pudieras preguntar, aunque casi te agradezco que no lo hicieras. —No pensaba darle tregua.

Mentiría si no dijera que, al menos durante el primer año, hubiera matado

por recibir una llamada o un mensaje suyo, hasta hubiese olvidado su trato hacia mí los últimos meses juntos e incluso le habría perdonado que me dejara el día de Navidad por otra, así de inconsciente y estúpida era yo en aquel momento. Por tanto, siendo prácticos, me alegraba bastante que no se pusiera en contacto conmigo durante todo ese tiempo.

—No te quería llamar porque me parecía una falta de respeto. Me porté muy mal contigo, y aún hoy soy consciente de que no me habrás perdonado, de hecho yo tampoco me he perdonado a mí mismo por hacerte daño.

El camarero colocó las copas frente a nosotros. Yo no tardé ni un segundo en coger la mía y darle un buen trago dejándola casi a la mitad. Aquella situación me estaba sobrepasando un poco, tenía la boca seca y creo que mi cuerpo me pedía más alcohol para que aquello dejase de parecerme tan real.

—Gracias por no haberme llamado, de verdad. —Me terminé la copa de dos tragos más. —Bueno, mejor me vuelvo con mis amigos, me tendrás que disculpar pero no puedo decir que ha sido un placer volver a verte, porque aún no lo tengo del todo claro y a mí no me gusta mentir.

—Espera, Hele. —Me cogió del brazo de un modo posesivo, pero no de una forma brusca.— Queda conmigo un día, quiero que hablemos en un sitio más tranquilo, dame la oportunidad de explicarme como es debido, creo que te lo debo.

—No me debes nada y además, no sé si es buena idea. No te preocupes, creo que a estas alturas tú y yo ya no tenemos nada que decirnos.

—Por favor, es lo último que te pido, y luego si tú quieres no volverás a saber de mí. —De nuevo esa maldita mirada.

—¿Tienes el mismo número de móvil? —pregunté evitando mirarle directamente a los ojos o a su boca.

—Sí.

—Vale, te llamaré un día de esta semana. ¿Te parece bien?

—Más que bien, gracias, de verdad, es importante para mí.

—Me alegro que sea así. —Volví a mi frialdad inicial y me giré para volver al reservado.

—¿No me vas a dar ni dos besos de despedida? —me dijo antes de que pudiera dar el primer paso.

—Claro, disculpa. —No valía la pena complicar más las cosas, sólo eran dos besos cumpliendo una detestable norma social.

Pero los dos sabíamos que no eran dos besos cualquiera, eran de Samuel, la persona que había amado y casi venerado durante casi seis años y de nuevo, sentí sus labios cerca de los míos e incluso juraría, que en aquel momento, recordé el sabor de su saliva en mi boca, porque cuando me dio esos dos besos, lo reconozco, cerré los ojos y me dejé llevar al día en que nos conocimos. Reconozco que tuve la tentación de girar levemente mi cara para que nuestras bocas se encontraran.

Volví por unos instantes a la noche de aquel jueves universitario un pub, al que a día de hoy han cambiado el nombre como cuatro veces, pero que en su momento se llamaba “Potemkin” en honor a la película de Eisenstein, y en el cual Samuel y yo nos dimos nuestros primeros besos y caricias, a las que les siguieron muchas más íntimas hasta altas horas de la madrugada.

Me fui alejando de Samuel y llegué al reservado algo mareada, no sabía si a causa de la última copa o del gran reencuentro. Ana y Pablo me esperaban expectantes a que les contara qué había pasado con mi ex.

—¿Qué quería ahora ese imbécil después de tres años sin dar señales de vida? —me preguntó Pablo a bocajarro nada más pisar el reservado.

—Después de dos años, no tres. Quiere que quedemos para que pueda explicarse —contesté yo con cara de circunstancia.

—¿Explicar qué?, yo creo que está muy claro lo que pasó. ¿No habrás accedido, verdad? —Mi silencio contestó por mí a la pregunta de Ana.

—No me jodas Helena, es un capullo, tú misma me has contado lo que te hizo y lo mal que lo pasaste por su culpa.

—Ya lo sé, lo tengo claro, no he dicho que vayamos a volver, sólo voy a quedar una tarde con él a tomar un puñetero café y que me diga lo que cojones quiera contarme.

—Vale, discúlpame, quizás me estoy inmiscuyendo demasiado. —Se retractó Ana, mientras Pablo se limitaba a mirarnos.

—¿Pedimos otra ronda? —dijo Pablo sonriendo e intentando distender un poco el ambiente.

—¡Sí! —dijimos las dos al unísono.

Y ese es el último recuerdo que tengo más o menos lúcido de la noche, a partir de ahí vinieron más copas, bailes, abrazos con Ana y Pablo, declaraciones de amor, de amistad, e incluso creo que Ana llegó a echar una cabezadita en el sofá del reservado.

No volví a ver a Samuel en toda la noche, de hecho no lo busqué con la mirada, no pensé de nuevo en lo que había ocurrido, pero sí que pensé en él, en Alejandro, en la rabia que me daba que las manos que se posaron sobre mis caderas aquella noche no fueran las suyas, que el que me suplicaba volver a vernos y explicarse no fuera él.

9. “PUEDES BORRAR A UNA PERSONA DE TU MENTE. SACARLA DE TU CORAZÓN ES OTRA HISTORIA”

Resaca, es la única declaración que puedo hacer sobre cómo me levanté a la mañana siguiente. Al menos estaba en mi cama, que ya me parecía un hito. No me había desmaquillado, pero llevaba el pijama puesto. La parte de arriba estaba del revés pero en el estado en que llegué a casa, este hubiera sido el menor de mis posibles males.

He de reconocer que no recuerdo con nitidez todo lo que ocurrió en el transcurso de la noche, sé que no faltaba mucho para que fuera de día cuando nos fuimos de la discoteca, también tengo vagos y borrosos recuerdos de que Pablo fue quien controló un poco la situación, y consiguió meternos en un taxi mientras Ana gritaba algo como que deberíamos ir a desayunar churros y porras. Y ya no sé qué más pasó, ni la entrada en el piso, ni cómo me puse... ¿o sería mejor decir cómo pusieron el pijama? Debí caer redonda en la cama y permanecer en coma catatónico hasta el momento en que abrí los ojos pegados por culpa del rímel sobre la una del mediodía.

Me levanté de la cama, me dolían los pies, automáticamente recordé los malditos zapatos de tacón de doce centímetros, me dirigí al baño y antes de mirarme al espejo, preferí meterme directamente bajo el agua de la ducha. Pensé que lo mejor era ahorrarme el disgusto de verme con las mismas pintas que Amy Winehouse saliendo de un *after* en su mejor época.

Qué bien sentaba el agua caliente cayendo sobre mi dolorido cuerpo, si es que yo ya no estaba para este tipo de fiestas, ni para sustos, porque lo que sí

recordaba perfecta y claramente era el reencuentro con Samuel en la discoteca, y mi promesa de llamarlo para quedar la semana siguiente. Maldita la hora en que le dije que le llamaría para tomarnos un café.

Tras salir de la ducha, me dejé el pelo un poco húmedo, me puse unas mallas y una sudadera y salí al mundo exterior de mi habitación para ver en qué estado estaban el resto de los habitantes de la casa. Todo permanecía en absoluto silencio, la habitación de Ana estaba entreabierta y bastante iluminada, desde el pasillo veía que la persiana estaba subida, me asomé por el hueco de la puerta y vi su cama hecha. Me pareció raro, más que nada porque Ana no llegó en un estado mucho mejor que el mío, y a ella, me remito a resacas anteriores, le costaba bastante levantarse tras una noche como aquella. Por eso no acaba de convencerme que ella se hubiera levantado antes que yo e incluso hubiese arreglado su habitación, por tanto, raro, raro...

La habitación de Pablo estaba cerrada, así que supuse que él sí que estaría durmiendo y aún tardaría en levantarse. Fui al salón comedor y Ana tampoco estaba allí.

Me metí tras la barra de la cocina, preparé un zumo de naranja y un sándwich de jamón york y queso, mi desayuno/comida perfecto, no había nada que me sentara mejor un día que empezaba con una resaca de libro. Me puse a leer los titulares de las noticias en el móvil y mientras le daba el último sorbo al vaso de zumo, oí en el interior del piso que un par de puertas se abrían y cerraban, parecía que el resto ya empezaban a dar señales de vida.

Escuché cómo alguien se duchaba en el momento en que Pablo entró en el salón aún con el pijama puesto y se sentó en el sofá sin pronunciar una palabra, dejó la mirada fija, como perdida en el ventanal, e incluso me dio la impresión de que ni siquiera se había percatado de que compartíamos el mismo aire y espacio en aquel momento.

—¿Pablo? —pregunté con voz baja para no turbarle mucho.

—Mmm, perdona... —Desvió la mirada y la dirigió hacia mí.— Tengo un dolor de cabeza terrible, ¿qué tal te encuentras tú?

—Bien, supongo que con la resaca normal y que me merezco. ¿Y Ana?, ¿sabes algo de ella? Su habitación ya estaba arreglada y vacía cuando me he levantado.

—Está en el baño duchándose.

—Qué raro, juraría que no había nadie en el baño cuando he pasado por delante... —dije en voz alta, pero más bien era un pensamiento para mí.— Bueno, oye, que siento mucho lo de anoche, si no recuerdo mal, tuviste que cargar con nosotras como si fueras una niñera.

—No pasa nada, os lo debía por los cuidados de las semanas anteriores. — Pablo seguía con gesto serio.

—Ofrecí una imagen lamentable, ¿no?

—Menos de lo que crees, Ana fue bastante peor. Tú mantuviste más o menos la compostura hasta que llegaste a tu habitación. Intenté acostarte vestida, pero te empeñaste en ponerte sola el pijama. Decías algo como que según tu madre, el pijama era para dormir y el chándal para hacer deporte, por tanto, te empeñaste en cambiarte para poder meterte en la cama.

—Dios... es cierto, mi madre no soportaba que nos paseáramos en casa con el pijama...

—Intenté ayudarte, con todo mi respeto, que conste, pero decías que tú lo podías hacer todo solita, que no necesitabas a nadie y menos a un viajero cobarde de mierda, esto último son palabras textuales tuyas.

—Madre mía, qué vergüenza, ahora entiendo por qué me he despertado con la parte de arriba del pijama del revés. Lo siento mucho, de verdad.

—No te preocupes, no fue nada, además, estabas muy mona y graciosa diciendo aquellas cosas.

—Sí, seguramente sería la monda...

Entonces, apareció por el salón Ana, duchada y con la mirada baja, se sentó en el taburete vacío que había junto al mío.

—Buenos días —dijo mientras apoyaba los codos en la barra y dejaba caer la cabeza entre las manos.

—¿Qué tal te encuentras? —le pregunté.

—Maaal, dolor infernal de cabeza y de pies —dijo suspirando y sin mirarme a la cara.— Voy a tomarme un café y una aspirina, y señores, ese es todo el esfuerzo que pienso hacer hoy.

El día transcurrió sin más, Ana se encerró en su habitación excusándose de que tenía que preparar las nuevas asignaturas del cuatrimestre que empezaría en breve, y Pablo dijo que tenía que preparar un caso. Como el salón se quedaba libre, preferí quedarme allí y tumbarme en el sofá. Me apetecía ver una película y era lo único que aceptaba hacer aquel domingo resacoso.

La película elegida fue “*Eternal Sunshine of the Spotless Mind*” cuyo título fue horriblemente traducido al español como “Olvídate de mí”. Ya la había visto varias veces, pero es de esas películas que no me cansaba de ver, y creo que es de las pocas o la única que soporto a Jim Carrey. Su trama siempre me ha parecido genial, la idea de poder borrar a alguien de tu cabeza. Imaginaros lo que sería para mí en aquel momento, exacto, uno de los mejores descubrimientos que podría hacer el ser humano.

Y lloré al principio de la película, a la mitad y sobre todo al final, porque fui consciente que por mucho que yo lo intentara sabía que no podría olvidar a Alejandro. Seguramente acabaría rehaciendo mi vida con otra persona, quizás teniendo hijos e incluso mudándome de ciudad, quién sabe, pero algo dentro

de mí me decía con voz clara y sin titubeos que no iba a olvidarle nunca, sencillamente porque él era la persona, mi persona. Y sí, podré llegar a amar a otro, quizás ser muy feliz, pero él siempre será Él, como un punto débil, mi talón de Aquiles. La película dice una frase que me dejó en *shock*, como cuando alguien te dice una verdad absoluta la cual sabes, pero con la misma seguridad de que la conoces, sabes que no la quieres escuchar: “*Puedes borrar a una persona de tu mente. Sacarla de tu corazón es otra historia*”.

Pues vale, eso era lo que había. Aprendería a vivir sin/con él, no me quedaba otra, e incluso tengo que decir que llegado a ese punto ya me parecía hasta fácil y me veía muy capaz de conseguirlo.

Ana salió de su habitación, entró en la cocina y cogió una Coca-Cola Zero de la nevera, aproveché y le pedí otra para mí. Se sentó a mi lado en el sofá y me dio el bote de refresco.

—¿Qué película estabas viendo? —me preguntó mirando la pantalla negra de la televisión con los títulos de créditos finales pasando de abajo hacia arriba.

—”Olvídate de mí” —respondí sin más. Ana conocía la película, la habíamos visto juntas alguna vez.

—Peliculón, ¿y has llorado mucho?

—Sí... —¿Para qué mentirle?

—Era de esperar, discúlpame pero elegir esta película un día de resaca es una idea de pena.

—¿Qué tal tu dolor de cabeza, estás mejor? —le pregunté para desviar la conversación y no permitirle que fuera más allá con sus preguntas.

—Algo mejor...

—¿Pasa algo? Estás rara desde esta mañana.

—No, qué va, debe ser por la resaca y el empezar un nuevo cuatrimestre.

—Ok, y oye una cosa... ¿has recibido algún otro correo de Alejandro?

—No, aún no ha dado señales de vida. Por cierto, le envíe un email diciéndole que te estaba reenviando los correos.

—Ana... —le recriminé en voz baja.

—Helena, es mi amigo y no me parecía justo que no supiera que le estabas leyendo.

—Disculpa, tienes razón.

Y tanto que la tenía, era su amigo y ella no se sentía cómoda ocultándole que yo estaba leyendo sus correos, aunque no me hiciera gracia era comprensible que hubiera querido contárselo.

—Es mejor así, no me ha contestado, pero estoy segura de que no le importa. Bueno, me voy a mi habitación a seguir estudiando un ratito más.

Ahora él ya sabía que cuando escribiera sobre su viaje, yo estaría al otro lado leyendo sus palabras. ¿Cambiaría eso en algo sus relatos?, ¿omitiría ciertas cosas que él podría intuir que me podrían herir? Pues sinceramente no lo creía. Pensaba casi con seguridad que a él le importaba más o menos tres cominos que yo supiera lo que hacía o dejaba de hacer.

Entonces me vino a la mente Samuel, había apartado y postergado ese pensamiento durante todo el día. No me esperaba para nada que nos encontrásemos, de hecho, desde que conocí a Alejandro, podría contar con los dedos de una mano las veces que me había acordado de él. Para mí ya casi no existía, sólo era un vago recuerdo que no causaba ningún efecto en mí, ni bueno ni malo, nada, la nada más absoluta era lo que Samuel significaba para mí antes de aquella noche de sábado, ahora ya volvía a ser mucho más que «nada».

Todo había cambiado, verle y tenerlo cerca de nuevo, olerle, su tacto en mi piel, le había dado la vuelta a todo. Me provocaba una especie de rabia interna el hecho de que aún me afectara cualquier cosa relacionada con él, puede que sólo fuera algo biológico y que se escapara a mi elección, podría ser algo que yo no pudiera controlar, quizás alguna cosa relacionada con las hormonas, o puede que algo cerebral, o simplemente que yo fuera una gilipollas perdida y estuviera predestinada a tropezar dos veces con la misma piedra, o tres, o las que hicieran falta para que espabilara de una maldita vez.

Pensé que lo mejor era disponer de algo más de tiempo para poder sentarme frente a Samuel y escucharle. La cuestión era que, de repente, sentía que aún no era lo suficientemente fuerte para tenerle cerca de nuevo, algo así como que me tenía que entrenar y ser capaz de no ceder si surgía un acercamiento que seguramente me haría sentir bien en un primer momento, pero que luego únicamente conseguiría que me odiara y me detestara más a mí misma por ser tan imbécil de seguir siendo débil cuando lo tenía cerca. No quería darle más vueltas al tema, así que decidí enviarle un mensaje en aquel momento, antes de que me pudiera arrepentir.

Hola Samuel, esta semana tengo complicado quedar por temas de trabajo.

Si te parece bien, te aviso en cuanto podamos vernos. Un saludo.

Escribí y reescribí el mensaje varias veces antes de enviarlo, sobre todo el tema de la despedida, primero puse “Un abrazo” y lo borré, luego tecleé “Besos” y también le di a la tecla de eliminar, al final preferí, “Un saludo”: formal, educado y distante, del mismo modo que quería que fuera nuestra relación a partir de ahora, si es que habría alguna relación. Su respuesta llegó unos minutos más tarde diciéndome que esperaría lo que hiciera falta y que tenía muchas ganas de verme. ¡Genial!

Pasó la semana sin nada destacable, pero la cosa se complicó a finales, el sábado llamó mi hermano informando de que estaban en el hospital porque

Mónica se había puesto de parto. Mi madre me llamó histérica diciendo que teníamos que comprar los billetes de avión a Tenerife cuanto antes. Mis padres se fueron al día siguiente por la tarde, y yo preferí coger un vuelo que salía el martes, de esta manera, podría ir el lunes al trabajo e informar que estaría lo que restaba de semana fuera. Por suerte, ya le había comunicado a mi jefe anteriormente de que a finales de febrero con seguridad me cogería unos días de vacaciones por el nacimiento de mi sobrina, así que llegado el momento no me pusieron ningún impedimento cuando les dije que me iba de viaje a las Islas Canarias.

10. HACER NADA

Mi sobrina nonata en aquel momento me otorgó más tiempo de preparación para volver a ver a Samuel. Cuando cogí el avión el martes, mi hermano aún no era padre, resultó que el parto se había parado, así que mandaron a Mónica a casa. A finales de semana la volverían a mirar para ver si se lo provocaban, ya que había salido de cuentas hacía unos días. Afortunadamente, el vuelo de vuelta lo había comprado para el domingo y así poder volver al trabajo el lunes, si todo iba bien, podría conocer a mi sobrina e incluso pasar unos días con ella.

En el aeropuerto le envié un mensaje a Samuel comentándole los últimos acontecimientos y que no volvería a casa hasta el domingo. Pensé que informarle era lo mejor para evitar que pensara que le estaba dando largas, ni yo misma entendía por qué razón me tomaba tantas molestias en que no se sintiera rechazado. Le propuse vernos el jueves cinco de marzo. El muy capullo en lugar de contestar a mi mensaje con otro, me llamó. Mis ganas de hablar con él estaban bajo cero, pero tampoco me parecía correcto no contestar, mi maldita educación y yo.

—Hola —contesté al descolgar.

—Hola, vaya sorpresa, me alegro mucho de que vayas a ser tía, felicita a tu hermano de mi parte. —Su voz de nuevo me hacía sentirme rara.

—Gracias, pero en serio ¿quieres que le felicite a mi hermano de tu parte?

A mi hermano nunca le cayó del todo bien Samuel, al igual que yo soy protectora con él, a su vez él lo era conmigo, y además, según él, Samuel tenía una actitud de prepotente que no soportaba, y ese aire de pseudo-intelectual que tampoco aguantaba. Todo esto sumado a que luego me engañó y me dejó, hacía que mi hermano no pudiera verlo ni en pintura.

—Bueno, la verdad es que lo he dicho sin pensar, no le hará mucha gracia, ¿no?

—Sinceramente, ninguna.

—Bueno, pues te felicito a ti porque vas ser tía, ya verás como es genial. Yo estoy enamorado de mi sobrino.

—¿Tienes sobrinos?

Samuel tenía un hermano mayor que él, Jorge, que mientras yo formé parte de su familia cambió de pareja como cuatro veces. Siempre comentaba que él no tendría hijos, al igual que lo aseguraba Samuel, que siempre me dijo que el tener hijos no entraba en sus planes y como yo en aquella época tampoco me lo planteaba, le di la importancia justa. Siempre pensé que, llegado el momento, ya hablaríamos del tema con la absurda seguridad de que cambiaría de idea porque nos queríamos, y el amor lo puede todo... y demás supergilipollices.

—Sí, mi hermano tuvo un nene, se llama Mario, es una pasada.

—Vaya, qué sorpresa, tu hermano con hijos, me alegro.

—La gente cambia Helena, tenemos que quedar y ponernos al día, han pasado muchas cosas en este tiempo que estoy deseando contarte.

—Sí, han pasado muchas cosas... Bueno, te tengo que dejar que estoy en el aeropuerto y acaban de abrir la puerta que embarque. —La conversación empezaba a ponerse más íntima, y no me sentía cómoda.

—Ok, ya me dirás qué tal ha salido todo, ¡un beso!

—Sí, adiós.

Qué habilidad tenía Samuel para parecer que las cosas entre nosotros estaban genial, por un momento me hizo pensar que el tiempo no había pasado, que él nunca me había engañado ni me había dejado, e incluso que

aún estábamos enamorados. Pero la realidad era todo lo contrario y lo único que me despertaba Samuel era rabia, e inevitablemente algo de curiosidad, para qué engañarme. Y aunque no me hiciera ni pizca de gracia, me atraía volver a sentir esa especie de paz y tranquilidad que se respiraba cuando estábamos juntos, y ahora sin esperarlo, había vuelto a atisbar la posibilidad de sentirla de nuevo sólo con escucharle.

Llegué al aeropuerto del norte de la isla antes de que anocheciera, mi hermano y mi padre me estaban esperando. Nada más verlos, para no perder la costumbre, corrí hacia ellos y me colgué de mi hermano como si fuera un koala. Otra vez volvíamos a estar juntos, y aunque él ya tenía bastante con lo del inminente nacimiento de su hija, yo necesitaba tener un momento de tranquilidad con él y contarle cómo iban las cosas, poder sacar todo lo que llevaba dentro desde que Alejandro se fue, y Carlos era la única persona que podía hacer que me sintiera mejor.

Tras besos y abrazos, llegamos a su casa en un pueblo al noroeste de la isla, Puerto de la Cruz, donde también se encuentra el hotel en el que trabajaba. Dejé la maleta en el recibidor y entramos al salón, Mónica estaba sentada en una pelota gris enorme como las que se utilizan en las clases de Pilates, moviendo el culo hacia un lado y a otro.

—¡Hola, Helena! —Nada más verme paró de moverse y alargó la mano para que mi hermano la ayudara a levantarse.

—Hola, ¿cómo estás? —Me acerqué a ella una vez estuvo de pie.

—Pues mira, tu sobrina que no se decide y yo ya no puedo más —me decía mientras se tocaba la abultada barriga.

Mi hermano me había enviado ecografías y fotos de cómo iba cambiando el cuerpo de Mónica, pero cuando se puso en pie y se acercó a darme un abrazo, me pareció que la pobre estaba enorme, aquella barriga me pareció

descomunal para el pequeño cuerpo de Mónica, que antes de estar embarazada era similar al mío. Me preguntaba cómo podía andar erguida y que no se fuera en cualquier momento de morros.

Aproveché los días que estuve en la isla para pasear, coger el coche de mi hermano y recorrer la isla de norte a sur. Ya era la cuarta o quinta vez que la visitaba y siempre que volvía me parecía más espectacular, su buena temperatura y sus contrastes, desiertos, bosques, playas de arena negra y blanca, deseé cambiar el vuelo de vuelta y quedarme mucho más, quizás para siempre.

El miércoles Mónica seguía entera y rellena como una aceituna, y tras la visita a su ginecólogo, éste dijo que el viernes a primera hora ingresaría y le provocarían el parto, porque parecía que la pequeña Yaiza no tenía ninguna intención de salir por si sola y la tía ya pasaba de los tres kilos. Como mis padres estaban en casa y Mónica no iba a estar sola en ningún momento, mi hermano y yo nos escapamos la mañana del jueves al bosque de Anaga, un sitio maravilloso y mágico. Sólo íbamos a estar fuera unas horas, teníamos intención de estar de vuelta en casa a la hora de comer, aún así mi hermano no se iba del todo tranquilo dejando a Mónica, pero reconoció que tras tantos días de tensión también necesitaba algo de aire puro.

Llegamos al parque y nos pusimos a pasear tranquilamente por sus senderos, menos mal que Mónica me dejó sus botas de montaña, porque el terreno estaba un poco complicado por las últimas lluvias.

—¿Estás nervioso? Madre mía, mañana vas a ser padre.

—Joder, calla, si lo pienso así en frío me da respeto.

—Me imagino... va a ser un gran cambio —dije sin poder apartar la vista del maravilloso lugar donde nos encontrábamos.

—Pero también tengo unas ganas locas de verle la carita, de que todo salga

bien.

—Claro que va ir todo bien, ya verás.

—Bueno, cuéntame tú, ya me dijiste hace un par de meses por teléfono que Alejandro se había ido de viaje y que estabas de bajón.

—Muy de bajón Carlos, a ti no te puedo ni te quiero mentir. Cuando se fue me quedé fatal, como si me hubieran arrancado una parte de mí. Pero es una mierda, porque soy consciente de que no me puedo enfadar, entiéndeme, él nunca me mintió sobre nuestra relación ni cómo era él, no me hizo promesas, así que sólo tengo dolor, nada de odio como con Samuel, que por cierto ahora te contaré también.

—¿Algo sobre Samuel? ¿Has vuelto a saber de él? —me preguntó mirándome y abriendo los ojos más de lo normal.

—Sí, me lo encontré hace un par de semanas en una discoteca e insistió en que nos viésemos de nuevo para que se pudiera explicar y disculparse, como es debido, por lo que me hizo.

—Perdóname, Helena, pero no sé si es buena idea que vuelvas a tener una relación con él, ese tío es un capullo y además se portó como un cabrón.

—Lo sé y no pienso volver con él, sólo tengo curiosidad por saber qué me quiere decir.

—La curiosidad mató al gato...

—Ya... ¿sabes que ya pareces mamá con el refranero español? —Y le di un pequeño golpe en el brazo mientras le sonreía.

—Pero sabes que tengo razón. —La tenía, lo sé.— ¿Y de Alejandro sabes algo?

—Pues tras marcharme de su casa no le volví a ver, luego se fue de viaje y no nos hemos puesto en contacto. Pero sí que sé dónde está, y más o menos

cómo le van las cosas.

—¿Y eso?

—Cada cierto tiempo suele enviar un correo electrónico a sus amigos y familiares contándoles en qué país ha estado y qué tal le ha ido. Como se empeña en no llevar móvil, esta es su manera de estar en contacto y además le sirve para escribir una especie de diario de viaje.

—Y por curiosidad, ¿desde dónde los envía?

—Según me contó, lo va apuntando todo en un cuaderno, y cuando encuentra un ordenador, ya sea en un albergue o un cibercafé, lo escribe y lo envía. —Recuerdo que me dijo que me sorprendería los lugares inhóspitos en los que puede haber un ordenador conectado a internet.

—¿Y entonces, te envía esos correos a ti también?

—No, Ana, mi compañera de piso, es su amiga. Ella me los reenvía.

—¿Y él sabe que tú también los estás leyendo?

—Ahora sí, Ana se lo dijo.

—Ok, ya entiendo. Y bueno... ¿Qué tal le va?

—Por lo que cuenta bastante bien, su primera parada fue Rusia, luego se dirigió a Mongolia, y su último email a principios de enero se ubicaba en China, ahora no se sabe por dónde anda.

—Vaya viaje... y se supone que sólo acaba de empezar, ¿no?

—Sí, me contó en su momento que solía estar de viaje de tres a cuatro años, así que parece que esto es solo el aperitivo.

—Y ahora vayamos a lo importante... ¿Cómo estás?, ¿le echas de menos?

—Pues, estoy bien. A ver, lo echo mucho de menos, y soy plenamente consciente de que sigo enamorada de él. Tengo la sensación de que cada día que pasa en lugar de olvidarme un poquito de él, es como que lo afianzo más,

y voy asimilando que él es mi persona, pero que he tenido la mala suerte de que yo no soy la suya. Y aunque suene fatal y deprimente, me he resignado, lo tengo asumido y voy tirando para delante.

—Eso que dices quizás es demasiado precipitado, aún eres joven y estoy seguro de que conocerás a mucha gente que valga la pena.

—Pero lo que he sentido con él no lo he sentido con nadie más, ni con Samuel, con Alejandro era todo más intenso, las miradas, los roces, era como si hubiera electricidad, estoy segura de que eso sólo pasa una vez en la vida y con una persona en concreto, en mi caso era él.

—¿Y entonces, qué vas a hacer ahora?

—¿A qué te refieres? —pregunté porque no entendí qué quería decirme.

—¿Vas a esperar a que vuelva o vas a continuar sin contar con él?

—No voy a hacer nada.

—Quizás, este sea el mejor momento para no hacer nada.

—Sí, eso creo —dije pensativa.

—Me parece bien, deja que pase el tiempo y verás cómo te vas sintiendo mejor. ¿Volvemos ya a casa?

—Estás sufriendo, eh... —le dije sonriendo, sabía que intentaba centrarse en mí, pero su mente estaba en otro sitio.

—Me ha venido bien el paseo, pero sólo de pensar que Mónica se puede poner de parto en cualquier momento y con lo histérica que es mamá, creo que es mejor que volvamos a casa.

—Ahí tienes razón, seguro que, si rompe aguas, mamá se pondría a chillar por la ventana para que alguien llame a una ambulancia y le trajeran toallas calientes.

—Y tanto... menos mal que está papá que es más tranquilo y se toma las

cosas de otra forma.

—Papá me ha dicho que se iba a dar una vuelta por el pueblo, a comprar el pan, el periódico y a acercarse a ver el monumento de Agatha Christie.

Fue decirle eso, y acelerar el paso para subirnos al coche cuanto antes. Cuando llegamos a casa, todo estaba tranquilo. Mónica leyendo en el sofá con los pies en alto, mi madre cocinando, mi padre no tardaría en llegar, y Yaiza en la barriga de su mamá, todo controlado en su correspondiente lugar, y mi hermano volvió a respirar de nuevo.

Como estaba previsto, Mónica ingresó el viernes a primera hora y tras pasar todo el día de contracciones provocadas, y nosotros muchas horas de espera en la sala para los familiares de la planta de maternidad, a las doce y quince minutos ya del sábado veintiocho de febrero vino al mundo Yaiza, tras haberle practicado a Mónica una cesárea de urgencia. Mi hermano salió y nos comunicó que las iban a subir a la habitación en breve y que ambas se encontraban bien. Nos enseñó una foto de Yaiza hecha con el móvil nada más nacer, era un bebé con carita redonda, ojos abiertos y labios carnosos, era la cosita más bonita que había visto nunca, y eso que los bebés recién nacidos no suelen salir muy guapos, pero Yaiza era preciosa, o para los ojos de su embobada y orgullosa tía, sin duda lo era.

Mi vuelo salía al día siguiente por la tarde, pero pude disfrutar de la tarde de sábado y el domingo por la mañana de mi sobrina. Me hice unas cuantas fotos con ella, y me fui contenta de poder haber vivido junto a mi hermano ese inolvidable momento. Un par de horas antes de que saliera mi vuelo, me despedí de todos entre lágrimas porque no me quería ir. Me acerqué a Yaiza y me cogió el dedo, según mi hermano, no era que ya me quisiera, sino que era algo llamado “reflejo de prensión” o no sé qué que tienen los recién nacidos, hice oídos sordos a su explicación científica, y preferí pensar que mi sobrina ya me reconocía y era su manera de demostrármelo, yo me lo guiso, yo me lo

como.

Mi padre me acercó al aeropuerto, ellos se quedaban una semana más para ayudar a Mónica y a mi hermano cuando volvieran a casa con el bebé. Durante el trayecto sólo hablábamos de Yaiza, de lo bonita que era, lo perfecta, cómo movía las manitas, abría los ojos, y que cualquier movimiento o sonido que hacía nos parecía la cosa más tierna del mundo.

Ya de noche llegué al piso, Pablo había venido a recogerme al aeropuerto y me dio la sensación de que estaba diferente, como más feliz. Estaba tan cansada que no tenía ganas ni de indagar, pero tenía claro de que algo estaba ocurriéndole, y conociendo a Pablo, ese algo, tenía nombre de mujer.

11. “LA CHICA DE AYER”

El lunes volví al trabajo con la cabeza más en Tenerife que sobre mis hombros. Echaba de menos a mi hermano, y lo que me parecía alucinante, echaba mucho de menos a mi sobrina, que aunque no era capaz de estar despierta más de quince minutos seguidos, y su única habilidad era mamar, de repente sentía la necesidad de olerla y mirarla todo el tiempo posible.

Y esa semana transcurrió sin más. No había coincidido mucho con Pablo que andaba bastante liado con un caso. Ana se había ido el martes a hacer un cursillo a Madrid y no volvía hasta el viernes. Así que bueno, sin poder posponerlo más, llegó el jueves y el momento de volver a ver a Samuel. Tras intercambiar unos mensajes un par de días antes, quedamos en una cafetería en el barrio donde él vivía ahora, nos veríamos sobre las siete y media de la tarde, así disponía de algo de tiempo para poder llegar a casa desde la oficina y cambiarme de ropa. Luego pensé que casi era mejor que apareciera vestida a la cita con mi traje de chaqueta, así todo parecería más profesional, frío y distante, como yo pretendía que fuesen las cosas con él. Pero el hecho fue que llegado el momento, me quité la ropa triste y gris que llevaba y me puse mis vaqueros favoritos, los botines marrones tipo *Oxford* y un jersey gris holgado.

Estábamos a principios de marzo y en Valencia aún suele hacer frío, pero no tardarían en llegar los ansiados “días de fallas” donde solía lucir el sol y empezabas a desprenderte de la ropa de abrigo.

Quería ir casual, como si me diera igual a quién iba a ver y lo que esa persona había significado para mí en el pasado, pero no era del todo cierto, me importaba muy mucho que me viera bien, ya sabéis, pensé aquello de “mira lo que te has perdido por gilipollas”. Así que me dejé el pelo suelto, me

puse brillo de labios y retoqué el rímel y el colorete, por último me puse mi parka azul marino y me dirigí a mi cita con el pasado.

No me costó mucho encontrar el Tula Café, sus toldos naranjas me ayudaron a visualizarlo enseguida al acceder a la calle en la que se encontraba. Nada más entrar lo vi, estaba sentado en una mesa junto a la barra mientras miraba algo en el móvil, me quedé unos segundos en la puerta mirándole, era extraño, le reconocía, era él, pero al mismo tiempo no era el Samuel que yo recordaba, parecía otra persona distinta del que había estado enamorada una vez. Entonces me vio, se levantó de la silla para recibirme y me acerqué a la mesa en la que se encontraba.

El local era muy bonito, decorado con gusto, y la mesa en particular en la que estábamos se encontraba sobre un suelo precioso de azulejos en tonos grises con motivos geométricos, que no casaban unos con otros, pero que la composición quedaba genial.

Levanté la vista del suelo y estaba frente a mí, demasiado cerca, colocó una mano bajo mi espalda, me acercó a su cuerpo y se inclinó para darme dos besos.

—Hola, estás muy guapa —me dijo mientras se separaba lentamente de mí.

—Gracias, acabo de salir del trabajo y sólo me ha dado tiempo a cambiarme rápidamente antes de salir hacia aquí.

—Llegas puntual, no me lo esperaba.

—La gente cambia —le respondí, quizás demasiado tajante y aproveché para alejarme y sentarme, él me imitó.

—Me alegro de que pienses así. —Mi semblante cambió a más serio, si cabía, y para desviar mi atención automáticamente se puso a leer la carta de la cafetería—. Las tartas están espectaculares.

Cogí la carta que tenía frente a mí y empecé a leer la lista de dulces, todas

las tartas estarían seguramente buenísimas, creo que especialmente la de zanahoria con queso blanco y canela, pero tenía el estómago cerrado y en aquel momento era incapaz de comer algo, así que me decidí únicamente por un té de canela, y él se decantó por una cerveza.

Nos quedamos en silencio, que en escasos segundos se volvió incómodo, yo no estaba muy comunicativa y él enseguida se dio cuenta de que no iba a ponérselo fácil, así que cogió las riendas de la conversación y decidió romper el silencio con las típicas preguntas de cortesía.

—¿Qué tal ha ido tu viaje a Tenerife?

—Muy bien, todo salió genial.

—Me alegro mucho, ¿cómo se llama el bebé?

—Yaiza, es una niña.

—Ya verás cómo cambian las cosas ahora que hay un niño en casa.

—Supongo, lo malo es que están lejos, lo notaremos en vacaciones y en Navidades cuando vengan a casa de mis padres.

La conversación no era para nada fluida, el camarero vino a tomar nota y en cuestión de un par de minutos dejó las bebidas sobre la mesa. Samuel dio un trago a la cerveza y volvió a dirigir su mirada hacia mí mientras yo sujetaba la taza con las dos manos y soplabla antes de pegar el primer sorbo. Pensaba que quizás lo mejor para ambos sería que colaborara un poco para que todo fuera un poco más fácil entre nosotros, al fin y al cabo era yo la que había accedido a quedar, y también, contra antes habláramos, antes podría marcharme a casa.

—Bueno, ¿qué tal te ha ido todo? Han pasado algo más de dos años desde que no nos vemos —comenté mientras seguía soplando al contenido de mi taza.

—Bueno, ha ido... —Fue escueto, claramente ambos estábamos igual de incómodos. Decidí que lo mejor era ir al grano, dejar de dar rodeos y perder el tiempo.

—¿Te has encontrado a ti mismo en este tiempo?, ¿ya descubriste lo que querías hacer en la vida?

—Más o menos, me he dedicado a escribir. —Eso no me lo esperaba.

—¿Escribir? —Creo que abrí demasiado los ojos al decirlo.

—Sí, he creado una revista cultural con un par de colegas, con Alberto y Quino, de la universidad, ¿te acuerdas de ellos?

—Sí, claro que me acuerdo, entonces una revista, vaya... —Seguía sorprendida por ese cambio de rumbo en su vida.

—Sí, una revista cultural en la que tratamos temas de literatura, deporte, historia, música, cine, etc. Nuestros artículos están basados en cosas que nos parecen interesantes o curiosas. De hecho, ha tenido una gran acogida sobre todo entre el público universitario, y empezamos a tener ingresos importantes de publicidad. Hace un par de meses aumentamos la tirada.

—Me alegro mucho, y ¿cómo se llama la revista? —pregunté.

—Metrópolis.

—Como la película... —dije más bien para mí misma, la habíamos visto varias veces juntos, incluyendo aquella vez en la filmoteca con música de piano en directo, inolvidable.— Es genial que hayas encontrado algo que te motive. —Ahora tenía que preguntar algo que me rondaba la cabeza desde que lo había visto.— ¿Y compartes tu nueva andanza con la chica con la que te vi un día? —dije justo antes de dar un sorbo al té.

—Vaya no te andas con rodeos...

—Tengo curiosidad por saber si sois la pareja más feliz del mundo o la

dejaste poco después de dejarme a mí.

—La dejé al mes de habernos visto en la cafetería. —Había cambiado el gesto, estaba bastante más serio.

—Vale... —Dejé la taza en la mesa. Volvió ese halo de incomodidad que resistía a abandonarnos del todo. Pensé que quizás me había pasado un poco con mi último comentario.— Disculpa, creo que me he entrometido donde no me corresponde.

—No, tienes todo el derecho de decir y opinar lo que quieras, no me porté bien contigo. —No me miró cuando lo dijo.

—¿Puedo preguntarte qué hacemos aquí?, ¿por qué querías que nos volviésemos a ver? —Cada vez tenía más ganas de irme a casa.

—Pues... a ver, si te soy sincero, nunca he dejado de pensar en ti. Siempre que las cosas no me han ido bien, me he acordado mucho de ti. —Y la última frase la dijo mirándome directamente a los ojos.

—Qué bien que solo te acuerdes de mí cuando tu vida es una mierda, y cuando todo te va genial no recuerdes ni de que existo.

—No es eso, no me he explicado bien, me refiero a que me he dado cuenta de que te necesito para que mi vida esté equilibrada. Siempre has sido tú, sólo que yo fui un imbécil y la cagué. Necesito que intervengas en mi vida y en las cosas que hago ahora, tengo la certeza de que si vuelves a formar parte, todo será mucho mejor.

— ¿Y cuándo te diste cuenta de eso? —pregunté.

—Creo que siempre lo he sabido, pero al verte en la discoteca bailando y riendo con tu amiga, me enamoré de nuevo de ti como un adolescente —y lo dijo en el momento que colocó su mano sobre la mía que descansaba en la mesa. Automáticamente la quité y disimulé cogiendo de nuevo la taza y dando un sorbo al té.

—No sé qué decirte, menuda revelación tuviste el sábado por la noche — contesté con tono sarcástico.

Como solía decir Ana, “aluciné pepinillos” con su declaración, aquello no tenía sentido, se supone que de repente me vio y por arte de magia o por culpa del poder de San Valentín, al verme se re-enamoró de mí, me parecía inverosímil con lo pragmático que siempre le había considerado.

—Hele escucha, si pudiera decir o hacer cualquier cosa para corregir todos los errores que he cometido contigo, sin duda lo haría. Dime qué puedo hacer, ayúdame para que podamos volver a empezar —me dijo inclinándose hacia mí para que fuera la única que pudiera oírle.

—No sé, es muy complicado, creo que nunca podría volver a ser lo que era —respondí.

—Lo sé, te entiendo perfectamente. Pero creo, de verdad, que podemos hacerlo juntos, encontrar la forma de hacer que funcione. Ya funcionó una vez, podemos volver a hacerlo, estoy seguro. Yo he cambiado, he madurado, ahora sé lo que quiero y quiero compartirlo contigo, vivirlo contigo. —Sus palabras me producían enfado más que otra cosa.

—Samuel, mira, no sé en qué momento has decidido que tienes el derecho de decirme lo que me estás diciendo. Estás removiéndolo todo y no es que me produzca una sensación que digamos muy agradable. —Me puse en pie y cogí la parka que estaba colgado en el respaldo de la silla.— Creo que mejor me voy, esto me está superando un poco, es demasiado. Lo siento.

Me giré para marcharme, pero, antes de que pudiera dar un paso en dirección a la puerta, me cogió de la mano.

—Espera, por favor. —Me soltó, me quedé quieta y él se dirigió a la barra a pagar el té y la cerveza, tras esto, me volvió a coger de la mano y salimos juntos de la cafetería.

En la calle me solté de él y nos quedamos uno frente al otro, yo con la mirada hacia el suelo, reconozco que estaba sobrepasada por su presencia, por sus palabras, pensaba que después de todo lo que me hizo, y lo mal que lo pasé después por su culpa, no merecía que me pusiera en aquella situación.

—Hele, tómate el tiempo que necesites, piénsalo, yo te voy a esperar.

—No sé qué decirte Samuel, de verdad —conseguí decirle sin levantar la mirada del suelo.

—No es necesario que digas nada ahora.

Y entonces cogió mi cara con ambas manos para levantarla, bajó su cabeza, se quedó a la altura de la mía y me besó. Sólo fue un instante, el roce de nuestros labios, nuestras bocas cerradas pegadas, nada más que eso, pero era mucho más. Joder, era Samuel, y en ese momento el olor y el sabor del ayer lo impregnó todo consiguiendo anular mis sentidos.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, me separé de él antes de que nuestras bocas suicidas llegaran a abrirse y nuestras lenguas se reencontraran, porque entonces sí que estaría totalmente perdida. Empecé a andar calle abajo dando pasos rápidos, no había llegado al primer cruce cuando lo escuché gritar desde la puerta de la cafetería y me giré sin pensarlo.

—Helena, mira el móvil cuando llegues a casa, por favor. —Sin darle ninguna respuesta me volví a girar y retomé mi camino intentando que no se desbordara ni una de las lágrimas que se iban acumulando en mis ojos.

Cuando llegué a la estación mientras esperaba que mi metro llegara, saqué el móvil del bolso por si me había enviado algo ya, y leí su mensaje.

“El sábado a las 12:00h ven al Bibliocafé. Hay una presentación de la revista. Quiero que vengas, que veas lo que he creado y de lo que quiero que formes parte. Por favor, sólo te pido que reconsideres que volvamos a intentarlo, sin presiones, a tu ritmo. Te quiero”

Llegué al piso que seguía vacío, así que me fui directamente a mi habitación para meterme en la cama, taparme con las sábanas hasta la cabeza y ya sólo me quedaba morir ahogada con una muerte dulce o esperar que terminara aquel maldito día. Cerré los ojos y deseé que todo lo ocurrido hubiera sido un sueño, anhelaba que cuando los abriera de nuevo nada de lo que había ocurrido aquella tarde fuera real, pero entonces, me llegó un nuevo mensaje de Samuel que me confirmó que todo era cierto y no producto de mi imaginación. El mensaje contenía la ubicación del Bibliocafé que había mencionado y un enlace a una canción, “La chica de ayer” de Antonio Vega.

Samuel era muy inteligente y sabía exactamente dónde tocar para causar cualquier efecto en mí, esa canción significaba mucho para nosotros, de hecho cualquiera de Antonio Vega. Sus letras siempre me transportaban a los momentos que habíamos pasado juntos, a la época en la que fuimos felices, o al menos yo creía que ambos lo éramos. Pensé en aquellas mañanas ya lejanas en el tiempo, desayunando en el balcón, donde mientras me comía una tostada con mantequilla y mermelada de fresa, mi pie descalzo descansaba sobre su muslo. Él leía cualquier cosa que había caído en sus manos mientras bebía el primer café de la mañana, de fondo solía sonar “El sitio de mi recreo”, “Lucha de gigantes”, “Se dejaba llevar” o “Me quedo contigo”.

Apreté el enlace que aparecía en el mensaje y empecé a escuchar los primeros acordes de esa atemporal canción, que siempre conseguía erizarme la piel. Empecé a recordar aquel concierto al que fuimos juntos de Antonio Vega, creo que fue unos cuatro años antes de que falleciera. Cuando empezó a tocar las primeras notas, todo el público se volvió loco, Samuel se colocó detrás de mí, me abrazó por la cintura y me contó al oído que la canción la escribió cuando Antonio tenía apenas diecisiete años y estaba cumpliendo el servicio militar en Valencia. Fue una tarde paseando por la Playa de la

Malvarrosa cuando compuso “La chica de ayer”, y entonces me dijo:

—“La chica de ayer” es valenciana, como tú, mi amor. —Y suspiré muriéndome de amor.

No tenía muy claro si podría volver a confiar en él, pero sí que podía volver a enamorarme, y él también lo supo desde el momento en que nos volvimos a ver en la discoteca. Se notaba que seguía conociéndome muy bien, y sabía perfectamente qué cartas jugar conmigo. Tenía ventaja, yo siempre fui pequeña a su lado, más débil y vulnerable que él, siempre supo cómo aprovecharse de eso y sacarle partido, y en aquel momento, no dudó en ponerlo en práctica como el buen estratega que siempre había sido.

Cuando estuvimos juntos cometí el error que mucha gente comete, darse tanto a alguien que luego la otra persona sabe dónde atacarte para hacer el máximo daño posible, pero también sabe qué teclas tocar para que bajes la guardia y volver a entrar dentro de ti para poner tu mundo de nuevo patas arriba.

12. “PERDÓN PORQUE NO SUPE DECÍRTELO”

El nacimiento de mi sobrina, la reaparición de Samuel en mi vida y que no hubieran llegado nuevos relatos, dio como resultado que Alejandro estuviera menos presente en mis pensamientos, pero aquella “ausencia” duró apenas un par de semanas. Seguía echándole de menos, pero ya como algo constante, él me dolía de modo crónico.

Gracias al ascenso en el trabajo, estaba mucho más ocupada y pasaba más tiempo en la oficina, tenía la mente llena con temas de suma importancia que no me permitían muchas distracciones si no quería meter la pata y fastidiar un acuerdo o un negocio importante. A pesar de esto, era inevitable que tras haber visto y hablado con Samuel el día anterior, mi cabeza no parara de hacer listas mentales de pros y contras respecto a darnos una segunda oportunidad e intentar hacer que lo nuestro funcionara, sí, volvía a mis interminables listas, la cabra tira al monte, y aquella era la única forma que conocía para darle un poco de orden a mi caótica vida.

Suerte que los viernes acabamos a mediodía, y sobre las dos salía por la puerta giratoria del edificio, en el cual se encontraba mi oficina, con una decisión sobre mis hombros que tomar. Tenía que conseguir en unas horas disipar todas mis dudas y dictar una sentencia que podría cambiar mi vida, volver con Samuel sería un reto, pero sólo el hecho de decidir por una opción o por otra ya me causaba desasosiego, ¿y si tomaba la decisión equivocada?, ¿llegaría un día que me arrepentiría decidiera lo que decidiera?

Tenía que hacer el esfuerzo de ser sincera, sobre todo conmigo misma, y esto incluía admitir que tenía un miedo atroz a equivocarme, a arrepentirme.

Porque tenía claro que si accedía a volver a intentarlo tenía que darlo todo y olvidar el motivo por el que todo acabó. Tenía que borrar de mi recuerdo su engaño, sus desplantes, sus miradas arrogantes de los últimos meses juntos, sus excusas, sus mentiras, su abandono, tendría que conseguir que todo lo negativo que mi mente aún relacionaba con su nombre se esfumara como por arte de magia para no echárselo nunca en cara y no utilizarlo en su contra. Me parecía justo que fuera así, es decir, si le daba esa oportunidad, lo hacía con todas las consecuencias y la más importante era esa, olvidar por qué mi corazón tenía cicatrices con su nombre.

Pero, curiosamente, de lo que no dudaba era que sería fácil volver a enamorarme, sabía que él tenía la habilidad de hacérmelo sencillo para que yo solita y prácticamente sin su ayuda, me fuera acercando hasta acabar tirándome a sus brazos de nuevo, e incluso sabía que, si se lo proponía, conseguiría que le agradeciese haberme dado la oportunidad de estar de nuevo juntos. Puede parecer patético que pensara así, pero ya he dicho que tenía que ser sincera conmigo misma, y para tomar la decisión tenía que empezar por aceptar lo que probablemente sucedería, si accedía volver con Samuel.

También pensaba en lo fácil que sería todo junto a él, ya conocíamos nuestros defectos y en su momento ya habíamos aprendido a convivir con ellos, e incluso a encontrarles la gracia. Nuestros cuerpos eran también antiguos conocidos, y en el plano sexual podríamos acostarnos de nuevo sabiendo los límites, sabiendo dónde tocar y dónde no, vamos, que disfrutar del sexo y que los dos nos corriésemos no nos supondría ningún problema.

Tras todo lo expuesto, parecía que el volver con Samuel era un cúmulo de ventajas, pero había un par de razones que me impedían tomar una decisión a la ligera. La primera, el hecho de obviar que me engañó con otra y me dejó, y segunda, y la más importante, Alejandro.

Si Alejandro no se hubiera cruzado en mi vida, posiblemente ya hubiera caído en los brazos de Samuel, pero yo ya no era la misma. Él me había cambiado, había conocido a una persona que me llenó hasta los topes, en todos los sentidos. Samuel no consiguió nunca completarme tanto, ni hacerme sentir tan bien conmigo misma.

Aún era incapaz de olvidar aquellos momentos en los que Samuel me hacía sentir pequeña e idiota, porque él siempre tenía que tener la razón, pese a todo, lo quise de la mejor forma que supe. Con Alejandro todo fue más intenso, más sublime, más... más de todo, era simplemente más.

Algo dentro de mí me decía y repetía hasta la saciedad que Alejandro no iba a volver, y que si decidía no darle la oportunidad a Samuel, no debía ser por esperarlo como una “Penélope”, simplemente debía ser porque yo no quería.

Tenía toda la tarde y noche del viernes para decidir qué hacer con mi vida, creo que unos días, semanas o incluso meses, no me hubieran venido mal, pero yo me autoimpuse la condición de que si el sábado iba a la presentación de su revista, ese sería el primer paso que daría para volver a estar juntos, con todo lo que me había planteado que suponía.

Ana llegaba del curso que estaba haciendo en Madrid a última hora de la tarde y Pablo me comentó que iría a recogerla a la estación desde el bufete, así que aquella tarde el piso estaba vacío y silencioso para que nada enturbiara mi gran comida de cabeza. No tenía la posibilidad de pedir consejo a nadie, ni siquiera a mi hermano, porque sabía bien cuál sería su respuesta a cualquier cosa relacionada con Samuel: un no rotundo a darle cualquier tipo de oportunidad.

Sobre las seis y media de la tarde un número desconocido apareció en la pantalla de mi móvil, dudé unos segundos si cogerlo o no, no era el momento adecuado, aunque nunca me lo parecía para contestar llamadas que intentaban

venderme una colección de libros o una nueva tarifa de móvil. Pero no tenía nada mejor que hacer que darle vueltas a la cabeza, así que me la jugué y descolgué. Una voz femenina respondió a mi dígame.

—¿Helena? —No reconocí la voz.

—Sí, soy yo.

—Hola, soy Cristina, te llamo de la cafetería del Chico Ostra.

—¿Qué?

—Perdona, ¿me oyes bien? Espera salgo a la calle un momento para que me oigas mejor. Te decía que soy Cristina de... —contestó mientras se notaba que iba andando.

—Sí, sí, te he escuchado bien.

—Ok, te comento porqué me pongo en contacto contigo. Álex nos envió un email con tu teléfono comentándonos que tú te encargarías de llevarte las fotografías que nos prestó en su día. Y simplemente te llamaba para informarte de que puedes pasarte a por ellas cuando quieras, ya las tenemos preparadas para que te las lleves.

No sabía qué contestar, me parecía todo irreal, como un sueño. Me quedé en silencio. Creí que durante sólo unos segundos, pero, por la insistencia de la chica al otro lado de la línea, posiblemente habría pasado más tiempo.

—¿Hola?... ¿Helena?... ¿Hola?... ¿Perdona, sigues ahí?

—Sí, sí, disculpa —contesté en cuanto pude articular palabra.— Vale, eh... pues esta tarde mismo me paso, gracias por avisar.

—De nada, ¡nos vemos!

Me quedé un rato escuchando cómo comunicaba el teléfono después de que la chica colgara, estaba en estado de *shock*, me tuve que sentar en la cama porque mis piernas empezaron a flaquear. ¿Era una broma?, no entendía nada

de lo que estaba pasando. ¿Por qué Alejandro les había dicho eso?, ¿las fotografías eran mías ahora, como una especie de herencia? En ese momento no lo podía ver como un detalle romántico, ni siquiera amigable por su parte, lo vi más bien como una putada, se había marchado, había decidido irse y no seguir estando conmigo, ¿por qué coño se acordaba de mí ahora para que fuera a recoger sus fotografías? Esas mismas que un día me permitieron ver una parte fascinante de él, pero no eran más que parte de un pasado que intentaba apartar y ahora volvían a mi vida para recordarme que él se había marchado en busca de lugares como los de las imágenes, y experiencias como las que me contaba en una mesa de esa cafetería, viajes en los que yo no tenía cabida. Estaba muy cabreada, pero a su vez, y por primera vez desde hacía meses, aliviada, tenía ante mí la tan ansiada prueba de que se acordaba de mí.

No me cambié de ropa, con la misma que solía llevar para estar en casa, salí a la calle con un moño alto, unas mallas negras, una sudadera gris y el abrigo. Tengo que reconocer que no se me pasó por la cabeza, ni por segundo, no ir a por las fotografías, fueron suyas, luego nuestras y ahora mías. Y joder, no podía dejar de pensar que todo aquello significaba que pensaba en mí, que no me había olvidado, aunque sólo fuera para hacerle el favor de ir a recoger sus cosas porque se encontraba demasiado lejos para poder hacerlo él mismo.

Nada más entrar en la cafetería, miré a la pared de ladrillos vacía en la cual un día estuvieron colgadas, respiré hondo y aparté de mi mente la primera vez que nos encontramos aquí, pero no pude evitar que su imagen invadiera mi mente, apoyado en la barra con una camiseta blanca con letras grises, un vaquero también gris y sus zapatillas Converse blancas.

Me acerqué a la misma barra que protagonizaba mis recuerdos y la chica que nos solía atender se acercó a mí.

—Helena, ¿verdad?

—Sí —contesté.

—Me acuerdo de ti, solías venir con Álex.

—Sí. —Por culpa de los nervios no salían de mí más que monosílabos.

—¿Quieres tomar algo? —me preguntó.

—No, gracias, preferiría que me diceses las fotos, tengo algo de prisa. —No era cierto, pero quería salir cuanto antes de aquel lugar que significaba tanto para mí.

—Claro, disculpa, voy un segundo al almacén y cojo la carpeta.

Salió de la barra y se dirigió hacia una puerta de color blanco, entró y, a los pocos segundos, volvió con una carpeta tamaño DIN A3 de color azul marino.

—Toma, aquí tienes. Dentro están las seis fotografías que teníamos expuestas. Álex es un buen amigo y es genial que nos preste las fotos que hace durante sus viajes, son preciosas y a la gente les encantan. Incluso nos las han querido comprar un par de veces, pero él nos dijo, antes de marcharse, que no estaban en venta, porque ya tenían dueño. Hace unos días se puso en contacto con nosotros vía email y nos dio tu teléfono, así que supusimos que la nueva dueña eras tú.

—Ha sido una sorpresa... no sabía nada hasta ahora —dije mientras agarraba fuertemente la carpeta con las manos sudadas.

—Ya... oye, en su email nos ha pedido que te enseñemos la nueva fotografía que vamos a colgar.

—¿Una fotografía nueva? —pregunté.

—Sí, en el mismo email que nos pedía que nos pusiéramos en contacto contigo para que vinieras a por las fotografías, nos envió una nueva fotografía. —No contesté nada, me quedé en silencio mirando la carpeta que

tenía entre las manos.— Ven, vamos a esa mesa vacía de allí.

Colocó una mano en mi espalda y nos dirigimos a una mesa vacía que había al fondo del local. Me pidió que me sentara y le esperara de nuevo un segundo, vi cómo se metía dentro de la barra, salió de ella con una carpeta similar a la que me había dado y una botella de agua. Se sentó frente a mí, dejó la botella en la mesa a mi alcance, abrió la carpeta y sacó la fotografía. La imagen que tenía ante mis ojos era preciosa, el vello se me erizó y tuve que abrir un poco la boca para facilitar que pudiera volver a respirar.

—¿Dónde es?

Cogí la botella de agua que había dejado a mi alcance, le agradecí con la mirada el detalle. Necesitaba un trago para seguir allí sentada, respirando y escuchando a Cristina.

—Espera. —Le dio la vuelta a la fotografía y en una etiqueta pegada en el reverso se podía leer, “*Bailando con una princesa en Mongolia. Noviembre*”.

—Mongolia —leyó ella en voz alta.

No tuve dudas de que la imagen había sido tomada en el desierto de Gobi, estaba sentado en el suelo cogido con ambas manos de una niña que permanecía de pie frente a él, no tendría más de cinco años. Volví a beber de la botella de agua.

—Gracias por enseñármela, es preciosa. —Pero sin duda era más que eso.
—¿Cuánto te debo del agua?

—Nada —contestó con una sonrisa.

—Gracias.

—A ti, por venir —dijo mientras metía la fotografía de nuevo en la carpeta.

Me levanté de la silla en silencio y me dirigí hacia la puerta, necesitaba aire, tenía la impresión de que la cafetería estaba menguando y que en breve las

paredes y el techo acabarían aplastándome, al igual que me sucedió cuando visité su apartamento. Antes de que pudiera llegar a la puerta, oí de nuevo la voz de la chica que se había levantado y acercado hasta mí.

—Oye, Helena, Álex también nos pidió que te diéramos una carta, la tienes dentro de la carpeta. —Y me miró de una forma extraña, de esa forma que miras a alguien que te da pena, o ternura, no sé, pero supe al instante que ella había leído la carta y su contenido seguramente no sería nada halagüeño.

—Ah sí, gracias.

Y por fin estaba fuera de la cafetería, pisé la calle, cerré los ojos, respiré hondo y dejé que todo el aire posible inundara mis pulmones. A escasos metros vi un pequeño parque con unos bancos, me fui hacia allí y me senté en uno de ellos, abrí la carpeta, pasé las fotos una por una recordando a qué lugares pertenecían: Venezuela, Argentina, Guatemala, Perú, Colombia, y tras pasar la última, la del salar de Uyuni en Bolivia, allí estaba una hoja doblada por la mitad con letra impresa.

Hola Helena, hasta hoy no me había atrevido a ponerme en contacto contigo, respetaba el hecho de que no quisieras volver a saber de mí. Pero, hace unos días, Ana me dijo que estabas leyendo los relatos de mis últimos viajes, y una sensación extraña me invadió, me hizo feliz el saber que estabas al otro lado de mis palabras.

¿Te ha gustado la nueva fotografía? Sí, Helena, volví a bailar con una princesa en un sitio incomparable, y no pude evitar que en mi mente sonara aquella canción de Michael Nyman. Recordé tu cuerpo desnudo junto al mío mientras bailábamos a los pies de mi cama aquella tarde de agosto. Y allí, en mitad del desierto de Gobi, sentí que estabas de nuevo conmigo.

Como te habrán dicho, las fotografías que estaban expuestas en la cafetería cuando nos conocimos son ahora tuyas, haz lo que creas conveniente con

ellas. Cuando me escribieron para decirme que alguien estaba interesado en comprarlas, de pronto supe que no las podía vender porque de algún modo ya no me pertenecían, creo que fueron tuyas desde el momento en que las miraste con tus preciosos ojos llenos de curiosidad.

Sé que no tengo derecho a decirte nada, pero te pido que aceptes mis disculpas. Te pido perdón porque no supe decírtelo, porque no quise, y por tomar decisiones que no comprendiste en su momento, pero sé que lo harás algún día.

Cuídate, un beso desde Japón.

13. POR SUPUESTO QUE NO

Siempre me han gustado las casualidades, creo que le dan cierto sentido y magia a la vida, más que lo que entendemos por destino o sino. Según el diccionario de la R.A.E (Real Academia Española), casualidad significa, “Combinación de circunstancias que no se pueden prever ni evitar”. Según un psicólogo suizo, las casualidades no existen, es más bien algo llamado “sincronicidad”. Según él, somos las personas mismas las que creamos este tipo de situaciones tomando ciertas decisiones, aunque sea de manera inconsciente, y luego achacamos el resultado a algo casi “mágico”. Pero yo sí que creo en ellas, creo en esos accidentes fortuitos, creo en la serendipia, por todo ello estaba segura de que me llegara un mensaje de Alejandro en el mismo momento en que tenía que tomar la decisión de volver con Samuel o no, era la casualidad que necesitaba, la que estaba esperando, ya sabía qué tenía que hacer.

El viernes por la noche me costó bastante conciliar el sueño, no paraba de dar vueltas en la cama, y de darle las mismas vueltas a los pensamientos que se acumulaban en mi cabeza, algunos sin sentido y otros traían consigo verdades aplastantes. Por culpa de mi desvelo nocturno, el sábado por la mañana me fue imposible madrugar, sobre las once me levanté de la cama de un salto, me metí en la ducha y desayuné lo más rápido que pude. Toqué despacio la puerta de Pablo, como no me contestó, abrí y entré, me acerqué a él, que estaba profundamente dormido, le toqué el hombro un par de veces y cuando logré que se despertara, le pedí que me dejara las llaves del coche, explicándole que necesitaba ir a un sitio con urgencia, y tras tranquilizarle de que no ocurría nada grave, me indicó dónde estaban.

Arranqué el coche y salí directa al lugar donde necesitaba ir, había tomado una decisión y estaba deseando llevarla a cabo. Cuando llegué no tuve

dificultad para aparcar, bajé del coche y antes de entrar, me descalcé. Metí los pies en la arena, ante mí el mismo mar pero distinta agua, la misma orilla pero diferente arena y yo la misma persona, pero distinta Helena. Estaba en mi playa, la que siempre me acogía cuando necesitaba escapar, incluso de mí misma. El lugar al que debo ir cuando no sé dónde ir.

Saqué el móvil del bolsillo y le envié un mensaje a Samuel con lo único que tenía que decirle:

“Lo siento, no te puedo volver a querer, porque he aprendido a quererme”

Y esas fueron las últimas palabras que le dediqué, él nunca contestó y nuestros caminos nunca volvieron a coincidir. Pero ya no le odiaba, decidí que lo mejor era quedarme con las cosas bonitas, con esos desayunos en el balcón, con las cosas que me enseñó, con nuestras sesiones de cine en la filmoteca, jornadas de estudio con caricias por debajo de la mesa, con aquel día en la nieve donde me dijo por primera vez que me quería, cuando entramos por primera vez al que sería nuestro hogar durante un tiempo, etc. Por fin me sentía bien, era la decisión correcta y tenía la certeza de que no me arrepentiría jamás de ella.

Sé que ambos cometimos errores cuando estábamos juntos, pero somos humanos, ¿existe acaso otra manera de vivir que no sea esa, cometiendo errores y aprendiendo de ellos?

Cuando Samuel me dejó, no manejé bien la situación, cometí el desacierto de querer olvidarle, borrarlo de mi vida y eso fue lo que convirtió la ruptura en tortura, me impuse una tarea de dimensiones faraónicas que no tenía sentido alguno. Por todo ello me sentí durante mucho tiempo tan frustrada, y la culpa no era de Samuel, como yo me empeñaba en creer, sino sólo mía.

Para poder pasar página, para empezar de cero, para conseguir *tabula rasa*, antes hay que asimilar que a las personas importantes que pasan por nuestra

vida no hay que olvidarlas, simplemente hay que aprender a vivir sin ellas y colocarlas en el lugar de nuestros recuerdos que se merecen.

A Alejandro no había intentado olvidarle, ni se me había pasado por la cabeza, porque no quería perderle otra vez. Me parecía descabellado pensar en querer borrar a alguien que me había hecho sentir tanto, con quien había sido feliz de una forma que no conocía hasta ese momento. No podía permitir, que de alguna manera, dejase de formar parte de mí, reconozco que aunque parezca algo enfermizo, me gustaba recrearme en sus recuerdos y disfrutar en mi cuerpo del eco de sus caricias.

A veces nos pasan cosas, nos ocurre que un Alejandro hace que tu vida dé una vuelta de 180 grados y consigue desmontar en segundos, con sólo mirarte, todo el esquema que tenías proyectado de tu mundo. Logra hacer tambalear los pilares en los que se apoyan todos tus principios, y lo que creías que era lo mejor y correcto para ti, de pronto, ya no te sirve, es insuficiente. Y lo que pensabas que no iba contigo, que no era lo adecuado, ahora encaja a la perfección en tu día a día, y lo más importante, es que te hace sentir extrañamente bien, viva. Llegado ese momento es cuando tienes que elegir, coger lo que siempre has creído que no te conviene pero que te hace feliz, o seguir lamentándote y lamiendo unas heridas que ya cicatrizaron hace tiempo.

Y allí estaba yo, paseando por mi playa mientras las olas iban y venían mojando mis pies, entendiéndome por fin quién había sido, cómo era y cómo quería ser, decidiendo que había llegado el momento de parar de una vez de autoimponerme reglas absurdas, de buscar definiciones en el diccionario de todo lo que no entendía, buscando respuestas a cuestiones que carecían de ellas (esto iba a ser muy complicado, era y soy adicta a consultar el diccionario) y de hacer listas disparatadas. Aquella mañana estaba asumiendo que me podía equivocar, que me podían volver a engañar, que me seguiría

ilusionando con miradas, que sufriría con y sin motivo y que habría días que no le encontraría sentido a nada. Pero también era una persona que había aprendido de sus errores, que había madurado, que había entendido que se es más feliz cuando uno se queda con lo bueno y desecha lo que no merece la pena conservar.

Alejandro me enseñó que la vida es más sencilla de lo que pensamos y que somos nosotros mismos quienes la complicamos, y, de este, modo nos perdemos las cosas que nos rodean o dejamos pasar las oportunidades que se nos presentan, y todo por ideas erróneamente preconcebidas, bagaje que arrastramos, malas experiencias, etc.

Es cierto que no hay que vivir a lo loco sin pensar en las consecuencias, uno no debe olvidar ser responsable de las decisiones que se toman, pero hay que VIVIR, con mayúsculas.

Estaba totalmente convencida de que Alejandro era el amor de mi vida. El amor que más nos marca, no tiene por qué ser con el que nos casamos, con el que tenemos hijos o envejecemos. A veces ocurre que lo que se suele calificar “el amor de tu vida” puede ser aquel que no llegó a durar ni un mes, pero fue justo el que cambió tu forma de ver la vida.

No pensaba que fuera a amar menos, a partir de ese momento, a las personas que se cruzasen en mi vida, las amaría de forma diferente, ni mejor, ni peor. Y la manera en la que yo amé a Alejandro y el modo en el que él me quiso, porque ahora sé con seguridad que él también me amó, no era comparable con nada, y no pensaba perder el tiempo buscando algo parecido y frustrarme innecesariamente por no encontrarlo, porque tenía la certeza absoluta y aplastante de que no iba a conseguir de nuevo un amor igual, quizás similar, pero nunca tan extraordinario.

Según los psicólogos, el duelo amoroso se compone de cinco fases, estas

son:

- 1- Pérdida,
- 2- Desesperanza,
- 3- Ansiedad,
- 4- Aceptación y
- 5- Superación.

En aquel momento consideraba que me encontraba en la cuarta etapa: Aceptación, cosa que me alegraba bastante, pero, a su vez era consciente de que seguramente iba a quedarme a vivir en ese punto durante tiempo indefinido.

Cierto era que antes había pasado por la Pérdida, esta etapa fue rápida, primero, en *shock*, luego, enfadada, y por último, triste. Él ya no estaba, no quería estar conmigo. Más tarde pasé a la fase de la Desesperanza, estaba deprimida, en modo zombi por la vida, cada vez más segura de que él no iba a volver, pero a su vez, me negaba a aceptar de lo que, curiosamente, era más consciente. Aquel fue justo el momento en el que Pablo decidió instaurar su terapia de superación para sacarme del agujero. Luego vino la Ansiedad, cuando ya solo podía ver lo perfecto que era apoyada con mis miles de listas y balanzas en las que todas salía ganando su genialidad y atractivo. Entonces me frustraba, porque sabía que no iba a olvidarlo y mucho menos a encontrar nadie como él, ni siquiera similar. Y ahora sí, por fin, me encontraba en la fase de Aceptación, había llegado al punto en el que asimilas la realidad tal y como es, sin artificios ni adornos, él no estaba y yo tenía que continuar con mi vida. Por último, hablan de la fase de Superación, se supone que es cuando recuerdas a esa persona con objetividad, con sus cosas buenas y malas, cuando ya no duele, definitivamente, no veía ni por asomo llegar a este punto con él, por suerte, con Samuel ya había cerrado el círculo.

Por fin, estaba tranquila, sin cargas emocionales ni culpas, porque sé que hice las cosas lo mejor que pude, reconocí el amor en su momento y lo di todo, me lancé a por él, a pesar de lo que sufrí en el pasado, y eso creo que es de valientes. Por tanto, si alguien me hubiera preguntado en aquel momento si tenía miedo a volver a enamorarme, como Alejandro me preguntó aquella vez en Cadaqués, la respuesta la tenía clara: Por supuesto que no.

14. TODO EMPIEZA A ENCAJAR

Pablo me comentó que no necesitaría el coche hasta el lunes para ir al trabajo, así que decidí que, ya que estaba junto a la casa de mis padres, aprovecharía para pasar el fin de semana con ellos. Esa misma mañana acababan de llegar de Tenerife, los pillé prácticamente deshaciendo las maletas. Tras varios meses de pocas visitas por mi parte, no pudieron evitar sorprenderse al verme aparecer por allí. Después de una bienvenida un poco más efusiva de lo que estaba acostumbrada, sobre todo por parte de mi madre, que decía que le había afectado un poco el *Jet Lag*, ver para creer que a alguien le pueda afectar adelantar una hora el reloj, así es ella de genial y especial.

Antes de ponernos con el aperitivo, los ayudé a limpiar un poco la casa, que al haber permanecido cerrada varios días, la arena y el polvo habían acampado a sus anchas. Ya estábamos en marzo y se notaba que empezaba el buen tiempo, y lo mejor de estar en la playa es que no se notaba para nada que en cuestión de días empezarían Las Fallas y todo estaría atestado de gente y casi todas las calles cortadas.

Me senté en un sillón del porche dejando que el sol me diera en la cara y relajándome tanto, que hubiera caído en un profundo sueño en cuestión de segundos, si no hubiera aparecido mi padre con una cerveza bien fría y unas aceitunas.

—Tu madre ya está preparando la comida. Tienes buena cara, te veo bien — dijo mi padre mientras se sentaba en el otro sillón y dejaba el aperitivo en la mesa baja.

—Estoy muy bien, papá, por fin creo que las piezas empiezan a encajar.

—Me alegro, cariño, no quiero volver a verte tristona. —Sonreí al oír lo

mucho que se preocupaba por mí, a pesar de que yo ya estaba a las puertas de los treinta.

—Es liberador cuando nos quitamos las cargas que nos empeñamos en arrastrar, ¿sabes a qué me refiero? —le pregunté mientras daba un sorbo a la cerveza y cogía una aceituna.

—Por supuesto, haces bien. Esas cargas no ayudan en nada, únicamente a que el día a día sea más pesado y tedioso, y por culpa de ello acabas perdiéndote muchas cosas.

—¡Exacto, si es que eres más listo! —Dejé el botellín de cerveza sobre la mesa, me levanté del sillón y abracé a mi padre mientras le daba un beso en la frente.

—Mira qué bonito, yo en la cocina y vosotros aquí de cervecitas y besuqueos. —Me giré y vi a mi madre con el delantal puesto y los brazos cruzados siendo testigo de la escena apoyada en el marco de la puerta corredera que daba al jardín.

Mi padre y yo nos reímos, volví a mi sillón, él se levantó y se dirigió hacia ella.

—Siéntate, nena, que yo te traigo la cervecita que te mereces. —Y antes de marcharse le dio un cariñoso beso en la sien.

Esa era una de las cosas que más me gustaba del mundo, ver como mis padres, después de tantos años juntos aún se dedicaban muestras de cariño, siempre que paseaban se cogían de la mano, nunca se olvidaban de darse un beso cuando uno de los dos se marchaba a algún sitio, y cuando era pequeña nunca los vi discutir y cuando lo hacían, tenían el detalle de esconderse para que mi hermano y yo no pudiéramos ser testigos, ni siquiera llegar a escucharles.

Mi madre aceptó la invitación de buen grado y se sentó en el sillón que mi

padre había dejado libre, cogió un par de aceitunas del platito que estaba sobre la mesa.

—No sabes cómo me alegro de que pases el fin de semana con nosotros, echo mucho de menos a Yaiza y a tu hermano, y la verdad es que hoy te necesitaba cerquita... —Y casi no pudo acabar la frase, porque ya se le había instalado un nudo en la garganta y sus ojos se veían vidriosos.

—Ay mami, qué sensible eres. —Me levanté y repetí el gesto que hacía un minuto había hecho con mi padre, la abracé y le di un beso en la mejilla.

—Helena, cariño, con lo poco cariñosa que eres estos momentos valen oro... —me dijo mi madre mientras me abrazaba fuerte para que no me pudiera escapar.

—Venga, no te quejes... —le respondí, y volví a besarla.

El fin de semana transcurrió mejor que bien, hacía tiempo que no me sentía tan a gusto y tranquila en casa de mis padres, disfrutando del sol, paseos por la orilla del mar, comida casera de mamá, conversaciones con mi padre en el porche, dormir sin soñar, y hasta hicimos una vídeo llamada con mi hermano y pude volver a ver a la pequeña Yaiza, todo perfecto. Llegó el domingo por la tarde y había que volver al piso, a mi vida, pero ya no me asustaba, estaba en plena forma y con energías renovadas para afrontar todo lo que me pudiera ocurrir, las posibles llamadas sorpresas de camareras recordándome que él no estaba, correos con relatos de viajes, incluso para dar la cara a mis propios fantasmas, todo empezaba de nuevo a funcionar como yo creía que debía ser.

Cuando llegué al piso, Ana y Pablo estaban viendo una película. Al cerrar la puerta, oí cómo se recolocaban en el sofá y cuando entré al salón, estaban correctamente sentados uno al lado del otro sin ningún tipo de contacto. No sé si era producto de mi imaginación, pero empezaba a ver un comportamiento extraño entre ellos.

—Vaya domingo que os habéis pegado, ¿no? Pobres, estaréis exhaustos de no hacer nada —dije al verlos aún en pijama.

—Anoche nos fuimos a tomar algo y estamos un poco resacosos —respondió Ana.

—Yo aún arrastro las consecuencias de la de San Valentín y vosotros ya repitiendo —dije yo.

—Lo de anoche no fue tan *heavy* como la del mes pasado, sólo cena en casa y tomar algo en un pub, pero, como siempre, Ana se pasó un poco con el bebercio —dijo tranquilamente Pablo.

—No, si ahora va a ser culpa mía, tú no te quedaste atrás —le contestó Ana pegándole un golpe en el brazo a Pablo.— Por cierto, Hele, nos encontramos a mi hermano y me preguntó por ti.

—Ah vaya... —No sabía qué responder a eso, la verdad.— Qué pena no haber coincidido, pero este fin de semana necesitaba relax.

—Eso está bien, la calma antes de la tormenta, que estamos casi en Fallas y vamos a darlo todo en breve —dijo Pablo mientras se levantaba del sofá para estirar las piernas.

—Conmigo no contéis. Tengo mucho trabajo y no me voy a coger ni un sólo día libre, prefiero guardármelos para poder tener unas buenas vacaciones este verano. Esta vez no me voy a quedar en casa —dije mientras me sentaba en el hueco del sofá que había dejado libre Pablo al levantarse.

—Ya te secuestraremos algún día —contestó él.

—A mí dejadme en paz, además, por lo que veo no me necesitáis para nada, tengo la sensación de que os apañáis muy bien sin mí —dije.

—¿Qué quieres decir con eso? —dijo Ana con cara de preocupación tras cambiar de posición para mirarme de frente.

—Nada, que cuando no estoy creo que os lo pasáis igual de bien o mejor. Y no os lo estoy echando en cara, todo lo contrario, me alegro mucho de que ahora os llevéis tan bien y no me necesitéis como mediadora.

—Es puro egoísmo, Helena, sabes que no me gusta estar solo, mi dicho es, “mejor mal acompañado que solo” —dijo Pablo.

—¿Sabías que eres tonto del culo?, me voy a estudiar un rato antes de cenar —dijo Ana indignada por el comentario, ya empezaban de nuevo.

—No te enfades, Anita, si sabes que te quiero, no te vayas, mejor me voy yo, que he quedado con un amigo para ir a cenar algo y ver el fútbol —respondió Pablo.

—¿Con qué amigo? —preguntó Ana inmediatamente.

—¿Por? —preguntó él.

—Nada, nada, era por si lo conocía... Sólo curiosidad —dijo ella.

A todo esto, ninguno de los dos parecía percatarse de que yo seguía en el salón con ellos, mientras continuaban con su conversación.

—A ver, parad un momento, esto es muy raro, entre vosotros ocurre algo... —dije yo.

—¿Qué va a pasar Helena?, no te montes películas, me voy a cambiar. Besos y abrazos imaginarios para las dos —dijo mientras Pablo se marchaba a su habitación.

Miré a Ana que se había quedado mirando la puerta del salón que acababa de cruzar Pablo hacía escasos segundos.

—¿Ana?—dije para llamar su atención y saliera del trance.

—Sí, dime, perdona.

—¿No tienes nada que contarme? No sé... algo que ha podido pasar últimamente y que no has encontrado el momento para comentármelo.

—Mmm... No.... Bueno sí, de hecho dos cosas: mi hermano me dijo que te diera su número de teléfono por si te apetecía salir algún día a tomar algo, y hace un par de horas te he reenviado el último email que me ha llegado de Alejandro.

—Vale... y ¿eso es todo?

—Que yo sepa, sí —contestó.

—Ok. —No iba a insistirle más, por hoy.— Bueno, pues pásame el contacto de tu hermano al móvil y gracias por el email.

Estaba segura de que en ese piso pasaba algo entre Pablo y Ana, pero me parecía inverosímil que entre ellos pudiera haber algo de índole romántico o sexual, tenía que ser otra cosa, que, por supuesto, intentaría averiguar como fuera. También sabía que no le podía echar en cara a ellos que me ocultaban cosas, al fin y al cabo, yo no les había dicho nada sobre lo ocurrido con Samuel y tampoco sobre las fotografías ni sobre la carta que me había escrito Alejandro. Quizás, más adelante se lo contaría, por ahora, prefería tener el tema aparcado, no quería remover las cosas justamente en el momento en el que me sentía tan liberada de esas cargas.

Ana se marchó a su habitación y yo hice lo mismo. Aquella noche no tenía ganas de cenar, me sentía aún llena de todo lo que había comido durante el fin de semana en casa de mis padres. Me di una ducha antes de meterme en la cama. Cuando salí aún con la toalla puesta, cogí el móvil y vi un mensaje de Ana con el contacto de su hermano. Me quedé mirando los dos iconos, el del correo y el de la tecla de llamada, la elección radicaba entre leer el relato de Alejandro o llamar a Raúl, es decir, Alejandro o Raúl. Mi dedo pulgar iba de una imagen a otra sin llegar a tocarlas, mientras pensaba cual de las dos opciones sería mejor priorizar, pero tras las reflexiones en la playa, la respuesta estaba clara: apreté a la llamada.

—¿Sí? —contestó él al segundo tono.

—¿Raúl?

—Sí, soy yo, ¿quién es?

—Soy Helena, la compañera de... —No me dejó terminar la frase.

—Sé qué Helena eres —dijo mientras se reía levemente.

—Ah vale, pues yo te llamaba porque tu hermana me ha comentado que ayer por la noche os visteis y le dijiste que te llamara si me apetecía tomar algo algún día. —No parecía mi voz, no parecía yo, este tipo de conversaciones me costaban horrores.

—Sí, claro, me alegra que hayas decidido llamarme —dijo él, yo suplicaba mentalmente que me lo pusiera más fácil.

—Bueno, pues eso, que si te apetece podemos quedar a tomar un café algún día de esta semana al salir del trabajo, si te viene bien, claro.

—Genial, esta semana no tengo ningún viaje programado, así que me viene perfecto —contestó.

—Vale, pues podemos quedar el miércoles, por ejemplo, no sé... —propuse.

—Ok, te llamo antes del miércoles y decidimos dónde vernos.

—Perfecto.

—Gracias por llamar, y buenas noches, Helena.

—Buenas noches, Raúl.

Punto uno, hecho, la conversación con Raúl había ido algo mejor de lo que me esperaba. Odiaba estas situaciones, volvía a encontrarme en este tipo de tesisuras que no me gustaba nada y me hacían sentir incomodísima. Yo no estaba hecha para conocer hombres, más bien estaba hecha para estar con un hombre y sentirme tranquila en una relación. Aunque reconozco que el gusanillo del principio tenía su aquel y no me disgustaba, yo prefería estar en

ese punto donde los silencios no son incómodos, saber qué le gusta y molesta a la otra persona, lo que te permite moverte a su alrededor con un mayor confort. Y es que además no sabía qué pasaba que, cuando empezaba a conocer a alguien parecía que me habían lobotomizado el cerebro y parecía una idiota integral, o no me salían las palabras correctas o me limitaba únicamente a utilizar monosílabos.

Ahora tocaba el punto dos, leer el último email que había recibido Ana de Alejandro, pero esta vez sería diferente, no iba a buscar mensajes entre líneas, simplemente iba a intentar disfrutar de sus historias y descripciones, entre nosotros ya estaba todo dicho, y si quedó algo por decir aquel treinta y uno de agosto del año pasado cuando lo vi por última vez, ya se había encargado él de recordármelo en su carta. No dudó en volver a recordármelo, no es que no pudiera, es que no quería quererme, y respecto a eso, una no tiene contra que luchar, no tenía nada a lo que agarrarme, por eso decidí llamar a Raúl antes, en lugar de leer el nuevo relato de Alejandro.

Aparté aquellos pensamientos “vampiros de energía” que ya empezaban a serme tediosos, abrí el correo y me sumergí en el imperio del sol naciente, Japón.

Fwd.: Japón, impresiones y anécdotas

Japón ha superado con creces todas mis expectativas y las sorpresas, que han sido muchas, no han hecho otra cosa sino aumentar los buenísimos momentos que he pasado. Cincuenta días, ni uno más ni uno menos, son señal inequívoca de que mal del todo no me han tratado.

¿Qué hay de ciertos en los tópicos habituales? Pues bien, sí, los japoneses son la gente más educada que he conocido hasta la fecha (aunque estoy seguro de que tanta reverencia debe pasar factura a la espalda con la edad), sí, las ciudades niponas son las más limpias que jamás he visto (los ceniceros

de llavero hacen furor), y también poseen los medios de transportes más eficientes del mundo.

Es conocido igualmente que Japón posee una tradición ancestral muy fuerte y arraigada, la cual ha ido evolucionando hasta desembocar en lo que yo voy a llamar “un país de contrastes complementarios”. Veamos algunos de estos contrastes:

- Protocolos de conducta y respeto estrictamente definidos durante siglos, frente a tribus urbanas que se disfrazan de personajes de cómics, de doncellas o con tiras de cuero alrededor de la cara.*
- Jardines zen de Kyoto o Nara donde cada piedra y cada rama han sido cuidadosamente colocadas, frente a mega urbes de rascacielos y anuncios de neón entre cruces aparentemente caóticos (como el de Shibuya en Tokio con siete pasos de peatones).*
- Ceremonias solemnes como la del té o el tiro con arco, frente al desmadre desinhibido de una noche entera de karaoke en un cuartito privado.*
- Templos budistas (como los de Kamakura o Nikko) que destilan calma, rodeados de árboles centenarios frente a museos de nuevas tecnologías con robots que juegan al fútbol o te limpian la casa.*
- El cono volcánico perfecto (Monte Fuji), frente a las secuelas de la explosión de la bomba atómica en Hiroshima.*
- La sensualidad y elegancia de las geishas, frente al caos del mercado de pescado de Tsukiji, una amalgama de gritos y tenderetes con atunes gigantes, almejas de colores y pepinos de mar.*

Bueno, he explicado muchas referencias culturales, pero ¿qué ha sido de mi viaje? Para empezar, te cuento que me tocó tirar de ingenio para reducir costes. Es cierto, sobre todo en cuanto al alojamiento y al transporte se refiere, que Japón resulta caro para un presupuesto de mochilero.

Para reducir gastos con el alojamiento, de los cincuenta días en Japón, me quedé durmiendo en casa de la gente unas treinta noches (gracias principalmente al couchsurfing). Tres semanas, las pasé en Tokio, en el apartamento, nada más y nada menos, de la primera y única (hasta la fecha) geisha extranjera. No podía haber caído en mejores manos, toda una experta en tradiciones y secretos interesantísimos que me permitieron una inmersión profunda y privilegiada de las costumbres del imperio.

Estando todavía en Tokio una noche me tocó sacar la basura, este hecho, a priori trivial, se convirtió en un argumento digno de misión imposible. En las calles no suele haber papeleras (ni mucho menos contenedores). Tienen un sistema hartamente complejo donde además de separar la basura en media docena de bolsas distintas, cada bolsa sólo se puede sacar un día específico que depende de la calle donde vivas. Pues bien, imagínate la escena: de madrugada, uno delante vigilando que no nos tropezásemos con ningún policía, otro en la retaguardia llevando las bolsas. Con sigilo (además de alevosía y nocturnidad) nos acercamos hasta la tienda de veinticuatro horas de la esquina y agachados para no ser vistos desde dentro, depositamos la basura en “sus” papeleras. ¡Toda una aventura!

Otro de los días, cerca del castillo de Himeji, tres japonesas hicieron que me sintiese como un verdadero príncipe. Se pasaron cuarenta minutos conmigo vistiéndome y desvistiéndome, con todo lujo de detalles y un perfeccionismo impecable, con un traje auténtico de samurái: camisa y pantalones de seda, botas de pelo de oso, armadura de placas de madera y hierro, casco con alas y hasta protectores especiales para el corazón. No te engaño si te digo que podría acostumbrarme a este tratamiento imperial.

Y la mejor para el final, llegué a Matsumoto, una ciudad cercana a los Alpes japoneses, bien entrada la noche. No encontraba el lugar donde quería dormir y al final de la calle (desierta y cubierta de nieve) vi una luz. Era el

taller de un artesano de cerámica que aún estaba trabajando, golpeé el cristal y conseguí hacerle entender con gestos que necesitaba ayuda para encontrar una dirección. Reticente al principio acabó colocándose las chanclas de madera y me acompañó hasta el sitio (de hecho, de camino, patinó en el hielo y se metió tal batacazo que se partió las gafas). El hotel resultó estar cerrado y mientras yo aún sopesaba mis opciones, Makyō, que así se llamaba el artesano, me dijo que me quedase en su casa.

No me lo pensé dos veces y fue ahí donde empezó la mejor experiencia de todo Japón. Estuvimos conversando bastante tiempo (ayudados de gestos, de lápiz y papel y de una botella de sake lechoso de 1,8 litros) antes de salir a cenar algo. Me llevó a lugares extrañísimos de ambiente familiar a los que jamás hubiese podido entrar solo (entre otras porque no tenían ni rótulo). Serían las dos de la mañana cuando estábamos en un antro minúsculo, oscuro y ahumado donde una señora mayor preparaba pasta fría y sake caliente. Makyō se quedó dormido sobre la barra (algo nada fuera de lo común en Japón) y lo tuve que llevar de vuelta casa, donde ni siquiera atinaba a meter la llave en la cerradura. Fue absolutamente fantástico e inverosímil todo lo que me ocurrió aquella noche, al día siguiente aún me preparó de comer y me regaló una de sus creaciones en barro.

Saludos desde Corea del Sur.

15. RAÚL, ¿POR SUERTE?, NO ES COMO ÉL

El lunes y el martes de aquella semana había podido salir a mi hora de la oficina, pero justamente el miércoles que había quedado a tomar un café con Raúl, tuve una reunión de urgencia por la tarde, *conference call* con Múnich incluida y que, como siempre ocurría, se alargó tanto que salí de la oficina sobre las nueve de la noche. Raúl, en lugar de molestarse por no haberle avisado con tiempo o cambiar la cita para otro día, se ofreció a venir a recogerme al trabajo y comprar cena para todos en el piso.

Así que, nada más salir del trabajo, él ya me estaba esperando apoyado en su coche, un Volkswagen Golf nuevo de color negro impoluto, me acerqué y nos dimos dos besos, se notaba que se acababa de duchar porque su pelo aún estaba húmedo y olía muy bien a gel, llevaba unos vaqueros azul oscuro y una camisa de cuadros de El Ganso, casual y perfecto. Una vez en el interior del coche me recibió un olor a comida japonesa, que automáticamente mi estómago reclamó como suya.

—¡Dios, huele genial! Tengo un hambre... —dije al sentarme en el asiento del copiloto.

—Espero no haberme equivocado con la elección de la comida. Recordé que la noche que nos vimos en verano mi hermana y tú veníais de cenar en un japonés, así que he supuesto que el sushi era una apuesta segura.

—Has acertado de pleno, me encanta el sushi —contesté.

—Ya he avisado a mi hermana que llevábamos la cena, se ha puesto muy contenta.

—Sí, hace un par de días que los *tuppers* de tu madre han empezado a

escasear, ya sabrás que cocinar no es que digamos el punto fuerte de tu hermana, y Pablo con tal de no mover un dedo, llegado el momento, se comería hasta las plantas que tenemos en el salón.

—Ya veo, menudo panorama tienes en el piso —dijo riéndose mientras arrancaba el coche y emprendíamos el camino hacia el piso.

—Bueno, yo tampoco es que sea un as en la cocina, y reconozco que si veo en la nevera algo que ha preparado tu madre soy capaz de pagar por ello. ¿Tú vives solo o compartes piso? —pregunté.

La verdad es que me sentía más cómoda de lo que pensaba a pesar de la corta distancia que nos separaba dentro del cubículo del coche, y cuando pensaba que entablar una conversación podía convertirse en un suplicio, y más en un espacio tan reducido, empezamos a charlar sin vernos forzados. Por suerte, tampoco aparecieron los tan temidos silencios incómodos.

—Vivo solo, en un estudio de una habitación, no es muy grande, pero me sobra. La urbanización donde está tiene gimnasio y piscina, así que una cosa por otra, y además, me viene genial tenerlo todo a mano, el trabajo no me deja mucho tiempo —contestó.

—Creo que me comentó tu hermana que trabajas de financiero en una multinacional, ¿no?

—Sí, a las afueras de la ciudad, la verdad es que no me quejo, lo único son los viajes que tengo que hacer a menudo a Barcelona y una vez al mes a Inglaterra, donde está la central. ¿Tú no sueles viajar?

—Pues en el puesto que tenía antes prácticamente no salía de la oficina, alguna vez puntual, por un cliente importante acompañando a mi jefe. Ahora que he cambiado de puesto a gestora de cuentas, supongo que tendré que viajar algo más, pero casi siempre suele ser a Alemania o a Mallorca.

—Está bien salir de vez en cuando y cambiar de aires, no estar todos los días

encerrado en la oficina rodeado de cuatro paredes y viendo las mismas caras.

—Sí, la verdad es que sí.

La conversación era fluida, Raúl lo ponía fácil y hablar de trabajo ayudaba a que me sintiera más cómoda si cabe. No era como con Alejandro, que me hacía sentir muy bien a su lado, no deseaba estar en otro lugar, pero su sola presencia siempre me intimidaba, y a eso había que sumarle el que era incapaz de controlar esa atracción que me imantaba a él.

Raúl era un chico guapo y me gustaba físicamente, era inteligente, educado, con un trabajo similar al mío, hacía deporte, era alto, vestía bien, etc., vamos, que parecía que no tenía nada malo que pudiera utilizar como excusa para huir de él.

Cuando llegamos al piso con la cena, Pablo y Ana salieron a recibirnos como perritos emocionados, si tuvieran cola, sin duda alguna, la estarían moviendo de un lado a otro. Incluso habían puesto la mesa para que nada más llegar pudiéramos cenar, y es que en esta casa se notaba cuando había hambre y tenías la suerte de que te trajeran la cena, y para más inri comida japonesa, lo que podríamos llamar pleno al quince.

Tras una agradable cena que discurrió entre risas, bromas y la inhabilidad total de Pablo con los palillos, Ana y él se disculparon tras el postre y ambos se marcharon a sus habitaciones a dormir. Ana me miraba con los ojos brillantes de emoción, y algo de culpa también tendría el vino blanco. La cuestión era que se levantó de la mesa con una sonrisilla tonta y sin parar de mirarnos alternativamente a su hermano y a mí, estaba claro que la Ana celestina que conocí hacía unos meses, atacaba de nuevo.

Una vez ya solos, Raúl y yo recogimos la mesa y nos sentamos en el sofá con lo que quedó del vino blanco en nuestras copas.

—Estaba buenísimo todo, gracias por haber tenido el detalle de traer la cena

para todos.

—Qué va, deberíamos hacerlo más veces, ha estado bien no cenar solo en casa acompañado únicamente por páginas Excel de trabajo repletas de números y fórmulas.

—Cuando quieras te invito a que traigas la cena de nuevo —le dije sonriendo justo antes de darle un pequeño trago a la copa. En aquel momento pensé: ¿Estoy coqueteando? Helena, aguanta los caballos, que estás bebiendo vino y te pones muy tonta, que nos conocemos...

—Oh gracias, un detalle por tu parte —respondió con una sonrisa, siguiendo la broma.— Y... esto... ¿cómo estás ahora? Ya sabes... sé que fue duro para ti que Alejandro se marchara, y mi hermana me comentó hace tiempo que no lo estabas pasando muy bien. —Vaya, ahí estaba la única conversación que justamente no me apetecía en absoluto mantener con él.

—Pues... —Qué le podía decir... ¿Que lo había echado de menos a morir?, ¿que pensaba que él era el amor de mi vida, pero que no tendría inconveniente, llegado el momento, en acostarme con él aunque sólo fuera para demostrarme a mí misma que estaba pasando página?

—Perdona, no debería haber tocado el tema. —Agradecí que interrumpiera mis pensamientos, pero había que contestar y quitarse de encima cuanto antes esta conversación para que no volviera a surgir.

—No pasa nada, de verdad, estoy bien. A ver, lo pasé mal cuando se fue y he estado unos cuantos días de bajón. —En realidad más que días fueron meses, tampoco vi la necesidad de hurgar en la herida.— Pero ya está, él está por ahí a saber dónde y yo sigo aquí, con mi vida. Al fin y al cabo sólo estuvimos juntos un mes, no fue para tanto... —Vale, sí... culpable, toda mentira cochina.

—Quiero que sepas que él siempre ha sido así con todos. Hemos sido

amigos desde que tengo uso de razón, y es un tío genial, puedes contar siempre con él, aunque esté lejos, siempre encuentra la forma de echar una mano en lo que necesites. Pero tiene una visión de las cosas muy distinta a nosotros, su vida se rige por unas reglas diferentes a las del resto del mundo. Estoy seguro de que él no tenía la intención de hacerte daño y también sé que le gustabas mucho, pero como se suele decir, la cabra tira para el monte, y parece ser que nada ni nadie va a cambiar eso.

—Tranquilo, no tienes que justificarlo. Aunque estuve sólo un mes con él me dio tiempo a conocerle, sé que es muy buena persona y que no quería que yo lo pasara mal. Siempre fue sincero conmigo respecto a cuáles era sus planes, pero bueno, a veces te dejas llevar y es inevitable pasarlo mal cuando las cosas no suceden como a ti te gustaría.

Alejandro era su mejor amigo, y sé que intentaba que yo entendiera que no era un cabrón, pero eso yo lo supe siempre. Tengo que reconocer que en ese momento con Raúl, en el sofá con dos copas de vino, sabiendo que yo le gustaba, que hablara tan bien de Alejandro me dio a entender muchas cosas buenas sobre él, y que valía la pena seguir conociéndole.

—Entonces, ahora estás bien, quiero decir que ya has... no sé cómo decirlo, ¿pasado página? Joder, Helena, me siento muy ridículo diciendo estas cosas, pero es que no sé cómo preguntártelo. —No me miraba mientras hablaba, su mirada estaba fija en la copa de vino que tenía en su mano.

—Tranquilo, no pasa nada, pregunta lo que quieras. —Me pareció inverosímil que fuera yo la que le tuviera que tranquilizar, cuando solía ser yo la que parecía un pez fuera del agua en estas situaciones.

—Me gustas, siempre me has gustado, pero entre unas cosas y otras, luego apareció Alejandro, y bueno, que nunca encontraba el momento para acercarme a ti. —Por fin levantó la vista y me miró, sus ojos marrones claros

se quedaron fijos en los míos.

—Sí, han pasado muchas cosas desde que nos conocimos y creo recordar que tú estabas con una chica cuando Ana llegó al piso y viniste a ayudarle con la mudanza, ¿no?

—Sí, con Lucía, llevábamos unos seis años juntos, pero al poco de mudarse Ana contigo, rompimos. La relación ya hacía tiempo que no funcionaba, prácticamente cada uno hacía su vida y ambos nos dimos cuenta que no tenía sentido seguir así.

—Es genial cuando una relación se rompe de “mutuo acuerdo” y ninguna de las partes lo pasa mal. Yo no he tenido suerte con lo de mutuo acuerdo, siempre me toca “la mejor parte” en estas cosas.

—Me cuesta creer que siempre hayas sido tú la que ha sufrido por amor, cuando te miro pienso que eres tú la que haces que los demás sean los malparados.

—Que va, la “*destroyer*” no suelo ser yo. No sé cómo me las arreglo, pero siempre termino en el lado equivocado.

—Por suerte, ahora, creo que estás en un buen lugar.

—Gracias, yo también lo creo. En parte gracias a estos dos personajes con los que convivo. No sabes la terapia de cancioncitas que creó Pablo para que empezara todos los días animada. Este mes estamos disfrutando del éxito de finales de los noventa del grupo La Mosca TseTse, “Para no verte más”, ¿te acuerdas? —Asintió con la cabeza mientras sonreía y bebía un poco de vino.

— Pero para que te hagas una idea del calvario hemos pasado hasta por Britney Spears.

—Vaya show tendréis por las mañanas...

—Tu hermana no se quedaba atrás con sus bailoteos, entraba en mi habitación y me subía la persiana. Ahora, gracias a Dios, están más relajados,

y a Ana, que ahora se suele quedar hasta las tantas estudiando, ya no le parece tan graciosos los *hits* mañaneros de Pablo. —Sonreía mientras me escuchaba atentamente.— Pero no me puedo quejar, se preocupan mucho por mí.

—Sí, eso es cierto.

Continuamos hablando, y pasaron las horas volando, hasta que nos dimos cuenta de que ya eran casi las tres de la mañana y al día siguiente teníamos que madrugar para ir a trabajar.

—Ha estado genial hablar contigo y conocernos un poco mejor, ¿verdad? —dijo él.

—Sí, es cierto, siempre nos hemos visto de pasada, me ha gustado hablar contigo.

—¿Has estado cómoda? —preguntó.

—Por supuesto. —No era mentira, había estado bastante relajada hablando con él.

—Entonces... ¿Te gustaría que volviésemos a quedar?

—Claro.

—Pero esta vez una cena sólo nosotros dos. No es que no haya disfrutado de la compañía de mi hermana y Pablo, pero me apetece estar contigo a solas.

—Por supuesto.

—Genial, pues mejor será que me vaya ya, mañana me vas a maldecir cuando suene el despertador.

—Eso no te lo puedo desmentir, seguramente lo haga. —Sonreí mientras contestaba.

—Bueno, pues si te parece bien espero que me llames y me digas cuándo te viene mejor quedar, yo me encargo de reservar.

—Vale, espera, te acompaño a la puerta. —Y nos levantamos a la vez del sofá.

Llegaba ese momento raro, aunque me había sentido muy bien hablando con él durante horas y él había estado encantador, no tenía ninguna intención en lanzarme y besarle. No era por nada en concreto, pero tenía la impresión de que la noche había sido perfecta sin más, y tenía miedo de que un beso antes de tiempo pudiera estropear lo que parecía el principio de algo, que en esos momentos, no sabía aún cómo calificar. Pero también podía darse el caso, como hizo Alejandro de acercarse y besarme, y aquello, él y yo, fue perfecto, ahora con Raúl no tenía tan claro que me hiciera tanta ilusión que se aproximara a mí y me besara.

Abrí la puerta, nos quedamos en frente uno del otro unos segundos, que me parecieron eternos hasta que se aproximó a mí, giró su cara y me dio dos educados y correctos besos en cada una de mis mejillas a modo de despedida. Raúl, por suerte, no era como Alejandro, aunque siendo sincera conmigo misma, me pregunté al cerrar la puerta, ¿seguro que, por suerte, o más bien por desgracia, Helena?

16. VIDA PROFESIONAL: (check)

A la mañana siguiente de la cena en el piso con Raúl, mi jefe me llamó para que fuera a su despacho. El señor Köhler, aunque él siempre prefería que le llamase por su nombre, Friedrich. Él era el típico alemán alto, rubio y ojos azules. Creo que superaría los cincuenta, pero seguía siendo atractivo, o al menos a mí siempre me lo pareció, y también muy correcto y educado. Tenía una adorable esposa española y dos hijos mellizos adolescentes, aunque estaba bastante “españolizado”, hacía ya más de veinte años que había dejado su Alemania natal. Su carácter seguía siendo algo distante, y a mí eso me encantaba, nada de contacto físico innecesario, nada de besos, respeto por el espacio vital del otro, qué queréis que os diga... bendita idiosincrasia alemana. Ya hacía varios años que él me contrató personalmente para su departamento y él mismo fue el que me apoyó para promocionar hacía tan sólo un mes. Lo cierto es que le tenía gran aprecio al hombre y creo que el sentimiento era mutuo.

Toqué a la puerta de su despacho y me invitó a pasar. Friedrich siempre se dirigía a mí en español, raramente hablaba en alemán con los españoles que trabajábamos allí, aunque controláramos bastante el idioma germano.

—Buenos días, Friedrich.

—Hola, Helena toma asiento, tengo que comentarte unos temas.

—¿Tomo nota? —dije antes de sentarme por si tenía que volver a mi sitio a por papel y un bolígrafo.

—No hace falta. Helena, tengo una noticia buena y una mala.

—Vaya, pues empecemos con la buena, que a estas horas de la mañana casi lo prefiero. —Sonreí al finalizar.

—Muy bien, recuerdas al Herr Sprenger, es una de las cuentas más

importantes de la empresa.

—Sí, claro.

—Pues su hijo ha emprendido su propia andadura profesional y se ha independizado de la empresa de su padre. Herr Sprenger se puso en contacto con nosotros porque quería que llevásemos el negocio de su hijo a España, más exactamente a Mallorca. He pensado que es una buena oportunidad para que te encargues tú personalmente de gestionar esta nueva cuenta desde el principio. —Aquí estaba la oportunidad que llevaba tiempo esperando.

—Muchas gracias, Friedrich, tengo muchas ganas de empezar a trabajar en ella. —Por fin mi propia cuenta importante, estaba más que contenta.

—Pero hay una parte mala, tienes que ir a Núremberg para reunirte con el hijo de Herr Sprenger y realizar las entrevistas pertinentes para recabar todos los datos relativos al negocio que quiere establecer aquí.

—Perfecto, sin problemas.

—La cuestión es que el viaje está programado para que salgas el lunes y vuelvas el viernes.

—Vale, ya lo entiendo, lo que me quiere decir es que me quedo sin fiestas de Fallas.

—Exacto, pero es la única disponibilidad que nos ofrecía el cliente. Por supuesto que los días festivos pasarán a engrosar tus vacaciones.

—Lo entiendo, no se preocupe, además he de confesarle que este año no tenía muchas ganas de fiestas, así que me apetece mucho ese viaje.

—Perfecto, entonces no hay noticias malas. —Friedrich hizo una mueca que creo que simulaba a una sonrisa.— Kristin te pasará todos los datos que tenemos de tu nueva cuenta. Enhorabuena, Helena, espero que no nos falles.

—No se preocupe, gracias.

Tras un apretón de manos a modo de felicitación, salí de su despacho la mar de contenta, por fin la oportunidad que estaba esperando, mi propia cuenta e irme de viaje lejos de casa por unos días. Había llegado el momento de conseguir mejorar mi vida laboral y demostrar que valía para aquel puesto. Puede que mi vida personal estuviera hecha un desastre en aquellos momentos, por ello necesitaba urgentemente que mi vida profesional estuviera lo más organizada y enfocada posible, era algo indispensable para conseguir esa estabilidad que tanto ansiaba, y tener la cabeza ocupada en temas laborales, me pareció lo mejor que me podía pasar.

Ya en el piso cenando con Pablo y Ana les comenté las novedades del trabajo y que me iría a Núremberg una semana, también les dije que, sintiéndolo mucho, el viaje coincidía con las fiestas. Pero lo cierto, tal y como le había comentado a mi jefe, era que no me sabía nada mal perdermelas, era totalmente cierto que ese año no me apetecía nada salir por ahí, tenía la sensación que aún me hacía falta algún tiempo más de reflexión, y después de cómo acabó la última vez que salimos, reencuentro con ex incluido, no estaba yo muy por la labor de salir y darlo todo, como pretendían hacer Pablo y Ana.

—Entonces, te pierdes lo mejor de Las Fallas, además de que había pillado un par de días libres para que hiciéramos algo interesante, como irnos a comer una paellita a la Malvarrosa —comentó Pablo.

—Ya os comenté que este año no contarais mucho conmigo. Seguro que al final ni os acordáis de que no estoy por aquí, porque sé bien que no vais a parar. —Seguía pensando que Pablo y Ana se llevaban un rollo raro.

—Pues a mí me da pena que te vayas tanto tiempo, aunque creo que te vendrá bien el viaje. Mi hermano me ha dicho que habíais quedado para cenar algún día... —comentó Ana mientras continuaba comiendo.

—Vaya, veo que mi intimidad es de dominio público... —Ana puso cara de circunstancias, se dio cuenta de que quizás se había excedido en ser tan cotilla.— Tranquila, no pasa nada, intentaré quedar con él este fin de semana, si le viene bien.

—Seguro que le viene bien —dijo Ana con una sonrisa en la cara.

Cuando terminamos de cenar, ya en mi habitación con el pijama puesto, preferí llamar a Raúl en lugar de enviarle un mensaje para contarle que el lunes me iba de viaje, pero que, si le parecía bien, podríamos cenar ese fin de semana antes de marcharme.

A ver, que quede clara una cosa, no es que tuviera unas ganas locas de estar con él, pero sí tenía ciertas ganas de volver a verle, hablar tranquilamente como lo habíamos hecho la noche anterior. Estar con Raúl me reconfortaba y además, para qué engañarme, tenía la sensación de que, si dejaba que transcurriera más tiempo entre una quedada y otra, me enfriaría y tendría para pensar y comerme la cabeza con pensamientos inútiles. Yo ya estaba más que cansada de darle tantas vueltas a las cosas y no llegar a ninguna conclusión, así que sin más dilación marqué su número.

—Helena, te juro que tenía el móvil en la mano para llamarte —dijo Raúl nada más descolgar tras no dejar sonar casi ni un tono de espera.

—Buenas noches, vaya, qué coincidencia.

—Sí, quería haberte llamado antes, pero he tenido un día de locos en la oficina y me ha sido imposible encontrar un hueco.

—No te preocupes, yo no he tenido un día mejor, también mucho lío en el trabajo —contesté.

—¿Qué tal estás? ¿Mucho sueño esta mañana?

—¿No has notado cómo te maldecía cuando ha sonado el despertador?

—Pues, ahora que lo dices, he notado como pequeños pinchazos en el corazón, y me pitaba el oído izquierdo, he pensado que sería por la sarta de insultos que me estarías dedicando.

—O quizás es que te está dando un amago de infarto o principio de sordera —le contesté sonriendo.

—Pues también podría ser... —contestó riendo.

—A ver, pues, yo te llamaba para comentarte que el lunes me voy de viaje a Alemania y no vuelvo hasta el viernes.

—Vaya, qué faena, te pierdes todas Las Fallas...

—Lo sé, pero este año tampoco estaba muy por la labor de salir.

—Bueno, pues podemos quedar cuando vuelvas —contestó con voz resignada, me dio la impresión de que habría pensado en algún plan para aquellos días.

—Sí, claro, pero te iba a decir que si, te parecía bien, este sábado podríamos quedar antes de que me fuera.

—Por mí genial, no te había comentado nada porque prefiero que vayamos a tu ritmo. Ya te dije que me gustas mucho, me apetece conocerte y no me importa ir despacio.

—Gracias, pero ya te dije que estoy bien, si te apetece quedar, dímelo.

—Ok, lo tengo en cuenta. Bueno, pues ya me encargo yo de elegir el restaurante, si te parece bien, te envió un mensaje con la hora para pasar a recogerte.

—Me parece perfecto.

—Muy bien.

—Buenas noches, Raúl.

—Buenas noches, Helena.

Y lo siguiente que supe de Raúl fue un mensaje dándome los buenos días ocho horas después de haber hablado por teléfono, al más puro estilo Roberto Benigni en “La vida es bella”:

“¡Buenos días, princesa!”

Puede que el mensaje fuera un poco moñas para mi gusto, pero, que yo fuera prácticamente lo primero que pensó Raúl aquel día al levantarse, para qué engañarse, también me halagaba, estaba hambrienta de mimos y atenciones, y esas cosas me sacaban, al menos, una sonrisa.

Ya en la oficina, me centré en recabar toda la información posible sobre la cuenta de Herr Sprenger y su hijo. Quería ir bien preparada para hacerlo lo mejor posible y demostrar que no se habían equivocado dándome esa cuenta, era mi momento y lo iba a aprovechar al máximo. Esa tarde recibí un mensaje de Raúl diciéndome que el sábado sobre las 21:00 horas pasaría por el piso para recogerme e irnos a cenar.

Al día siguiente me levanté tarde y decidí dar una vuelta por el centro comercial que estaba junto al piso para ver si encontraba algo interesante para aquella noche, me apetecía arreglarme, estar guapa para Raúl. Me compré un vestido estilo camisero de manga larga de color negro, pensé que quedaría bien con mis zapatos abotinados de tacón de ante negros y luego mi abrigo gris, sencilla pero arreglada, sabía que el negro para salir a cenar era una apuesta segura.

Cuando llegué al piso, Ana y Pablo ya estaban comiendo, por suerte, me habían apartado un plato de pasta por si venía con hambre, me lo serví y los acompañé en la mesa.

- ¿Qué tal se os presenta el fin de semana?, ¿tenéis algún plan en especial?
- pregunté antes de meterme el primer bocado de pasta.
- Nada, estudiar —contestó Ana mientras masticaba.

—Yo tampoco mucho, me quiero reservar para darlo todo esta semana. ¿Y la señora, tiene algún plan? —contestó Pablo.

—Yo sé que sí... —contestó Ana por mí.

—Vaya... ¿quién osa a sacarte de tu cueva? —Pablo intervino con uno de sus comentarios.

—Te has levantado gracioso hoy, eh... Pues me voy a cenar con Raúl, el hermano de la señorita de mi derecha, pero había pensado que, después de cenar, podríamos vernos en algún pub y tomar algo todos juntos.

—Mmm, yo creo que paso, tengo que entregar el martes unos ejercicios del máster y me los quiero quitar de encima cuanto antes —respondió Ana.

—Ídem que Ana, mejor me quedo en casa de relax. Quiero estar al 100% para darlo todo en Las Fallas —comentó Pablo.

—Bueno, al menos os hacéis compañía... —lo dejé caer, esperando alguna respuesta por parte de alguno de ellos, pero sólo obtuve silencio y una respuesta desganada de Ana.

—Sí, bueno, no hay mucho donde poder elegir, el ficus del salón o Pablo.

Después de comer, me fui directa a mi habitación, leí un par de informes de las empresas ubicadas en España de Herr Sprenger y me metí en la ducha para empezar a arreglarme con tiempo, no quería hacer esperar a Raúl cuando viniera a recogerme.

Me alisé el pelo pero me dejé las puntas un poco onduladas, que no me quedó del todo mal gracias a un tutorial que seguí de Youtube, me pinté las uñas de un color granate más bien oscuro y luego opté por un maquillaje natural. Estaba terminando de pintarme los labios con un color *nude* cuando llamaron el timbre, antes de que hiciera el amago de ir a abrir, escuché a Ana salir de su habitación y abrir la puerta, y a continuación dar un grito para avisarme.

—¡Hele, tu caballero de armadura reluciente ha venido a buscarte!

—Ana... —escuché a Raúl reprender a su hermana.

—Ya salgo, dile al caballero que aparque el caballo donde vea hueco — contesté riéndome.

Raúl no llevaba una armadura reluciente ni le hacía falta, porque llevaba esos vaqueros oscuros que le quedaban genial, unos botines marrones y una camisa azul clarito acompañada con una americana azul marino. Tenía muy buen gusto para vestir, y cuando me acerqué a él para darnos dos besos, también comprobé que sabía elegir a la perfección un buen perfume.

—Nos vamos antes de que Ana se resbale de lo que está babeando —dije yo, y es que la susodicha no dejaba de mirarnos con cara de boba, como una madre orgullosa de su hijo el mismísimo día de su boda.

—Aiss... —Suspiró.— Es que hacéis tan buena pareja, los dos tan guapos, tan elegantes, tan ideales...

—Sí, por favor, será mejor que nos vayamos ya —dijo Raúl mientras abría la puerta, se le veía bastante incómodo con la escenita de su hermana.

17. LA PRIMERA NOCHE VERSUS LA ÚLTIMA NOCHE

Su coche estaba aparcado justo al salir del portal, me comentó que había tenido suerte, ya que nada más llegar a la calle uno se iba y había podido aparcar a la primera, y eso, en aquellos días, se podría calificar como milagro. Encontrar sitio en cualquier punto de la ciudad con tantas calles cortadas por culpa de las fiestas era un auténtico suplicio.

—Perdona, no te he dicho lo guapa que estás —dijo Raúl ya sentados en el coche.

—Gracias, tú tampoco estás nada mal —le contesté mirándole de arriba abajo.

—Me vas a subir los colores... —Nos reímos juntos.—Espero que te guste el sitio donde he reservado, hacen tapas, bocadillos y demás, pero de una manera, digamos... más detallista, creo que te va gustar.

—No lo dudo.

Tras unos diez minutos de camino en el coche, comentó que ya estábamos llegando, enseguida me percaté de que estábamos en la zona donde me dijo que vivía.

—¿No vives por aquí? —le pregunté mientras miraba por la ventanilla.

—Sí, en la calle de detrás, de hecho, voy a dejar el coche en el garaje de mi edificio, porque lo de aparcar lo veo complicado.

—Vaya... Si me lo hubieras dicho, podía haber venido yo y evitarte la molestia de cruzar la ciudad simplemente para recogerme.

—Prefería ir yo, mi hermana me dijo que no tenías coche y no quería que

tuvieras que coger transporte público o un taxi.

—Pues muchas gracias... —Quedaba claro que Raúl era un caballero y un detallista.

Dejamos el coche en el parking y sólo tuvimos que girar la esquina para estar frente al restaurante en el que había reservado. Se llamaba Saona, por lo que me comentó Raúl, el dueño había abierto un par más en Valencia y también alguno en la zona de Alicante. Nada más entrar, un chico que parecía que conocía a Raúl de antes, nos indicó cuál era nuestra mesa. El sitio estaba decorado con un estilo mediterráneo, predominaba el blanco, los azules y verdes suaves, había hasta un olivo, guirnaldas de luces blancas y sillas de madera de diferente tipo pintadas de colores diversos, habían cuidado hasta el último detalle y daba la sensación de acogedor.

—Es muy bonito —dije mientras me sentaba en mi silla sin dejar de mirar mi alrededor.

—Sí, a mí me gusta mucho, y la comida verás como está muy buena.

Raúl me contó que conocía al encargado, ya que venía a cenar a menudo por lo cerca que estaba de su casa. Un camarero se acercó y nos dejó unas cartas, empecé a echar un vistazo y, tal y como me había dicho antes, había ensaladas, bocadillos y platos de todo tipo, como hamburguesas y lasañas, todo parecía sencillo pero con el toque típico de un chef.

—¿Me permites recomendarte algunas cosas? —dijo Raúl.

—Por supuesto, tú conoces mejor el sitio.

—La hamburguesa de tartar de atún sobre mayonesa de lima y albahaca está espectacular, creo que te gustará.

—Pues creo que no voy a mirar más, me has convencido. —Y dejé la carta cerrada sobre la mesa.

—Y yo, que soy un poco más carnívoro que tú, voy a elegir una hamburguesa también, pero *blackangus*, una carne de buey buenísima.

El camarero respondió a la llamada de Raúl para que pudiera tomarnos nota, pidió las dos hamburguesas, unos nachos para picar, y un vino blanco cualquiera pero que estuviera frío. Una vez se había marchado el camarero con la comanda, me comentó que él no entendía mucho de vinos, pero que el que solían tener allí de Rueda estaba bastante bueno, y entonces no pude evitar acordarme de alguien que sí que entendía de vinos, y de aquel vino tan rico con nombre gracioso, “El gordo del circo”... Aparté de mi mente ese pensamiento y me centré en la persona que tenía delante.

—La primera vez que salimos a cenar y me traes a un sitio para comer un par de hamburguesas y unos nachos —le dije sonriendo mientras esperábamos a que nos trajeran la comida.

—No lo había visto así, pero parece ser que sí, vaya organizador que estoy hecho —dijo riéndose.

—Todo sonaba genial, y seguro que sabe igual de bien —contesté.

La cena transcurrió bastante tranquila, hablamos de todo un poco y nos reímos con algunas anécdotas que me contó de Ana cuando era pequeña, menudo trasto estaba hecha, pensé en utilizar algunas de esas historias para hacerle cabrear.

Fue muy agradable estar con una persona con la que me sentía tan cómoda, no me imponía, no me superaba su presencia, estaba bien, sin más, no había fuegos artificiales, pero tampoco los echaba en falta. Eso era lo que se supone que yo buscaba, sentirme cómoda con alguien, sin más, pero... faltaba algo. Entonces me di cuenta de que, si hubiera estado con Raúl en lugar de con Alejandro, es decir, si Raúl hubiera entrado en mi vida antes que él, seguramente ahora estaríamos juntos y yo sería la persona más feliz y

completa de la faz de la tierra. No necesitaría más, porque no hubiera vivido sensaciones sublimes, orgasmos inigualables, vuelcos de estómago, por lo tanto, no habría que comparar y darme cuenta de que Raúl no podría igualar todo aquello que me hicieron sentir un día.

Raúl tenía todo lo que yo buscaba en una pareja, era detallista, le gustaba estar en pareja, trabajo estable, buen conversador, inteligente, guapo, educado, sabía vestir, pero algo no encajaba del todo, y ese algo era simple y llanamente que Alejandro llegó antes, y me cambió los esquemas. A esas alturas de la película ya sabía de sobra que yo ya no era la misma que era antes de él, y que las cosas que antes me completaban, post-él ya no lo hacían igual, y aunque me empeñaba en luchar por intentar volver a encontrarme y recuperar las riendas de mi vida, él me había mostrado una manera de vivir, de pensar, de sentir, una forma a la que me agarraba con uñas y dientes por razones aplastantes, me gustaba, me hacía sentir viva y me completaba, pero tras tantos meses sin él, y casi sin mí misma, necesitaba sentirme de nuevo querida, y por qué no decirlo, deseada por alguien.

Por tanto, ahí estaba yo, con mis zapatos de tacón, mi maquillaje, mi pelo ligeramente ondulado, en un restaurante bonito con un chico guapísimo y atento, así que tenía que intentarlo, tenía que volver a sentir, encontrar la estabilidad que tanto “se supone” que ansiaba, y sin duda, Raúl era la persona perfecta para conseguir todo aquello.

Cuando terminamos de cenar con un *brownie* espectacular como postre, Raúl me sugirió tomar una copa en un pub que había muy cerca del restaurante. La idea no me pareció mal, pero a mí el vino de la cena se me había subido un poquito, vamos, que estaba achispada, y ¿qué me ocurre cuando estoy en ese estado?, pues que estaba tontorróna y me apetecían mimos. Era joven, soltera, estaba con un chico atractivo y llevaba más de seis meses sin estar con alguien, era humana y estaba algo borracha, ¿hay qué

decir más?, “blanco y en botella” como el vino que me había cascado casi yo solita.

—Y si en lugar de irnos a un pub, nos tomamos la copa en tu casa... —le sugerí a Raúl nada más salir del restaurante.

—No me voy a negar a nada de lo que me pidas, pero ¿estás segura de que quieres subir a mi casa? —Asentí con la cabeza.— ¿Eres tú la que quiere subir o el vino que te has tomado en la cena?, porque ese brillo de tus ojos me dice que... —No le dejé terminar.

—Raúl, ¿tú quieres que subamos a tu casa o prefieres que vayamos al pub?

—A mí me encantaría que nos tomáramos la copa en mi casa, pero no quiero que luego te arrepientas.

—Depende de ti que no me arrepienta. —La Helena juguetona había vuelto... Mantengan una distancia considerable por su seguridad.

—Pues no te pregunto más por si cambias de idea. —Sonrió levemente.

—Buena decisión —contesté.

No me reconocía, no era propio de mí lanzarme de aquella manera, pero pensándolo bien tampoco me había encontrado en esa situación. Con Samuel todo fue surgiendo, dos personas que se iban enamorando día a día, con Alejandro era él quien controlaba la situación y a mí me encantaba, pero con Raúl tenía la impresión de que me tocaba a mí tirar del carro, y no es que me molestara, simplemente no estaba acostumbrada, y tampoco es que me sobraran ganas. ¿Y a qué se debía tanta prisa? Eso lo tenía más claro, quería sacarme de dentro lo que quedaba de Alejandro, él había sido el último que me había besado de verdad, que había tocado cada rincón de mi cuerpo, el último que había estado dentro de mí, y la única forma de sacarlo, era que otro entrara, teoría FIFO: *First in first out* (Primero en entrar, primero en salir).

En el ascensor no sentí, lo que se dice una tensión sexual arrebatadora, además me hacía pis y estaba deseando llegar para poder ir al baño, así de romántica me encontraba yo en aquel momento.

Llegamos a su estudio en mitad de un, ahora sí, incómodo silencio, porque cuando uno intuye que va a ver sexo en breve, es como que de repente aparece el pudor, por tanto, necesitaba esa copa pronto para hacer desaparecer la vergüenza que empezaba a tener.

El piso era pequeño, pero lo había decorado con gusto, combinación de colores oscuros y claros con un aire masculino, Junto a la puerta de entrada, a la izquierda, había una pequeña cocina de concepto abierto y una pequeña mesa nada más terminar la encimera de la cocina. Mirando al frente, el salón con un sofá de piel marrón tipo *Chester* de dos plazas y delante de éste, un mueble muy sencillo con una televisión de plasma que me pareció demasiado grande para el pequeño espacio, también algunos libros en un estante poco interesantes a mi parecer, como el Plan General Contable o Análisis de balances y estados complementarios, y por último, destacar un aparato de música de la marca Loewe que parecía muy caro, y que más tarde descubrí que se abría con sólo pasar la mano por delante. Sobre el sofá una fotografía en grandes dimensiones en blanco y negro con el *skyline* de Nueva York y que me jugaría el sueldo de un mes a que era de Ikea.

A la derecha del salón, prácticamente frente a la cocina, había una puerta corredera tras la cual estaba su dormitorio y el único baño. El piso no tendría más de cincuenta metros cuadrados, pero, como me dijo Raúl, para una persona sola era ideal y lo tenía todo a mano. Aunque era pequeño, el piso era de lujo, suelos de madera, todo domótico: persianas, luz y temperatura, y seguramente sería bastante luminoso, ya que la pared del fondo del salón, que ocupaba todo lo ancho del piso, era un gran ventanal que iba del techo al suelo.

—Pues, esto es todo... —dijo Raúl cuando sólo habíamos cruzado el umbral de entrada.

—Me encanta... Está genial, pequeño, pero muy acogedor.

—Sí, no hay más de lo que ves, pero las zonas comunes están muy bien: piscina, jacuzzi, sauna, barbacoa, gimnasio, jardín, etc.

—Madre mía, creo que, si viviera aquí, no saldría de la urbanización para nada.

Dejé el abrigo y bolso sobre la pequeña mesa del salón, le comenté que necesitaba urgentemente entrar en el baño, y él mientras se encargó de preparar los *Gin Tonics*. Antes de volver al salón, me miré al espejo, parecía que mi reflejo me estuviera desafiando, como si me estuviera diciendo que no sería capaz de estar con otra persona, que en el fondo quería seguir teniendo el recuerdo de Alejandro en mi cuerpo, y seguramente la Helena del otro lado del espejo tenía razón, pero ya no debía pensar en lo que quería, sino más bien, en lo que necesitaba.

Raúl estaba sentado en el sofá mirando el móvil y dos copas de balón descansaban sobre una mesa.

—¿Pidiendo perdón a todas las mujeres que has dejado esta noche por cenar conmigo? —le dije sonriendo al entrar al salón.

—Que va, revisando el correo del trabajo. —Automáticamente apagó la pantalla y dejó el móvil junto a las copas.

—¿Puedo? —Acompañé la pregunta con un gesto para pedirle permiso y poder quitarme los zapatos.

—Por supuesto, ponte cómoda.

—¿Adicto al trabajo? —pregunté mientras me sentaba junto a él, pero dejando un espacio entre nosotros que me hiciera sentir cómoda.

—Más bien atrapado por el trabajo. Pero ahora olvidémonos de lo laboral.
—Cogió una de sus copas y me la acercó.— Toma, espero que te guste.
¿Brindamos? —me preguntó justo antes de que fuera a dar el primer trago.
—Bien, ¿alguna sugerencia?
—Porque esta noche sea la primera de muchas más.
—Por la primera noche. —(Y por la última del recuerdo de Alejandro).

18. SENTIR

Ahí estaba yo, frente a Raúl, sabiendo lo que iba a pasar en breve y convenciéndome de que deseaba que aquello ocurriera. Mientras, para relajarme daba pequeños sorbos a mi copa dejando que el alcohol entrara en mi organismo con el único objetivo de tener más valor para coger las riendas de la situación. Raúl hablaba sobre la última película que había visto en el cine, yo me concentraba en fijarme en cada uno de sus rasgos. Compartía con Ana el color de los ojos, un marrón claro con pequeñas motitas de marrón más oscuro, labios finos pero definidos, pelo más bien liso, corto y color castaño claro. Por su hermana sabía que de joven había tenido el pelo largo. Iba muy bien afeitado, pero estaba segura de que una barbita de un par de días no le quedaría nada mal, creo que tendría una imagen más atractiva, y no tan de niño bueno que siempre va impoluto. Además, tenía un pequeño lunar bajo el ojo derecho y descubrí una pequeña marca en el lóbulo izquierdo, deduje que de adolescente habría llevado un pendiente, y de aquel chico púber rebelde sólo quedaba una pequeña marca en su oreja.

Lo que iba a ocurrir tenía que pasar, ya no podía dejar pasar más tiempo. Coloqué la copa sobre la mesa baja que estaba junto a nosotros, y con un descaro que no reconocí como propio, me subí un poco el vestido dejando a la vista el elástico con encaje negro de la media a mitad del muslo y me senté sobre él a horcajadas. Quizás me estaba lanzando demasiado rápido al vacío, posiblemente hubiera sido buena idea revisar las cuerdas antes de saltar para no darme de morros contra el suelo, pero necesitaba volver a tener la sensación de dejarme llevar y sentirme sexual de nuevo.

Ya había empezado la caída libre y ya no cabía la posibilidad de parar, Raúl me miraba con ojos de deseo, que es justo lo que necesitaba para recuperar el valor y continuar. Empecé a desabrochar uno a uno los primeros botones del

vestido dejando a la vista poco a poco la parte superior de los pechos, que quedaban fuera de mi sujetador negro tipo *balconet* que me había puesto a conciencia para la ocasión. Raúl no movía ni un músculo, así que cogí sus manos, que descansaban sobre el sofá, y las coloqué yo misma en el lugar que deseaba que estuvieran, mi cintura.

Me incliné para besarle, nuestro primer beso. Al principio, me limité a poner mis labios sobre los suyos esperando alguna reacción por su parte, y por suerte, abrió un poco la boca dándome acceso para poder introducir mi lengua y empezar a rozar la suya. Primero, tímidamente, pero enseguida noté cómo se relajaba un poco y el beso empezaba a coger forma. Mientras nuestras lenguas se conocían entrelazándose, sus manos seguían inmóviles en mi cintura, dentro mí le gritaba que me tocara, que me tirara sobre el sofá y se colocara sobre mí dominando la situación, pero él seguía sin mover ficha.

Mientras nos besábamos empecé a abrir su camisa, metí las manos para tocar su pecho, empecé a acariciarlo y entonces, por fin, sentí su erección justo donde estaba sentada, aquello era la señal que necesitaba para continuar con más seguridad.

Sus manos fueron subiendo por los costados y bajó las mangas de mi vestido dejando éste abierto y arrugado sobre mi cadera. Una de sus manos se dirigió a mi espalda y sin mucho prelude me desabrochó el sujetador, liberando mis pechos libres a la altura de su boca.

—Joder, Helena... ¿puedo? —¿En serio me había preguntado si podía?

—Hazlo, no preguntes —le respondí mirándole a los ojos.

Inclinó su cabeza y empezó a besarme el cuello, pequeños besos hasta llegar a uno de mis pezones, el cual empezó a lamer con mucho cuidado. Mientras, no dejaba de amasar delicadamente mi otro pecho con la mano que le quedaba libre, me incliné hacia un lado y cogí la copa para terminarla de un

único trago. Tras dejarla vacía sobre la mesa de nuevo, cerré los ojos y me concentré en las caricias y besos de Raúl.

—¿Quieres que vayamos a la cama? Estaremos más cómodos —me preguntó.

—Como quieras...

Me acordé de la primera vez con Alejandro, de que no fuimos capaces de llegar a su dormitorio de las ganas que nos teníamos.

Me aparté y dejé que se levantara. A continuación, le seguí hasta el dormitorio. Él se dirigió hacia un lado de la cama y se quitó la camisa dejándola sobre una silla que había en una esquina. Luego, al ver que se quitaba los zapatos para posteriormente desabrocharse el cinturón, empecé a imitarlo. Me desabroché el botón por el que mi vestido no acababa de caerse, y éste se deslizó por mis piernas hasta llegar al suelo. Mientras me quitaba las medias, miraba de reojo cómo Raúl no apartaba su mirada de mi cuerpo, quizás no era un momento de pasión desenfrenada arrancándonos la ropa el uno al otro, pero desnudarme delante de él mientras me miraba de aquel modo, me pareció tremendamente sexual, así que continué quitándome la ropa lentamente y de la forma más sexual que podía.

Él apartó la colcha y la sábana y se tumbó en la cama únicamente con unos *boxers* de color azul marino con los cuales era imposible disimular su evidente erección. Me tumbé junto a él únicamente vestida con mis braguitas *culotte* de encaje negro y comenzamos de nuevo a besarnos.

Sus manos ya más activas empezaban a recorrer mi espalda y meterse dentro de la única prenda que me cubría.

—Helena, perdóname, es que hace mucho que no estoy con nadie y, además, he estado casi toda mi vida con una sola persona...

—No pasa nada, iremos a nuestro propio ritmo.

—Eres preciosa, me encantas...

Raúl se colocó sobre mí haciéndose hueco entre mis piernas. Volvimos a besarnos, como lo habíamos hecho hasta ahora, con ternura, suavemente. Entonces, empezó a bajar deteniéndose de nuevo en mis pechos, mi abdomen, sin parar de besar cada trozo de piel que se iba encontrando su boca a cada paso que iba dando.

Cuando su cabeza llegó a la altura de mis muslos, empezó a besarlos. Sinceramente no me sentía muy cómoda, no nos conocíamos prácticamente y aquello siempre me ha parecido demasiado íntimo, no sé, era como si necesitara algo más de confianza entre ambos, volvía a sentir todas aquellas manías, por decirlo de algún modo, que tenía antes de Alejandro, ya que por alguna razón con él desaparecieron de un ramalazo, pero ahora habían vuelto.

Decidí dejarle hacer, tragué saliva, cerré los ojos y permití que continuara. Empezó a besarme y a mordirme suavemente sobre la tela frontal del *culotte*, notaba su aliento cálido y húmedo por los agujeritos del encaje negro que cubría mi intimidad.

Estaba más excitada, agarré las sábanas con las manos y las apreté fuerte mientras dejaba salir de mí los primeros suspiros. Bajó lentamente lo único que quedaba para conseguir mi desnudez completa, y ya sin nada que le estorbara empezó a lamerme. Abrí los ojos, volví a la realidad y, aunque me intentaba relajar, me fue imposible dejarle continuar. Me incorporé un poco sobre mis codos para verle, y enseguida me di cuenta de que no iba a alcanzar el orgasmo de aquella manera y, además, me sentía muy incómoda. Mi cabeza seguía controlando la situación, no estaba dejándome llevar.

—Ven aquí, por favor —le dije.

Él no lo dudó, paró y se puso a mi altura sin dejar de estar entre mis piernas.

—¿Ocurre algo? ¿No te gusta?

—No, no... estaba bien, pero me apetece más besarte. —No podía decirle cómo me sentía, no me pareció justo para él.

—¿Seguro?

—Sí, de verdad.

Y para que dejara de dudar sobre mi reacción, coloqué mis manos en su nuca y le besé. No quería hablar más, de hecho, odio hablar durante el sexo, conversar durante el acto me molesta de sobremanera, las palabras rompen el encanto del momento, y preguntar me parece lo peor del mundo. Siempre he pensado que es mucho más sensual guiar a la otra persona con gestos, caricias y miradas, conectar en silencio, donde las respuestas a preguntas no formuladas sea la aceleración de los latidos, los gemidos y las respiraciones entrecortadas.

Fuimos girando hasta que conseguí estar a horcajadas sobre él. Empecé a mover las caderas haciendo presión sobre su erección aún encerrada dentro de su *boxer*. Raúl colocó sus manos sobre mis pechos y fue bajando hasta colocarlas en mi cintura para acompañar el movimiento.

Sin moverse del sitio alargó el brazo para abrir el cajón de una de las mesitas y sacó un preservativo. Me levanté lo justo para poder meter mi mano dentro del *boxer* y sacar su erección mientras él rasgaba el envoltorio con la boca. Con su pene aún en mi mano colocó el preservativo en la punta y empezó a desenrollarlo hasta la base. Me volví a levantar un poco, dejando el espacio necesario para colocarlo en mi entrada y me fui sentando poco a poco dejando que se introdujera en mí. Notaba cómo se iba metiendo en mí, eché la cabeza hacia atrás, cerré los ojos, pero en lo único que podía pensar era cómo sentía que, mientras Raúl se hacía hueco, lo que quedaba de Alejandro iba poco a poco desapareciendo.

Abrí los ojos de nuevo y la realidad me dio un bofetón, pero no me detuve,

miré a Raúl, apoyé mis manos sobre su pecho y empecé a subir y bajar sobre su cuerpo alternando velocidad, algunas penetraciones lentas y profundas, y otras más rápidas.

Raúl, con más ímpetu y con más de esa pasión que le reclamaba en silencio, se incorporó dejándome vacía y, descansando mi espalda sobre el colchón, se colocó entre mis piernas y me penetró lentamente, no eran fuertes ni profundas, mantenía un ritmo pausado pero placentero.

—No creo que pueda aguantar más....

—Córrete —le contesté.

—¿Y tú? —me preguntó al tiempo que se detenía dentro de mí.

—No te preocupes. —Coloqué mis manos sobre él para presionarle junto a mí.

Comenzó de nuevo a penetrarme. Esta vez más profundamente, y en un par de minutos con un gruñido me avisó que se estaba corriendo. Su cuerpo se tensó para luego dejarse caer con la delicadeza necesaria para no aplastarme.

Nos quedamos en silencio sin cambiar de postura. Le acariciaba la espalda mientras su respiración empezaba a normalizarse. Levantó su cabeza, salió de mí y se colocó a mi lado apoyado sobre un codo. Me miró en silencio, me apartó un mechón de pelo de la cara y me dijo:

—Eres preciosa, no puedo evitar perderme en tus ojos... —Permanecí en silencio mirándole también.— Tú no te has... no has llegado... ¿tan mal lo he hecho?

—No, ha estado genial, sólo es que siempre me cuesta un poco más.

—No quiero que te quedes así, enséñame.

No le contesté, no lo dudé, me limité a cogerle la mano derecha y la coloqué justo en el sitio que necesitaba su roce. Dejé mi mano sobre la suya guiándole

en el movimiento y presión exacta, que bien sabía que, tras unos minutos repitiéndolo acabaría en un orgasmo. Al cabo de unos segundos empecé a sentir ese familiar cosquilleo recorriendo mi espalda. Agarré fuerte la sábana con una mano y con la otra presionaba su mano. Su boca se dirigió a la mía para comerse mis gemidos. Cerré los ojos mientras moría de placer. En mi cabeza involuntariamente resonó un nombre, aquel que durante un mes acompañó a todos mis orgasmos, y en aquel momento que no estaba físicamente conmigo volvió como un fantasma.

Cuando sentí que los ecos del orgasmo iban desapareciendo de mi cuerpo, una extraña sensación me invadió. De pronto me sentía vulnerable, como en carne viva, cualquiera podía romperme en mil pedazos en aquel momento. Me giré hacia el lado opuesto en el que estaba Raúl y, cuando intuí que me iba a tocar, le pedí que por favor no lo hiciera, porque sabía que empezaría a llorar, a pedirle perdón por no haberle sentido a él, por pensar en otra persona mientras era él el que estaba dentro de mí, por seguir queriendo y deseando a otra persona. A su vez, sentía que le estaba siendo infiel a Alejandro, que le estaba engañando, que le estaba decepcionando por haber optado por no esperarlo y luchar por él y por lo que tuvimos, y me sentí terriblemente mal conmigo misma.

19. LA PIEL NO OLVIDA

Raúl me dejó en casa poco después de habernos acostado. Creo que ambos nos sentimos bastante incómodos cuando comenzamos a vestirnos en silencio para que me llevara de vuelta a casa. Curiosamente no tuvimos ni que decidir si pasábamos el resto de la noche juntos, los dos dimos por hecho que no dormiría con él.

Tras un trayecto en el que prácticamente no intercambiamos ni una palabra, aparcó en doble fila en la puerta de mi portal. Cuando apagó el motor, nos miramos y empezamos a reírnos.

—Parecemos dos adolescentes... qué ridículo soy —dijo él mientras se tapaba la cara con ambas manos.

—No digas eso, si te sirve de consuelo, yo me siento igual —le contesté.

Destapó su cara y dirigió su mirada hacia mí.

—Helena, para mí ha sido una noche muy especial. Ya sabes lo mucho que me gustas y cenar contigo, y... estar contigo para mí ha sido perfecto, pero tengo tanto miedo a joderlo que al final creo que parezco imbécil.

—No pareces un imbécil, de verdad, y para mí también ha sido especial esta noche. —Evité utilizar la palabra “perfecto”.

Suspiró como aliviado, supongo que escuchar de mi boca que a mí también me había gustado, hizo que se relajara un poco. Entonces, se acercó lo suficiente para que su boca chocara contra la mía y nos fundiéramos en un beso de despedida.

—Mañana como en casa de mis padres. Luego, cuando deje a Ana por la tarde, si estás por casa, puedo subir a verte para despedirme y desearte un buen viaje.

—Claro. —Y volvimos a besarnos durante unos segundos más.

El domingo me desperté sobre las once y media de la mañana. La habitación de Pablo estaba vacía y sin rastro de él por el piso. Ana estaba estudiando en su escritorio. Antes de ir a la cocina para desayunar algo rápido, me asomé a su habitación para darle los buenos días, lo único que esperaba era que no me atacara a preguntas referentes a la cena con su hermano.

—Hola, buenos días —dije asomando la cabeza por el hueco de su puerta entreabierta.

—¡Eh, hola! Buenos días, no me había dado cuenta de que ya estabas despierta —dijo girándose sobre la silla del escritorio.

—Tranquila, acabo de salir de la cama. Voy a desayunar y me voy a la estación para ir a comer a casa de mis padres. ¿Sabes dónde está Pablo?

—Ah, genial. En la cocina tienes café hecho. Pablo se ha ido a jugar a *padel* sobre las nueve. Oye, mi hermano vendrá en una hora más o menos a recogerme, si quieres, te podemos acercar a la estación.

—No te preocupes, entrar en el centro con el coche es un follón, mejor cojo el metro que llego en nada, pero gracias.

—Ok, como prefieras —respondió con una sonrisa, lo que me dio a entender que no le había sentado mal mi negativa.

—No te molesto más, te dejo estudiar.

Me fui del piso antes de que llegara Raúl para recoger a su hermana, no es que lo evitase, ya que por la tarde seguro que nos veríamos, pero prefería salir con tiempo y llegar pronto a casa de mis padres.

Los domingos Ana solía llegar de comer de casa de sus padres sobre las siete de la tarde, y yo seguro que ya estaría en el piso de nuevo, ya que no quería volver muy tarde porque aún tenía que preparar la maleta para el viaje

a Núremberg. Mi avión salía el lunes a media mañana.

Durante el viaje en tren, que suele ser de unos cuarenta minutos, no llegué a leer ni una línea del libro que me había llevado para hacer el camino más ameno. Éste permaneció cerrado en mi regazo mientras me limitaba a mirar por la ventana y repasar mentalmente la noche que había pasado con Raúl, hasta ese momento había intentado no darle demasiadas vueltas al tema.

La verdad es que Raúl empezaba a gustarme, y realmente la noche que habíamos pasado juntos había estado bien, pero lo que ahora ya tenía claro, casi transparente, que lo que había vivido y sentido con Alejandro el año anterior no se iba a repetir con nadie más, y lo más inteligente era dejar de compararlo con lo que ahora estaba empezando a sentir con otra persona.

El sexo con Raúl no había estado mal, creo que nos entendimos bastante bien. Pienso que es de lo más normal que la primera noche que pasan juntas dos personas que, no se conocen prácticamente, no sea para echar cohetes. Aunque yo sabía que a veces en una primera vez ocurren fuegos artificiales, pero no es lo habitual. Raúl y yo teníamos que conocernos mejor, conectar, sentirnos cómodos y relajados juntos, y no sé por qué tenía la certeza de que con él sólo era cuestión de tiempo, porque nos gustábamos y probablemente acabaría enamorándome de él, o eso era lo que yo esperaba ansiosamente. Porque sí, así era, mataba por enamorarme, porque sabía que él era justo lo que yo necesitaba, podía darme aquello que precisaba para ser feliz de nuevo, únicamente tenía que mentalizarme, convencerme y hacerme caso, dejar trabajar y controlar la situación a mi parte racional y sensata.

Pero a decir verdad, todo aquello me parecía aún lejano y ajeno, todavía tenía la sensación de que mi cuerpo reclamaba un cuerpo que no era precisamente el de Raúl, ansiaba con los ojos cerrados un tacto que correspondía con recuerdos, unos besos y un sabor que no encontraba aún a mi alrededor, y en mi cabeza resonaba el nombre de alguien que ya no estaba.

Había sido un poco estúpida, porque no había contado que, aunque mi mente ya había colocado a Alejandro en un lugar llamémoslo “te puedes quedar aquí, pero quietecito y no molestes”, lo de olvidarlo era una batalla de hacía tiempo y había decidido no luchar. Mi cuerpo no había olvidado ni uno de los momentos en que le perteneció, y mi mente me había demostrado que era incapaz de hacerse cargo de la situación, al igual que no podemos controlar que se nos erice la piel o tiritemos cuando hace frío. Mi cabeza podía vivir sin él, pero no tenía tan claro que mi cuerpo y mi piel pudieran volver a sentir como lo hicieron durante un corto tiempo.

La comida con mis padres fue de lo más tranquila, paella de mamá, siesta en el sofá, ver las últimas fotos y vídeos de Yaiza mientras moríamos de amor por un bebé rechoncho y sonrosado. Sobre las seis de la tarde ya estaba de nuevo en el piso preparándome la maleta con lo necesario para el viaje a Núremberg. Según la página web de información meteorológica, esa semana haría una media de dieciséis grados de máxima y nueve de mínima, cosa que no estaba nada mal para ser el mes de marzo en Alemania. No me calenté mucho la cabeza a la hora de meter ropa, escogí un traje pantalón, un traje con falda, otra falda de repuesto, varias camisas y camisetas. Más informal un vaquero y mis botas, por si me escapaba en algún momento a hacer algo de turismo por la ciudad, quería intentar visitar el Castillo Imperial y la casa de Durero.

Estaba repasando toda la documentación que necesitaba y que no podía olvidar como, Dni, billetes de avión, reserva de hotel, etc., cuando escuché que se abría la puerta de entrada del piso y escuché las voces de Ana, Pablo y Raúl. Automáticamente dejé lo que estaba haciendo y me fui al salón para saludarles. Ana estaba en la cocina metiendo el cargamento de *tuppers* que había traído, como era ya una tradición de los domingos. Pablo y Raúl permanecían de pie en el salón comentando algo sobre fútbol, cómo no, así

que aproveché para acercarme antes a Ana.

—¿Ya estás organizando el material? —le pregunté ya a su altura.

—Sí, cuando viene Pablo me da el doble de comida.

—Al final te has apuntado también a la comida, no pierdes una, eh —dije mirando a Pablo que ya se había percatado de mi presencia.

—Qué voy hacer si Juani me quiere casi más que a sus hijos... —respondió Pablo nada humilde él.

—No tengo nada que objetar... yo también pienso que le quiere más que a nosotros —contestó Raúl.

—Uno que tiene sus encantos... —respondió.— Bueno, os dejo, que he quedado para ver el fútbol con un amigo en el bar de abajo. ¿Entonces no te apuntas? —preguntó a Raúl.

—No, paso, en otra ocasión, gracias —contestó Raúl.

—Ya... imagino la razón... —comentó Pablo mirándome y riéndose mientras se dirigía a la puerta principal.

—Y yo me voy a dar una ducha —dijo Ana también abandonando el salón.

—¿Nos sentamos un rato en el sofá o tienes prisa? —le dije a Raúl.

—No, qué va, de hecho, venía con la intención de quedarme un rato contigo.

—Genial, ¿te apetece algo de beber?

—No, gracias, hemos vuelto hasta cenados de casa de mi madre.

Nos sentamos uno al lado del otro en el sofá del salón, prácticamente sin rozarnos, como si fuéramos una pareja más propia de la época victoriana. Aunque estaba cómoda con él, no entendía por qué no fluían las cosas entre nosotros de una forma, digamos, más natural, y más teniendo en cuenta que la noche anterior nos habíamos acostado juntos.

—¿Te puedo decir que te voy a echar de menos esta semana? —La voz de Raúl interrumpió mis pensamientos.

—Creo que ya lo has hecho... —le respondí con una sonrisa tímida.

—De todas formas, seguro que te lo hubiera dicho. Me da pena no poder pasar las fiestas de Fallas contigo.

—Sí, la verdad es que es una putada que me coincida el viaje, aunque te confieso que no soy que digamos una buena compañía para ir de fiesta, estoy en baja forma.

—Eso es lo que tú te crees, yo creo que eres la mejor compañía que existe hasta para bajar la basura.

—Me dices unas cosas que no sé qué responder... —Ese tipo de comentarios me dejaban sin palabras.

—Eso es que te dejo sin palabras, pero no sé si eso es bueno o malo.

—Malo no creo que sea.

Yo nunca había sido muy romántica, y ese tipo de frasecitas no me gustaban mucho, ni me hacía sentir cómoda. Aunque a veces pensaba que me molestaban más o menos según quien fuera la persona que las dijera.

—Helena, ¿podemos ir a tu dormitorio? Me gustaría despedirme de ti...

—¿No es eso lo que estamos haciendo aquí? —pregunté en modo juguetón mientras decía mentalmente “vamos, Raúl, házmelo más fácil, deja de preguntar y actúa”

—Sí, pero quiero hacerlo mejor y no me apetece nada que mi hermana nos sorprenda en plena “despedida”.

Mi respuesta fue levantarme, cogerle de la mano e irnos directos a mi cama, en la cual nos echamos nada más cerrar la puerta de mi habitación. Por fin notaba algo de pasión en él, sus manos enseguida se metieron bajo mi blusa y

noté su erección presionando mi muslo.

—Joder, cómo me gustas Helena...

—Sshh, baja la voz, comparto esa pared con la habitación de tu hermana.

—¿Quieres que pare? —me dijo mientras no paraba de besarme el cuello y sus manos de amasar mis pechos.

—Mmm, no quiero que pares... sólo que seas más silencioso.

Me metió la mano dentro del pantalón, le ayudé para que tuviera más espacio, desabrochándome yo misma el botón y bajando la cremallera. Unos dedos mucho más hábiles de lo que recordaba de la última vez, empezaron a moverse sobre mi clítoris, mientras no dejaba de besarme y apretar su cuerpo contra el mío. Su lengua no paraba de jugar con mi oreja y mi cuello. Entonces empecé a sentir el característico hormigueo y calor que anuncian el inminente orgasmo.

—Raúl, para...

—Ni de coña... quiero que te dejes llevar, Helena...

Entonces me recorrió un intenso orgasmo que Raúl, besándome y ahogando mis gemidos, impidió que Ana fuera testigo de lo que estaba ocurriendo en aquel momento en la habitación contigua a la suya, o eso esperaba.

Tras unos minutos de recuperación, los cuales necesité que Raúl me dejara un poco de espacio como la última vez, intenté tocarle, pero cogió mi mano antes de que pudiera alcanzar su erección aún guardada dentro de sus pantalones, y no me permitió que pudiera, digamos, aliviarle. Según él, ese momento era sólo para mí, así que supongo que al llegar a su casa el pobre se haría un apaño para aligerar la presión con la que se fue del piso aquella tarde.

20. LAS VERDADES DUELEN, Y A LA CARA MÁS

La semana de trabajo en Núremberg fue bastante bien, de hecho, mejor de lo que esperaba, además el clima me respetó bastante e incluso pude ver el sol en algunos momentos del día.

El hijo del Herr Sprenger, no era el típico alemán alto, rubio y de ojos azules, sino más bien bajito, un poco pasado en kilos y ya le clareaba la azotea, pero resultó ser un hombre muy agradable y simpático que me trató como una reina, y además consiguió que las reuniones que aparentemente se presentaban soporíferas fueran sorprendentemente amenas.

Había podido visitar los lugares que me había propuesto ver antes de dejar la ciudad, y otros lugares maravillosos que me había recomendado Marthin, que así se llamaba el hijo de Herr Sprenger. Pude visitar la Iglesia de San Lorenzo que fue derruida durante la Segunda Guerra Mundial y tardaron unos treinta años en reconstruirla, también pude ver la Iglesia de San Sebaldus, aunque al igual que la anterior fue también derruida en la misma guerra, y reconstruida posteriormente en nueve años.

El jueves por la mañana ya tenía información de sobra para realizar el informe y empezar a tramitar todos los permisos que necesitábamos para poner su negocio en marcha en España. Ese mismo día hablé con mi jefe, le comenté que ya tenía todo lo necesario y me dio permiso para poder adelantar el vuelo y regresar antes a casa. Nada más colgarle a Friedrich, llamé enseguida a la agencia que gestionaba los viajes de la empresa, a ver si tenía suerte y podía regresar ese mismo día por la noche y disfrutar, aunque fuera únicamente el último día de las fiestas.

Pero mi gozo en un pozo, no tenía ninguna posibilidad de volver, la única opción era llegar al día siguiente, viernes, sobre las diez de la mañana, en lugar de aterrizar a las once de la noche como tenía previsto. Decidí cambiarlo, menos da una piedra, aunque ya no quedarían ni las cenizas de la “Cremà”, al menos podía pasar el viernes descansando en casa.

No avisé a nadie de mi cambio de planes, así podía estar tranquila en casa, y seguramente Pablo y Ana, que se habrían ido de fiesta por la noche, estarían durmiendo la mona durante casi todo el día.

Al llegar al piso, éste me recibió en un silencio sepulcral y ambiente resacoso, tal y como me esperaba. En mitad del salón, los zapatos de Ana tirados en el suelo. Giré hacia la derecha por el pasillo para dirigirme a las habitaciones, la de Ana estaba abierta, iluminada, vacía y su cama perfectamente hecha, y la de Pablo cerrada.

Entré en mi habitación, dejé con cuidado la maleta, no quería hacer ruido. Otra vez todo me parecía muy raro, Ana no estaba en su habitación. Decidí guiarme por mi instinto y me acerqué a la puerta de Pablo, cogí la manivela y la bajé muy lentamente, la abrí sólo un poco, lo suficiente para poder ver. La habitación estaba a oscuras, abrí un poco más y dejé que entrara un poco más de luz natural, y entonces los vi, durmiendo juntos, abrazados. La ropa de ambos en el suelo junto a la cama, y sobre ella, Pablo y Ana. Ella con la cabeza sobre el pecho desnudo de él, y su brazo rodeándola. Me tapé la boca con la mano para que no me oyesen el grito que, por suerte, había quedado ahogado.

Cerré la puerta con sigilo, y me fui a la cocina a prepararme un café, lo necesitaba más que nunca. En la barra con mi taza en mano empecé a pensar cómo no me había dado cuenta antes. Estaba segura de que aquello no era producto de una noche loca, llevaban tiempo, y yo, aunque sospechaba que algo ocurría, me había negado a ver lo evidente.

Dios... Ana y Pablo estaban juntos, mi cara de asquito lo decía todo, no sé por qué me parecía algo incestuoso... Vale, no eran hermanos ni nada por el estilo, pero vivíamos juntos hacía tiempo y me era muy raro. Además, siempre discutían y se picaban uno al otro. Al final iba a ser verdad eso que se suele decir, “los que se pelean, se desean.

Empecé a repasar momentos y demás situaciones que había visto raras entre ellos, deduje que la noche del catorce de febrero, cuando celebramos la Nochevieja atrasada y yo me encontré con Samuel, ellos se liaron. Recordaba perfectamente que la mañana siguiente a la fiesta, la habitación de Ana estaba vacía, tal y como lo estaba ese mismo día. Luego yo me fui a Tenerife y ellos se quedaron solos, y seguramente follarían por toda la casa como locos, y más sabiendo cómo era Pablo y sumado a la sequía de sexo que arrastraba Ana. No quería tener detalles de en qué partes de la casa habrían consumado su nuevo amor. No pude evitar mirar el sofá con cierto recelo, e incluso el taburete donde estaba sentada.

¿Y ahora qué?, ¿debería decirles que lo sabía?, ¿la situación en la casa iba a cambiar? Si dejaban de estar juntos algún día, ¿uno de los dos se tendría que marchar? Joder, empezaba a pensar que aquello era la peor idea que podían haber tenido. ¿Cómo habían sido tan imbéciles?, estaban poniendo en peligro la armonía y estabilidad de la casa. Sí, puede que estuviera teniendo una actitud egoísta, pero me daba mucha rabia pensar en la posibilidad de que aquella relación afectara en la convivencia, al fin y al cabo, eran mi familia.

Realmente el que más miedo me daba de toda la ecuación era Pablo, era un picaflor, y Ana era dulce, inocente y sensible, seguramente acabaría destrozándola. Estaba dando el último trago de café cuando oí que una puerta se abría, me levanté del taburete de un salto y sin pensarlo me asomé por el pasillo. Pablo estaba a punto de entrar en el baño, no hay descripción posible de su cara al verme.

—¿Qué coño estás haciendo aquí, tú no volvías esta noche? —dijo Pablo con una mezcla de susurro/grito.

—Te recuerdo que vivo aquí y voy y vengo de Alemania cuando me da la gana. —Le cogí del brazo y lo arrastré hasta el salón y cerré la puerta de éste. — Os he visto juntos en la cama, ¿qué coño está pasando aquí?, ¿se os ha ido la pinza o qué?

—Joder, Helena... te juro que te lo íbamos a contar.

—¿Cuándo pensabais hacerlo? Me apuesto lo que sea que lleváis juntos mínimo un mes, joder, vivimos juntos.

—Vamos a tranquilizarnos. Sé lo que estás pensando, que esto puede ser la gran cagada, yo también pensaba lo mismo... pero es que no sé qué decirte, Helena... Ana me gusta.

—¿Cómo que te gusta? Vivimos con ella hace más de un año, ¿te has dado cuenta justo ahora?

—No sé, sucedió la noche esa de febrero que salimos los tres juntos. Estábamos borrachos y Ana se metió en mi habitación desnuda y una cosa llevó a la otra.

—Joder, Pablo... —Me senté en el sofá con las manos en la cabeza. Pablo se sentó a mi lado y posó su mano sobre mi muslo.

—Tranquila, yo tampoco quiero que la convivencia se vaya a la mierda lo hecho, hecho está. Cuando se despierte Ana lo hablamos los tres tranquilamente como personas adultas que somos.

Le miré seria, como una madre mira a su hijo cuando éste le ha defraudado.

—Vale, voy a darme una ducha mientras Ana se despierta.—Me levanté del sofá, me dirigía hacia mi habitación cuando Pablo me llamó antes de que llegara a abrir la puerta del salón.

—Helena.

—Dime.

—Ana me gusta de verdad, no quiero hacerle daño.

—A veces uno no quiere, pero lo hace de todos modos, lo sé por experiencia.

¿Las personas cambian?, ¿era posible que Pablo estuviera enamorado de Ana? No sé por qué yo tenía la seguridad de que aquello iba a acabar como el rosario de la Aurora, y por supuesto, Ana destrozada y dejando de vivir con nosotros. A ver, yo quería que ambos fueran felices y comieran perdices o sushi, vamos, lo que les diera la gana, pero me costaba ver y reconocer que Pablo fuera capaz de cambiar por ella, y hacerla feliz. Si lo hacía, y todo iba bien, me alegraría, claro que sí, pero yo no lo acababa de ver del todo claro.

¿Sería yo capaz de cambiar a alguien como parecía que Ana estaba haciéndolo con Pablo? Me gustaba Raúl, quería estar con él, pero en aquel momento bajo la ducha únicamente podía pensar en por qué yo no era la chica que cambia al chico, como ocurre en las novelas, como se supone que estaba ocurriéndole a Pablo y a Ana. El pensamiento de por qué yo no fui capaz de cambiar a Alejandro y que se quedara conmigo, no paraba de martillearme la cabeza, tenía una mezcla de tristeza, cabreo y celos.

Cuando salí del baño me puse ropa cómoda y entré en el salón. Allí sentados en los taburetes estaban Pablo y Ana, ella nada más verme se levantó y me abrazó.

—Lo siento, Hele, siento de verdad no haberte dicho nada antes, pero es que era tan complicado, y no quería hacerte sentir mal, y...

—Vale, vale, no pasa nada, tranquila.

—¿De verdad que no me odias?

—Claro que no, ¿cómo te voy a odiar? Va... no seas tonta.

Me senté en el sofá mientras Ana volvió a su taburete en la barra junto a Pablo, y empecé a hablar.

—A ver, primero de todo, que quede claro que no os odio, ni estoy enfadada. Sólo estoy decepcionada, os habéis estado acostando o teniendo una relación, o lo que sea, prácticamente durante un mes a mis espaldas. Vivo con vosotros, entendedme.

—Tienes toda la razón y te pedimos perdón por ello, pero queremos que sepas que no fue una cosa premeditada. Primero, pensamos que sólo fue cosa de una noche de locura que se nos fue la olla por completo y ya está. Pero luego, te fuiste a Tenerife y la cosa se nos fue un poco de las manos — explicó Pablo muy serio.

—¿Y no encontrasteis ningún momento para comentármelo? Ana, te pregunté varias veces si tenías algo que contarme, porque no soy gilipollas y sabía que algo estaba pasando, y evadiste todas mis preguntas.

—Ya... —respondió Ana mordiéndose el labio.

—Helena, eso tampoco es, ahora no nos vengas con esas. Tú eres la que te lo callas todo, la que has estado encerrada en tu habitación meses casi sin dirigirnos la palabra, ni mirarnos tan siquiera a la cara. Y no me malinterpretes, lo entiendo, estabas jodida porque te habían dejado. Pero ahora no nos puedes pedir más de lo que tú nos das. Convivimos juntos, somos amigos, pero no tengo por qué darte explicaciones de lo que hago o dejo de hacer en mi habitación.

Touché! Pablo tenía razón, quién era yo para exigirles a ellos respeto y que me hubieran informado de su relación cuando yo había sido lo más parecido a un zombi ermitaño durante varios meses.

—Helena, de verdad que queríamos contártelo, pero es que nosotros aún no

estamos seguros de lo que nos está pasando, no sabíamos qué decirte exactamente —dijo Ana.

—Vale, disculpadme. Creo que me estoy metiendo donde no me llaman, pero es que vivimos juntos, y si os va mal, y Pablo la caga, esto se va a la mierda —respondí yo.

—¿Te estás oyendo Helena? Tu posición es un poco egoísta, ¿no crees? Si lo que tenemos Ana y yo no funciona o la cago como tú dices, quien lo va a pasar mal somos nosotros, no tú, y no estoy pensando en la puta convivencia de esta casa, estoy pensando solo en ella y en mí. A ver si dejas de una puta vez de mirarte el ombligo y levantas la cabeza, así quizás veas que hay más gente a tu alrededor. Alejandro se fue, asúmelo y déjanos vivir a los demás. Y ya estoy empezando a cansarme de ir detrás de ti animándote e intentando sacarte de tu agujero, el cual, por cierto, creo que disfrutas estando en él. Nosotros también tenemos una vida y problemas, y durante estos meses atrás también hemos tenido movidas que ni te has enterado. —Después de decir aquellas palabras que fueron como puñales, se levantó y se marchó del salón.

—Pablo, espera, no te vayas —le dijo Ana.

—Déjalo, es mejor que se vaya y se relaje, de hecho, yo también necesito salir de aquí. —Y me marché también dejando sola a Ana en el salón.

Aunque doliera y me sintiera como una mierda, Pablo tenía razón, estaba siendo una egoísta, solo estaba pensando en mi propio bienestar, que mi mundo no se rompiera. Simplemente porque necesitaba estabilidad para poder ser feliz. Estabilidad en el trabajo, en casa, porque no tenía a mi lado a la persona que yo quería, y el resto era lo único que me mantenía cuerda, en pie.

No era justo cómo me había comportado con ellos, se estaban enamorando y yo me había portado como una maldita bruja amargada de cuento que les

estaba jodiendo su bonita historia de amor. No había cumplido aún los treinta y actuaba como si ya estuviera resentida y dolida con la vida, y no es que me hubiera pasado nada especial que no le haya pasado antes al resto del mundo, solamente había tenido dos desengaños amorosos. Mis padres tenían buena salud, mi hermano nunca había sido tan feliz, tenía un buen trabajo, dormía bajo techo con dos personas maravillosas, estaba sana como una manzana, y ahora, además, había un chico guapo e inteligente que estaba loco por mí, ¿en qué momento había sido tan idiota de dejar de valorar esas cosas?

Había llegado el momento de pedir perdón por haberme comportado todo este tiempo como una cría. Necesitaba que alguien me dijera la verdad a la cara sin miramientos, ni florituras, tal y como lo había hecho Pablo.

Ambos se habían esforzado en cuidarme como si fuera una especie de bomba que podría explotar en cualquier momento y sé que lo hacían porque creían que era lo mejor para todos, y quizás fuera lo único que les permití hacer. Pero lo único que consiguieron es que yo me alimentara de ese cariño, de esa benevolencia, de esa caridad, hasta convertirme en una niña mimada y egocéntrica que no veía más allá de sus narices.

Tras un par de horas paseando por la ciudad, volví al piso. Llamé al timbre, ya que cuando salí de casa no me había llevado las llaves, ni siquiera el móvil. Ana me abrió la puerta, y se limitó a apartarse para que pudiera entrar.

—¿Estás mejor? —me preguntó.

—Lo siento, Ana, soy lo peor. —Y rompí a llorar abrazándola.

—No digas tonterías...

—Joder, la he cagado pero bien. —Me separé de ella y me limpié las lágrimas.— ¿Y Pablo?

—Está en su habitación trabajando —me respondió con un tono cargado de ternura, y por primera vez vi en ella una mujer y no sólo una niña inocente y

dulce.

Me acerqué a la puerta de Pablo, llamé y a continuación la abrí un poco.

—Hola, ¿puedo pasar?

—Claro que sí —me respondió Pablo desde su mesa de trabajo.

—Pablo... —Y no pude evitar sollozar un poco al decir su nombre, estaba en plan súper-ñoña y no podía parar de lagrimear, parecía mi madre.

—Helena, no llores. Discúlpame, antes me he pasado, no debería haberte hablado así ni haberte dicho las cosas que te dije.

—No, si es que tenías razón, y ya era hora de que alguien me lo dijese. Es lo que necesitaba, aunque me haya dolido, todo lo que has dicho es verdad.

—Bueno, tampoco es así, estaba enfadado. Tienes razón en que tendríamos que haberte dicho antes lo que estaba pasando, pero es que esto a mí también me viene grande. Hacía más de diez años que no tenía una relación o lo que sea cojones sea esto que está pasando, y también estoy acojonado, no sólo por hacerlo bien, si no porque sé cómo es Ana y me importa mucho, no quiero romperla.

—Sé siempre sincero con ella, es lo mejor que puedes hacer. Puede que lo que tenéis no dure mucho o dure toda la vida, quién sabe, pero no la engañes, dile siempre la verdad, y cómo te sientes, no te lo calles.

—Ven aquí, anda... —Se levantó de la silla y se acercó a mí para abrazarme.

—Joder, Pablo, odio los abrazos, pero hoy los necesito, soy una estúpida, he actuado como una imbécil en lugar de alegrarme por vosotros.

—Cállate, anda, y deja de decir bobadas —me dijo Pablo mientras mi cabeza descansaba en su pecho.

No tenía ni idea de qué clase de cambios podía sufrir nuestra convivencia a partir de ese día, y cómo iría la relación entre Ana y Pablo, pero lo que sí que

sabía era que no iba a ser yo la que les jodiera el sueño que estaban viviendo.

21. QUÉDATE A VIVIR EN LA NUBE

Los primeros días, tras el descubrimiento de la relación entre Ana y Pablo, podríamos calificarlos como raros. Tenía la impresión de que entre ellos mostraban cierta distancia para que yo no me sintiera mal o excluida. Unas semanas después, la situación se fue normalizando y, por extraño que me pareciera, porque yo seguía esperando una hecatombe sentimental en el piso, su relación parecía funcionar a la perfección.

Intentaban incluirme en sus planes, como ir al cine o a tomar algo, pero yo sabía bien cuál era mi lugar en esta historia, e intentaba darles el espacio que ellos necesitaban, por eso acababa pasando más tiempo en el piso de Raúl del que tenía previsto. Esto provocó que la relación con Raúl se fuera afianzando y, aunque intentábamos ir pasito a pasito, a mí me daba la impresión de que dábamos zancadas y a veces me sobrepasaba un poco la situación. Estábamos bien juntos, tranquilos, el sexo iba mejorando, él tenía más iniciativa y yo pensaba menos. Nos empezábamos a entender, a conocernos en la cama, a conectar, aunque mi mente aún me jugaba malas pasadas pensando el nombre de quien no debía en el momento menos adecuado. Pero me parecía algo inevitable y aunque yo nunca he sido muy fan de este tipo de frases, esperaba que el tiempo lo curara todo, a veces uno tiene que agarrarse a estas gilipolleces y creérselas a pies juntillas para poder continuar hacia delante.

En el trabajo todo iba mejor que bien, mi jefe me felicitó por el informe de la cuenta del hijo de Herr Sprenger, y notaba como día a día iban delegando más en mí, confiándome cuentas con más responsabilidad y contando con mi opinión para la toma de decisiones. También aproveché aquellos días para cerrar las vacaciones de ese año. De nuevo opté por coger agosto, de ese modo podía dejar cerrado todos los asuntos relativos a las grandes cuentas que llevaba y estar un mes lo más desconectada posible del trabajo.

A principios de abril Ana recibió un nuevo email de Alejandro, que me reenvió nada más verlo en su bandeja de entrada. Lo vi durante el descanso para comer, pero preferí retrasar su lectura y hacerlo una vez ya estuviera más tranquila en casa. Aún así, no dejé pasar la ocasión para sacar mi mapita y ubicarlo, tracé una nueva línea desde Japón a Corea del Sur, que es donde indicaba el asunto del email que era su parada, yo seguía en el mismo lugar inmóvil en la cruz azul, en España. Él avanzaba y yo seguía anclada en el mismo sitio.

Las últimas noticias que teníamos tuyas eran de hacía casi un par de meses, si no me equivoco, a mediados de febrero y, aunque no había pasado ni un mes y medio, durante ese tiempo me habían ocurrido muchas cosas, entre ellas: Raúl.

Aquel viernes al llegar al piso tras la jornada laboral, me quité los zapatos, saqué el portátil del maletín y me senté en el sofá para aislarme del mundo, para viajar con él, para olvidarme de la realidad y darme un descanso del arduo trabajo de vivir sin él, de ignorar mis sentimientos y recuerdos que se agolpaban cada dos por tres por salir a la superficie y que hacían que mi mundo se tambaleara, como una pequeña sacudida, de la que no llegas a caerte, pero pierdes un poco el equilibrio.

Fwd.: Escapada a Corea del Sur

¿Preparando alguna escapada para esta Semana Santa? Quizás Corea del Sur os quede un poco retirado, pero os garantizo que iba a ser una sorpresa maravillosa.

Corea ha sido precisamente uno de esos países a los que llego sin saber, ni esperar mucho (de hecho, los escasos comentarios que tenía no eran muy halagüeños) pero que al final termina siendo un destino de lo más interesante, repleto de experiencias exclusivas que únicamente pueden

ocurrir en ese lugar. Te recomendaría, al menos, las siguientes:

- Jimjilbang: Esta palabra, que al principio resulta impronunciable, esconde el secreto mejor guardado de los Coreanos (de hecho las guías de viaje ni lo mencionan). Es un lugar abierto veinticuatro horas donde hay duchas, saunas, piscinas, gimnasio, restaurante, internet, sala de televisión y todo el suelo caliente que quieras para tumbarte a dormir. En definitiva, el lugar ideal para recuperar fuerzas y descansar después de un largo día de visitas y sin necesidad de rascarnos el bolsillo (cuesta entre tres y cuatro euros).

- Bibimbap: Es uno de los platos nacionales y posiblemente el único que no es picante. Consiste en una montaña de arroz blanco salpicada de verduras del tiempo, algas y huevo poco hecho. A veces, suele ir acompañado de varias tapas (desde col macerada, a pescadito frito, pasando por judías negras o cartílagos). Una delicia y una fuente extraordinaria de energía.

- Parques Nacionales: En ningún otro lugar del mundo son tan accesibles como en Corea. Siempre es posible llegar en transporte público y los senderos están muy bien señalizados. Además, es asombrosa la cantidad de jubilados bien equipados que uno puede llegar a cruzarse por esos parajes de bosques, lagos y picos de mediana altura.

- Barrio de la universidad Hongik en Seúl: Lo último que esperaba en Corea era un barrio salpicado de cafeterías con estilo, galerías de arte, barecitos independientes, tiendas de diseño y grafitis por doquier. Un ambiente joven, rebelde y muy animado hasta bien entrada la noche. Imprescindible dormir en esta zona.

- Estancia en Templo Budista Zen: Decidí probar mi fuerza de voluntad y someterme a las normas espartanas de un templo zen budista. Cada meditación consistía en tres sesiones de cincuenta minutos sentados sin

moverte. Se dice rápido, pero se hacía eterno. Sólo duré un día, pero no necesité más para darme cuenta de que soy demasiado inquieto para recluirme en un monasterio.

—¿Estás leyendo el nuevo relato de Álex? —La voz de Ana me sorprendió cuando leía las últimas palabras del relato.

—¡Eh! No te oído llegar. Sí, acabo de terminarlo.

—Parece que está disfrutando de lo lindo, ¿verdad?

—Sí... parece que todo le está yendo genial.

—Álex siempre ha tenido estrella. Vamos, que en lugar de nacer con una flor en el culete ha nacido con un jardín botánico.

—La verdad es que si es todo como lo cuenta, y no dudo que sea así, el tío es afortunado. —Y no pude evitar decirlo con una sonrisa en la cara.

Ana se dirigió hacia la cocina para coger un refresco mientras yo aprovechaba para releer el email. Siempre solía leerlo al menos dos o tres veces, no lo podía evitar.

—¿Compartimos? —me dijo enseñándome el bote de Coca-Cola Zero que había cogido de la nevera.

—Vale.

Volvió al sofá con los dos vasos, y se sentó a mi lado.

—Oye, una cosita... Ayer lo hablaba con Pablo, en unas semanas será tu cumpleaños, ¿te apetece que hagamos algo especial?

—Pues no había pensado nada...

—Bueno, aún quedan unas semanas, nos da tiempo a organizar algo chulo, ¿te acuerdas de mi cumpleaños el año pasado en el ático de mi primo que teníamos catering y hasta una barra de bebidas?

—Ana... claro que me acuerdo. —Cómo no me iba a acordar del último uno

de agosto...

—Cierto, perdóname... Bueno, la cuestión es que podría hablar con la novia de mi primo y organizar algo parecido aquí en el piso.

—Creo que es demasiado para mí, yo casi prefiero una cena tranquila en casa contigo y Pablo.

—Y mi hermano, ¿no?

—Claro, tu hermano, por supuesto. —En qué coño estaba pensando...

—Pero no todos los años se cumplen treinta.

—Ni veintinueve, ni treinta y dos, ni cuarenta y tres...

—Bueno, ya...

—De verdad, yo prefiero algo más tranquilo.

—Ok, es tu cumpleaños, tú mandas.

—¿Qué tal con Pablo? —pregunté cambiando de tema.

—Pues, la verdad es que genial. Estamos muy bien juntos, y aunque a veces tengo algo de miedo por si se cansa de mí...

—No pienses eso, a Pablo le gustas de verdad, eso ha quedado más que claro.

—Me ha propuesto ir con él a Asturias este verano. —Y me miró con un gesto mezcla de emoción y miedo.

—Pues eso es un gran paso... ¿Te apetece?, ¿estás preparada?

—¿Yo? Pues claro, Hele, yo estoy enamorada de él hasta las trancas. Siempre me ha gustado y ahora estoy en una nube.

—Pues quédate a vivir en la nube —le dije sonriendo.

—Eso es lo que pienso hacer —me respondió con la misma sonrisa.— ¿Y tú dónde vives ahora, Hele?

—Voy a serte sincera... haciéndome esa pregunta me pones en un compromiso.

—Te entiendo, estamos hablando de mi hermano, pero también eres mi amiga. Sé que tu relación con él no es perfecta y que aún sigues pensando en Alejandro. Pero tranquila, te comprendo y creo que lo estás haciendo lo mejor que sabes y puedes. Veo que mi hermano es feliz, así que tan mal no lo estáis haciendo. Sé que llegará un momento que tú también lo serás.

—Jo... Gracias, Ana, no sabes la presión que me quitas que pienses así.

Ana me lo había puesto muy fácil esta vez. Ella misma se había contestado a su pregunta y fue lo mejor que podía haber pasado, por el simple hecho de que no quería mentirle. Además, me reconfortó que su visión sobre la relación que yo tenía con Raúl no estuviera tan lejos de la realidad, como realmente yo pensaba.

Respecto a ella, y tras mi ataque de celos injustificado cuando me enteré de la relación entre Pablo y Ana, ahora me sentía realmente feliz por ellos. Ambos eran muy importantes en mi vida y quería que todo les fuera bien, porque se lo merecían y si las casualidades de la vida les había unido, yo sólo podía apoyarlos y estar ahí para lo que necesitaran. No pensaba por nada del mundo hacerlos bajar de su nube, incluso haría todo lo posible por ayudarles a permanecer en ella.

Y sobre mi cumpleaños, la verdad es que hasta que Ana no me lo comentó aquella tarde ni me acordaba que en apenas tres semanas entraría en la treintena. Se supone que cuando estrenas década tienes que hacer una celebración quizás más especial que el resto de veces, pero yo seguía sin estar, podemos decir, con las suficientes ganas como para hacer la mega fiesta del año. Y lo que le dije a Ana de hacer una cena tranquila en *petit comité* me parecía el mejor plan posible.

Aquel año entendí que uno tiene que quererse a sí mismo, porque nadie te va a querer como uno mismo puede llegar a hacerlo. Hay que saber perdonarse y cuidarse, somos nuestra única y más importante compañía durante la vida, y creo que es importante mimarse y darse la importancia que merecemos. Por tanto, por lo mal que lo había pasado, por saber reconducir mi vida lo mejor que había sabido, a pesar de las piedras del camino, y reconocer los errores que había cometido, decidí que aquel año me merecía que yo misma me hiciera un regalo, y no uno cualquiera, uno especial de verdad e imborrable.

Aproveché que aún tenía el portátil encendido sobre mi regazo y Ana estaba dándose una ducha, para buscar mi autoregalo, así que escribí la palabra “tatuador” en el buscador.

No conocía a ninguno, así que, tras leer varias opiniones y demás, encontré uno que me encajaba bastante bien y que estaba en el pueblo donde vivían mis padres. Llamé inmediatamente, creo que estas cosas se deben hacer así, rápido y sin darle muchas vueltas, porque yo soy de las que cuando disponen de tiempo para pensar acaba echándose atrás como la cobarde que soy. El chico que me contestó fue muy majo, por lo visto esto de los tatuajes no es como yo creía de llegar y besar el santo. Este tatuador en cuestión no tenía cita disponible casi hasta finales de verano, una barbaridad, pero, por suerte me comentó que, si iba a ser algo pequeño y de una sola sesión, podría hacerme un hueco el viernes por la tarde de la semana siguiente, no lo dudé.

22. FERNWEH

Fernweh es un término alemán que el día que lo escuché por primera vez ya me pareció muy especial simplemente por su tonalidad. Es de esas palabras que no tienen una traducción directa en español, es decir, nuestro rico idioma no dispone de ninguna palabra equivalente. Según el traductor que suelo utilizar alemán-español, dice que es un sustantivo y lo traduce como: “Nostalgia, ansia por viajar, deseo por viajar, nostalgia de países lejanos”, y que es el contrario de *heimweh* que es lo que nosotros consideramos morriña, nostalgia por el hogar.

Cuando conocí a Alejandro recordé esta curiosa palabra, él, sin lugar a dudas, sufría de un mal que podríamos llamar, “el mal de *fernweh*”, y yo desde el día que se había marchado de mi vida padecía un síndrome similar, pero con una pequeña nueva connotación. Como él, yo comencé a tener nostalgia por países lejanos, incitada por sus relatos, sus descripciones y la luz de sus ojos cuando me hablaba de los lugares que había visitado, pero yo curiosamente sólo sentía nostalgia por aquellos países en los que él había viajado o se encontraba, tenía ansia por estar donde él había estado o estaba.

Cuando crucé la puerta del estudio de tatuajes, tenía muy claro qué iba pedir a que me grabaran en la piel para siempre, la palabra *fernweh* en el costado, debajo justo de la línea del sujetador, con una tipografía tipo manuscrita y junto a la palabra una pequeña brújula, porque, aunque yo seguía deseando estar donde él se encontrara, necesitaba algo que me señalara el norte para no dejarme llevar por esta locura y perderme de nuevo.

Le expliqué al tatuador lo que quería y éste empezó a dibujar en un papel lo que le iba describiendo, era un genio, supo captar enseguida lo que necesitaba, el tamaño y el tipo de letra.

—¿Preparada? —me preguntó mientras yo miraba absorta el dibujo.

—¿Si te pregunto si me va a doler mucho vas a pensar que soy imbécil, no?

—No, tranquila, a ver, has elegido la zona que yo creo que es de las más dolorosas. Ten en cuenta que prácticamente no hay mucha carne sobre las costillas, pero has elegido una palabra cortita, el tamaño de la letra es muy pequeño y la brújula tampoco tiene mucho detalle. Si aguantas bien y no paramos mucho, en una hora y poco habremos terminado.

Sin pensar mucho más en el dolor, me levanté la camiseta, me tumbé boca abajo en la camilla y respiré hondo. Entonces empecé a escuchar de pronto el sonido infernal de la pistola y... ¡Joder!...¡Madre del amor hermoso y por los clavos de Cristo! Aquello dolía horrores y se supone que tenía que aguantar una hora con sus sesenta minutos y 3.600 putos segundos. Apreté los puños fuerte. Estuve a punto de levantarme de allí y salir corriendo sin mirar atrás, pero la idea de llevar tatuada únicamente la letra efe no me hacía mucha gracia, así que aguanté como una campeona y me di una palmadita imaginaria por no haber elegido tatuarme “supercalifragilísticoespialidoso” y un mandala de esos con miles de detalles.

El chico me daba conversación, intentaba distraerme, me contó cosas como que él no llevaba ningún tatuaje, sólo algunos puntitos en ciertos lugares para probar dolor, intensidad y calidad de la tinta, me pareció curiosísimo que hubiera tatuadores sin tatuajes.

Tal y como me había prometido, y menos mal, tras una hora infernalmente larga, ya había terminado. El resultado era mejor del que yo me había imaginado, era precioso, mi primer tatuaje, cargado de significado. Quizás había cometido la mayor cagada del mundo tatuándomelo en la piel haciendo que ahora ya jamás consiguiera olvidarle, tan sólo tenía que mirarme al espejo para, en cierta manera, verle a él, pero como ya he dicho en varias

ocasiones y en aquel momento seguía pensándolo, yo no quería olvidarme de él, me gustaba que siguiera formando parte de mí, porque él había conseguido sacar una parte de mí muy especial, y ahora no sólo formaba parte de mis recuerdos, también de mi cuerpo y mi piel.

Aproveché que estaba en el pueblo para ir a ver a mis padres. No tenía intención de quedarme a cenar, pero mi señora madre me convenció y acabé cogiendo el último tren de las once, ni qué decir que a mis padres no les dije ni “mu” del tatuaje. En el trayecto de vuelta Raúl me llamó, no le había comentado nada a nadie, ni siquiera a Raúl, sobre el tatuaje, y tampoco le había dicho que me había venido al pueblo de mis padres. No me sentía mal, porque no le había mentido, únicamente omitido. ¿Se considera omitir información como mentira? Sinceramente, estaba en un plan rebelde y me daba un poco igual.

Tras explicarle que había ido a cenar a casa de mis padres y que estaba en ese momento volviendo al piso, insistió en ir a recogerme a la estación. No le hacía gracia que fuese a esas horas de la noche cogiendo metros y andando por la calle, así que, cuando llegué, mi caballero de reluciente armadura me estaba esperando con su caballo/Volkswagen Golf en la puerta de la estación.

Nada más salir a la calle lo vi, apoyado en el lateral del coche revisando algo en su móvil, me sorprendió verle con traje y corbata. Era la primera vez que lo veía así vestido, ya me había comentado alguna vez que cuando iba a visitar a ciertos clientes debía cumplir el *Dress Code* de la empresa en cuestión. Estaba muy atractivo con unos pantalones color gris marengo que le sentaban de lujo, una corbata aflojada y una camisa blanca impoluta remangada a la altura casi del codo... Vale, Raúl había conseguido ponerme tonta con su look ejecutivo en cero segundos.

—Hola —dije a escasos centímetros de él, consiguiendo que despegara la mirada del móvil.

—No te he visto salir.

—Ya me había dado cuenta, tenías la cara literalmente pegada al móvil.

—Disculpa, ha habido movida en el trabajo, y prácticamente he salido ahora de la última reunión que hemos tenido.

—Vaya, pero, ¿ya está todo arreglado?

—Más o menos, pero no te preocupes. Vamos, te llevo a casa.

—¿Pero has cenado algo? —le pregunté.

—Sí, he picado algo antes de venir.

—Y estaba yo pensando... Si no estás muy cansado, podríamos ir a tu casa en lugar de al piso que cabe la posibilidad que, siendo viernes, estén Ana y Pablo retozando —le dije con voz mimosa acercando mi cuerpo al suyo.

—Joder, Helena, tenías que recordarme lo que hace Pablo con mi hermana...

—Como si no lo supieras...

—Lo sé, pero prefiero ignorarlo.

—Pues tienes la suerte de no vivir con ellos y oír como...

—Vale, me ha quedado claro.

—Entonces, vamos a tu casa... —Y volví a insinuarme juntando nuestros cuerpos del todo y rodeando su cuello con mis brazos.

—Sí, además, cuando te pones así soy incapaz de decirte que no a nada.

—Bueno es saberlo. —Y sonreí de manera pícara, menuda era yo cuando quería algo.

Al llegar al piso, no tardé más de dos segundos en empezar a besarle mientras le cogía de la corbata, no quería desaprovechar esa necesidad de él que tenía en aquel momento y que no era normal en mí. Puede que todo aquello simplemente fuera producto de un sentimiento de culpabilidad, por

haberme hecho el tatuaje a sus espaldas con el significado que tenía, y quizás mi cuerpo reaccionaba de aquella forma desmedida para pagarle en cierto modo por ser tan cabrona.

—¿Qué te pasa? Te veo demasiado... no sé cómo decirlo... —me dijo Raúl mientras se dejaba besar el cuello y permitía que mis manos se colaran bajo su camisa.

—¿Cachonda? Dilo, Raúl... llama a las cosas por su nombre, no seas como tu hermana. —Y empecé a recorrer su cuello con mi lengua y jugar con el lóbulo de su oreja derecha.

—Joder, Helena... Cómo has venido hoy...

—¿Prefieres que pare?

—No, no, sigue.

Introdujo sus manos por debajo de mi camiseta.

—¿Qué llevas aquí?, ¿te has hecho daño? —preguntó cuando tocó la pegatina de plástico transparente que me había colocado el tatuador sobre el tatuaje.

—No exactamente, es mi autoregalo de cumpleaños. Me he hecho un tatuaje.

—¿Un tatuaje? No me habías dicho nada... ¿Cuándo te lo has hecho?

—Esta misma tarde.

—Enséñamelo, ¿Por qué?, ¿qué te has hecho?... Helena, tu cuerpo era perfecto.

—Bueno, a ver, que no me he hecho un conejito de Playboy ni a Bob Esponja...

—Espero... —dijo sonriendo.

—Qué idiota...

Me quité la camiseta bajo su atenta mirada, me puse de lado y se lo enseñé.

—No lo veo bien... ¿qué pone? —El plástico de la pegatina tipo papel film no dejaba ver con claridad las letras.

—Es una palabra alemana, *Fernweh*.

—¿Y significa...? —me dijo mientras pasaba su dedo con mucha suavidad sobre el plástico.

—Mmm... —Vale, ahí iba la bomba, apártense que esto va explotar.—
Nostalgia por viajar, por visitar países lejanos.

Se quedó callado, me miró a los ojos con gesto serio. Raúl no era para nada tonto, sabía perfectamente el verdadero significado de aquello y con quién estaba relacionado. Esperaba el comienzo de una conversación incómoda que, sinceramente, no tenía ni idea cómo abordar ni qué debía decir, porque me daba la impresión que dijera lo que dijese iba a hacerle daño y no quería, pero a lo hecho pecho. En lugar de ello, para mi sorpresa, empezó a besarme con fuerza. Por fin con esa pasión que tanto ansiaba que saliera de él y que hasta ese momento no había visto. Colocó su mano en la zona posterior de mi cabeza y cerró sus dedos en puño entremezclando sus dedos con mi cabello, no me hacía daño, no era violento, sólo posesivo, y eso me gustaba, lo necesitaba.

Se separó de mí menos de un centímetro y volvió a mirarme a los ojos, pero ahora no era únicamente un gesto serio, vi también dolor, aflicción, y por último, resignación. Raúl se había dado cuenta de los límites, hasta dónde podía llegar conmigo, no lo podía tener todo, no me podía tener entera porque alguien que él conocía muy bien se había llevado con él una parte de mí. Era lo suficientemente inteligente para no empezar una guerra que sabía que probablemente ya la tenía perdida.

Ahora había llegado el momento, era él quien tenía que decidir, si aceptaba

lo que podía darle, o decidía que aquello nunca sería suficiente para él.

—Helena...

—Lo siento... —le contesté luchando para que las lágrimas que se empezaban a acumular en mis ojos no se derramaran.

—Ya es tarde para echarme atrás, no puedo hacer nada... Te quiero.

Y volvió a besarme, ahogando en mis labios cualquier palabra que hubiera tenido la intención de salir de mi boca, porque él sabía que no sería la repetición de las ocho letras que él había pronunciado y que deseaba escuchar de vuelta, así que prefirió el sonido de nuestras bocas, de nuestras lenguas, antes que el rechazo.

Me cogió por la cintura y me dejó en la cama con menos cuidado que lo habría hecho el Raúl del día anterior, me quitó los pantalones y las braguitas a la vez. Permaneció de pie en silencio mirándome, seguía con el gesto serio, se empezó a desnudar sin apartar un momento la vista sobre mí, y una vez desnudo, se colocó entre mis piernas. Se mojó los dedos de la mano con saliva y me tocó con la intención de humedecerme lo suficiente para que la fuerte penetración y certera que vino justo después, no me molestara demasiado.

—Espera, Raúl, no te has puesto nada... —dije yo intentando pararle cuando ya llevaba un par de minutos fuerte y hasta el fondo.

Raúl paró su movimiento quedándose dentro de mí.

—Helena, llevamos juntos casi tres meses y sé que te tomas pastillas, pero si quieres me lo pongo, aunque yo necesito sentirte y que me sientas.

Había frío en su voz, y supe enseguida que no sólo me estaba preguntando si se ponía un maldito condón, quería saber si además de Alejandro iba a seguir poniendo más barreras entre nosotros, me estaba pidiendo más intimidad, confianza, en definitiva, algo a cambio por soportar y aceptar mis decisiones

y actos. Estaba preguntándome si quería estar con él de verdad, evitando todo lo evitable que nos separaba.

—No te lo pongas, ya no hace falta que lo usemos más.

Entonces su expresión se endulzó, sus músculos se destensaron, y volvió a penetrarme, pero ya no había rastro de la “violencia” con la que había empezado, ahora era más intenso, Raúl quería hacerme el amor, demostrarme lo que sentía por mí. Sus embestidas, aunque suaves, eran intensas y profundas y, en cuanto podía buscaba su mirada la mía.

Salió de mí, me giró hacia un lado y él se colocó detrás, en la postura que llaman la cuchara, volvió a penetrarme con el mismo ritmo que llevaba antes, en esta posición mi clítoris quedaba totalmente accesible, alargó su mano y empezó a tocarme, cuando le dije entre susurros que me iba a correr, él aceleró sus movimientos y como en las películas, las novelas y los cuentos, nos corrimos a la vez, gimiendo los dos, suspirando, él mordiéndome el hombro, yo mi labio inferior. Entonces una lágrima empezó a deslizarse por mi mejilla, como hacía tiempo que no me ocurría, una emoción más grande que yo misma me llenó por completo en aquel momento, ¿me estaba enamorando?

Me giró para quedarnos frente a frente. Limpió el camino de la lágrima con su dedo, y luego se lo chupó. Permanecemos en silencio mirándonos unos minutos.

—He estado pensando en tu regalo de cumpleaños —dijo como si nada hubiera ocurrido.

—No quiero que me regales nada, ya me has dado bastante.

—Sabes que no te voy a hacer caso, ¿verdad?

—Lo sé... —Y volví a besarle.

23. UN DESEO

Cumplir treinta en aquel momento no me suponía ninguna depresión, es más, empezaba a volver a sentirme bien, como si me hubiera reconciliado conmigo misma. Ya no estaba tan resentida con el amor, mi trabajo iba bien, a mi alrededor todos eran felices, mi hermano en su nuevo rol de padre, Pablo y Ana enamorados, mis padres como siempre, y yo... estaba bien. Había momentos en los que me sentía completa, y otros en los que, a pesar de tenerlo todo, algo fallaba, como una silla cuando cojea un poco, puedes estar sentada, sabes que no te vas a caer, pero no llegas a estar cómodo del todo.

El día de mi cumpleaños, treinta de abril, era jueves, pero tenía la suerte que da igual en qué posición de la semana cayera, que el día siguiente siempre era festivo, uno de mayo, así que siempre tenía la posibilidad de celebrarlo cuando tocaba.

Ese mismo día, cuando me estaba preparando café para irme al trabajo, Pablo puso la canción de cumpleaños feliz del grupo de los ochenta Parchís, me hizo sonreír porque recordé los meses en los que me obligaba a levantar con una canción para la superación del desamor, y que, por suerte para todos, había dejado de hacer. Ana y él me felicitaron, besaron y abrazaron, y eso a las siete y media de la mañana y sin café corriendo aún por mis venas, no es que fuera algo, digamos... agradable. Soy así de rancia por las mañanas, incluso el día de mi cumpleaños... qué le vamos a hacer.

A mediodía me escapé de la oficina y fui a comer a la universidad con mi padre, era una tradición que teníamos y que me encantaba. Siempre solíamos pedir dos bocadillos en la cafetería de la facultad y él me ponía al día de los proyectos que tenían en marcha en el departamento, oír a mi padre hablar de su trabajo siempre me parecía algo maravilloso. Me despedí de él hasta el día siguiente, siempre comíamos juntos en casa para celebrarlo la familia. Mi

hermano me envió una foto de Yaiza sujetando un cartelito en el que ponía “Feliz Cumpleaños Tía”, y en cuanto la vi morí de amor, no se podía ser más requete bonita.

Cuando llegué a casa por la tarde vi que Ana me había enviado un nuevo relato de Alejandro, por lo visto ahora se movía más rápido, lo consideré como un pequeño regalo de su parte. Estaba sola en el piso, aún faltaría más de una hora para que Pablo y Ana volvieran a casa, ahora siempre solían llegar juntos porque él se pasaba por la clínica a recogerla al salir del bufete.

Aprovechando la soledad del piso y el email recién llegado de Alejandro, me puse una copa de vino, llené la bañera con espuma y sales aromáticas, me iba a mimar un poquito, un día es un día, y qué mejor que cuando una cumple años. Ya tumbada dentro de la bañera, empecé a leer su relato en el móvil.

Fwd.: China de nuevo

¿Cómo sigue todo? Tengo que admitirlo, China me encanta. Las razones quizás permanezcan algo diluidas (gente curiosa, nutrida historia, comida picante, lugares místicos...), pero todas contribuyen a las buenas sensaciones que me transmite esta zona del mundo. Esta segunda vez en el país, allá por marzo, me permitió descubrir gran parte del Este.

El viaje comenzó en Qingdao, donde los alemanes, que apenas estuvieron quince años, dejaron su impronta para la historia: la fábrica de cerveza número uno del país. En Qufu le mostré mis respetos a los restos de Confucio que descansan en un cementerio boscoso repleto de esquelas y esculturas funerarias de lo más variadas (camellos, tortugas y discípulos del maestro con su singular perilla trenzada y el bigotito rizado). Después subí los más de seis mil escalones desiguales (1.300 metros de desnivel) hasta la cima de la montaña sagrada de Tai-Shan para básicamente tropezarme con un chamán en trance que me abrazaba, me besaba y hasta intentó meterme

mano (no me preguntéis por qué).

Exploré intensamente la región cercana a Shanghai (Nanjing, Yangzhou, Zhenjiang, Suzhou, Zhouzhuang y Hangzhou) que comparte, por suerte y por desgracia, las riberas del Yangtze (el río más largo de China). Este conjunto de ciudades y aldeas históricas están surcadas por canales y puentes, poseen lagos imperiales salpicados de templos y pagodas, tienen los primeros jardines toscos donde la piedra y el agua crean vistas de postal a través de las ventanas de los corredores y pabellones que los recorren, aún quedan algunos monasterios aparentemente laberínticos sobre colinas con unas panorámicas privilegiadas, y por supuesto no faltan los barrios antiguos de ladrillo grisáceo y farolillos rojos que sirven de fondo a los mercados callejeros y al transcurrir de los días.

Shanghái me tenía preparada una de las mejores sorpresas de este viaje: el reencuentro con David, un antiguo compañero del colegio, que no sólo demostró ser un anfitrión perfecto que me brindó cinco días extraordinarios en la ciudad, sino que además resultó tener ese espíritu de aventurero inconformista y pude, por tanto, compartir durante largas horas ideas e impresiones (e incluso descubrir que existe un campeonato mundial de pelea de grillos).

Continuando hacia el Sur aparecí en Tunxi, una región de agricultores de té (con esos característicos gorros cónicos de hojas secas de bambú) y aldeas de piedra blanca donde es fácil sentirse en otra época. En Huang-Shan (montaña amarilla) tuve la suerte de presenciar un fenómeno natural extremadamente delicado y sereno: el mar de nubes. Picos graníticos de formas esbeltas parecen nacer del blanco algodón de las nubes para, momentos después, volver a desaparecer en la nebulosa tempestad.

Dos días y medio más tarde (de intenso y entretenido viaje) todo cambió cuando amanecí en la isla de Gulangyu, frente a Xiamen, un lugar

subtropical con vegetación exuberante y cierto aire colonial portugués.

El broche de oro fue una excursión a Yongding, una aldea ribereña de más de seiscientos años donde las casas comunales hechas de adobo son auténticas fortalezas, algunas incluso redondas y grandes como una plaza de toros. Más sorprendente, más si cabe, es que a día de hoy aún sirven de morada a comunidades enteras, a los pollos, y como no podía ser de otra manera en China, a las tiendas de souvenir.

Lo dicho, me encanta China.

Había vuelto a atrás, como él me contó una vez, viajaba sin rumbo fijo, si algo le gustaba se quedaba o repetía, pero cuando algo no le gustaba pasaba sin más de largo y no volvía. Me pregunté si sabría que hoy es mi cumpleaños, o simplemente si seguiría acordándose de mí, yo lamentablemente sí que seguía pensando en él, y más en días, llamémosles, especiales como hoy. Trataba de imaginar cómo hubiéramos pasado mi cumpleaños si hubiera decidido quedarse, quizás hubiera sido una jornada al estilo naturista como tanto le gustaba, o puede que nos hubiéramos escapado a pasar el puente a algún sitio bonito, quién sabe...

Comenzaba a hacer calor en el baño, el vaho ya había empañado el espejo y las paredes. Mi mente empezó a volar y a recordar aquella noche de calor sofocante cuando nos bañamos juntos en esta misma bañera en la que me encontraba esta vez sola. Su torso desnudo sobresalía del agua, su pelo, aún largo, goteaba sobre sus hombros, su boca entreabierta por el placer de mis caricias bajo el agua, y su mirada... esos ojos azules agrisados que se clavaban en mi mente. Imposible que no sintiera ese pequeño hormigueo característico en mi cuerpo rememorando aquella noche. Tras dejar el móvil en el suelo, sumergí mi mano para tocarme y aliviar la presión que sentía. El móvil empezó a sonar, pero lo ignoré, estaba muy ocupada para contestar, fuera quien fuera. Con la otra mano comencé a acariciar mis pechos, y a

apretar los pezones con la misma intensidad que él lo solía hacer, cerré los ojos y dejé volar mi imaginación: su cuerpo sobre el mío, sus manos recorriendo cada centímetro de piel, sus dedos clavándose en la carne de mis muslos, su boca comiéndose la mía, sus ojos fijos en los míos, su voz resonando en mi cabeza... y un orgasmo con su nombre me deshizo en la bañera. Cuando abrí los ojos, su ausencia lo volvió a inundar todo, había vuelto a la realidad.

Tal y como había predicho, en una hora y poco llegaron a casa Pablo y Ana. Al escucharles aproveché para salir de la bañera. Asomé la cabeza desde el marco de mi puerta al pasillo tapada con una toalla y con otra enrollada en la cabeza.

—Hola, ¿a qué hora es la reserva? —pregunté.

—A las 21:30 horas, aún tenemos tiempo para arreglarnos como merece la ocasión —respondió Ana sonriendo al verme.

—Pues me pongo a ello ya. —Le devolví la sonrisa.

—Nosotros también. Por cierto, me ha dicho mi hermano que te ha estado llamando para decirte que saldrá un poco tarde del trabajo y que mejor nos verá en el restaurante directamente.

—¡Ah! Ok, estaba dándome un baño y no me he enterado. —Más o menos...

Para la ocasión me dejé el pelo suelto previamente alisado a conciencia y elegí un vestido sin mangas de color negro de tejido fluido, llevaba unos pequeños abalorios en los hombros, y una especie de doble capa a la altura de la cintura, el cuello era redondeado sin escote y por la espalda se cerraba con botones. Me llegaba por encima de las rodillas por lo que me sentía bastante cómoda con el largo. Era un vestido que había comprado en Mango hacía tiempo y aún no había encontrado el momento de estrenarlo, y qué mejor

motivo que mi treinta cumpleaños.

Cuando llegamos al restaurante, Raúl nos esperaba en la puerta, iba muy guapo, con vaqueros, camisa blanca y americana azul marino. Por suerte, Ana me hizo caso con el tema de la celebración del cumpleaños, y tal y como lo comentamos, fuimos a cenar sólo los cuatro en plan tranquilo a un restaurante del centro, Petit Bistró Terrace, conocido por su preciosa terraza con vistas a la Plaza de la Virgen, en la que cenamos al aire libre aprovechando la temperatura agradable ya propia de la primavera.

No sé si fue el vino blanco afrutado fresquito que entraba como el agua, o quizás las continuas risas de Ana mirando con ojitos brillantes a Pablo, o puede que fuera la manera en la que Raúl me agarraba la mano fuerte bajo la mesa, pero la cuestión es que, por fin, después de ocho meses de dar tumbos por la vida, el no saber si olvidar o recordar, dejar en el pasado lo que debería permanecer allí, me sentí feliz, o al menos una sensación muy parecida.

Cuando íbamos a pedir el postre, el camarero me sorprendió con una porción de tarta de chocolate con una velita encendida. Ana y Pablo empezaron a cantar cumpleaños feliz. Raúl se limitaba a mirarme con una sonrisa, y yo, mientras, intentaba no morir de vergüenza... Nunca me ha gustado ser el centro de atención, yo siempre he preferido estar tras el telón que en el escenario, y en aquel momento todas las personas que compartían espacio con nosotros en la terraza estaban girados en sus sillas observando la escena, e incluso algunos aplaudiendo. ¡Tierra trágame!

—¡Venga, sopla y pide un deseo! —La voz de Ana me sacó del trance de la vergüenza.

Un deseo... Apuntaros esto en el primer sitio que tengáis a mano, nunca le pidáis a una persona que no sabe lo que quiere que pida un deseo, e incluso creo que es peligroso pedirselo a alguien que sabe perfectamente lo que

quiere. Hacía unos escasos minutos, yo creía que lo tenía todo, ¿qué más podía pedir? Entonces Ana dijo: “Pide un deseo”, y rompió la burbuja.

Deseo es la acción y efecto de desear, y según la RAE, “desear” significa lo siguiente:

- “1. Aspirar con vehemencia al conocimiento, posesión o disfrute de algo.
2. Anhelar que acontezca o deje de acontecer algún suceso.”
3. Sentir apetencia sexual hacia alguien.”

Todas las acepciones que me daba el diccionario, las tres, todas llevaban consigo oculto el nombre propio de alguien. Aspiraba con vehemencia tenerlo, anhelaba que volviera conmigo, y sentía más que apetencia sexual por él.

Entonces miré la vela, observé esa pequeña llamita que tiritaba luchando por no apagarse, ¿realmente soplándola se iba a cumplir lo que pidiese?, ¿quién se había inventado tal estupidez?

—Dios, Helena, ¿tanto te cuesta decidirte? Pide que te toque la lotería y nos repartimos el premio. —Levanté la cabeza y sonreí a Pablo por su comentario.

Volví a fijarme en la velita, cerré los ojos, pensé en el deseo, soplé y ésta se apagó dejando una pequeña y fina fumarola de humo que se perdía en el cielo oscuro de la noche.

Ana y Pablo aplaudieron, y Raúl me miró con gesto levemente serio, se acercó a mi oído y me dijo:

—Por suerte o por desgracia, a veces los deseos se cumplen...

Tras decirlo me besó en la mejilla, y mi respuesta sólo fue una mueca parecida a una sonrisa nerviosa e incómoda, como cuando te pillan haciendo algo que no quieres que nadie se entere porque es muy malo. ¿Sabría Raúl lo

que había deseado? Aunque si he de ser sincera, realmente no había pedido nada, únicamente había pensado en él, fuertemente en él.

Ana y Pablo me regalaron un bolso bandolera de color camel de Bimba y Lola, que me encantó. Raúl sacó del bolsillo interior de su americana una cajita de un azul turquesa inconfundible con un lazo blanco, las letras negras en la parte superior me confirmaban lo que yo ya sabía sólo con haber visto el color característico de la caja, era de Tiffany&Co.

—Raúl... te has pasado... —Logré decir mientras sujetaba la caja en mi mano.

—Pero si ni siquiera la has abierto —me respondió.

—Ya... ¡pero, joder, es de Tiffany! —No pude evitar alzar la voz, estaba nerviosa.

—Seguramente es menos de lo que esperas —me respondió, mientras Pablo y Ana nos miraban de forma alterna como si estuvieran en un partido de tenis.

—Aunque la caja estuviera vacía ya me parece un regalazo —dije yo.

—¡Va, Hele, ábrela de una vez! —Interrumpió Ana ansiosa. Estaba segura de que ella ya sabía lo que se escondía en el interior de la cajita.

Deshice el lazo con delicadeza, abrí la tapa y dentro había un saquito del mismo color azul, lo volqué sobre la palma de mi mano y cayó una pulsera de plata de la que colgaba la legendaria chapita de la marca en forma de corazón serigrafiado: *“Please return to Tiffany&Co”*, y luego dos pequeñas llaves colgando en el otro extremo. Era preciosa, permanecí al menos un par de minutos mirándola absorta, Raúl me la cogió de la palma de la mano y me la colocó en la muñeca.

—Estás perfecta —me dijo mientras la contemplaba rodeando mi muñeca.

—Ella es perfecta... —dije mirándola yo también.

—Tú eres perfecta para mí —me respondió e inmediatamente levanté la cabeza para mirarlo.

Por fin escuchaba esa frase por completo: “Eres perfecta para mí”. La última vez que alguien me intentó decir esa frase se quedó a medias, y nunca llegó a pronunciar la parte importante: “para mí”. Esta vez mi cabeza no tuvo que terminarla, no fue necesario inventarse un final, no hubo puntos suspensivos, Raúl la dijo sin dudar, mirándome a los ojos y demostrándome que no era ningún cobarde y que sabía lo que quería e iba a luchar por ello.

—Raúl... —Y como no podía decir más, le cogí la cara con ambas manos y le besé.

Cerré los ojos, y me fundí en aquel beso, no pude evitar llorar. Alguien me decía lo que tanto tiempo había deseado escuchar, y yo hacía unos minutos había deseado estar con otra persona, me sentí fatal, una mala persona, escoria humana, la peor bruja que puedan crear en Disney. De verdad que Raúl me gustaba, me estaba enamorando de él, me veía compartiendo el resto de mi vida con él, pero no entendía por qué cojones no podía olvidarme del maldito Alejandro que no fue capaz de decirme nada que saliera de sus entrañas.

De pronto todo me empezó a parecer ridículo y yo una idiota, habíamos pasado sólo un mes juntos hacía casi un año, no nos habíamos prometido nada, y él para más inri no quería quererme ni estar conmigo. ¿Por qué era tan estúpida siguiendo pensando en él y no valorar más a Raúl? Él era perfecto para mí, y debía metérmelo en la cabeza de una vez, dejar de hacerle daño y dejar de hacerme daño a mí misma.

—Por favor, iros a un hotel... —La voz de Pablo interrumpió el beso y mis pensamientos.

24. LA CASUALIDAD ATACA DE NUEVO

Aquella noche Raúl y yo terminamos en su estudio, follando en el sofá y luego en su cama. El sexo estaba bien y Raúl me gustaba cada vez más, era atento, detallista, inteligente y había tenido más paciencia que un santo conmigo. No le podía pedir nada más, se estaba esforzando mucho por hacer que lo nuestro funcionara y ahora me tocaba a mí empezar a devolverle todo lo que estaba haciendo por mí.

Al día siguiente tenía la comida de cumpleaños con mis padres. Después de una ducha postcoital que tampoco fue muy relajada, nos metimos en la cama. Parecía mentira que el Raúl de ahora fuera el mismo que las primeras veces cuando me tenía delante se quedaba inmóvil como un maniquí, y ahora no podía parar de tocarme en cuanto quedaba al descubierto un trozo de piel.

—Déjame que te enjabone la espalda... —dijo dándome la vuelta y acariciándome con sus dedos desde la nuca hasta el final de mi espalda.

—Así, no vamos a llegar a la cama nunca...

—No prometo nada... Creo que soy adicto a ti...

Y casi sin habernos secado llegamos dando pasos torpes, besándonos hasta caer en la cama y volver a repetir lo que acababa de pasar en el sofá de su mini-salón, pero esta vez más relajados, acariciándonos más, besándonos más, mirándonos más allá de la piel, puede que estuviéramos haciendo el amor.

Tras compartir el segundo orgasmo de la noche, me quedé relajada con mi cabeza apoyada en su pecho. Los dos estábamos en silencio, pero por su respiración sabía que él tampoco había caído aún en los brazos de Morfeo, así que decidí que ya era el momento de que yo moviera ficha y empezara a demostrarle que era importante para mí.

—Mañana voy a comer a casa de mis padres para celebrar mi cumpleaños —dije mientras acariciaba su pecho con el dedo índice.

—Ya me lo comentaste, si quieres mañana por la mañana te acompaño al piso para que puedas cambiarte de ropa, y luego te acerco a casa de tus padres para que no tengas que coger el tren.

—Vale... Pero me gustaría que cuando me dejes en casa de mis padres, te quedases conmigo en lugar de irte —le respondí.

—¿Quieres que me quede a comer contigo y con tus padres? —Inclinó su cabeza para poder mirarme a la cara, aunque estábamos prácticamente a oscuras.

—Sí... si quieres, claro...

—Me encantaría. —Y me besó en la frente.

Nada más levantarme le envié un mensaje a mi padre diciéndole que seríamos uno más en la comida, así evitaba llamar a mi madre y que me dijera por qué narices siempre le avisaba a última hora de que había invitado a alguien, con Alejandro prácticamente hice lo mismo. La tradicional respuesta de mi padre llegó al segundo: Ok.

Después de pasar por el piso a cambiarme de ropa, nos marchamos hacia casa de mis padres. En el trayecto le estuve contando algunas cosas sobre ellos, a qué se dedicaban, la historia de la casa en la que viven, que mi hermano vivía en Tenerife y acaba de tener un bebé, y hablándole de todas aquellas cosas sobre mi vida, advertí que hasta ese día no le había hablado de mi entorno, de mi familia. No supe bien si aquel desconocimiento que tenía Raúl sobre mí era culpa mía, quizás porque no me había abierto, o puede que nunca le hubiera brindado la ocasión para preguntarme, o simplemente porque nunca me había preguntado, la cuestión era que, tras dos meses juntos, Raúl no sabía ni siquiera la razón por la que mi nombre empezaba por

hache.

Aparcamos en la puerta sin problemas, por esas fechas aún no habían llegado todos los vecinos a la playa, así que estaba bastante tranquilo, tal y como a mí me gustaba. Entramos por la puerta de atrás de la casa, como me imaginaba, mi madre estaba en la cocina preparando el arreglo para la paella, y el horno olía de muerte a tarta de manzana casera.

—Hola, mamá, ya estamos aquí —dije al entrar en la cocina.

—Ya estás aquí, feliz cumpleaños, ven aquí, cariño —dijo al verme mientras se limpiaba las manos en el delantal. Dejé el bolso sobre la mesa de la cocina y me acerqué a ella para permitirle que me achuchara.— Treinta años ya... hija... cómo pasa el tiempo. —Cogió mi cara con ambas manos, me miró con sus ojillos empañados y me dijo.— Estás preciosa...

—Mamá... —Al final me iba a hacer llorar a mí si no paraba aquella escenita rápidamente.— Bueno, te presento a Raúl, es el hermano de Ana, mi compañera de piso.

—Encantado de conocerla —dijo Raúl tras los dos protocolarios besos.

—Háblame de tú por favor, que, aunque mi hija sea ya una treintañera, aún soy joven —contestó mi madre.

—Por supuesto, era más por respeto que por tu edad.

—¿Sois amigos... o novios? A mí esto me gusta saberlo de antemano, que mi hija no me suele aclarar estas cosas, y luego digo algo que no debo y acabo metiendo la pata y encima se enfada.

Mi cara cambió del color blanquiníveo que me caracterizaba aún en primavera por un rojo vergüenza. ¿Por qué mi madre tenía que decir aquellas cosas delante de gente que ni siquiera conocía? Maldito filtro inexistente, que a veces pensaba que yo había heredado. Raúl me miró sonriendo esperando a que yo contestara, claramente el cabrón estaba disfrutando de aquel

momento.

—Pues... —Comencé a balbucear, pero justo en ese instante mi padre entró por la puerta corredera del porche.— Salvada por la campana —dije bajito para que sólo me pudiera escuchar Raúl, él me sonrió forzosamente, creo que no le hizo mucha gracia mi alivio de no tener que contestar.— Papá, llegas en el momento adecuado, te presento a Raúl.

—Hola, Raúl. —Y tendió la mano en modo de saludo.

—Hola, encantado de conocerle.

—Feliz cumpleaños, cariño, ¿la cena de ayer, bien? —Miré a Raúl, le sonreí y contesté.

—Más que bien. —Y Raúl me devolvió la sonrisa.

La comida transcurrió tranquila. Comimos los cuatro en el salón ya que el tiempo empezó a empeorar. Menos mal que pudo hacer antes su espectacular paella a leña en el jardín. Luego sacó la tarta, mi madre se excusó porque no tenía velas, y casi mejor que no pudiera pedir más deseos que me complicasen la existencia. Pero eso no impidió que volvieran a hacerme pasar vergüenza cantándome el cumpleaños feliz y comiéndome a besos. Mi padre me abrazó y me dijo que se alegraba de tenerme de vuelta, él y sus frasecitas que me atravesaban y se me agarraban por dentro que daba gusto.

Mis padres empezaron a darme sus regalos. El primero que abrí fue un pijama, era una tradición por parte de mi madre regalarme pijamas en mi cumpleaños y Navidades, gracias a Dios que aquel año obvió el paquetito de bragas que solía incluir. El segundo regalo fue una cámara de fotos de estilo retro, preciosa de color negra y verde menta, mi madre comentó que mi hermano también había participado, eso lo hizo más especial si cabe. Por último, mi padre me dio un libro envuelto, y sabía que era un libro antes de abrirlo porque nunca se había celebrado nada en aquella casa sin que hubiese

un libro como regalo y, al contrario de lo que pudiera parecer, para mí siempre era el regalo más especial de todos.

Cuando abro un regalo soy de esas personas que no rompen el papel, no por reutilizarlo, no soy tan gurrumina, sino porque me gusta ir descubriendo la sorpresa que encierra poco a poco. Primero quitando el celo de los extremos con cuidado y luego el del medio para desenvolverlo del todo y ver lo que esconde. Dejé el libro aún envuelto sobre la mesa y empecé el ritual, un extremo y luego otro, y por último, el central, que destaparía la sorpresa del título que había elegido mi padre ese año. Cuando vi la portada, el tiempo se paró, la casualidad volvía a hacer acto de presencia en mi vida: “El dios de las pequeñas cosas” de Arundhati Roy, exactamente el mismo libro que leía Alejandro en su cama con la cabeza sobre mis piernas durante las tardes calurosas de agosto.

—¿Ya lo tienes, cariño?, ¿podemos cambiarlo si quieres? —Al ver mi cara mi padre sabía que algo pasaba.

—No, no lo tengo, es perfecto.

—¿Lo conocías? —me preguntó.

—Sí. —Entonces repetí las palabras que Alejandro me dijo cuando lo estaba leyendo.— Un amigo que lo ha leído me dijo que es un libro muy bien escrito, bonito pero triste, que hay que ir leyendo lentamente y disfrutando cada detalle.

—Sí, así es, es una historia intensa, ya me dirás si te ha gustado.

—Seguro que me gusta, gracias, papá. —Me levanté, fui hacia él y nos abrazamos, luego repetí el mismo gesto con mi madre.

Por suerte, creo que Raúl no se dio cuenta de aquel detalle, de aquel momento extraño en el que una casualidad había vuelto a arremeter contra mí. Después de, llamémosle “imprevisto”, proseguimos con una agradable

sobremesa, aunque yo no pude evitar estar un poco ausente durante lo que restó de tarde. No dejé ni un minuto de acariciar disimuladamente con mis dedos la portada del libro que descansaba sobre la mesa.

Sobre las siete y media de la tarde Raúl me dejó en el piso con la excusa de que me dolía la cabeza. Me dejó en el portal y él se marchó a su estudio. Me apetecía estar sola, necesitaba estar sola.

Ana y Pablo no estaban en el piso, una nota en la nevera me informaba de que se habían ido a cenar y al cine, perfecto, era justo lo que necesitaba, las dos eses, soledad y silencio. Cerré la puerta de mi habitación, encendí el portátil e hice aquello que había evitado hacer durante casi un año. Busqué una canción que no había escuchado desde septiembre, desde que Alejandro cogió aquel maldito avión que le llevó a miles de kilómetros.

Me tumbé boca arriba en la cama, cerré los ojos y me dejé llevar por los acordes de una canción que seguía siendo como la recordaba, extremadamente lenta y bella, y ahora también se había convertido en excesivamente triste... Y así sonando en bucle la canción de Michael Nyman, *"Love doesn't end"*, con aquellas notas perfectamente tocadas con piano me quedé dormida soñando con mundos paralelos en los que aún bailaba desnuda con Alejandro sin importarnos el mañana, porque simplemente no lo había.

Al día siguiente, sábado dos de mayo, estaba desayunando en la barra concentrada en las noticias de actualidad que leía en mi móvil cuando apareció Pablo en pijama por la cocina.

—¿Qué tal la comida con tus padres? —me preguntó sentándose en el taburete de al lado.

—Muy bien, la verdad. Me han regalado una cámara de fotos que es una pasada. ¿Y Ana?

—Ha salido a correr hace un rato, no creo que tarde en volver. Oye, Helena,

tengo algo para ti.

—¿Otro regalo? —pregunté sonriendo.

—No exactamente, serás avariciosa...

—Había que probar suerte.

—El otro día estaba esto en el buzón para ti. —Dejó una postal sobre la barra.— No te la he dado antes porque prefería dártela a solas, Ana no sabe nada.

No le contesté, la cogí sin darle la vuelta, me bajé del taburete y cuando me disponía a encerrarme en mi habitación, Pablo se bajó de su taburete y me cortó el paso.

—Helena, no está firmada, pero ambos sabemos perfectamente de quién es. Solo espero que por fin sepas lo que quieres, he visto tu mirada cuando Raúl te regaló la pulsera y cuando has visto este trozo de papel, y hay una ligera, pero importante diferencia. Raúl es el hermano de Ana y además amigo de quien te envía eso, creo que deberías empezar a elegir o alguien va a salir de esta historia bastante jodido.

—No tengo entre qué elegir, estoy con Raúl, fin de la historia —le contesté muy seria.

—Tú sabrás, yo no estoy tan seguro de que sea así. No te enfades por lo que te voy a decir, pero Helena, tú no has decidido nada a día de hoy, sólo te has dejado llevar, creo que aún no sabes lo que quieres, o lo sabes y no eres capaz de reconocerlo.

Se apartó para que pudiera seguir el camino hacia mi habitación, al entrar cerré la puerta y me senté en la cama. Observé la imagen de la postal, era la foto de un arco típico oriental y según ponía en la esquina inferior derecha, aquella construcción estaba en la provincia de Yunnan en China. Le di la vuelta y había dos sellos en la parte derecha, y en la parte izquierda unos

caracteres chinos que no tenía ni pajolera idea de lo que significaban. Entonces, una bombillita se encendió en mi cabecita pensante, me acordé de que *Google* tiene una opción de buscar por imagen, desenchufé el móvil que estaba cargándose en la mesita, elegí la opción de buscar por imagen en el buscador, le hice una foto a los caracteres... y *Et voilà!* Bendita tecnología, ahí estaba la respuesta: “Feliz cumpleaños” y la señal inequívoca de que Alejandro seguía pensando en mí, el tiempo pasaba, sucedía simplemente la vida, pero ambos seguíamos intactos en la mente del otro.

Y Pablo tenía razón, no había elegido, pero seguía pensando que no podía elegir porque simplemente no tenía dónde hacerlo, no había alternativas. O quizás estaba enfocando mal el asunto y la cuestión no era elegir entre Raúl y Alejandro, sino, entre Raúl y seguir enamorada de Alejandro.

25. EXTRAÑA FIDELIDAD

Los días fueron pasando, semanas y meses, ya estábamos en pleno verano, a finales de julio, y la única diferencia entre la Helena de mi cumpleaños y la de ahora, era que ésta última disfrutaba de jornada intensiva en el trabajo y de la piscina de la urbanización de Raúl.

Ana y Pablo seguían en su nube particular, me alegraba muchísimo haberme equivocado con respecto a ellos y no haber acertado cuando pensaba que aquello acabaría en tragedia al más puro estilo griego, pero por ahora no había indicios de un final cercano. Habían tenido sus peleas, claro está, Pablo seguía siendo demasiado simpático a ojos de Ana con el resto de féminas, cosa que a la pobre le costaba digerir, pero por ahora sólo parecía ser educación de *gentleman* asturiano y nada más. Además había que estar muy ciego para no ver que Pablo sólo tenía ojos para Anita.

En junio celebramos por todo lo alto el cumpleaños de Pablo en el piso, le trajimos en secreto, para darle una sorpresa, a sus mejores amigos de Asturias, fue una gran noche.

Raúl y yo... estábamos. Con lo del libro que me regaló mi padre y la postal que había mirado cientos de veces, olido y casi hasta chupado, permanecí durante varias semanas posteriores en un estado algo catatónico, pero era cuestión de tiempo que todo volviera a lo que yo consideraba normal o en cierto orden: Raúl conmigo, yo con él y sin ÉL, mi singular trío.

Los relatos de Alejandro contando su periplo por Asia siguieron llegando. Tras volver a China, había pasado por Taiwán, Filipinas, Hong Kong, de nuevo al gigante asiático, y lo último que sabíamos de él era que había visitado Malasia y Singapur.

De Taiwán comentó que le pareció un lugar insípido, no había nada

realmente especial que le hubiera marcado, tampoco nada malo, todo muy neutral después de la intensidad del resto del viaje. Sobre Filipinas, en cambio, dijo que le había resultado un destino formidable, que le había hecho volver a sentirse un aventurero descubriendo cada día lugares y sensaciones sorprendentes. Recomendó encarecidamente que debía estar en cualquier lista que se precie de lugares a visitar, ya que merecía y valía mucho la pena.

De Hong Kong únicamente mencionó las evidentes diferencias con China y el asombroso centro financiero. Y volvió a China de nuevo, estaba claro que se había vuelto un enamorado de este país, esa vez estuvo recorriendo la frontera con el Tíbet. Malasia la calificó como una combinación fantástica de aldeas sencillas e islas de ensueño. Por último Singapur, que palabras textuales suyas *“Ni fu ni fa. Acostumbrado a lugares mucho más genuinos y auténticos, llegar a otra ex colonia británica resultó bastante inocuo y anodino”*.

Y hasta ahí se supo de él, ya llevábamos casi un mes sin ninguna novedad ni relato. Después de llevar tanto tiempo siguiéndolo, ya empecé a adelantarme a él y predecir cuál podría ser el siguiente país en visitar, aunque a veces nos sorprendía con algún retorno inesperado como los que hacía a China. Por tanto, posiblemente estuviera disfrutando del verano en las playas de Tailandia, rodeado de bellezas asiáticas, o alguna rubia espectacular australiana... aunque era mejor que no pensara esas cosas, porque a pesar de que a mí me debería importar un pimiento, aún sentía alguna que otra punzada de celos al imaginar a Alejandro con alguna mujer. A ver, que quede claro que no era tan ingenua como para pensar que después de todo el tiempo que había pasado desde que se fue, Alejandro hubiera hecho voto de castidad, pero vamos, que yo prefería no dedicarle mucho tiempo a ese tipo de pensamientos, había que ser lista y práctica.

Estaba relejendo por segunda vez “El Dios de las pequeñas cosas” cuando una sombra goteante se colocó delante de mi hamaca, me mojó con el agua de su bañador y se sentó junto a mí en la toalla de al lado.

—No sé cómo puedes estar aquí sentada sin bañarte con el calor que hace...
—me dijo Raúl.

—Ahora me bañaré, pero antes quiero intentar quitarme un poco el tono blanco nuclear que aún luzco y que no hay manera de quitarme de encima.

—Mi hermana y Pablo vendrán a última hora para darse un baño en la piscina y cenar, ¿te parece bien?

—Perfecto.

No había podido ni leer una línea completa del libro cuando Raúl volvió a dirigirse a mí.

—¿Ya has decidido qué quieres hacer en tus vacaciones? Tenía mis vacaciones cerradas para septiembre desde enero, pero ayer me dijo un compañero que no le importaría cambiarme un par de semanas a finales de agosto y así poder hacer algún viaje juntos, ¿qué te parece?

—Genial, pero la verdad es que no he pensado en ningún plan, ¿alguna idea?

—Pues... había pensado una escapada a Paris o a Roma.

—A Paris, no —contesté automáticamente sin ni siquiera pensarlo.— Roma puede ser una buena opción. —Ahí estaba de nuevo la sensación, ciertos lugares eran intocables porque me recordaban demasiado a Alejandro...

Nunca visité la capital francesa con él, pero recuerdo perfectamente esa primera semana de agosto cuando nos acabábamos de conocer y aquella conversación telefónica que duró toda una noche y que consiguió que me enamorara de él sólo con su voz y sus palabras. Cuando volvió de su visita

por trabajo en París, me sorprendió apareciendo antes de lo acordado y llevándome a su casa, donde hicimos el amor pegados al ventanal de su salón, con nuestros cuerpos apoyados en aquellos cristales opacos presentes hasta en el último día que nos vimos.

—Helena, estás rara, ¿ocurre algo?

—No, nada, es que me duele un poco la cabeza. —Dolor crónico de cabeza y corazón más conocido como “Joder, Alejandro, márchate del todo y déjame de una vez en paz”.

—Eso es de las horas que llevas bajo el sol, date un chapuzón y te sentirás mejor.

—Sí, eso será, ahora voy.

Bajé las escaleras de la piscina con cuidado, soy muy torpe para estas cosas y no sé tirarme de cabeza, no tengo estilo piscinero. Raúl desde su hamaca vigilaba cada movimiento que hacía. Nadé un par de largos y me quedé apoyada en el borde de la piscina más cercano de donde se encontraba Raúl.

—¿Mejor? —me preguntó Raúl subiéndose las gafas de sol para verme mejor.

—Sí, mucho mejor.

—Quería comentarte algo más que había pensado, ¿sales del agua?

—Claro, voy.

Salí del agua, por las escaleras de nuevo, ya que si salía impulsándome por el borde parecería más una rana mareada que una modelo de Victoria's Secret. Me sequé un poco con la toalla y me senté de nuevo en mi hamaca junto a él.

—Cuéntame qué has estado maquinando —le dije mientras me colocaba hacia el lado que estaba él para que pudiéramos hablar mejor.

—Llevo días dándole vueltas a una cosa... Me he enterado que los inquilinos del piso de abajo se mudan y van a poner su piso en alquiler, es igual que en el que estoy, pero con una habitación más. Como últimamente pasas más tiempo aquí que en tu piso, he pensado que podrías mudarte y que alquiláramos el piso de abajo... juntos.

—¿Juntos...? —Pregunta estúpida que hice para ganar tiempo y digerir lo que me estaba pidiendo.

—Sí. Helena, si lo piensas bien, creo que es lo normal, ya tenemos una edad, y Ana y Pablo necesitan su espacio como pareja. A ver, ellos no te van a pedir que te vayas, pero es de cajón que en la situación en la que están necesitan su propio espacio.

Raúl tenía razón en todo, Pablo y Ana eran ya una pareja estable, y yo sobraba en la ecuación, sabía que ellos no me iban a pedir que me fuera del piso, y quizás, como decía Raúl, había llegado el momento de dejarles su espacio y mudarme. Pero la gran cuestión era si me debía ir a vivir con él. Era mi pareja, y los dos ya estábamos en la treintena y con trabajos estables, tenía toda la lógica del mundo que aquel fuera el próximo paso, pero, para variar, yo no estaba tan segura de que fuera la mejor idea. Raúl cada vez me gustaba más, le quería, pero notaba la contradicción de que cuanto más sentía por él, más me estaba engañando a mí misma y a Alejandro. Era como si debiera serle fiel a Alejandro y a lo que sentía por él, a lo que tuvimos, le debía una extraña fidelidad que ni yo acababa de entender ni era incapaz de dejar de sentir.

—Este es un tema bastante importante... ¿Te parece bien si lo hablamos tranquilamente después de la cena? —le contesté.

—Lo que prefieras —me contestó con el gesto serio y apartando la vista de mí.

A la media hora de esa incómoda conversación que dejamos a medias, aparecieron Pablo y Ana por la piscina. Pablo con un bañador azul eléctrico con flamencos rosas, muy él, y Ana con un biquini rosa palo y lunares blancos con volantitos y braguita brasileña que consiguió que su hermano se tapara los ojos con la mano en un par de ocasiones.

—De verdad, Ana, creo que ese biquini te está pequeño, se te ve medio culo —le dijo Raúl.

—Es así, es brasileño —contestó ella girando la cintura para poder mirarse cómo le quedaba la braguita por detrás.

—Pero estamos en España y aquí que se te vea medio culo significa que no es tu talla...

—A mí me gusta... —dijo Pablo, pero al ver la cara de pocos amigos de Raúl, decidió retirarse.— Yo casi mejor me voy a dar un baño.

—A mí también me gusta, tu hermana es joven y tiene un culo precioso, déjala que lo luzca.

—Gracias por el apoyo... —me dijo Raúl aún con gesto serio.

—De nada, cariño. —Sonreí, me acerqué y le di un beso en son de paz.

Pedimos pizza para cenar y luego jugamos al Trivial, yo como siempre, convertí un juego divertido y familiar en lo más parecido a la Guerra de las Termópilas y yo por supuesto, era uno de los “300” que iba a luchar hasta la muerte y desayunar el Hades si era necesario. Resultado de la partida, Ana como si no hubiera perdido, yo más cabreada que una mona y Pablo y Raúl ganadores de los no admiten que sus preguntas de quesitos eran tan ridículas como... ¿Quién escribió el Diario de Ana Frank?, que no hay comparación con la que nos tocó a nosotras, ¿dónde podrías encontrar una úvula?, que para quien no lo sepa, como nos pasó a Ana y a mí, es la campanilla de la boca.

Para variar, me quedé a dormir en casa de Raúl, y no fue muy buena

elección, porque Raúl estaba esperando a que Ana y Pablo se marcharan a casa para pedirme las respuestas que le debía de la conversación inconclusa de la piscina, sobre las vacaciones, y lo más gordo, vivir juntos. Fui tan ruin que intenté desviar su atención con el sexo, me coloqué encima de él a horcajadas cuando ya estábamos metidos en la cama, y empecé a besarle, ponerle las manos sobre su pecho, a acariciarle y besarle.

—Espera, Helena —dijo apartándose para que no pudiera seguir besándole y sujetó mis manos para que parara de tocarle.— Quiero saber qué opinas sobre lo que te he comentado esta tarde.

—Mmm... No prefieres hacer otras cosas que hablar... —Seguí poniendo todo mi empeño para desviar su atención.

—Necesito saber qué piensas. —Batalla perdida, me bajé de su cuerpo y me tumbé a su lado.

—Vale, Roma me parece un buen destino, es bonita y se come bien, podemos echar un vistazo mañana a los vuelos y hoteles.

—Vale, bien...¿y lo de vivir juntos? —Había cruzado los dedos para que no me preguntara por lo de vivir juntos, pero había sido demasiado ingenua como para creer que lo iba a obviar.

—Eso... ya no me parece tan fácil como elegir entre Paris o Roma como destino vacacional, quizás necesito más tiempo para pensarlo...

—Te entiendo, Helena, te aseguro que lo hago, pero pienso que hay un problema de base entre tú y yo.

—¿Un problema de base?

—Sí, que no sabes lo que quieres, o peor aún... a quién.

—No sé a qué te refieres... —Sí que sabía a lo que se refería, pero estaba siendo una cobarde, para variar.

—Yo creo que sí lo sabes, tienes que aclararte, saber qué quieres hacer con tu vida, de quién estás enamorada, y si quieres estar conmigo o no.

—Estoy enamorada de ti.

—¿Sólo de mí?, ¿lo suficiente? —Le miré y no supe qué contestar.— Helena, he aguantado o respetado, míralo como quieras, que tu cabeza a veces esté más en otros sitios que conmigo, porque te quiero. Joder, si te lo has llegado a tatuar, y no me ha importado porque te tenía aquí delante y parecía que ibas dando pasos, y eso era todo lo que me importaba, que cada día te ibas acercando más a mí y veía que esto funcionaba, pero estoy cansado, entiéndeme tú a mí un poco también.

—Te entiendo...

—Helena, te quiero, quiero estar contigo, vivir contigo, y hacer todo lo que tú me pidas, casarnos, tener hijos, lo que tú quieras. Pero necesito que pongas algo de tu parte, que no sólo te dejes querer, esa memez de que el amor de uno vale para los dos, no funciona en la vida real. Necesito que elijas, que me elijas para que podamos estar juntos y dártelo todo. Estoy exhausto de ser la pieza de repuesto, de hacer como que no me doy cuenta de lo que pasa realmente, de ser el sustituto de alguien que no está aquí porque no le da la gana, y que no se merece que sigas pensando en él como lo haces. Te crees que no sé que a veces cuando nos acostamos piensas en él más que en mí, no soy tan idiota como crees...

—Nunca he creído que seas idiota...

—¿Entonces, dime que soy para ti?

—Raúl, estoy enamorándome de ti, pero necesito más tiempo para ciertas cosas...

—Con él estuviste treinta días, y casi te mueres cuando se fue, no me jodas, Helena, con que necesitas tiempo. Yo lo que necesito es que te enfades si me

marcho, que te duela si te dejo, quiero que tengas celos de las mujeres que se me acerquen, que te tiemblen las rodillas cuando te bese, que me mires a los ojos y te pierdas en ellos, que quieras ser mía y yo tuyo, joder Helena, quiero que me quieras solo a mí.

“Pero ¿qué puede decirse? Sólo que hubo lágrimas. Sólo que el Silencio y el Vacío encajaron como una cuchara sobre otra. Sólo que hubo un olisqueo en los huecos de la base de una garganta adorable. Sólo que un hombro de color miel acabó con una marca semicircular de dientes. Sólo que siguieron abrazados el uno al otro mucho tiempo después de que aquello acabara. Sólo que lo que compartieron aquella noche no fue felicidad, sino un terrible dolor. Sólo que, una vez más, transgredieron las Leyes del Amor. Que establecen a quién debe quererse. Y cómo. Y cuánto”.¹

26. AL FIN DEL MUNDO PARA PENSAR

A la mañana siguiente de aquella conversación que acabó tal y como describe Arundhati Roy en su libro, y que ni yo podría haber explicado mejor. Decidí que lo mejor era irme de casa de Raúl en cuanto me despertara, comportándome como una cobarde, lo cual ya me estaba volviendo una experta. Me levanté de la cama sobre las ocho de la mañana haciendo el menor ruido posible, me vestí y cuando estaba a punto de salir por la puerta como una fugitiva, escuché la voz de Raúl asomándose desde la habitación.

—Helena, espera. —Su semblante era una mezcla perfecta entre triste, serio y decepcionado.— He pensado que lo mejor es que no nos vayamos juntos a Roma. Tómate las vacaciones para reflexionar sobre lo nuestro, sobre lo que quieres hacer con todo esto.

—Raúl, lo siento, de verdad, quiero que sepas que no es mi intención hacerte daño, pero hay cosas que no puedo controlar, y...

—Pues deberías empezar por olvidar esas cosas que no puedes o no quieres controlar, porque yo ya no tengo tan claro cuál es el problema.

—No es tan fácil...

—No lo has intentado —dijo un tono que podría calificar como severo, pero que luego prosiguió un poco más relajado.—Por favor, hazlo, y vuelve conmigo.

Llegué al piso, Pablo y Ana aún dormían, era domingo veintiséis de julio, y se me antojaba que la última semana en la oficina se me iba a hacer muy larga. Además, el siguiente lunes empezaba mis vacaciones, ¿qué iba a hacer un mes entero?, se suponía que mi única tarea era pensar si quería irme a vivir con Raúl, y la única condición que me había impuesto era que tenía que olvidar aquello que arrastraba y no me dejaba avanzar. Él no quería estar con

una persona que a veces, posiblemente demasiadas, tenía la cabeza en otra parte. ¿Algo que objetar a su condición? Ni yo podía llevarle la contraria, Raúl tenía toda la razón y estaba totalmente en su derecho de pedirme que correspondiera todo aquello que él me daba.

Ahora ya no tenía ningún plan para agosto, estaba en el mismo punto que el año pasado, un mes entero con sus treinta y un días todos para mi uso y disfrute, y más sola que la una. Nada qué hacer y esta vez no iba a aparecer un Alejandro para darle la vuelta a todo, esta vez estaba sola, de verdad, y es justo el estado en el que debía de estar para saber qué cojones quería hacer con mi vida, con quién quería hacer planes, vivir una vida adulta y asumir las responsabilidades que me tocaban.

Lo que tenía claro esta vez es que no me iba a quedar en casa, tenía que irme lejos, alejarme de todo lo que me rodeaba, dejarles a Ana y a Pablo su espacio, poner distancia con Raúl para poder verlo con la perspectiva suficiente para saber si quería continuar estando con él, si lo quería, si estaba enamorada, si lo echaba de menos... y si era capaz de vivir sin pensar en Alejandro.

Llamé a mi hermano para saber qué fechas tenía pensado venir a visitarnos, no quería que coincidiera mi viaje con su visita y perder la oportunidad de verles y poder disfrutar de mi sobrina. Le expliqué que tenía el mes de agosto de vacaciones y quería aprovechar para viajar y pensar un poco en mí. Anteriormente ya le había hablado de Raúl, de la relación que teníamos y de que seguía pensando en Alejandro más de lo que debería.

—¿Te vas sola? —me preguntó un poco alarmado.

—Sí, lo necesito, e intentar todo el rollo ese de encontrarse uno a sí mismo, saber lo que quiero hacer con mi vida, porque creo que me he perdido un poco.

—Te entiendo, ¿y habías pensado en algún lugar en particular?

—Pues ni idea si te refieres a lo de playa o montaña... Sólo quiero un sitio tranquilo, silencioso, en el que pueda incluso escuchar mis pensamientos, y si no tiene *wifi* mejor que mejor.

—Vale, pues creo que tengo el destino perfecto para ti, dame unos minutos y ahora te llamo.

Sin darme tiempo a responderle, me colgó, no me llamó en unos minutos como me dijo y hasta se me olvidó que tenía que devolverme la llamada, estaba saliendo de la ducha cuando escuché que mi móvil sonaba.

—¿Qué te parece Laponia? —dijo nada más descolgarle, así en frío y sin ningún preámbulo.

—¿Laponia?, ¿dónde vive Papa Noel?

—Exacto, un compañero de la universidad ha abierto un *Bed and Breakfast* en Levi al norte del círculo polar ártico en Finlandia. He hablado con él y tiene habitaciones disponibles para la semana que viene, ¿qué te parece?, ¿es lo suficientemente alejado y tranquilo para que puedas oír tus pensamientos?

—No se me había pasado por la cabeza irme casi al fin del mundo...

—¿Te parece que pueda haber un lugar mejor para perderse y encontrarse a sí mismo como tú dices?

—No... La verdad es que creo que es perfecto.

—Ahora te mando por email las indicaciones del hotel para que busques vuelos que vayan al aeropuerto más cercano.

Nada más terminar la conversación encendí el portátil y me puse a buscar dónde estaba Levi y cómo podía llegar hasta allí. Compré un vuelo que me llevaría hasta Helsinki, fue más económico de lo que pensaba, pero tenía que hacer dos escalas, y es que por lo visto para ir casi al fin del mundo no se

puede ir directo, hay que hacer varias paradas, supongo que para que seas consciente de lo lejos que se marcha uno.

Por lo que pude leer en internet, la ciudad de Levi es bastante conocida por la práctica de deportes de invierno, esquí, motos de nieve, trineos tirados por perros, etc., así que lo de visitarla en agosto era como ir en temporada baja, vamos, que parece que mi hermano había acertado 100% con lo de destino tranquilo y silencioso, porque lo más seguro que en Levi iba a estar yo, una manada de *huskies* y los renos de Papá Noel. Éste último lo más seguro es que estuviera en Riviera Maya tumbado al sol, como todo hijo de vecino en verano. Pero ya estaba hecho y no había vuelta atrás, hotel reservado y vuelos comprados, me iba a Laponia del uno al diecinueve de agosto, para poder pensar, perderme, encontrarme, y si tenía mucha suerte que me secuestraran los *trolls* finlandeses y así fin a mis problemas.

Antes de acostarme llamé a Raúl para contarle mis planes vacacionales. Al principio estábamos bastante tensos, parecía como si le estuviera pidiendo permiso para irme, sentía miedo de estar defraudándole por comportarme como una cabra y haber decidido irme al Círculo Polar Ártico con el objetivo de pensar, y creo que él sentía que me estaba perdiendo.

—Helena, y no hay un lugar más cercano para pensar... tienes que irte a Laponia, ¿qué está a cuánto?

—A unos 3.600 kilómetros más o menos...

—Joder, Helena...

—Qué más da el sitio, necesitaba un lugar apartado y tranquilo, de verdad que quiero que esto salga bien, déjame hacerlo a mi modo, dame al menos la oportunidad de intentarlo.

—Tienes razón, hazlo a tu manera, como consideres, pero hazlo... y vuelve con las cosas claras. ¿Cuándo te vas?

—El uno de agosto.

—Te llevaré al aeropuerto, ¿a qué hora sale tu vuelo?

—No te preocupes, sale muy temprano, había pensado coger un taxi.

—No, prefiero llevarte yo, no me importa la hora, envíame un mensaje con los datos del vuelo.

Acepté que me llevara al aeropuerto porque sabía que aunque le insistiera en que no era necesario y el vuelo salía a las seis de la mañana, él iba a aparecer en la puerta de casa para llevarme ese día, así que no iba a perder el tiempo convenciéndole de que prefería irme por mi cuenta.

El último martes de julio, unos cuatro días antes de irme hablé con Ana y Pablo para contarles mis planes, no quería explicar con pelos y señales por qué me iba sola de viaje, y menos a Ana. Aunque ella era mi mejor amiga y quería contarle todo lo que me pasaba y escuchar lo que opinaba, no podía obviar que Raúl era su hermano, y no era justo para ella ponerla en una tesitura tan incómoda. Supongo que no es grato para nadie saber que la novia de tu hermano sigue, digamos... enamorada o que recuerda constantemente a su examante que, a su vez, es uno de los mejores amigos de su novio... vamos que si Jorge Javier Vázquez se enterase de esta historia me veía un sábado por la noche emperifollada en el Sálvame de Luxe contando mi patética vida amorosa.

A pesar de que el objetivo de mi viaje era pensar en si quería o no a su hermano, Ana fue muy comprensiva y creyó que era lo mejor que podía hacer. Pablo no dijo mucho, él sabía muy bien los motivos por los que me iba y lo mucho que pesaba en esta historia cierto viajero que seguía dando vueltas por Asia. Pero Pablo y yo, con el tiempo, habíamos desarrollado un lenguaje basado en miradas, y sólo con un leve gesto suyo yo sabía si me tenía que callar, si aprobaba lo que hacía o le parecía una locura. La forma

con la que me miró en aquella cena tras contar mis planes y los motivos, me dio a entender muy claramente con sus ojos azules que estaba haciendo bien, había llegado el momento de que eligiera, tal y como me había pedido el día que me dio la postal de Alejandro.

El uno de agosto me levanté sobre las cuatro de la mañana, desayuné, revisé que lo llevaba todo, la documentación, vuelos, y mis libros de “El Principito” y “El Dios de las pequeñas cosas”, y una postal enviada con las esquinas maltrechas que utilizaba como marca páginas, una maleta pequeña con lo estrictamente necesario, y mi cabeza hecha un lío, parecía que no se me olvidaba nada.

Raúl me estaba esperando en el portal, casi aún no había amanecido y tenía cara de no haber pegado ojo en toda la noche. Tras el momento raro de si debíamos darnos dos besos, uno o ninguno, que al final se resolvió con la última opción, cogió la maleta de mis manos para meterla en el maletero y no hubo contacto alguno de nuestros labios.

Durante el trayecto hasta el aeropuerto, no cruzamos más que las preguntas típicas que le haces cuando alguien se va de viaje y monosílabos como respuestas: ¿Llevas toda la documentación? Sí. ¿Me avisarás cuando llegues? Claro. ¿Has mirado el tiempo que va a hacer allí? Sí, etc.

Al llegar, le dije que no era necesario que metiera el coche en el parking, que con que me dejara junto a la puerta ya bajaba yo la maleta. Sabía que esa era la opción mejor para una despedida rápida y menos dolorosa. Odiaba el momento en el que tenía que decir adiós, es cuando más vulnerable me siento, por eso lo quería evitar a toda costa. Pero él no tenía la misma idea que yo, y prefería la opción de despedida larga, incómoda y jodida. Gracias, Raúl, por ponerme las cosas fáciles...

—Estaré aquí cuando vuelvas. Te voy a esperar, no porque quiera, sino

porque no me queda otra. Te quiero, Helena, pero te necesito entera, completa, con todas tus piezas, no sé si me va a seguir bastando con lo que me das ahora, que es la mitad de ti. Pónmelo fácil y vuelve a mí entera, por favor. Te quiero...

—Raúl... —Y como si le contestaba “te quiero” no sabía si le estaba mintiendo, preferí cerrar los ojos, besarle, y demostrarle que para mí él era importante, e iba a luchar por lo que teníamos.

27. UNO DE AGOSTO

Era uno de agosto de nuevo, hacía un año exactamente que mi vida había dado un giro de 180 grados. Conocí lo que era la verdadera pasión, el placer, el amor que te desborda, el que te duele en lugares que no sabías ni que tenías, simplemente conocí a Alejandro.

Antes de saber su nombre, ya sabía que se marchaba, aun así me enamoré de él y a pesar de cómo terminó la historia, puedo afirmar sin equivocarme que es una de las mejores cosas que me han pasado en la vida, y curiosamente la mejor decisión que he tomado, dejarme llevar y vivir junto a él el tiempo que me permitió: treinta y un días. 744 horas que me cambiaron la forma de ver el mundo y de sentir. Me gustaba tanto con él que después de marcharse, únicamente podía pensar en lo poco que me gustaba sin él. Era como si todo lo que me rodeaba de pronto le faltara algo, chispa, luz, quizás magia. Intenté encontrarme por activa y por pasiva, pero me seguía echando de menos, ¿qué parte se habría llevado de mí Alejandro cuando se marchó, que seguía sin poder repararme del todo?

Ese año, la principal diferencia con el anterior, era que esta vez era yo la que estaba montada en un avión de camino a otro país. ¿Estaba huyendo?... Ni hoy, ni bastante tiempo después sabría responder a esa pregunta, sólo sabía a ciencia cierta que necesitaba irme, salir de casa, respirar aire no contaminado de recuerdos, de gente que me pedía cosas que no sabía si sería capaz de dar, de personas que me presionaban para que hiciera cosas que no quería hacer, pero que, curiosamente, sabía que era lo mejor y lo correcto.

Había llegado el momento en el que no podía seguir escudándome con argumentos del tipo de que no estaba preparada para tomar decisiones y asumir sus consecuencias, ya no valía lo de comportarse como una

discapacitada emocional, tenía que empezar a enfrentarme a mi vida.

Antes de coger el vuelo le pedí mil perdones a Ana por no poder estar ese año con ella el día de su cumpleaños, por suerte lo entendió perfectamente, y quedamos en que en cuanto volviéramos ambas de las vacaciones, nos iríamos a celebrarlo.

Tras doce horas y realizar las escalas pertinentes con sus odiosas esperas, por fin, llegué a Levi, y en ese momento, por primera vez fui consciente de que me había marchado a un lugar remoto, no para hacer turismo, sino con el único objetivo de pensar. Admito que me asusté un poco, porque al llegar y ver aquel pueblecito sin un alma en sus calles, pensé en lo gilipollas que había sido creyendo que iba a encontrar las respuestas que necesitaba perdida en el norte de Finlandia.

Llegué a Levi sobre las ocho de la tarde. El *Bed and Breakfast* que me había reservado mi hermano, pasaba desapercibido entre el resto de las edificaciones del pueblo. Tenía el aspecto de una casa típica del norte, con sus paredes color rojo oscuro, techo gris y los perfiles en blanco. Manuel, el amigo de mi hermano, salió a recibirme en cuanto el taxi que me llevó desde el aeropuerto de Kittila a Levi paró justo en la puerta.

Manu, como me indicó que quería que lo llamara nada más presentarse, era un chico muy majo, había sido compañero de mi hermano durante la época universitaria y tras conocer a una finlandesa que estaba de Erasmus en Valencia, decidió irse con ella a vivir a Rovaniemi. Al llegar, trabajó en varios hoteles de la zona y hacía más o menos un año que había decidido abrir su propio hotel, y por lo visto, no le iba nada mal.

Me confirmó lo que había podido ver en internet, estábamos en temporada baja y el pueblo estaba más tranquilo que nunca con menos del 60% de la población que solía haber cuando empezaba a caer la nieve y aquello se

convertía en uno de los puntos más importantes de Finlandia para la práctica de deportes de invierno, y el lugar donde se disputaba la primera prueba de la temporada de la Copa del Mundo de Esquí Alpino.

Aunque fuera verano y las mayores atracciones de la zona: esquí, trineos tirados por perros, excursiones en motos de nieve, etc., no se podían realizar, me dijo que allí siempre había algo interesante que ver y hacer, como por ejemplo ir a visitar a Papá Noel.

—¿Pero en verano también trabaja? —pregunté yo.

—Todos los días del año está abierto. Si quieres uno de estos días podemos ir a visitarle para que le puedas pedir lo que quieres que te traiga en Navidades.

—¿A cuánto está de aquí?

—A unos 170 kilómetros más o menos, pero vale la pena ir, es curioso.

Tras haberme descrito un poco el pueblo, explicado el funcionamiento del hotel, y yo de ponerle al día de la vida de mi hermano, me pidió que le acompañara a la que sería mi habitación durante las próximas dos semanas. Subimos al primer y único piso por unas escaleras recubiertas de moqueta roja, no había ni rastro del ascensor. Abrió la puerta de la habitación número cuatro, era más bien pequeña con sus características paredes de madera. En el centro una cama tamaño matrimonio con cabecero de forja, un sillón junto a una ventana que tenía unas vistas espectaculares al bosque, un diminuto escritorio, y un baño normalito con una pequeña bañera. No había televisión ni nada que tuviera apariencia tecnológica en esa estancia. La ventana que era lo que más destacaba era enorme si tenemos en cuenta el tamaño de la habitación, ya que según, me contó Manu, no es común que las casas de la zona tengan ventanas tan grandes por el tema del frío, pero que se habían gastado un pastizal en unos buenos cristales aislantes para que los huéspedes

podieran disfrutar de esas vistas.

—Y esto es todo, espero que te sientas cómoda, tu hermano me ha pedido que te tratemos como a una reina, así que lo que necesites sólo tienes que decírnoslo —me dijo Manu antes de marcharse de la habitación y dejarme sola.

—Gracias, de verdad, es perfecta —contesté.

—¡Ah! una cosa, cierra bien la cortina de la ventana para que puedas coger el sueño, el sol de medianoche es muy traicionero para los turistas. Si no consigues dormir los primeros días, la cocina y el salón están a tu disposición toda la noche.

—Espera... ¿el sol de medianoche? —pregunté rápidamente antes de que se marchara de la habitación.

—Helena, has venido en el momento en que nunca verás la noche, el sol baja unos segundos y vuelve a salir, vas a disfrutar de días de veinticuatro horas de luz.

—Genial... —No pude evitar poner cara de fastidio y Manu me sonrió.

—En un par de días el cuerpo se acostumbra, no te preocupes.

Genial, fantástico, cómo no había caído que en el norte de Europa prácticamente seis meses al año es de noche y el resto de día. Iba a pasar dos semanas sin ver la luna. En el primer despertar que tuve en Levi, fue imposible no acordarme de él y su manía por dormir con la persiana subida y sin cortinas para que fuera el sol quien nos diera los buenos días cada mañana. Desde el día que se fue, no había dormido ni una sola noche que no fuera con la ventana cerrada a cal y canto como si dormitara en un bunker, únicamente para no acordarme de él cuando los primeros rayos me diesen en la cara y ahora iba a ser inevitable, ya que la pobre cortina que cubría la ventana no iba a ser capaz de impedir la entrada de la luz, e inevitablemente

me recordara esas mañanas que tanto anhelaba con su cuerpo desnudo a mi lado. Perfecto, me iba al fin del mundo y hasta allí me perseguí su recuerdo.

Los primeros días fueron justo como debían ser: tranquilos incluso con picos soporíficos infinitos y casi mortal, y lo que me dijo Manu de que en un par de días mi cuerpo se iba a acostumbrar a estar veinticuatro horas con sol, “y una leche”, mi cuerpo seguía creyendo que nunca era hora de acostarse, así que acababa haciendo siestas de varias horas por las tardes más que dormir por las noches.

El primer día le pedí a Manu que no me diera la clave del *wifi*, porque quería desintoxicarme del móvil. Dos días después estaba que me subía por las paredes por consultar el correo, el *Facebook* o lo que fuera que me conectara con el resto del mundo. A partir de quinto día, esa sensación de ansiedad tecnológica se fue diluyendo hasta el punto que mi móvil durante aquellas dos semanas sólo me fue útil como alarma despertador y reloj.

Así que, visto el panorama, me dediqué a lo que había ido a hacer: pensar, pensar y pensar, en todo, en mí, en la vida, en Raúl, en Alejandro, en todo lo que se supone que había venido a buscar aquí en el Círculo Polar finlandés.

Por las noches cuando no podía dormir, Manu y su mujer Heli, la variante finlandesa de Helena, casualmente compartíamos hasta hache, me contaban muchas cosas sobre la zona, que me hicieron ver lo que me rodeaba como algo más que un paisaje, plagado de árboles, musgo y piedras. Laponia era un lugar mágico. Según la mitología sami, que es la tribu que habita el norte de Finlandia, todo lo que nos rodea tiene alma, tanto los seres vivos como los inertes, rocas, árboles, zorros, renos, hasta una navaja, todo tiene su propia historia, sabiduría y conocimiento en su interior, por tanto, estábamos rodeados constantemente de espíritus y de su energía. Aquello puede parecer una tontería, mitos y leyendas propias de un país, pero consiguió que me sintiera reconfortada, menos sola, y cuando paseaba por el bosque observaba

lo que me rodeaba de forma diferente.

Una tarde, paseando por los alrededores del pueblo, al ver el viento mover las ramas de los árboles, me acordé de una palabra, “resiliencia”. Recurriendo a mi querida RAE, esta palabra tiene dos acepciones, una de ellas es: “Capacidad de un material, mecanismo o sistema para recuperar su estado inicial cuando ha cesado la perturbación a la que había estado sometido.”

Pensé que yo tenía que hacer justo eso si quería volver con Raúl tan entera como él quería y necesitaba, pero para ello tenía que sobreponerme. Antes de nada, tenía que dar respuestas a las cuestiones que estaban en el aire, es decir, despejar las incógnitas hasta llegar al resultado: ¿seguía enamorada de Alejandro?, ¿qué pasaría si él volviera algún día?, ¿estaba enamorada de Raúl?, ¿quería irme a vivir con Raúl?, etc.

Sentí, sentí, pensé, pensé, y pensé, me puse en situaciones imaginarias y observé como si fuera una mera espectadora cuál sería mi comportamiento en cada una de ellas, y a la conclusión que llegué durante mis días sin noches en Laponia, es que tenía que avanzar y, si ello implicaba olvidarme de Alejandro para poder seguir con mi vida y ser feliz, no me quedaba más remedio que hacerlo.

El mayor de mis problemas era que sabía que borrar a Alejandro, sacarlo de mí, era algo que consideraba no sólo improbable, sino prácticamente imposible. A esas alturas yo ya era muy consciente de que él formaba parte de mí.

Durante nuestra vida nos cruzamos con mucha gente, algunos pasan sin pena ni gloria y no recordamos ni sus nombres, otros permanecen un tiempo, durante ese intervalo pensamos que son el centro de nuestra existencia, pero luego desaparecen sin más y aprendemos a vivir con su ausencia sin mucho esfuerzo. Por último, están los que pueden estar tiempo muy breve pero

permanecen para siempre como parte intrínseca de nosotros mismos, y en este caso, sólo nos queda aprender a sobrevivir sin ellos.

Cuando conocí a Alejandro me di cuenta enseguida. Él es una de esas personas que tienen la habilidad de convertirse en constantes en la vida de los demás, en algo crónico. Llegan y, sin pedir permiso, se quedan y, aunque se marchen, se establecen en nuestro interior como parte de nosotros, como un órgano más, y a veces, como en mi caso, uno vital.

Alejandro supuso la prueba más fidedigna de que se puede ser tan feliz como para querer morir por si no se vuelve a repetir esa sensación tan intensa, que se puede sentir tanto placer carnal que crees que vas a explotar en mil pedazos como fuegos artificiales, que te puedes sentir tan especial como si fueras la persona más afortunada del mundo y no necesitaras nada más. A pesar de todo ello, él no era para mí y aunque pensara que no sería capaz de eliminarle sin más de mi vida, de mi organismo, no tenía más remedio que hacerlo, no había opciones entre las que elegir, por mi bien tenía que elegir a Raúl y no joder mi vida como una idiota.

Otro de los problemas que encontraba para poder estar con Raúl, era que me conectaba directamente con Alejandro. Su presencia siempre estaría sobrevolándonos, él volvería algún día, y no vendría a buscarme a mí, pero sí a Raúl porque él era uno de sus mejores amigos. Me llegué a imaginar recibéndolo en casa y mis hijos saludando al “tío Alejandro, el viajero”. Él vendría acompañado de una jovencita que lo miraría con admiración y deseo cada vez que éste hablara, seguramente pensando que ella podría cambiarlo, conseguir que se quedara a su lado. Yo me limitaría a mirarla e intentar que no se me notara el dolor y la envidia, pero también la miraría con pena como su madre me miró el día que nos conocimos porque ella sabía de antemano cuál iba a ser mi sino, y no se equivocó.

Daba igual todas las situaciones hipotéticas que me inventara, la respuesta

estaba delante de mí. Cuando empezara septiembre volvería con Raúl y dejaría el piso para que Ana y Pablo también pudieran empezar su vida juntos, septiembre sería para todos como un punto de partida, el comenzar de una nueva etapa y, por primera vez, me sentía lo suficientemente fuerte y segura de llevar a cabo lo dicho.

Decisiones tomadas. Ahora simplemente asumir las consecuencias. ¿Simplemente?... Qué ingenua he sido siempre...

28. DE VUELTA

El diecinueve de agosto cogí el vuelo de vuelta que me llevaría de nuevo al mundo real, sin rocas ni árboles con alma, sin magia, ni sus días sin noches. El lugar en el cual tenía que asumir las consecuencias de las decisiones tomadas en el fin del mundo.

Mi hermano había llegado hacía un par de días a casa de mis padres, vino a recogerme al aeropuerto. Antes de marcharme de viaje, le dije a Raúl que, aunque volvería a mediados de mes, prefería que nos viésemos cuando terminara las vacaciones. Así que, cuando aterricé, le envié un mensaje informándole que ya había llegado, que estaba bien y que nos veríamos pronto.

Podría parecer que estuviera siendo egoísta alargando su angustia de no saber si iba a volver con él o no al finalizar las vacaciones, cuando en realidad yo ya sabía la respuesta. A pesar de haber tomado la decisión de mudarme, y tener ganas de verle y estar con él, quería seguir unos días más sola, como si agosto supusiera una prórroga antes de finalizar una etapa de mi vida que, siendo sincera, me hacía sentir cómoda aun sabiendo que era tóxica.

Cuando salí del aeropuerto, hice lo propio en cuanto vi a mi hermano, correr hacia él olvidando mi maleta en la acera y abrazarlo. Estaba en casa de nuevo, y me sentía menos pequeña ahora que él estaba a mi lado. Carlos tenía la habilidad que, nada más verlo, las piezas del *puzzle* encajaban como por arte de magia, y las cosas que me parecían complicadas se volvían más simples. Tras el abrazo de bienvenida, volví corriendo a por mi maleta, me ayudó a guardarla en el maletero del coche y nos dirigimos a casa de mis padres.

—¿Qué tal ha ido tu retiro espiritual? —me preguntó ya en el coche.

—La verdad es que muy bien. Tu amigo Manu y su mujer son encantadores, me han tratado genial.

—Me alegro mucho... ¿y has encontrado lo que buscabas entre renos y *huskies*?

—Pues, creo que sí, ahora toca llevar a cabo las decisiones tomadas.

—La parte difícil ya está hecha, que era saber qué querías o debías hacer, ahora lo que queda es morralla.

—Bueno, no creo que sea algo tan fácil, pero supongo que tienes razón... Por cierto, no sabes las ganas que tengo de ver a Yaiza.

—Ya verás lo grande que está y lo graciosa que es. Oye... ¿y has vuelto a saber algo del chico viajero?

—Sí y no, no lo he visto ni hemos hablado, pero para mi cumpleaños me envió una postal felicitándome.

—Vaya...

—Sí, exactamente, vaya....

—Pero, ¿sigue viajando por Asia?

—Sí, aunque hace tiempo que Ana no recibe emails y, como he estado sin internet, tampoco sé si me ha reenviado alguno desde que estoy de vacaciones.

—Pues espero que hayas decidido pasar página, no creo que sea... sano, seguir colgada de un tío que va a su bola y parece que no le importe nadie.

—Sí, no sólo voy a pasar página, me he propuesto cerrar el libro.

Los días siguientes en casa de mis padres fueron geniales, yo me sentía por una parte liberada porque ya había decidido, aunque, por otra parte, aún tenía un miedo atroz de no poder cerrar el libro del todo, como le había dicho a mi hermano. Pero aquella sensación extraña, no me amargó ni uno de los doce

días que pasé junto a mi familia en la playa.

Yaiza, mi sobrina de seis meses hizo que aquellas vacaciones fueran inolvidables. Daba tanta vida a la casa de nuevo y le encantó el peluche que le había traído de un reno cuando visité la casa de Papá Noel en Laponia, un lugar mágico. Volví a sentirme una niña, a creer realmente que ese hombre gordo barbudo era capaz de hacer milagros y repartir regalos a todos los niños del mundo en una sola noche. Un elfo rubio con ojos azules que era más alto que yo me hizo una foto en las rodillas de Papá Noel. Éste me habló de lo mucho que le gustaba el Atlético de Madrid y visitar Marbella, ¡manda huevos!, jamás creí que tendríamos ese tipo de conversación, automáticamente lo imaginé en agosto dándolo todo en Magaluf.

También hablé mucho con mi hermano, sobre su experiencia como padre los primeros seis meses que, en cuanto Yaiza tuviera unos dos añitos, buscarían otro bebé, y que esperaba que tuvieran la misma relación que teníamos él y yo. Yo le hablé de cómo me sentía, lo que pensaba y lo que había decidido pensando que era lo mejor. Me felicitó por mandar a freír espárragos a Samuel a principios de año, por querer avanzar con Raúl, al que estaba deseando conocer y, aunque, él bien sabía lo que sentía aún por Alejandro, también opinaba que la mejor opción era que hiciera todo lo posible para dejarlo atrás y continuara con mi vida.

Con Mónica, mi cuñada, también compartí alguna que otra conversación mientras paseábamos al atardecer por el paseo marítimo empujando el carrito de Yaiza. Ya lo he comentado alguna vez que, al ser psicóloga siempre me dio cierto respeto hablar con ella de cualquier tema personal. Nunca me ha gustado que me psicoanalizaran, que intenten leer lo que hay detrás de lo que digo, y que sepan si miento o digo la verdad. Mónica siempre me miraba de esa forma como si supiera mejor que yo lo que estaba pensando. Le conté a grandes rasgos la situación, le hablé de Alejandro y Raúl, aunque por lo visto

mi hermano ya le había puesto al día. Su opinión fue brutalmente sincera y desoladora.

—Nunca olvidarás a Alejandro, ese tipo de personas una vez que pasan por tu vida te dejan tocada. Pero, tranquila, y a pesar de lo que dicen, el tiempo no cura, pero consigue que las heridas cicatricen bastante bien y, a veces, incluso desaparecen a la vista, pero no te equivoques, siguen ahí. De vez en cuando una sensación rara te inundará, será su recuerdo, pero cada vez más lejano y borroso. Olvidarás la ropa que llevaba el día que lo conociste, incluso el timbre de su voz, pero nunca lo que te hacía sentir cuando estabais juntos. Lo que te ocurre es normal, estás pasando un duelo emocional. Sin embargo, tienes que seguir adelante, el camino que tenemos delante no tiene otra dirección.

No me dijo nada que no hubiera pensado yo antes, pero era la verdad, y la decisión que había tomado era la única que tenía. Esos días pensé mucho en Raúl, incluso hablábamos por teléfono, normalmente antes de acostarme. No me preguntó en ningún momento qué había decidido, respetó el acuerdo al que llegamos, hablar cuando llegara septiembre.

Ana y Pablo vinieron a pasar un día conmigo a la playa. Seguían juntos muy bien avenidos, incluso finalmente habían decidido irse juntos de vacaciones a Asturias para que Ana conociera a la familia de Pablo y enseñarle su tierra.

Cada uno de nosotros que hacía un año iba, en cierto modo, dando tumbos, habíamos encontrado nuestro sitio. Había sido un año de maduración, de toma de decisiones y de comportarnos como adultos casi de golpe. No creo que ninguno de los tres nos esperáramos tantos cambios en nuestras vidas en tan poco tiempo.

Agosto estaba llegando a su fin, sólo había que pasar el último trago, el último día de ese mes que estaba segura de que no iba a ser fácil no recordar

que él hacía justo un año que decidió no quererme y marcharse.

29. TREINTA Y UNO DE AGOSTO

Lunes y además treinta y uno de agosto. Estaba en el único lugar en el que quería y necesitaba estar, en mi hogar, en mi playa. Ahora sólo había que esperar y que pasaran veinticuatro horas y ese día, sin pena ni gloria, habría pasado.

Al día siguiente empezaba septiembre, con sus horarios, de nuevo mi ropa gris, pero con la sensación de que, por fin, llevaba las riendas de mi vida, que estaba asumiendo responsabilidades y estaba comportándome como una adulta, iba a dejar de sentir que estaba de prestado y que nunca me encontraba en el lugar correcto.

Al día siguiente hablaría con Raúl para decirle que lo elegía a él y era con él con quien quería compartir a partir de ese día mi vida. También les comentaría a Pablo y a Ana, cuando volvieran de Asturias, que me mudaba para dejarles su espacio, para que pudieran seguir viviendo su historia de amor con la intimidad que se merecían. Estaba feliz, pero a su vez una sensación de nostalgia y tristeza me embargaba, porque daba un paso importante, pero también debía despedirme, en cierta manera de él, dejarle marchar del todo.

Mi padre tenía que ir a Valencia a primera hora de la mañana del martes, así que aprovecharía y me iría con él, dispondría del tiempo justo para cambiarme de ropa en el piso e irme a la oficina, pero prefería ir pillada de tiempo a cambio de poder pasar esa noche en casa de mis padres, de ese modo tenía la sensación de que alargaba todo lo posible agosto.

El sol ya empezaba a caer y la gente empezaba a irse de la playa para volver a sus casas, y ahora era mi momento de salir a pasear por la orilla y ver cómo ese día, que yo ya tenía marcado como maldito en el calendario de mi vida,

iba desapareciendo para formar parte del pasado.

Me senté en la arena mirando al mar, el cielo se iba oscureciendo. Una pena que aquí no hubieran atardeceres para ver cómo el sol acaba desapareciendo en el mar, pero a cambio, habían amaneceres que se te clavaban en los ojos anunciando nuevos días, principios cargados de oportunidades para hacerlo mejor.

El mar estaba en calma, demasiado tranquilo, como si estuviera preparándose para la tormenta, quizás él también se estaba despidiendo del verano. Por fin, me sentía tranquila, creo que por primera vez estaba haciendo las cosas bien, había elegido, como me había pedido Pablo, y como yo me había autoexigido para poder avanzar.

Había pasado un año, y ya no dolía como al principio, Alejandro no dolía hasta morir, quizás mi subconsciente, empezaba a asumir que él ya no estaba ni iba a volver, y que lo que vendría podía ser incluso mejor si realmente lo intentaba con todas mis fuerzas. Pero ese último día de agosto me lo tomé como una tregua conmigo misma, descansar de las obligaciones de olvidar, seguir siendo débil por unas horas más, aún tenía la necesidad de huir de lo conocido y esconderme en mi madriguera, en mi playa. Este día, posiblemente, aún me venía un poco grande.

Hundí mi mano en la arena, y luego dejaba que los granos de arena se fueran deslizándose entre mis dedos hasta volver al montón de donde provenían. Alguna gaviota me sobrevolaba y el sonido de las olas rompiendo en el espigón más cercano, ya no había más. Entonces, una sombra se colocó tras de mí, no tenía la necesidad de girarme para saber quién era, mi padre que vendría a avisarme que fuera a cenar, ya debían ser sobre las diez de la noche.

—Una vez, una chica me dijo que justo donde estamos, hace años, había unas pirámides, como las de Egipto, pero mucho más pequeñas....

Su voz, era su voz. Todo se paró, juraría que, hasta las olas del mar y mi propio corazón. Tuve que obligarme a abrir la boca para que pudiera entrar aire a mis pulmones, respiré y tragué a duras penas, y cerré los ojos ya encharcados de lágrimas. Dejé de escuchar el mar y de sentir la agradable brisa que hacía un rato me daba en la cara, se había parado también, todo se había paralizado, el mundo, el tiempo, y hasta mi capacidad de pensar y hablar.

Se sentó junto a mí, pero fui incapaz de hacer un movimiento tan simple como girar la cabeza y mirarle, porque si lo miraba ya no habría vuelta atrás, estaría perdida de nuevo. Tenía la opción de levantarme y marcharme, y luego, pensar que todo fue un sueño, como si lo que hubiera sucedido realmente es que su fantasma se me había presentado en el aniversario de su “muerte”.

—Hola, Helena...

Y las lágrimas que se habían acumulado se desbordaron recorriendo mis mejillas al escuchar mi nombre pronunciado por él, de nuevo. Saqué fuerzas de a saber dónde, ya que no había ni una miserable parte de mi cuerpo que no estuviera inmovilizada y nublada por su presencia, y entonces, giré lentamente la cabeza hacía donde estaba él.

Era real, no era un fantasma, era él, Alejandro estaba a centímetros de mí y no a miles de kilómetros como se suponía. Levantó su mano lentamente, supongo que para detener las lágrimas que seguían deslizándose mientras lloraba en silencio, sin hacer ninguna mueca. Esas gotas eran la única prueba de que me estaba muriendo por dentro, el resultado de lo que suponía su sola presencia después de tanto tiempo.

—No me toques, por favor, si lo haces, creo que me romperé en mil pedazos
—dije antes de que me pudiera llegar a tocar.

Y no me tocó, ni me respondió, se limitó a quedarse a mi lado compartiendo mi silencio y mirando al mar. Yo también volví a dirigir la vista hacia la gran masa de agua que cada vez era más oscura y continúe llorando. No lloraba por él, ahora era por mí, porque estaba perdida de nuevo, porque me había dado cuenta de que lo amaba, lo seguía queriendo tanto que me oprimía el pecho tal y como lo hacía hace exactamente un año, y tenía el mismo nudo en la garganta que me impedía tragar, de pronto, el tiempo no había pasado, se habían esfumado los 365 días que habían transcurrido, las lágrimas mirando a su ventanal, desapareció el reencuentro con Samuel, las risas del accidente de Pablo en el hospital, Raúl y sus ganas de rescatarme, hasta mi tatuaje se había borrado, Finlandia y sus días eternos, de pronto, estaba en el mismo punto que la última vez que lo vi, jodidamente enamorada. ¿Porqué había vuelto justo ahora que había decidido empezar a vivir sin él?

No sé cuánto tiempo permanecemos en silencio uno junto al otro mirando el mar, ya era de noche, las farolas del paseo se habían encendido y había llegado el momento de ser fuerte y enfrentarme a la realidad.

—Has vuelto... —logré decir, por fin.

—Sí.

—¿Cuándo te vas? —Era la pregunta más obvia conociéndole.

—No lo sé. Estás preciosa, Helena...

—Alejandro, no me hagas esto... por favor... ¿Por qué has vuelto?, ¿por qué has venido aquí?

—Necesitaba verte, hablar contigo.

—¿Por qué me haces esto...? ¿Por qué razón crees que tienes el derecho de entrar y salir de mi vida cuando tú quieras? ¿No has pensado lo que significaría para mí volver a verte? Y sabes lo que es peor todavía, que creo que ni se te ha pasado por la cabeza pensar cómo me iba a sentir.

—He venido porque quiero pedirte perdón.

—No era necesario que vinieses a propósito, hace tiempo que te perdoné. Me podrías haber enviado un mensaje y te hubieras ahorrado el viaje.

Me estaba esforzando para que el tono de mi voz fuera lo más contundente y claro posible, me tenía que defender de su ataque, aunque realmente lo único que deseara era dejar de hablar y volver a besarle, tocarle, olerle.

—No he venido sólo para eso, quería pedirte algo —dijo manteniendo su mirada fija en mis ojos.

—¿Y qué quieres pedirme? ¿Qué me meta en tu cama durante un mes y luego te vuelvas marchar? Discúlpame, Alejandro, pero no puedo, no quiero que mi vida sea un jodido *deja vú*. —Sabía que era tan estúpida que no hubiera dudado ni un momento en vivir en bucle el agosto del año pasado durante el resto de mi vida.

—Helena, no quiero un mes contigo, quiero más que eso.

—¿Te vas a quedar?

—No, he venido, en parte, para sacar un visado.

—¿Entonces, qué quieres de mí?

—He venido para pedirte que te vengas conmigo. —Como no era capaz de pronunciar ni una palabra continuó hablando.— Quiero que me acompañes.

—¿Por qué? —Fue lo único que pude decir.

—Pues, no sé... no sé explicarlo... quizás sea algo parecido a lo que tú sabías hacía un año y yo no quería ver.

—Ha pasado un año desde que te fuiste, han pasado cosas...

—Si te refieres a Raúl, ya lo sé todo, me lo ha contado él, de hecho ha sido él quien me ha dicho que te encontraría aquí. Y no me importa, de verdad, estabas en tu derecho de rehacer tu vida. A mí sólo me importa lo que veo

cuando te miro a los ojos, y veo que no me has olvidado.

Raúl le había dicho a Alejandro dónde encontrarme, ¿a qué estábamos jugando?

—Alejandro, ¿cómo te voy a olvidar...?

—Pues no lo sé, porque yo tampoco he podido sacarte de mi cabeza.

—Pero ahora está Raúl, es tu amigo, y... esto no puede ser... ahora no...

—Helena, escúchame, sé que estoy siendo un egoísta, y que lo que he hecho y deshecho ha sido sin contar contigo, y también sé que hay tipos mejores que yo para ti, como Raúl, que te pueden dar lo que te mereces, mucho más de lo que seguramente yo te pueda llegar a dar, pero yo.... yo te necesito.

—Alejandro...

—Mírame, Helena. Mírame y dime que me vaya. Esta vez desapareceré por completo de tu vida, te prometo que esta vez no volverás a saber de mí.

—No me puedes pedir eso... porque sabes que no te lo puedo decir.

—Pues entonces, con más razón te lo pido. Creo que será mejor que me marche, entiendo que necesites tiempo. Vuelvo a tener el mismo número de móvil, llámame cuando quieras y hablamos tranquilamente. Pero, al menos, dame la oportunidad de que lo pienses.

Nos levantamos y se acercó a mí.

—¿Puedo? —dijo acercándose más.

—No lo sé....

Me abrazó, y me sentí de nuevo pequeña en sus brazos. Yo no le correspondí. Coloqué las palmas de mis manos en su pecho y respiré su olor, y fue como una ola que sacudió mi cuerpo, acerqué mi nariz en el hueco de su clavícula, mi sitio favorito del mundo, ¿cómo había podido vivir un año sin respirarle? Y quise que se parara el tiempo, quedarme allí para siempre,

que no se fuera, que no tuviera que decidir entre mi vida y él. Me besó en la frente y yo desee que me atrapara los labios, que me besara como lo hizo antes tantas veces, pero seguramente, si lo hubiera hecho, no hubiese sido capaz de mantenerme en pie, y la poca cordura que me quedaba se habría marchado tras él.

Entonces, dentro del bolsillo de mi pantalón corto, mi móvil empezó a sonar, el “Vals de Amélie”. Separó su cuerpo del mío, saqué el teléfono y en su pantalla iluminada se leía el nombre de Raúl. Él no era idiota, sabía perfectamente que estaba con Alejandro.

Ahora sí, ni largos paseos por la orilla de la playa, ni deseos con velas de cumpleaños, ni viajes a Laponia, ahora es cuando tenía que elegir, era el momento, si descolgaba, me quedaba con Raúl, si lo ignoraba me quedaba sola o con el hombre que tenía delante.

Alejandro miró de reojo la pantalla aún iluminada de mi móvil que no paraba de sonar, luego a mí, su boca se abrió como queriendo decirme algo, pero la cerró antes de que su voz llegara a sonar. Se fue, dejándome más sola que cuando me encontró, con el móvil aún sonando en mi mano.

Rechacé la llamada... y permanecí de pie, en mi playa, abrazándome a mi misma para no caerme al suelo, porque, de pronto mantener el equilibrio era imposible, y no pude hacer más que desear que subiera lo suficiente el oleaje como para arrastrarme con él.

30. ¿CUÁNTO VALE LA PENA?

A primera hora de la mañana del uno de septiembre, tras no haber dormido más de un par de horas, mi padre entró a mi habitación para avisarme de que me preparara rápido, que nos marchábamos a Valencia. Me vestí, bebí rápidamente el café que me había preparado mi madre y, aún con la magdalena del desayuno intacta en la mano, a la que seguramente no le pegaría ni un sólo bocado, me subí en el coche de mi padre para marcharnos.

Fui con el tiempo justo para cambiarme de ropa, pero a las nueve en punto cruzaba la puerta giratoria del edificio de las oficinas de Westermann Company para volver a la rutina del trabajo. Nada más sentarme en mi silla, lo típico del momento, saludos con compañeros, qué tal las vacaciones, un par de alemanes color gamba roja de Denia, y cuando ya había hecho mi labor de socializar con mis compañeros, me llegó un mensaje al móvil de Ana:

Helena, haz lo que tengas que hacer, pero hazlo bien, por favor. Un beso

Desde que Alejandro se había marchado de la playa el día anterior, mi cabeza no había dejado de pensar en él y en la conversación que tuvimos ni un solo segundo. Cuando menos lo esperaba, había vuelto y me había pedido que me fuera con él, más de un millón de veces deseé durante ese último año que el día que decidió irse, me hubiera pedido aquello mismo. Sé que puede parecer obvio que la respuesta debería tenerla clara, transparente y que con su vuelta sólo había confirmado lo que era más que evidente, que seguía enamorada de Alejandro como el primer día o quizás mucho más, porque ahora sabía lo que suponía vivir sin él. Se había demostrado la fortaleza de mis sentimientos por él que, tras un año sin su presencia, no había pasado ni un solo día sin que lo tuviera presente.

Pero la cuestión iba más allá, él no me estaba pidiendo que volviéramos a estar juntos sin más, como haría cualquier hijo de vecino, no, él me estaba pidiendo que dejar a mi familia, mi trabajo, mi ciudad, mis amigos, todo, para irme con él a viajar a la otra punta del mundo, ¿no era una petición desorbitada teniendo en cuenta que había reaparecido un año después de haberme dejado?

Raúl no me había vuelto a llamar ni me había enviado un solo mensaje, nada. Aunque reconozco que hubiera sido muy cómodo para mí no llamarle y dejar las cosas así, también era una opción deleznable, ruin y como no, cobarde. No podía correr un tupido velo entre nosotros, y fingir que nada había pasado, no era justo y jamás me lo hubiera podido perdonar. Raúl se merecía una explicación, una disculpa del tamaño de un transatlántico, que me arrodillara ante él si era necesario y pedirle perdón.

Había llegado el momento en el que tenía que asumir las consecuencias de mis actos y ponerme en contacto con él. Cuando por fin salí por la tarde de la oficina, lo primero que hice al llegar a casa tras quitarme los zapatos, fue llamarle para intentar quedar con él y hablar. Me contestó un Raúl que podríamos calificar como serio, distante, frío, lejano, hostil, y aún diciendo todos los adjetivos que se me podían ocurrir ninguno llegaba a describir a la perfección cómo me sonó de gélida su voz. No me sorprendió su actitud, ni me esperaba menos, Raúl tenía todo el derecho a estar muy, muy, muy cabreado conmigo y por como había hecho finalmente las cosas. Además, me confirmó que Alejandro ya le había contado, cuando fue a verle justo antes de venir a buscarme a la playa, que me iba a pedir que me fuera con él. Así de sutil fue Alejandro con él, por tanto, tampoco me extrañó que se negara a verme y, como yo no presumía de valentía, hasta casi me hizo un favor evitar tenerlo frente a mí.

—Helena, la verdad, te creía más lista, Alejandro no sabe querer a nadie que

no sea él mismo, siempre ha sido así y no va a cambiar, tampoco por ti. Cuando se canse, no dudes que te comprará un billete de avión y te enviará de vuelta a casa. Suele hacer las cosas así, enseguida pone distancia entre él y lo que ya no le interesa, te lo hizo una vez, ¿qué te hace pensar que no lo va a volver a hacer? No creía que fueras tan ingenua.

—Raúl, sé que estás dolido y enfadado conmigo, y lo entiendo, pero... —No me dejó terminar.

—Helena, siendo sinceros, tú nunca has entendido una mierda, te has limitado a dejarte querer, dejarte llevar. Pero, tranquila, el gilipollas aquí solo he sido yo, que llegué a pensar incluso que sentías algo por mí.

—Y siento algo por ti, y siento estar haciendo tan mal las cosas, pero no sé cómo hacerlo mejor.

—Entonces ¿aún tienes dudas de si quedarte conmigo o irte con él? Sé sincera contigo y conmigo, por una vez en tu vida, por favor.

—Siempre he sido sincera contigo, nunca te he dicho nada que no haya sentido.

—¿Tienes dudas, Helena? —Volvió a preguntarme.

—No sé si finalmente decidiré irme con él, pero la verdad... es que ya no tengo dudas de con quién prefiero estar.

—Muy bien, yo tampoco tengo dudas de que no soy yo con quien quieres estar, y también sé que cuando te deje tirada no voy a estar aquí para ti. Al menos has sido sincera y te lo agradezco. Espero que todo te vaya bien y suerte, porque la vas a necesitar.

Y esas fueron sus “bonitas y cálidas” palabras de despedida que me brindó Raúl antes de colgarme, pero no esperaba menos y, además, no me merecía menos. Quizás, al principio pensara que como Raúl había sido siempre tan amable, educado y comprensivo pensé que hasta en este tipo de situaciones lo

sería, pero no dejaba de ser humano, y estaba dolido y jodido, así que no podía hacer más que sentirme fatal y odiarme por como habían salido las cosas con él.

Para terminar de rematar el lunes, ya que estaba en plan kamikaze, decidí que era también el momento de hablar con Alejandro. Por supuesto, nunca llegué a borrar su contacto del mi móvil. Posiblemente, a día de hoy, sea la persona que más tiempo ha estado mirando un número de teléfono en la pantalla del móvil y no le ha llegado a dar nunca a la tecla de llamada.

En aquel momento tenía la necesidad de hablar con él, pero era incapaz de darle a la tecla del telefonito verde, así que, siendo fiel a mi característica cobardía, le envié un mensaje.

¿Podrías quedar esta tarde para hablar?

Su respuesta no tardó en llegar.

Sí, ¿en el Chico Ostra en media hora? Para no perder la costumbre ;)

No habían suficientes lugares en la ciudad para quedar a tomar algo que eligió uno de los que formaban parte de lo que un día, hacía un año, fuimos. Un sitio que sólo fui capaz de visitar dos veces. La primera, no llegué a entrar porque estaba cerrado, y en el fondo lo agradecí, y la segunda, cuando me llamó la camarera para darme las fotos y la carta que Alejandro había enviado para mí. Pero como se suele decir, “de perdidos al río”, qué más daba en esos momentos donde quedáramos, cualquier lugar que incluyera su presencia iba incluido que él tuviera ventaja sobre mí, y muy posiblemente, la partida ganada.

Me quité la ropa que había llevado durante mi primer día de trabajo y me puse un vestido amarillo de tirantes y las sandalias de piel, exactamente lo mismo que elegí el día que encontré su billete de avión hacía un año, y me di cuenta de la coincidencia no cuando me vestí, sino cuando me miré al espejo

antes de salir del piso para irme a la cafetería. Mi subconsciente quería que cerrásemos el círculo vestida igual que hacía un año.

Como la primera vez que quedamos en el Chico Ostra, él ya estaba allí, apoyado en la barra, hablando con la camarera con unos vaqueros, una camiseta de manga corta y sus Converse. De nuevo, con ese aura alrededor que lo convertía en el centro de todo, inconsciente de lo que provocaba en el resto de los mortales, y la reacción que tuve al verlo fue exactamente la misma que sufrí el primer día, una especie de conmoción cerebral emocional. Estaba guapísimo, atractivo y, para mi desgracia, seguía teniendo su magnetismo intacto.

Cuando se percató de mi presencia que permanecía inmóvil en la puerta observándolo, ambos nos quedamos unos segundos mirándonos en silencio, yo con gesto serio, intentado respirar y tragar como podía, y diciéndole mentalmente a mis pies que se movieran de una maldita vez para dar los pasos necesarios hasta llegar a él. Alejandro, al principio, con un gesto serio similar al mío, luego, bajó la vista, recorrió mi cuerpo con su mirada, de los pies a la cabeza, consiguió que cada poro de mi piel reaccionara y me excitara al instante. Mi cuerpo seguía siéndole fiel y previsible, porque al terminar el recorrido se paró en mis ojos de nuevo, y el muy canalla sonrió levemente, no había duda de que era consciente del poder que aún ejercía sobre mí.

Finalmente, mis piernas me respondieron y fui a la misma mesa que ocupamos todas y cada unas de las veces que estuvimos juntos en la cafetería. Esa tarde volvía a estar libre, disponible para nosotros, como si hubiera estado siempre vacía esperándonos que la ocupáramos una vez más. Él adivinó hacia donde me dirigía e hizo lo mismo, dejó delante de mí una Coca-Cola Zero y se sentó frente a mí. No hubieron besos de saludo, ni nos llegamos a rozar, nada, ni un políticamente correcto hola, todo lo socialmente

establecido nos sobraba.

—Espero no haberme equivocado —dijo refiriéndose a la bebida que había pedido por mí.

—Está bien, gracias —respondí yo.

—Gracias por haber venido, Helena.

—No te pega ser tan complaciente. —Reconozco que estaba muy a la defensiva con él, pero sentí que tenía que protegerme, e incluso comportarme algo hostil, era la única manera que se me ocurría para obtener algo de ventaja.

—Vaya... vienes guerrera...

—Te equivocas, vengo a que me expliques todo lo que me dijiste ayer cuando viniste a buscarme a la playa.

—Claro, ¿qué quieres saber? —Al decir esto dio un trago a su cerveza y se recostó en la silla con aire de suficiencia. Yo apoyé los codos en la mesa y me incliné hacia él como retándolo.

—Todo, desde el momento que cogiste un avión y te marchaste hace un año, el porqué has vuelto, y el porqué ahora necesitas que te acompañe cuando hace un año te parecía inverosímil que yo pudiera estar cerca de ti, y el porqué... —No permitió que terminara todos los porqués que bombardeaban mi cabeza.

—Helena... tranquila. —Se recolocó en silla con una postura más erguida y levemente inclinado hacia mí.— Voy a contestar a todo lo que quieras, pero sabes que yo no sé explicar estas cosas, pero lo voy a intentar si es lo que necesitas para conseguir que decidas venirte conmigo.

—¿Por qué, Alejandro?

—Uff... —Se pasó la mano por el pelo con ese gesto tan característico suyo

que yo tanto adoraba.— A ver, cuando me marché me fui jodido, más de lo que me imaginaba, no tenía la sensación de liberación que siento cuando cojo un avión y me marcho de viaje. Por primera vez, esta vez era como si me estuviera dejando algo de suma importancia en tierra. Reconozco que en aquel momento hice caso omiso a lo que me decía mi corazón o mi cabeza, y me concentré en el viaje y en lo que me esperaba. Estaba ingenuamente convencido que según fueran pasando los días, los meses, las novedades, los países y sus gentes conseguiría que al final te acabaras convirtiendo en un vago recuerdo. Hasta te llegué a escribir una carta que le envié a Cristina, la camarera, con el único objetivo de reafirmarme en una convicción falsa, me estaba autoengañando, pero necesitaba crearme mis mentiras para poder continuar con mi viaje. Pero según iba pasando el tiempo, y a pesar de que el viaje era fascinante, me seguía faltando algo, y aunque al principio no quería verlo ni reconocerlo, ese algo, eras tú. —Paró de hablar, dio de nuevo un trago a su cerveza y continuó. —Escucha, ya te lo dije ayer, soy un egoísta y no tengo problema en admitirlo. También sé que no soy tu mejor opción, pero yo te necesito, te... Es como si fueras la pieza que necesito para que pueda estar completo. Joder, es que me explico fatal...

—No vas a decirlo, ¿verdad?

—Aunque dijera lo que quieres oír, esas puñeteras ocho letras sobrevaloradas, no va a cambiar lo que siento por ti, es solo una maldita frase que para mí no significa nada. Vente conmigo, Helena, por favor.

Me quedé en silencio, mirando fijamente sus ojos de color azul oscuro grisáceo en los que me perdí y me ahogué tantas veces antes, sus labios perfectos y tan apetecibles, un mechón de su pelo castaño oscuro cayendo por su frente. Seguía igual de guapo que hacía un año, pero con una diferencia, de pronto lo veía más real, más terrenal, ya no lo miraba embobada, observándole obnubilada como si fuera un dios inalcanzable, como si no

perteneciéramos a la misma especie o no fuera de este planeta.

Alejandro estaba frente a mí, con extender mi mano lo podría tocar, no era ficción, no era un sueño, y me estaba ofreciendo una vida a su lado, pero a cambio de todo, de mi trabajo, mi familia, mis amigos, mi casa... y por supuesto, en estas cosas no hay garantías. Si decidía levantarme de la silla y marcharme con él, me lo estaba jugando todo a una sola carta, a la suya, por tanto, la pregunta era obvia: ¿Tanto valía la pena Alejandro?

31. JODIDAMENTE LOCOS

Sí, valía la pena, sin duda alguna. No porque él en sí lo valiese. No iba a apostar todo a su carta. No estaba aceptando su propuesta de irme simplemente por él, me iba por mí. Porque tenía la certeza absoluta que a su lado sería feliz, y si le decía que no y volvía a marcharse, mi vida regresaría a ser una sucesión de días grises esperando que por obra divina se me olvidara su existencia, y sabía, ahora ya por experiencia, que eso no iba a ocurrir.

Posiblemente él fuera un egoísta, yo en cierto modo también lo estaba siendo, así que era algo que no podía echarle en cara. Allí sentada frente a él, escuchándole, me di cuenta de que la mayoría de las veces ser feliz pasa antes por ser egoísta, incluso egocéntrico, pensar por una vez sólo en nosotros mismos y en nuestro propio beneficio. Esto puede sonar bien, pero no es gratis. En cualquier decisión que tomamos en nuestra vida, a nuestro pesar, hay daños colaterales involuntarios a los que nos rodean, que suele coincidir que son los que más nos quieren, y a su vez, los que menos se lo merecen. Supongo que esto es lo que se suele llamar “el precio de la felicidad”, y yo había decidido asumir su coste, dejarlo todo y marcharme con él.

—Vale —dije en cuanto terminó de hablar.

—Vale, ¿qué?

—Me voy contigo.

—¿Sí?, ¿de verdad? Joder, Helena. ¡Sí!

Se levantó de la silla, cogió mi mano y tiró de mí con la fuerza justa y necesaria para hacer que yo me levantara de la mía como si no pesara nada. Uno frente al otro, mirándonos a los ojos, cogió mi cara con sus manos y me besó... por fin, sus labios de nuevo junto a los míos, pude sentir de nuevo su calor, su aliento, su sabor, y cómo mi cuerpo flojeaba ante su cercanía. Me

puse de puntillas y coloqué mis brazos alrededor de su cuello, abrí la boca para que nuestras lenguas se rozaran, bailaran entrelazadas, y entonces mi estómago, mis pulmones, mis tripas e incluso hasta el bazo, cada parte de mí supo al instante, mientras me besaba con la canción de *Untouchable* de Anathema sonando de fondo en la cafetería, que Alejandro era lo que yo quería, lo que necesitaba, y no, con él nunca hubo decisiones que tomar, ni preguntas que formular, porque la respuesta siempre fue él, siempre fue: Sí.

En tiempo récord, arrastrada literalmente por él, corrimos cruzando las calles que nos separaban de mi piso. Ya no teníamos nada más que decirnos, todo estaba dicho, ahora les tocaba a nuestros cuerpos que se hablaran en el único idioma que conocían cuando estaban cerca. La ropa sobraba y acabó desapareciendo quedando esparramada por el suelo de mi habitación. Sus manos recorrían mi cuerpo desnudo como si estuviera adorando una diosa, y éste rápidamente respondió a su tacto erizando su piel y haciéndome suspirar. Mientras observaba y recorría mi cuerpo acariciándome con sus manos con tanto detalle que podría contar cada uno de mis lunares, descubrió mi tatuaje en el costado, el que, en cierto modo, le pertenecía. Con el dedo índice siguió el trazo de la palabra tatuada, *fernweh*, y luego, continuó con la circunferencia de la brújula, paró la yema de su dedo posada en la punta de la estrella que indica el norte y dijo:

—Es perfecto... Ahora ya nunca volveremos a perdernos.

Empujó mi cuerpo con cuidado y caí sobre la cama, se colocó sobre él y permanecimos así en silencio durante minutos, mirándonos, pero nuestros cuerpos no tenían suficiente, no sólo querían un mero contacto, necesitaban más, sentirse, meterse uno dentro del otro, fundirse hasta convertirse en un uno y borrar cada uno de los 365 días que habían pasado separados.

Alejandro se fue haciendo hueco entre mis piernas hasta que su miembro se quedó a las puertas de mí, fue empujando poco a poco, introduciéndose en mí

lentamente, y lo que fui sintiendo, no hacía más que confirmar lo que ya sabíamos, que estábamos hechos el uno para el otro, que no había nada en este mundo que encajara mejor que nosotros, que juntos éramos la llave y la clave que abría las puertas al placer más sublime que podía existir.

Siguió penetrándome a una velocidad pausada inusual en él, sintiendo cada milímetro que avanzaba y retrocedía. Aquel ritmo nos estaba matando y empezó a acelerar. Las embestidas eran más profundas, más fuertes, más certeras. Sus brazos se empezaron a tensar, mis ojos no podían permanecer abiertos, ni mi boca cerrada. Los gemidos no tardaron en aparecer y convertirse en gruñidos, y sin más florituras, ni cambios de postura, Alejandro, hizo hueco, colocó su mano entre nosotros y empezó a acariciarme. No le hizo falta mucho para que un hormiguelo rápido, como una descarga eléctrica, recorriera mi columna hasta desembocar en un orgasmo que no tenía comparación con nada de lo que había sentido durante el último año, y pronuncié su nombre, muy bajito, como si aún lo tuviera prohibido. Su cuerpo respondió a mis convulsiones y acompañado de un gruñido salido de sus entrañas cayó sobre el mío exhausto.

Permanecemos inmóviles, él aún dentro de mí. Nuestros cuerpos permanecieron pegados, empapados en sudor, de los restos del placer, de las ganas ahogadas por volver a tenernos.

—Me moría de ganas de escuchar mi nombre con tu voz consumida por el placer. Volver a ver tu cara cuando te corres... Joder, no hay nada mejor en este puto mundo. —Y tras decir esto, nos quedamos abrazados hasta que el sueño nos venció.

La persiana estaba subida y las cortinas abiertas, los primeros rayos de sol de la mañana tenían la gran habilidad de darme justo en los ojos y no dejarme continuar durmiendo. Aquello sólo podía significar una cosa, me giré y por fin su cuerpo desnudo dormía plácidamente junto al mío. No había sido un

sueño. Había vuelto y yo había decidido irme con él y nunca había estado tan segura de algo. No podía pedir más, le quería y él a mí, aunque nunca me lo llegara a decir.

Intenté levantarme para bajar un poco la persiana e intentar continuar durmiendo un poco más, cuando entonces su brazo me agarró por la cintura y me volvió a echar en la cama.

—¿Dónde crees que vas? —me preguntó con voz soñolienta.

—A bajar la puñetera persiana, no puedo dormir con tanta luz.

—Aunque la bajes no podrás volver a dormir porque no te voy a dejar...

Volví a tumbarme junto a él, sus manos empezaron a acariciarme, cerré los ojos para dejarme llevar y disfrutar de sus caricias.

—Helena, abre los ojos, mírame. —Obedecí y me perdí en el azul de sus ojos.— Escúchame bien, no estoy de paso, a partir de hoy, vas a despertarte cada día de tu vida a mi lado, ya no concibo otra forma de amanecer.

32. EPÍLOGO

Han pasado ya cuatro años desde que nos volvimos “jodidamente locos” y cogimos un avión que nos llevó a Tailandia, como siempre me recuerda Alejandro.

1.460 días, sí, vuelvo a contar, pero no para torturarme, sólo para ser consciente de que van pasando los días, meses y años, y seguimos juntos. No puedo mentir, ni voy a idealizarlo, la vida junto a una persona con el carácter y la forma de ser de Alejandro no es para nada fácil. Él, en rasgos generales, no ha cambiado, su esencia sigue intacta, por supuesto, sigue siendo aquel chico guapísimo de mirada azul profunda que conocí la noche de un uno de agosto hace un lustro. La única diferencia es que nos hemos adaptado a vivir uno con el otro por pura supervivencia, como explica la teoría de la evolución de la especie. En soledad, uno sin el otro, no éramos felices y tampoco nunca lo habiéramos sido junto a otras personas, es un hecho.

Cuando nos marchamos juntos de España, no sabía cuánto duraría la aventura o si Alejandro me metería en el siguiente vuelo disponible porque le hubiera entrado el miedo de nuevo. Pero no, eso no llegó a ocurrir y la aventura aún hoy continúa y tras haber recorrido varios países asiáticos como Tailandia, Laos, Camboya, Vietnam e Indonesia, acabamos estableciéndonos en Sídney, Australia.

Yo encontré trabajo gracias a la hermana de Alejandro como traductora de inglés, alemán y español, y Alejandro se embarcó en un proyecto sobre cómo mejorar las telecomunicaciones del país sin que se afecte las selvas y los bosques de la zona.

Nada más llegar, cuando decidimos que podríamos quedarnos algún tiempo en Sídney, alquilamos un apartamento de una habitación en la zona de

Newtown, de la cual nos enamoramos nada más pisar la ciudad. Ahora estábamos mirando alquilar algo más grande en la zona de Eastern Suburbs, una zona más tranquila y residencial. Desde que llegamos nos sentimos muy acogidos por la familia de españoles que viven en Sídney, gente que había salido de España, algunos casi por obligación, para encontrar un futuro mejor. Con la hermana pequeña de Alejandro hice muy buenas migas enseguida y nos vemos prácticamente todos los días. Ella vive con su pareja Chris, un rubio de casi dos metros, surfista, que representa perfectamente al típico chico australiano que todos tenemos en mente.

Por supuesto que el bicho viajero de Alejandro, como yo le llamo, sigue picándole de vez en cuando, y tengo que reconocer que por el bien común de ambos coge su mochila y sus botas, y se marcha. Cuando se va lo agradezco, es como tener a un animal salvaje enjaulado dando vueltas e incluso puedo asegurar que llega a gruñir si le diriges la palabra. Por suerte, no suelen ser viajes muy largos, como mucho un par de meses a algún sitio relativamente cerca, para patearlo, para vivirlo, para sentirse libre de nuevo, a ser él mismo. Le quiero y me enamoré de él por ser como es, no tengo el derecho ni creo que sería capaz de intentar cambiarle, ni de siquiera exigir que dejase de ser lo que al fin y al cabo le hace ser tan especial. Y hay además un cosa muy importante, siempre antes de marcharse me mira a los ojos de una manera que no sé describir, no abre la boca, no me lo dice pero lo sé, entonces se va y yo estoy tranquila porque tengo seguridad plena de que va a volver.

Esta noche llega a casa tras estar tres semanas de travesía por un bosque tropical cerca de Byron Bay, decir que tengo ganas de verlo es quedarme muy corta, y además quiero enseñarle la invitación de boda de Ana y Pablo que llegó la semana pasada.

Cuando decidí marcharme con Alejandro, Ana, a pesar de la situación y del lugar que ocupaba en esta historia, fue muy comprensiva aunque estaba

molesta porque había dejado a su hermano, no de la mejor manera, y además, como guinda del pastel, me marchaba con su amigo, que contado así suena fatal y yo quedo como el peor bicho. Pero ella sabía lo que sentía por Alejandro, y que nunca había dejado de sentirlo aún estando con su hermano, por eso ella siempre supo que en el momento que reapareció Alejandro, yo no tenía más opción que dejarlo todo e irme con él, porque, aunque no me hubiera llegado a marchar, las cosas con Raúl nunca hubiera vuelto a ser igual ni siquiera parecidas.

Ella y Pablo continuaron juntos, siguen viviendo en el mismo piso que compartíamos. Consiguieron comprárselo al dueño, lo reformaron, ocuparon mi habitación y convirtieron la de Pablo en un estudio, y la de Ana sigue vacía, según Pablo, deseando llenarla de pequeños Pablitos de ojos azules que vuelvan locas a todas las niñas de la ciudad. Ver para creer el cambio que había pegado Pablo en estos años, de tener un miedo atroz al compromiso a verse como padre, lo que hace el amor...

Ana nos llamó hace unos ocho meses para contarnos que había decidido casarse y que nuestra asistencia era obligatoria. Desde que nos habíamos marchado sólo habíamos vuelto una vez, un par de años después, justo antes de asentarnos en Sídney. Mis padres únicamente habían venido una vez, y los de Alejandro un par de veces, ambos tenían en común lo de que sus hijos estuvieran todos fuera, y ahora que estaban jubilados se dedicaban a viajar y visitar a cada uno de ellos, yo de mayor me pido una jubilación igualita. A mi hermano solo lo había visto una vez en todo este tiempo, y pensar en él siempre me afectaba porque lo echaba muchísimo de menos, pero intentábamos mantener contacto, vernos al menos una vez a la semana vía *Skype*, y gracias a una pantalla y una buena conexión a internet había visto crecer a Yaiza, que ya era una señorita que no se callaba ni bajo el agua, con unos grandes rizos rubios, que le volvían loca las princesas de Disney, y le

encantaba cuidar a su hermanita. A los tres años de nacer Yaiza venía al mundo Adriana, rechoncha y preciosa como su hermana.

Recuerdo cuando fui a casa de mis padres con Alejandro para decirles que había decidido marcharme con él a ver mundo, a mi madre casi le da un pasmo y mi padre actuó de mediador y, como la decisión estaba más que tomada no quedándoles otra, lo tuvieron que aceptar de la mejor manera posible. Ahora, eso sí, mi madre lloró tanto que creíamos que le había dado un ataque de ansiedad y casi nos la tuvimos que llevar al hospital. Mientras hipaba recuerdo que decía:

—Solos, nos dejan solos, toda la vida mirando por ellos, y nos abandonan...

Antes de salir de casa ya estaba más calmada, y me dijo que a pesar de que no me podía ir a un lugar más alejado de ellos, estaba contenta de que por fin me veía feliz, y que al final lo que importaba era eso, que estuviera en el lugar donde quisiera y con quien deseara estar, lo demás era secundario.

Con Raúl no había vuelto a hablar. Luego supe que Alejandro esperó un tiempo prudencial tras habernos marchado antes de ponerse en contacto de nuevo con él, ahora sabía que a veces hablaban, y la relación volvía a ser casi la misma que antes de que me conocieran. Hace un año Alejandro me comentó que Raúl estaba saliendo con una compañera de trabajo, y que a los pocos meses de conocerse se había mudado a vivir con ella, escuchar aquello fue cómo si me quitaran un peso de encima, aún me seguía sintiendo mal por como terminaron las cosas entre nosotros y, egoístamente necesitaba escuchar aquello. Ana terminó de tranquilizarme cuando me dijo que su hermano le había comentado que estaba deseando vernos en la boda y presentarnos a Alicia, la chica con la que vivía y que incluso estaba preparando planes de boda.

Soy feliz, no le pido más a la vida que tiempo y salud, aunque suene tópico,

para estar con él, para seguir viviendo. Él me ha mostrado como VIVIR, con mayúsculas. Me ha enseñado a viajar, a descubrir, a sorprenderme, a darme cuenta de que las cosas materiales no son tan importantes si estás donde y con quien quieres estar, una casa solo es un techo que te resguarda, nada más que eso.

Siempre pienso que Alejandro y yo somos dos líneas paralelas. Una vez, nos cruzamos y volvimos a separarnos, pero continuamos uno junto al otro. La segunda vez, volvieron a cruzarse, se convirtieron en una, y así continuamos, unidos, y no concebimos otra forma de seguir. Yo ya no espero que me diga “te quiero”, ni tan siquiera que me lo devuelva cuando yo se lo digo, pero no ha dejado ni un solo día de demostrarme lo que significa para él, lo que me necesita, y como él dice, lo que siente por mí no hay palabra que lo exprese.

33. ALEJANDRO

Por fin todo tiene sentido, lo sé y no tengo miedo a decirlo: “Ella es el país del que no pienso irme jamás”.

FIN

[1](#) **Arundhati Roy**, “El Dios de las Pequeñas Cosas”, Anagrama, 1998.

agradecimientos

A Lara porque sin ti no podría hacer ninguna de las cosas que más adoro, ser madre y escribir.

No hay palabras, ni en el diccionario de la RAE que tanto me gusta, para poder expresar lo que sentí cuando tuve mi primera novela en la mano, o cuando la vi en una librería, o cuando recibí los primeros mensajes quejándoos de que no podíais dormir porque estabais enganchados a *País de Paso*. Gracias a cada uno de vosotros que estáis leyendo esto, por hacer mi sueño realidad, por hacérmelo tan bonito y fácil, por querer tanto y tan bien a mis niños, los protagonistas de esta historia.

A ti, Paco Alfonso, porque tú sigues siendo el culpable de todo esto. Espero que donde estés, a pesar de los miles de kilómetros que nos separan, sientas que formas parte de esta bonita aventura. Gracias por prestarme tus relatos y vivencias, un gesto que no tiene precio, y jamás podré agradecerte tu generosidad.

Todos los relatos que aparecen en el libro los podéis encontrar en el maravilloso blog www.pacoalfonso.com. No perdáis la oportunidad de seguir viajando de la mano de un verdadero VIAJERO, y disfrutar de sus maravillosas fotografías.

A mi ilustrador favorito en el mundo, Sevino, por volver a hacer magia, por tu arte infinito, paciencia y cariño, por hacer cientos de kilómetros para pasar una tarde conmigo. Espero que sigas siendo por mucho tiempo mi media mandarina en este mundo de letras y trazos.

A mi Pablo, mi *gentleman* asturiano, por tomártelo con humor y disfrutar de tu nueva “fama”.

A todos los que decidisteis no dejarme sola y repetir: A Beatriz y Hao, por seguir emocionándoos conmigo y celebrar cada paso. A Cristina por poner el acento a esta nueva historia y hacerme mejor “escritora”. A mis “Mamás de septiembre” siempre ahí a cualquier hora, en lo bueno y en lo malo. A mi “Picoesquina cartagenero” que sois más buenos que el pan y os merecéis lo mejor. A mis lectoras cero, Cari, Mónica y Fani, incondicionales de mis desvaríos, por infundirme fuerza para continuar con un capítulo más. A Pablo

Sánchez, gran fotógrafo y mejor amigo, por llevar *País de Paso* más lejos que nadie.

A mi familia, en especial a mi primo Javier, gran lector, luchador y mejor persona, por hacerme un hueco privilegiado en su estantería entre Ruiz Zafón, Pérez Reverte, Víctor Hugo y otros grandes.

Esta vez también quiero agradecer a todos los que se han subido al carro de esta nueva etapa y que me lo habéis hecho todo más bonito si cabe. A Amparo, Carina y Vanessa, amigas de las buenas y fundadoras del “chiquiclub de fans”, no sabéis bien lo que os quiero y os necesito cerquita. A Scarlett Butler, por confiar a ciegas en mí y dejarte llevar, por tus palabras de ánimo y cariño, por ayudarme a entender este mundillo. Al blog de cultura www.chica-sombra.com por hacer la primera reseña y emocionarme tanto. Gracias a todas aquellas personas que han hecho que mi voz, mis palabras y País de Paso llegue a todos los rincones posibles, en especial a Sabin, Marta y Marcelo.

A la Editorial Sargantana, por seguir apostando por mí, por guiarme, darme cariño y confianza en este difícil mundo en el que me he metido.

Por último, a ti David, por seguir acompañándome en esta vorágine y a pesar de todo no soltarme de la mano. Por ayudarme a tomar cada decisión, sin ti cada paso no tendría sentido. A mi madre porque ver tu cara de emoción y orgullo hace que tenga más fuerzas para continuar. A mi hermana y a mi padre por ser el mejor comercial y representante que se pueda tener.



País de Paso
LAURA GIRÓN



País de paso

Girón, Laura

9788416900121

260 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ella, Helena con hache, no es una persona enamoradiza y lo de pasar página no es su fuerte, las típicas frases post-rupturas como: un clavo saca otro clavo, hay más peces en el río, etc., no funcionan con ella, por ello, lo de volver a enamorarse es un riesgo que no está dispuesta a correr.

Él, Alejandro, es una de esas personas que entran en tu cabeza como una apisonadora. Estar cerca de él es como moverse alrededor de una mina anti-persona, cuando te acercas demasiado, más allá del límite de seguridad establecido, todo salta por los aires, y no puedes hacer nada por evitarlo.

Y llegó el uno de agosto, y antes incluso de saber su nombre, ella ya sabía que se marchaba, aún así acabó enamorándose de él.

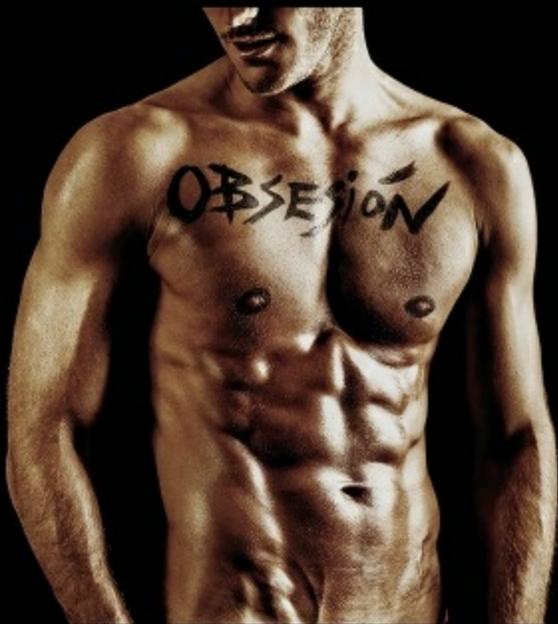
Sumérgete en un viaje apasionante por las emociones y sentimientos de Helena, y gracias a Alejandro podrás visitar los lugares más maravillosos del mundo.

¡Nos vemos en la siguiente parada en País de Destino!

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Obsesión

Mapi Romero



EDITORIAL
SAGEANTANA

Obsesión

Romero, Mapi

9788416900145

360 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando Laura acaba finalmente despertando de un largo coma, las pesadillas que la han estado atormentando no han desaparecido. Era cierto que ella había amado a un asesino y que su familia había estado a punto de sucumbir por las decisiones que había tomado. Era cierto que su marido no iba a quedarse con los brazos cruzados, y que el asesino no estaba dispuesto a renunciar a ella. Cuando Laura escapa a los Estados Unidos para huir del enfrentamiento entre ambos, le espera una nueva vida pero también una nueva pesadilla. Una amenaza todavía más terrorífica, en forma de un maniático homicida, vendrá a recordarle que nadie puede escapar eternamente. Laura tendrá que enfrentarse tanto a su pasado como a este nuevo y angustioso presente.

"Un thriller de alto voltaje erótico con estallidos de violencia y suspense que no da respiro al lector"

[Cómpralo y empieza a leer](#)

**YÁMANA,
TIERRA DEL FUEGO**



EMI ZANÓN



2^a
EDICIÓN

Yámana, Tierra del Fuego

Zanon, Emi

9788416900091

262 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Si ya no descendemos del mono, como afirmó Charles Darwin, ¿de dónde venimos? ¿Por qué desapareció el Homo de Neanderthal sin solución de continuidad allá por el 28.000 a.C.?...

En 1923, tras dos años de convivencia con las tribus fueguinas, el joven antropólogo polaco, Krzysztof Wazyck, se despide de sus amigos nómadas del mar, llevándose consigo a Europa, además de su afecto y amistad, un supuesto gran hallazgo capaz de comprometer seriamente los cimientos de la ciencia moderna e incluso creencias y dogmas milenarios; y una gran experiencia introspectiva "El Kina", paralelismo entre sueño y realidad, que lo transformó para siempre en Mank'ácen: "el cazador de sombras"...

Dejando atrás una tierra fría y hostil, impresionantemente bella, y el gran amor de su vida: la india Kamanakar.

Una historia fascinante de principio a fin, inspirada en hechos reales y en las vivencias del antropólogo y filántropo Martin Gusinde en la Tierra del Fuego.

Una invitación a la búsqueda de lo que ignoramos de nosotros mismos.

"Una novela que cuestiona nuestros orígenes en una hermosa llamada hacia la paz y el hermanamiento."

[Cómpralo y empieza a leer](#)

DIARIO DE UNA SOMBRA



MARÍA GARCÍA-LLIBERÓS



EDITORIAL
SAGUATANÁ

Diario de una sombra

García Lliberós, María

9788494508691

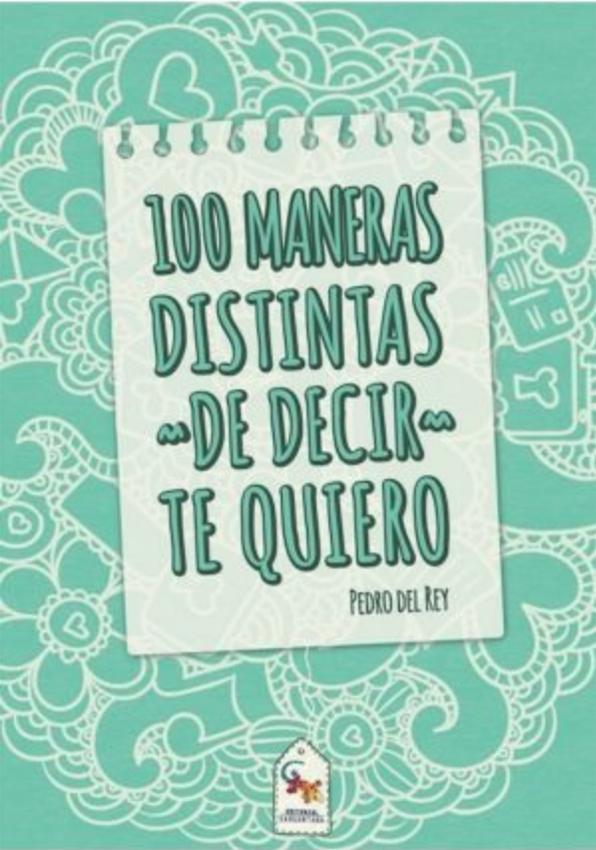
318 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Gabriel Pradera, licenciado en Derecho, inicia su imparable ascensión social casándose en 1972 con Nuria Ribazo, perteneciente a una de las familias de banqueros más poderosas de España. Actuó guiado por una ambición impaciente que atribuía a la posesión de dinero e influencias la capacidad para conseguir cualquier objetivo. Treinta años más tarde, situado en la cúpula del poder económico del país, la aparición de un tercer personaje, Gonzalo, portador de un mensaje confidencial, lo obligará a enfrentarse con su pasado porque, como acabará confesando, la responsabilidad derivada de ciertos actos no prescribe jamás y solo se extingue con la muerte.

Diario de una sombra, es una novela realista que discurre por los paisajes urbanos de Madrid, Londres, Lucerna, Valladolid y Valencia. Profundiza en la psicología de los personajes y nos habla de las oportunidades perdidas, la codicia humana, las traiciones y los miedos. También de la inocencia, el engaño, la soledad, la culpa, el anhelo de justicia, la lucha por la vida y, sobre todo, del papel de la familia y la necesidad de conocer nuestras raíces para situar nuestro lugar en el mundo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



100 Maneras distintas de decir te quiero

del Rey, Pedro

9788494575723

140 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

CIEN MANERAS DISTINTAS DE DECIR TE QUIERO, es la vida misma de cualquier persona.

Surgió desempolvando unas viejas poesías, nacidas por la explosión de ese amor adolescente que luego, con el paso del tiempo, de la vida, se empieza a marchitar y treinta y un años después, por casualidades del destino, volvió a renacer en el ocre Otoño de esa vida.

Aquel día, reapareció la frescura, el verdor y la luz que nos regala la siempre esperada y deseada Primavera.

No sé si aquel amor encontrado y tardío, fue y es más sosegado, pero sí, más profundo, con otra luz, con otra amplitud de horizonte.

El abanico que nos regala este nuevo amor, no solo es cantar a la persona amada, es amar a las cosas, a los recuerdos, o simplemente, enamorarte de un diminuto detalle...

[Cómpralo y empieza a leer](#)